



EL  
DIAMANTE  
DE LOS  
TUDOR  
WILL WHITAKER

**E**

# EL DIAMANTE DE LOS TUDOR

WILL WHITAKER

Traducción de Paula Vicens



Título original: *The King's Diamond*

Traducción: Paula Vicens

1.<sup>a</sup> edición: enero 2012

© Will Whitaker, 2011

© Ediciones B, S. A., 2012

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

ISBN EPUB: 978-84-15389-29-3

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Elizabeth y Alexander*

## Nota histórica

Corre el año 1527. El joven emperador Carlos V, el monarca más poderoso de los últimos siglos, gobierna la mayor parte de Europa desde su capital, Madrid, y expande su imperio mediante una serie de guerras sin cuartel. En Roma, un Médici, el astuto papa Clemente VII, ha formado una alianza para combatir y expulsar definitivamente de Italia a los ejércitos de Carlos.

Inglaterra, a diferencia de los estados europeos que toman partido en la gran refriega, se mantiene al margen. El rey Enrique VIII, a sus treinta y seis años, es el monarca más encantador y brillante de la Cristiandad: bailarín, experto en justas, deportista, músico y erudito. Su corte es un lugar de opulencia inenarrable. No tiene intención de implicarse en las disputas del Papa. Sólo piensa en una hermosa mujer que no está a su alcance.

## Prólogo

### *El saqueo de Roma, 6 de mayo de 1527*

Sentado, observa la piedra. Su superficie es tersa y ondulada, sin tallar, tal como salió de la mina. La cubre una engañosa capa suave y lechosa que impide ver lo que hay debajo. A un profano no le parecería un diamante en absoluto. La hace girar entre los dedos hasta que la luz penetra en ella y, momentáneamente, capta a la perfección sus entrañas. Ve la diminuta impureza que se agazapa casi en su mismo centro, como una mano sumergida en agua fría, blanca en contraste con la pálida transparencia azul. El rayo de luz incide en la impureza y penetra más profundamente, adquiriendo intensos tintes azul marino y flor de melocotón, se reparte luego por la superficie posterior de la piedra, débil pero exquisita como el aroma de un vino añejo. Mueve apenas la gema, la luz se interrumpe, y el tímido y hermoso azul estalla en un surtidor naranja, bermellón, carmín, añil y turquesa de llama de azufre. La piedra entera cobra vida, llena de colores que se intensifican bruscamente y se desvanecen, lo deslumbran y le dejan sin aliento. Al cabo de un instante el velo lechoso cubre de nuevo la superficie y queda en su mano, silenciosa y serena: una promesa refulgente exasperantemente oculta y encerrada en sí misma todavía. Ningún otro diamante le ha sumido nunca en un torrente tal de emociones, sólo una mujer: burlona seducción, pasión, satisfacción, frialdad, aparente rechazo y desesperación. Hace girar de nuevo el diamante, buscando ese destello fugaz de luz, capturándolo y perdiéndolo una y otra vez.

Aquella impureza lo fascina. Es como la cicatriz en el cuerpo de una mujer perfecta, una parte de su desnudez que ama más incluso que todo lo demás. Pero debe regalarse la vista con ella mientras pueda, porque será eliminada pronto. Es arriesgado hacerlo. Sin duda ha sido esa delgada y pálida fisura lo que hizo desistir de tallarlo a los anteriores poseedores del diamante. Nadie puede estar seguro de una piedra en bruto como ésta. Puedes tallarla hasta dejarla reducida a casi nada, y el defecto que serpentea en su carne puede

persistir burlón.

Hace girar el diamante una vez más y la impureza brilla a la luz. Es una piedra entre un millón: será su fortuna o lo hundirá en la más completa ruina.

Tiene intención de remontarse a su origen, hace incontables siglos. Dicen que las gemas nacen de semillas sembradas por demonios o entes subterráneos, por los mismos seres a cuyas artes se deben esas extrañas figuras de piedra en forma de concha, hueso y árbol. Las gemas crecen lentamente durante años, cada una en su secreto vientre de roca. Los rubíes en el reluciente rojo del Balás; las esmeraldas en jaspe; los diamantes, los más preciosos, en arcilla roja o cristal o incluso en oro. Las piedras-madre las acogen, las nutren con su sangre, se sacrifican para que las gemas puedan vivir y, cuando éstas alcanzan la perfección, la avaricia del hombre las arranca del útero.

Hay tres lugares en el mundo donde se pueden encontrar auténticos diamantes. Algunos provienen de Borneo y otros del reino de la India, pero las piedras más grandes son de las minas de Ramanakota, un lugar situado más allá de las Ghats Occidentales, en las tierras del sultán Kalim Alá Sha, en el corazón de la India, a cinco días de viaje desde la ciudad fortificada de Golconda.

Ha escuchado muchas historias de esa llanura extensa y árida salpicada de rocas y árboles retorcidos, atravesada por secos desfiladeros. Un lugar donde no crece ningún cultivo. En las cimas de las lomas hay ruinas de antiguos santuarios, y también nuevos, porque cada vez que empiezan a abrir un nuevo túnel sacrifican una cabra para que el éxito acompañe la empresa. Abundan las cabañas de mineros con techo de paja. Sesenta mil hombres, mujeres y niños trabajan entre la suciedad y la pobreza, casi completamente desnudos. Pasan la vida endeudados por la comida y el alquiler y el permiso para estar allí simplemente. Pero, una vez llegado a ese lugar, ningún hombre intenta siquiera marcharse. Trabaja hasta la muerte antes que abandonar.

Los mineros excavan en la grava, la arcilla roja y la arena negra, el vientre en el que se forman esos diamantes. Cuando encuentran las vetas en que crecen, a medio dedo de profundidad y hundiéndose en la tierra, usan largos ganchos de hierro para soltar las piedras y se abren camino profundizando más con los picos. La tierra se hunde a veces sin previo aviso. Es habitual ver el polvo y los escombros de un túnel derrumbado. Sacan los cadáveres y

encienden las piras a medio camino entre la entrada del túnel y el santuario. Se oye el llanto de mujeres, de cientos al unísono. Han perdido a sus maridos y se acercan para arrojarse a las llamas o la turba las arrastra hacia la pira por la fuerza. Los diamantes las han matado, a ellas y a sus maridos. Los supervivientes sortean las piras para volver a meterse en los túneles.

Adentrándose más en las colinas se encuentran las antiguas minas. Algunas fueron excavadas hace dos mil años; en su mayor parte ya están agotadas, vacías y embrujadas. Allí los diamantes crecen en la roca rojiza que el pico quiebra con facilidad. Es una roca fértil, legendaria para los amantes de las joyas. La Vieja Roca de Golconda. Quedan en ella pocas piedras. Pero todavía hay mineros que la trabajan, que desafían tanto los demonios que, según se dice, la habitan como los frecuentes derrumbes de los antiguos túneles que horadan las colinas. Son los diamantes más puros del mundo.

A principios de 1484, durante el reinado del sultán Mahmud Sha, dos hombres bajaron de las colinas y caminaron por la plaza de Raolconda. Sucios y vestidos apenas con taparrabos, tenían en los ojos el fulgor de la locura de quienes han convivido demasiado tiempo con la muerte y la desesperación. Se dirigieron hacia el lugar donde se instalaban los mercaderes de diamantes, sentados a la sombra con sus pesas, balanzas y bolsas de oro. Sólo allí, a la sombra verdosa de los banianos, era posible juzgar adecuadamente la calidad de las piedras.

Los hombres se sentaron frente a los comerciantes. Uno de los dos abrió un paquete y, reverentemente, sacó un diamante. Era una piedra perlada casi tan grande como una avellana, con una impureza blanca que se hundía en ella al igual que una mano se sumerge en el agua. Tres mineros habían perdido la vida prolongando un túnel abandonado en la ladera para extraerla, y los dos supervivientes habían seguido trabajando. Sabían interpretar las señales de la roca, el modo en que se intensificaba su color y el jugo que rezumaba como sangre de sus fisuras. Sabían que su recompensa estaba cerca.

Los mercaderes se inclinaron hacia la piedra. Una piedra de la Vieja Roca de semejante tamaño era una rareza. Según sus balanzas pesaba veintidós *mañjariyañ* y medio, el equivalente a treinta y siete quilates y tres granos en el sistema occidental. Murmuraron a la vez, pujando y contraofertando entre sí.



Luego volvieron a mirar la piedra. Un comerciante gujarati, de la casa comercial Harshadbhai, se la quedó. Pagó por ella doscientas pagodas de oro, aproximadamente cuatrocientos ducados venecianos en moneda europea.

Los mineros cogieron su oro y volvieron a las colinas. La codicia brillaba en sus ojos más que nunca. El temor a los demonios y los precarios túneles ya no los detendría. Profundizarían en la Vieja Roca más y más. Al cabo de tres meses, los dos habrían muerto.

Con una piedra como aquélla en las manos, el gujarati se encaminó hacia los mercados de Surat, donde los árabes, los turcos e incluso los portugueses se afanaban, ávidos de los tesoros de la India. Se dirigió hacia Occidente en una caravana de veinte mercaderes que ascendía desde la llanura hacia los bosques húmedos de la montaña, en los que crecían en abundancia el laurel, la canela y el sándalo.

Tras un asedio de seis días en el desierto, rodeados de bandoleros, sus compañeros de viaje acordaron rendirse a los asaltantes; perderían sus bienes, pero ya habría otros negocios en el futuro. Al menos seguirían con vida. Antes Harshadbhai hubiera opinado igual. Pero no le arrebatarían aquel diamante. En cuanto el mercader de más edad se apartó de la reata de mulas con los brazos en alto en señal de rendición, Harshadbhai colocó una flecha en su arco y le disparó al jefe de los bandoleros. En la lucha subsiguiente murieron tres mercaderes antes de que los bandidos se dieran a la fuga. Los supervivientes no quisieron continuar viajando en compañía de alguien tan peligroso como Harshadbhai. Así que prosiguió por su cuenta.

En Surat llevó la piedra a los mercados habituales. Le ofrecieron trescientas pagodas y luego trescientas cincuenta, pero no la vendió. Finalmente conoció a un árabe llamado Abu al Husn, que comerciaba entre Surat y Adén. Transportaba jengibre, aloe y piedras preciosas a Occidente, y caballos, agua de rosas, salitre y alumbre a Oriente. Al Husn miró atentamente el diamante. Lo sopesó e intentó calcular su valor. La forma de su talla, su peso final y su color, todo era un reto para él. El hombre que comprara aquella piedra pondría su oro y su paz mental en manos del destino. Sonrió y empezó a regatear. Consiguió el diamante por quinientas pagodas.

En los siguientes días, durante la travesía por el mar de Arabia, Al Husn sacó varias veces su tesoro y se jactó ante los otros marineros del oro que ganaría cuando lo vendiera en Adén. Decía que no aceptaría menos de mil

dinares por él, un sesenta por ciento más de lo que había pagado.

Todas las noches, mientras el barco se mecía en el oleaje, jugaba a los dados. Poco a poco fue perdiendo todo lo que podía apostar, hasta que sólo le quedó el diamante. Le dio vueltas en la mano de modo que el curioso destello hiciera destacar la impureza como una señal de advertencia. Luego lo dejó con cuidado en la mesa. «Esto contra todo lo demás.» Los otros asintieron sonrientes. El diamante, opaco de nuevo, permaneció en la mesa, entre rubíes y zafiros, montones de pepitas de oro y pagarés por una u otra carga de la bodega. Jugaban a los dados. Un turco llamado Ibrahim se bajó las largas mangas bordadas e hizo su tirada en primer lugar: un siete. Era la tirada más alta permitida. Al Husn tiró y sacó un cuatro. Tenía que volver a tirar. Si sacaba otro cuatro, la jugada conocida como «la oportunidad», ganaría. Pero si sacaba un siete como su contrincante, la conocida como «el principal», perdería. Las perspectivas eran malas. Sudaba. Dos de los jugadores quedaron eliminados porque sacaron un desafortunado doce; otro sacó un seis y siguió en la partida, con más posibilidades que Al Husn. El diamante lo observaba como un ojo frío y perezoso. Sacudió los dados y volvió a lanzar: un cuatro y un tres, lo que sumaba siete, «el principal», y acababa con todas sus esperanzas.

Se levantó de un salto y agarró al turco por el cuello. Había hecho trampa, había cambiado los dados de alguna manera cuando se había sacudido las mangas. Piedras preciosas y monedas volaron por los aires. Pero el turco ya había zanjado la disputa a su modo: la hoja curva de su daga se había deslizado entre las costillas de Al Husn, que cayó desplomado. Los ojos se le empañaron. Lo último que vio fue el diamante, que se reveló brevemente rodando con el balanceo del barco y regalándole un último destello rosado de sus profundidades.

Semanas más tarde la piedra desembarcó en Adén, el puerto más rico de Arabia, donde las mercancías de Oriente se unían a las de Occidente. Ibrahim bajó a tierra con el diamante oculto en una bolsa. No entendía de gemas. Sólo comerciaba con opio y con el colorante conocido como «sangre de dragón». Pero tenía una cifra en mente, mil dinares, y no la vendería por menos. Recorrió la ciudad durante tres días antes de dar con un yemení llamado Bin Hisham. Era un joven aventurero que solía comerciar con perlas de Ormuz. Los diamantes estaban bastante alejados de su campo. Pero cuando Ibrahim

abrió su paquete para un grupo de comerciantes, el sol de primera hora de la mañana incidió por casualidad en el punto donde la impureza se hundía en la piedra, que estalló en una sinfonía cromática. Bin Hisham pagó gustoso los mil dinares que le pedían por ella, unos mil seiscientos ducados. Sabía que tenía entre las manos una maravilla que lo llevaría por derroteros muy distintos. Era en Occidente donde se vendían las piedras preciosas: en El Cairo, lugar al que iban los cristianos, apiñándose con avidez en las fronteras de su mundo en busca de los lujos de climas más civilizados. Allí también sus perlas tendrían mejor salida que en Adén.

Era la temporada en que los vientos cálidos de las montañas soplan repentinamente cruzando los estrechos. Pero, a pesar de todo, partió. Cruzó sin contratiempos el mar Rojo y recorrió la costa de Abisinia hasta el lejano puerto de Locari. Desde allí emprendió la travesía por el desierto: seis días de viaje sin agua, en los que la única señal de vida era el distante trote de los avestruces, cuyas patas levantaban estelas de polvo. Tras llegar por fin al Nilo, doce días más en barco corriente abajo, viajando de día y vigilando de noche a los árabes del desierto, que efectuaban incursiones a su antojo por las orillas. Cuando llegó a El Cairo anhelaba los tranquilos amaneceres de Ormuz y ver la llegada de los pescadores de perlas a la orilla. Tenía prisa por deshacerse del diamante.

Aquel otoño, en los bazares de El Cairo, un veneciano llamado Marin Pompeo vio una piedra. Nunca había visto nada parecido. Su propietario, un nervioso joven yemení, cerró el trato con él por dos mil ducados. Mientras volvía a casa en galera por el lluvioso Adriático, el veneciano le daba vueltas al diamante. No tardó en dar con el truco para atrapar la luz y arrancarle su destello. Pompeo entendía de diamantes. Llevaba treinta años comprándolos y vendiéndolos; los había visto de todos los colores, tamaños y formas. Había tenido en las manos los escasos verdes, los más comunes y menos apreciados amarillos, los nobles blancos y azules; los había visto de talla esmeralda y talla piramidal; piedras en bruto con un defecto negro en el centro; fuertes y débiles. En una ocasión había poseído un diamante, una hermosa piedra de brillo indomable que se había desmenuzado con la simple presión de sus dedos. Aquél, se dijo, podía ser un diamante de esos. Una y otra vez lo exponía con cautela, por la mañana y a mediodía, a la luz de una linterna y de una vela. En cada ocasión era distinto. Anhelaba verlo tallado y se juró que lo

tallaría, por arriesgado que fuera. Pero cuando estuvo de nuevo en casa aquel invierno, caminando por el Rialto, con sus docenas de joyerías, le faltó valor. Cuando un joven noble florentino llamado Lorenzo de Bardi le ofreció dos mil quinientos ducados por él se lo vendió, afligido, desconsolado, pero sin embargo aliviado. Se acabó la tentación. Al menos no sería él quien malograra aquella piedra.

De Bardi se llevó el diamante a Florencia. Acababa de heredar. Viajaba con cincuenta criados, sus propios muebles, un bufón, doce juglares, su esposa, una concubina y un enano. Había ido a Venecia por placer, y lo había obtenido. Pero de todas las cosas hermosas que había comprado en los mercados venecianos, ninguna lo complacía tanto como aquel diamante. Pompeo le había enseñado cómo girar la piedra para que destellara, y le había susurrado cuánto mejor sería el resultado si se aventuraba a tallarla. Pero no iba a arriesgarse. ¿Por qué compartir con los demás la hermosura de aquel diamante? Le gustaba la idea de ser el único capaz de ver en el fondo de su corazón; si nadie más podía hacerlo, lo más probable era que todos lo vieran como un simple guijarro gris. Tallar la piedra hubiese significado responder a la confianza que le brindaba con una traición.

Con el transcurso de los años, De Bardi perdió buena parte de cuanto poseía. Su mujer lo abandonó y su amante hizo otro tanto. Cuando su familia se vio atrapada en las guerras de los Borgia, lo perdió casi todo; pero la piedra continuó en su poder. Durante cuarenta y tres años la estuvo sacando de su cofre para contemplarla todas las noches. Aquellos breves vistazos que se permitía echarle constituían para él un vínculo secreto, una pasión más grande que cualquier otra que hubiera sentido.

Cuando agonizaba, por fin soltó la gema. A su lado estaba arrodillado un joven inglés, un mercader de piedras preciosas.

—¿Quién llevará el diamante cuando yo haya muerto? —murmuró el anciano.

—La mujer de un rey —respondió el inglés—. La mujer más hermosa del mundo.

El inglés se marchó hacia el sur, hacia Roma, henchido de alegría. Había estado a punto de pagar con su vida por la obtención de la piedra. Pero un diamante como aquél podía más que cualquier temor.

Hizo girar una vez más la piedra entre los dedos. Desde su regreso a Roma,

otro hombre había dado ya la vida por el diamante de la Vieja Roca. Su cuerpo yacía allí en un rincón, en un charco de sangre, con el pecho abierto, el brazo izquierdo separado del cuerpo y agarrando firmemente con la mano derecha la empuñadura de la espada. Una mancha sangrienta en la parte posterior del jubón de terciopelo verde demostraba la fuerza de la estocada que le había atravesado limpiamente el pecho. Captó el destello fugaz por un instante y volvió a perderlo. Era exasperante lo estrecha y difícil de encontrar que resultaba aquella ventana al corazón del diamante. Estaba débil y mareado de hambre. Las sienes le latían y se sentía curiosamente ajeno a todo. Nada en el mundo aparte de aquella piedra parecía importarle. Al final tenía tiempo, tiempo para darle vueltas a la gema, despacio, amorosamente, para ver el inicio de cada cambio, la apertura de aquel resquicio de entrada a sus profundidades, a la luz, a la sonrisa irisada, y ser luego testigo de la repentina caída del velo sobre su superficie. Se imaginaba a sí mismo muriendo de aquel modo.

Percibía levemente que debía luchar contra la piedra, que le susurraba «quédate, mira, bebe de mis aguas sólo una hora más». Fuera se oían disparos y carreras. Supo que, si quería vivir, debía marcharse de aquel lugar, alejarse del cadáver tendido en el charco de la sangre que manaba de su pecho. Pronto sería demasiado tarde. El hambre y la sed lo debilitarían demasiado para caminar y para escoger. Pero... un instante, sólo uno, para atrapar el destello de la piedra una vez más, y otra, y otra.

# PRIMERA PARTE

## EL TOPACIO: LA PIEDRA SOLAR PERFECTA

*Génova, 23 de enero de 1527*

*Ya mi mente estremecida ansía vagar,  
ya alegres en su afán los pies cobran fuerzas.  
Oh dulces camaradas, adiós:  
juntos partimos de nuestro hogar lejano  
al que regresaremos por caminos distintos.*

CATULO, *Poema 46*

# 1

Los martillos resonaban contra los yunques y caía una lluvia de pavesas de las fraguas a la piedra. Hombres con el mandil ennegrecido por las llamas sostenían barras de hierro al rojo sobre el fuego, las sacaban para darles forma con sonoros golpes y luego las sumergían en barriles de agua de los que se alzaban nubes de vapor. Yo miraba las recién terminadas cabezas de alabarda, las hojas de espada de varias clases, las hachas de abordaje que se usaban en los combates navales. Bajo los arcos del Arsenal los hombres doblaban el blando metal con tenazas para fabricar las piezas pequeñas de los cañones, los serpentines para la mecha y los recipientes de pólvora, y vertían el plateado plomo fundido en los moldes para balas. Una vez terminadas, transportaban las armas al muelle para cargarlas en las galeras españolas ancladas en el puerto, dispuestas para la guerra.

Yo estaba en mi habitación de la hostería del Ángel, a última hora de una fría tarde de enero. Llevaba sentado allí desde la mañana, inmóvil, mirando las fraguas del Arsenal y manteniendo una enconada batalla con mis pensamientos. «Vete a casa —me decía—. Ningún hombre sensato dirá que no has hecho lo bastante. Mira que estás en pleno meollo. La destrucción puede llegar a Génova cualquier día de éstos. Márchate de Italia por la ruta segura mientras todavía estás a tiempo.»

Génova era una república escindida, siempre propensa a revueltas. A la sazón estaba en el bando del emperador, pero las galeras de Andrea Doria, el príncipe más poderoso de la ciudad, almirante a sueldo de los franceses y de la Liga Santa del Papa, navegaban por las azules lejanías del Mediterráneo, dispuestas a infligir un revés contundente a los barcos mercantes de la ciudad otrora suya.

Sin embargo, la vía norte seguía expedita. Un trayecto a caballo de apenas dos días me llevaría al otro lado de la frontera, al ducado de Savoya, una región aún a salvo de la carnicería de la guerra. Después podría cruzar las montañas hasta Francia, la tranquila y pacífica Francia, donde no había ejércitos errantes saqueando a su antojo, ni peste, ni hambruna. Tal vez

hubiese bandidos y lobos, sí, pero éstos eran los peligros habituales de viajar por Europa. Al cabo de unas semanas estaría en el Calais inglés, el reconfortante puesto de avanzada del hogar a orillas del continente, y luego, cruzando el canal de la Mancha, de regreso en Londres.

Me imaginaba nuevamente en casa, yendo por el Broken Wharf, junto al Támesis, subiendo las viejas escaleras chirriantes y entrando en la contaduría. Mi madre, Miriam Dansey, conocida en todo Londres como la Viuda de Thames Street, dirigía desde allí sus numerosos e imaginativos negocios. Me veía extendiendo ante ella mi botín: las esmeraldas y los zafiros, el gran rubí, las amatistas y todo el resto. Los imaginaba a ella y a su socio, William Marshe, sin aliento, con los ojos como platos, asombrados.

Sí, me apuntaría un triunfo único. Pero, en lo más profundo de mi corazón, sabría que habría fracasado. Me vería obligado a llevar mis piedras a un orfebre londinense para su talla. Los conocía a todos y sabía que aquellas gemas, tan extraordinarias en potencia, saldrían de la calle de los Orfebres como todas las demás baratijas fabricadas allí.

Sacaría beneficio de mi empresa, sí, pero sería escaso, y no obtendría la gloria que perseguía y que sólo lograría alcanzar si era capaz de deslumbrar a un rey.

Tenía otra opción. Podía ir hacia el sur, a Roma. Roma, la opulenta capital de la Cristiandad, donde se congregaban los más refinados orfebres, artistas y quienes se dedicaban al comercio de objetos de lujo para lograr fama y fortuna y satisfacer los apetitos insaciables de Su Santidad el papa Clemente VII, de sus cardenales y nobles. A Roma, sede de un desmesurado poder secular desde donde el papa Clemente ejercía un absoluto dominio sobre la región central de Italia y numerosas ciudades del norte, y desde donde gobernaba Florencia gracias a sus relaciones con los Médici.

Roma. Sólo allí encontraría un artesano verdaderamente digno de tallar mis gemas. En sueños veía las volutas de oro y las formas que las rodearían. Imaginaba para ello a un artesano fuera de lo común, más noble, más atento y perspicaz, alguien desconocido en Londres.

Mientras permanecía sentado, mi criado, Martin Deller, iba de un lado para otro a mi espalda. Unos diez años mayor que yo, moreno y fuerte, era un hombre eficiente cuya daga me había sacado de apuros en más de una ocasión. También era, a mi pesar, la voz de mi conciencia y quien me



recomendaba precaución.

—¡Por favor, señor! Hemos tenido suerte. Vayámonos a casa mientras todavía estamos a tiempo.

Tenía razón, toda la razón. Era increíble el modo en que habíamos llegado desde Venecia por tierra: pasando primero por el campamento del ejército de la Liga Santa en Cremona, plaza ganada hacía poco al emperador de los españoles, y cruzando luego el ducado de Milán, donde había empezado aquella guerra. Milán era territorio del Imperio. Habíamos visto las granjas derruidas, los campos quemados. Los soldados del ejército del emperador, privados de paga y de botín, erraban por la campiña en bandas, asaltando y robando a los viajeros. Y aun así lo habíamos conseguido, gracias a mi audacia como al sentido común de Martin.

La mancha de sol en el muro del Arsenal de enfrente había retrocedido hasta el pretil, achicándose. Oscurecía. A la caída del sol el *Speranza* zarparía. Pocos barcos partían hacia Roma en aquellos días de contienda. Si quería ir hacia el sur, aquélla era mi única oportunidad. Tal vez la nave ya hubiera zarpado incluso. Si así era, mejor, me dije; mejor con creces. Había llegado la hora de poner punto final a mi aventura y regresar a casa.

Miré a Martin. Estaba a punto de decirle que vaciara el baúl, alquilara caballos y contratara un guía para emprender viaje tierra adentro al día siguiente, cuando me preguntó:

—¿Y bien, señor?

Sentí una repentina oleada de rabia. ¿Iba a renunciar al triunfo que me había jurado conseguir tantos meses antes, cuando me guardé las letras de cambio y subí la escala del barco de la familia, el *Rose*? ¿Ahora que ya tenía un cofre de gemas nunca visto? «¿Vas a traicionarnos?», me gritaron mis diamantes azules de Bengala, suspiró el zafiro del color de la leche descremada, me espetaron coléricos mis fogosos granates y el oscuro rubí. Aquella empresa jamás había sido para pusilánimes. No, llega un momento en el que hay que doblar la apuesta: un momento en el que debes arriesgarte y continuar, o darte por vencido y admitir que nunca deberías haber empezado siquiera a jugar.

Me levanté brioso y me acerqué a la puerta, con la espada oscilando al costado y el sombrero calado.

—Carga el baúl —le ordené a Martin—. Nos vamos.

Salí de la hostería pasando por debajo del ángel con las alas extendidas y me adentré en la multitud. Oía jadear a Martin, que me seguía con el baúl al hombro, esforzándose por no quedarse rezagado.

—¡Esperad, por favor, señor! ¿No vais a meditarlo un poco?

No miré atrás. Bordeé el Arsenal, dirigiéndome hacia el este por la ancha bahía de un kilómetro y medio del puerto de Génova. Una vez tomada la decisión, no estaba dispuesto a perder ni un instante. Me abrí paso entre la gente hasta más allá de los embarcaderos de madera donde atracaban los barcos de menor calado, los más ligeros y las gabarras de fondo plano. Allí los barriles de vino daban tumbos y resonaban. Tres hombres hacían subir rodando un gran tonel por la rampa hacia la calzada, frente a mí. Los esquivé con una maldición. Se percibía el rico aroma del aceite que goteaba de las enormes tinajas que los hombres cargaban a hombros y el hedor de los rollos de duras fibras de cáñamo para los sogueros, que tejían largas sogas en los callejones que desembocaban en el puerto. Iba yo a paso rápido mientras en la bahía se oía un canto lúgubre procedente del vientre de una galera, una canción musulmana extraña y triste entonada por los turcos encadenados a sus remos. La ley del mar dicta que, cuando un navío cristiano se apodera de uno musulmán, todos sus tripulantes pasen a ser esclavos, y cuando ellos atrapan uno de nuestros barcos lo mismo suceda a los nuestros.

Me detuve en la lonja, impaciente, mientras Martin me alcanzaba, con el baúl bamboleándose por encima de las cabezas de la multitud. Un mújol me miraba fijamente, con ojos vidriosos, y una mujer con un gorrito de lino descabezaba anguilas y arrojaba las cabezas a las piedras. Las gaviotas se lanzaban por ellas y alzaban el vuelo chillando.

De una taberna salía música de violín y caramillo, y se oía el repiqueteo de los dados, la risa de una ramera, el sonido de los descartes. Cuando Martin salió del gentío di media vuelta y apreté el paso.

Al oeste, por encima de las colinas, el sol asomó brevemente entre nubes. Estaba a punto de ponerse. En el último muelle de madera descargaban sacos de cereal que los hombres se iban pasando de hombro en hombro y, al final, vaciaban en medidas de una fanega, levantando nubes de paja. Los estibadores reían y bromeaban mientras trabajaban. Nadie sabía cuánto duraría aquella abundancia, ni cuándo las galeras de la Liga bloquearían nuevamente las rutas marítimas para forzar a Génova a la obediencia

condenándola a la inanición. Me abrí paso subiendo a saltos los seis escalones de piedra del malecón, cuyo brazo curvo se adentraba en las aguas profundas de la bahía. El viento soplaba allí con fuerza y tuve que sujetarme el sombrero con una mano. Era un aristocrático sombrero flexible de terciopelo negro, con la medalla de oro de la Virgen y el Niño, a la última moda. Había pagado ocho ducados genoveses por aquella medalla. Pero no era sólo un adorno caro: era la estrella que guiaba mi viaje.

A lo largo del malecón, al abrigo del puerto, estaban los grandes barcos para las empresas de importancia en tierras lejanas. Sus mástiles se erguían altos, tan arracimados como los árboles de un bosque, con las banderas de las naciones aliadas del Imperio ondeando al viento: la cruz roja de Génova, la negra y blanca de Siena, la tricolor —roja, blanca y amarilla— de España.

Empujados por el viento, los navíos tiraban de las maromas y las olas rompían contra la piedra. Corrí por el malecón, buscando ansiosamente los nombres dorados en sus popas.

La noche anterior, en la hostería, había compartido mesa con los propietarios del *Speranza*, un par de hermanos genoveses llamados Piero y Federico Fieschi. Les había pagado el vino y discutido con ellos los términos para el pago de aquel viaje: pedían diez ducados por las doscientas cincuenta millas de trayecto hasta Roma. Todos los riesgos corrían de mi cuenta. Piero me había mirado inquisitivo. El precio era elevado: casi treinta chelines por un viaje que, incluso en caso de haber necesitado espacio en la bodega de carga, tendría que haber costado menos de diez. Les dije que la suma era aceptable, pero que de momento mi respuesta era ni que sí ni que no. Se marcharon molestos.

—Recordad —me advirtió Federico—. Zarparemos mañana sin falta.

Más adelante los hombres gritaban desde la cubierta de un barco por cuyos costados sobresalían los penoles; una grúa de madera levantaba mercancías del malecón y las depositaba en la bodega. Era obvio que lo estaban cargando para hacerse a la mar.

En el muelle se encontraba Piero Fieschi con un grupo de cinco o seis hombres. Todos ellos, con la barba entrecana y toga ribeteada de piel de conejo y marta cibelina, tenían aspecto de mercaderes acomodados. No sacaban nada de estar allí de pie, con aquel viento helado, mirando con ojos serios cada bala y cada caja izada desde el malecón. Sus semblantes graves

indicaban que conocían los riesgos de hacerse a la mar en unos tiempos como aquéllos. Sin duda se habían preparado a conciencia con antelación. Llevarían sirvientes a bordo, muchos y debidamente armados. Indudablemente tenían asegurada la mercancía, así que, incluso en caso de que perecieran, sus herederos cobrarían. Fui repentinamente consciente de mi vulnerabilidad. Yo no había tomado ninguna de aquellas precauciones. Me di cuenta asimismo de la precipitación y la falta de dignidad con que estaba haciendo mi entrada. Todavía sin aliento, me quité el sombrero con una reverencia.

—Richard Dansey, mercader londinense.

Ellos me devolvieron el saludo y se presentaron, indicándome sus respectivos lugares de origen: Milán, Lucca, el ducado de Ferrara.

No apartaban sus ojos de mí. Era obvio que resultaba un misterio para ellos. Debía de parecerles todavía un niño, con el pelo rubio color arena y una barba que era poco más que un mechón de pelusilla. Sólo tenía veintiún años y, aunque alto y bastante diestro con la espada, no era de complexión fuerte. Demasiado joven para ser mercader, a su entender, y no iba vestido como tal, además. Mi ropa era más propia de un joven noble empeñado en ir a la moda. Llevaba un jubón morado y camisa de batista blanca con las cintas del cuello sueltas, cada una adornada con encaje y rematada por un botón de oro. Mi capa era de lana negra ribeteada de plata, metal del que también estaba hecha la empuñadura de mi estoque.

Piero Fieschi se apartó de los mercaderes con su joven socio y hermano. Les tendí la bolsa que había preparado horas antes y que contenía diez ducados de oro. Piero me miró estupefacto.

—¡Maese Dansey! Zarpamos enseguida. Pero ¿no tenéis carga que embarcar?

Martin se colocó detrás de mí, jadeando. Fieschi le echó un vistazo al baúl que llevaba al hombro, ponderando sin duda si contenía algo de valor. Martin dejó su carga sin miramientos en el suelo y sorbió por la nariz. Aparentemente, Fieschi descartó la idea.

—Nuestros compañeros han cargado sedas de Lucca y Génova, y tenemos aquí un montón de barriles de sal de maese Pinotti, de Milán, en buena parte para lastre —dijo a los mercaderes, gesticulando—. Y vos, ¿nada? ¿Realmente no traéis nada? Decís que sois mercader... ¿De dónde sacáis las ganancias?

—Tengo mis propios medios. —Sonreí, disfrutando de su insatisfecha

curiosidad, y me volví con un gentil saludo.

Fui del malecón hasta los peldaños de madera de la escalerilla de acceso a la cubierta del *Speranza* y subí a bordo. Martin descargó el baúl en cubierta y se aupó detrás. Mientras preguntaba en italiano con acento londinense dónde podía guardar mi equipaje, yo me paseé por cubierta, disfrutando una vez más de la sensación de las tablas bajo los pies y el aroma de la brea.

El *Speranza* era un barco grande, de más o menos ciento veinte toneladas, con un poco más de eslora que el de la familia Dansey, el *Rose*, que había yo dejado atrás el agosto anterior, en Brujas.

Miré por las escotillas abiertas y vi que tenía por lo menos dos espacios inferiores entre cubiertas en los que no cabía un hombre de pie. Allí maniobraban con las mercancías que metían por las escotillas para amarrarlas y estibarlas. Más hacia popa estaba la cabina principal, redondeada, desde la que accedía a varios camarotes abiertos más pequeños. En uno de ellos estaba Martin, sentado en el baúl, secándose la gruesa cara y maldiciendo gentilmente la carrera a la que lo había forzado yo por el puerto. Oí la sacudida de la escotilla cuando la cerraban y el sonido metálico del cabrestante cuando los marineros empezaron a levar el ancla del *Speranza*. Entonaban al unísono una canción subida de tono en el dialecto local, elogiando la zona de la ciudad conocida como barrio de la Magdalena, que contaba con las iglesias más hermosas, los mercados más surtidos y el mayor número de burdeles.

Entré en la cabina mayor. Era de un tamaño aceptable, con una hilera de magníficas ventanas a popa. Todos mis compañeros de viaje estaban allí, sentados a una mesa, haciendo gala del humor propio de los hombres metidos de lleno en el riesgo y los apuros de una nueva empresa. Los criados llenaban las copas de vino dulce y habían servido capones fritos, barquillos, almendras y confites. Martin salió de su pequeño camarote para atenderme. Aquella cena era lo primero que ingería desde primera hora de la mañana. Comí con glotonería y bebí mucho. Todos hablamos y reímos, cada vez con más franqueza.

—En Roma compraremos a Su Santidad una indulgencia para comerciar con los turcos —decía Piero Fieschi—. Sin eso, por supuesto, estaríamos en pecado mortal en caso de que hiciéramos cualquier trato con los musulmanes. Luego iremos hacia el sur, a Nápoles, y por mar hasta El Cairo.

—¡El Cairo! —exclamó su hermano—. ¿Qué maravillas no habrá en El Cairo? Traeremos plata y cinabrio, pasas, agua de rosas y madera de sándalo, clavos, porcelana y perlas, añil y opio.

Maese Giordano, de Lucca, se levantó repentinamente de la mesa para meterse en un camarote, del que regresó con una pieza de refulgente seda carmesí, de unos tres metros, con entramado plateado.

—¿Qué vais a contarme a mí de El Cairo? ¡Tocad esto! ¡Oledlo! ¡Decidme luego si las tierras de los turcos pueden presumir de algo tan delicado!

Nos puso la pieza por tocado y nos libramos de ella entre carcajadas. Tenía el tacto de la seda recién hilada, la «hediondez de los gusanos», como el sedero definió su olor, y era tan suave como el sonido del laúd. Los otros no quisieron ser menos y se fueron a sus respectivos camarotes. La mesa no tardó en estar repleta de telas y colores: satenes rojos como la sangre, lustrosos tafetanes verdes, espesos terciopelos negros con rayas doradas, tan suaves como el pelaje de un gato; brocados morados y marrones con estampado plateado que brillaba a la luz de los candiles. Nadábamos en sedas, disfrutando del puro lujo.

Venderían aquellas maravillas en la corte del papa Clemente, en Roma. Lo que les sobrara lo llevarían a Nápoles y se lo ofrecerían al virrey español. Hasta el milanés Pinotti cogió un puñado de sal gris y dijo:

—¡Probadla, probadla! ¿No es la mejor?

Un sienés llamado Basile sacó una bolsa de cascabeles para halcón, silbatos para perro y dedales de plata que tintinearón y rodaron por la mesa con el balanceo del barco. Un cascabel vino hacia mí y lo detuve con el dedo. Dejé de sonar. Yo era el único que no había enseñado nada a los demás. Lamenté no tener alguna mercancía con la que por lo menos salvar las apariencias, unos cuantos toneles de sal o pescado seco, o de lo que fuera. La curiosidad de los otros rayaba en la impertinencia. Sin querer, me llevé la mano al cuello y pasé los dedos por el borde del cofrecillo de acero que llevaba colgado de una cadena, oculto bajo la camisa y el jubón. De casi veintitrés centímetros, estaba cerrado con llave, y su cerradura se encontraba bajo la cabeza de latón de un cupido. Su superficie estaba muy pulida de tanto llevarlo contra la piel. Aquel cofre me pesaba; la suya era una preciosa carga, deliciosa pero peligrosa e inconfesable.

Martin, que permanecía de pie detrás de mi silla para servirme, contuvo el

aliento, y yo volví a apoyar la mano en la mesa. Que los mercaderes me miraran fijamente me inquietaba, pero también me halagaba. Sus ricos ropajes me hacían sentir parte de un grupo selecto. Sí, podía considerarme su igual. Y no tardaría en estar por encima de ellos. Levanté la botella de vino vacía.

—Caballeros, ¿no podría esta pobre botella fenecida tener su heredera?

Piero no apartó los ojos de mí, pero varios gritaron:

—¡Otra botella, otra botella!

El resto se les unió:

—¡Hipocrás, hipocrás!

—¿Tenemos manga? —preguntó Basile.

El mayor de los Fieschi se acercó a un aparador del muro y agitó un cono de muselina: una manga de Hipócrates, invento del antiguo doctor para algún propósito relacionado con la cura de las enfermedades, que se usaba para elaborar el vino caliente especiado conocido como hipocrás. Vi que Fieschi abrió una gaveta y sacaba canela en rama perfumada, clavos y una pizca de jengibre. Lo metió todo en la manga, que entregó a un criado para que la llevara a la cocina junto con otra botella de vino dulce. Los demás lo celebraron. Mientras esperábamos el vino, salí de nuevo a cubierta para darles tiempo a moderar su curiosidad. El sol se había puesto y refrescaba. La tierra era apenas una línea en el horizonte, negra en contraste con el añil del mar y el cielo. Un diminuto resplandor señalaba la torre del malecón, donde mantenían las hogueras encendidas toda la noche para guiar los barcos hacia el puerto. Un criado salió del castillo de proa con un cazo de vino humeante y recorrió la cubierta hacia popa y la cabina grande, dejando un rastro de especias a su paso. Aquellos aromas me recordaron el hogar. Al cabo de unas cuantas semanas habría terminado mi trabajo en Roma y por fin podría regresar. Regresar a la casa familiar, a los adoquines húmedos de lluvia del Broken Wharf en la City londinense. Y con el triunfo en mi poder.

## 2

Llevaba siete meses sin pisar mi almacén ni caminar por aquellos callejones oscuros, entre montones de barriles y cajones que podían contener cualquier mercancía del mundo. En los años de mi infancia, había explorado aquel lugar con los otros dos integrantes de nuestra pandilla. Solíamos merodear entre las pilas de mercancías a la polvorienta luz de las escasas claraboyas oscurecidas por el humo, siempre en busca de nuevos descubrimientos. Mis dos compañeros eran John Lazar, audaz y de habla atropellada, grandote para su edad, que rivalizaba conmigo por dirigir el grupo, y Thomas, mi hermano. Thomas era más delgado, un amante de los libros y, por tanto, hábil a la hora de idear hazañas. No había pared por la que trepar ni riachuelo que saltar que nos amilanara. Llevábamos clavos, palos e incluso una barra de hierro. Golpeábamos los barriles y abríamos las tapas haciendo palanca. Dentro, si teníamos suerte, encontrábamos resina verde dulce macerada en agua de rosas, en la que sumergíamos los dedos para probarla: el fruto prohibido de tierras salvajes. En el almacén había ámbar del Báltico, que relucía con su oscuro fuego anaranjado; cajas de hojas para cuchillo de Turquía; cucuruchos de canela y pimienta; bultos de lona encerada que escondían alfombras deslumbrantes y damascos de dibujo arremolinado.

En el exterior, frente a la fachada gris con vigas de nuestro almacén, el hedor del río impregnaba el aire. El agua lamía las piedras cubiertas de verdín del muelle que dos o tres barcazas, con su única vela arriada, golpeaban constantemente.

Aquél había sido mi mundo, el mundo de Queenhythe Ward. Este y oeste confluían en Thames Street, que conjugaba la grasienta hediondez de las tiendas de comida preparada, con rótulos como la Cabeza del Rey David o el Viejo Cisne, del este, con la iglesia de San Pedro y San Pablo y el Jabalí Azul, situados más al oeste, a la sombra de la catedral de San Pablo.

Por aquel territorio los tres corríamos, allí luchábamos y explorábamos. Por las calles sin pavimentar, apestosas de basura y del orín de las bacinillas que la gente arrojaba de noche por las ventanas.

A cada lado de la calle gorgoteaba un albañal que desembocaba en el



Támesis. Allí los molinos subían el agua del río de nuevo a las tuberías que la conducían hasta las cisternas repartidas por las calles. Era en aquellas cisternas donde las criadas sumergían los cubos que se llevaban a casa. Así que, parafraseando a mi padre, bebíamos lo que meábamos, tan cierto como que meábamos lo que bebíamos.

—Es un nombre que se lleva con orgullo, «comerciante de Queenhythe», solía decir mi padre, y buena parte de mi vida le creí. Nosotros, que habíamos nacido en Thames Street, sospechábamos de todos los forasteros de más allá de Lambert Hill por el oeste o de Towne's End Lane por el este. El distrito era una ciudad en sí mismo dentro de la City. Elegía un concejal, tenía su propio Consejo de los Seis y su Corte de Distrito, nueve agentes de la ley y un ayudante, así como ocho basureros que dormían de día y hacían su ronda nocturna por las calles, sacando a paletadas la variopinta porquería de la ciudad para llevársela al campo, donde suponíamos que la vendían a buen precio.

Five Foot Lane, la calle más estrecha de Londres, y la ruinosa iglesia de la Santísima Trinidad, apuntalada con enormes vigas de roble por las que yo me había encaramado una vez hasta el alero desafiando a John a seguirme, estaban allí. Y también las casas humildes de los carreteros y los estibadores, y las grandes residencias con patio de los nobles, por cuyas ventanas espiábamos ávidamente.

En el corazón del distrito se encontraba el propio Queenhythe, un muelle de carga construido en la ribera, entre los almacenes, que se adentraba unos cuarenta metros en el río. Los ancianos recordaban la época en que había sido el más importante de Londres, aunque ya sólo las barcazas y los barcos pequeños podían amarrar en él, por culpa del mal estado del Puente de Londres, cuya estructura levadiza se había anquilosado con los años y ya no permitía el paso de los grandes buques. A pesar de todo, el Hythe era digno de ser visto cuando, con la pleamar, los barcos ligeros remontaban su curso por docenas. Disponía de su propia aduana, a cuya puerta el alguacil permanecía con los pulgares en el cinturón. Las chalanas descargaban centeno y carbón, arenques y espadines recién pescados, caballas y anguilas, bacalao salado y el pescado seco de Noruega, tieso como una tabla, que comíamos en invierno. Solíamos sentarnos en las piedras de la orilla, John, Thomas y yo, para mirar a los panaderos y cerveceros que bajaban a comprar trigo y cebada. Veíamos

levantar con el cabrestante las cargas de pescado y cómo las pesaba el contador, un empleado flaco y pálido, después de lo cual los ocho mozos principales, con tres ayudantes per cápita, cargaban siete sacos a lomos de cada caballo de carga y se marchaban por las sinuosas calles empinadas — Bread Street Hill y Spooner's Lane, y Labour-in-Vain Hill, la que tenía el nombre más acertado, porque las bestias de carga se atascaban entre las vigas que sobresalían de sus casas— a los mercados de pescado.

Al oeste de Queenhythe estaban Salt Wharf y los baños de Stew Lane. Aquellas habitaciones llenas de vapor bajo la chimenea de ladrillo no tenían nada de limpias. Las mujeres que vivían en el inmueble eran ramera y, en las noches brumosas, oíamos sus risotadas desde casa. La Sodoma del Támesis, la llamaba mi madre, y nos había prohibido a Thomas y a mí acercarnos allí. Pero me picaba la curiosidad y sabía que algún día entraría. Más allá de Stew Lane estaba Timber Hythe, donde tenía su almacén el padre de John. Nos pasábamos por allí a veces para ver cómo descargaban las mercancías: paneles de roble de Alemania, pino para construir casas y listones de roble para duelas de barril. A John no le gustaba quedarse demasiado rato. Se avergonzaba de la aburrida clase de comercio de su padre; estaba, como todos nosotros, impaciente, hambriento de nuevos horizontes.

Más allá todavía quedaba nuestro propio territorio, el del Broken Wharf, con los pedruscos de los escalones derruidos en el agua y la argamasa del antiguo adoquinado desconchada, siempre amenazando con venirse abajo. Al principio la empresa Dansey había tomado en arriendo aquel embarcadero porque era barato. Luego, Roger Dansey, mi padre, compró el almacén y la vivienda contigua, y allí nos instalamos. Habíamos construido un nuevo muelle de roble, pero seguía siendo un embarcadero traicionero alrededor de cuyos pilotes se arremolinaban las corrientes del río.

Muy a menudo nuestra pandilla correteaba por allí. Solíamos sentarnos en el borde del muelle de piedra con los pies colgando sobre el agua, mirando los barcos y a los hombres ocupados en sus tareas mientras debatíamos acerca de nuestra próxima aventura.

—¿Quién se atreve a nadar hasta el molino? —preguntaba John. Señalaba con un gesto de cabeza el par de barcazas encajadas entre pilotes, en el río, con una noria fija entre ambas que no paraba de girar con un chirrido y un chapoteo monótonos.

Nadar hasta allí era mortalmente peligroso aunque la corriente no fuera fuerte. Nosotros lo habíamos hecho, John y yo, tres veces, desafiándonos mutuamente, y yo hubiese vuelto a hacerlo en cualquier momento, incluso siendo fuerte la corriente, de haber creído que John pensaba que él se atrevía y yo no. Pero Thomas decía:

—¿Y yo qué hago mientras vosotros dos os jugáis el cuello? —E imitaba la voz de John—: «¿Quién se atreve?» Todos hemos demostrado que somos capaces de hacerlo. No, adentrémonos en *terra incognita*.

Se refería al viejo almacén abandonado que había río arriba. Su gran fachada de piedra proclamaba que hacía siglos había sido la casa de un noble, antes de que las mareas y corrientes implacables hubieran corroído sus cimientos y agrietado sus muros. A pesar de todo, en algún momento del siglo anterior alguien se había atrevido a levantar allí un almacén de madera. Alto y torcido, se erguía en la parte posterior de la antigua mansión en ruinas, inclinado sobre el río como un viejo a punto de caer.

Thomas había sido el primero que consiguió abrir la cerradura con una ganzúa. Se quedaba fuera, vigilando, mientras John y yo nos colábamos por la puerta al interior del patio de piedra abandonado, desafiándonos mutuamente a saltar entre los arcos rotos, allí donde el pavimento se había agrietado y precipitado a los abismos inferiores. ¿Nos atreveríamos a bajar? Lo hacíamos. Uno a uno descendíamos a las bodegas inundadas y cargadas del hedor del Támesis, donde el agua llegaba hasta la cintura. Había cavernas viscosas y viejas cajas de vino rotas, y el pecio de una gabarra con las cuadernas podridas relucientes de humedad. Pero lo verdaderamente fantástico del lugar no era el sótano. Yo había encontrado el modo de subir por una escalera chirriante hasta el ático, desde donde un castillete de madera se asomaba al río, que quedaba mucho, mucho más abajo. Con un poco de cuidado y mucha osadía, me desplazaba despacio por las vigas y bordeando el alero, y luego me arrastraba por las tejas —desde las que había una caída de más de nueve metros hasta el suelo— hacia el caballete del tejado. John me seguía y lo mismo hacía Thomas.

Nos manteníamos en equilibrio, sentados a horcajadas, saludando y agitando los brazos. A nuestros pies corría la gran avenida de Londres, el Támesis. Desde allí veíamos todo tipo de barcos: chalanas con las velas marrones desplegadas; barcas de alquiler con un solo hombre a popa, que

iban de un amarradero a otro, y los barcos de ocho remos que llevaban un montón de pasajeros hasta Greenwich. Pero lo que de verdad atraía mi atención eran las grandes naves de los nobles, de proa dorada y elevada popa, con flecos de oro de Venecia en los estandartes heráldicos. Con el tiempo aprendí a reconocerlos todos: la mitra escarlata con las llaves cruzadas del cardenal Wolsey; los leopardos reales y los lirios del duque de Buckingham, antes de que lo decapitaran por ambicionar el trono.

Lo mejor era ver al mismísimo rey viajar de un palacio al otro. La nave real iba cubierta de proa a popa por un toldo carmesí, con las banderas al viento y dragones heráldicos dorados en los mástiles.

Ningún remero podía ir en tan excelsa nave, de modo que la remolcaba otra embarcación. Docenas de remeros, todos con la librea real escarlata, usaban para ello una larga sirga que se hundía y chapoteaba en el Támesis. La nave se deslizaba envuelta en el sonido de laúdes, caramillos y risas; el aroma de dulces perfumes llegaba incluso hasta nuestro tejado y casi lograba ahogar el hedor del río. Los cañones disparaban su saludo desde la Torre y, a veces, yo oía las trompetas del barco cuando estaba en el muelle del palacio de Bridewell, a cuatro embarcaderos de distancia río arriba, donde de vez en cuando el rey reunía a la corte. Los otros se hartaban de aquel espectáculo mucho antes que yo. Se bajaban de las tejas y se escurrían de vuelta a la buhardilla, mientras yo me quedaba allí, embriagado. Anochecía cuando volvía a casa, y de no haber sabido buscar a tientas aquellas vigas en la oscuridad hubiese podido matarme más de una vez.

Nuestra casa quedaba justo detrás del almacén, orientada al norte, de cara a la pequeña iglesia de Santa María Summerset, al otro lado de Thames Street. En aquel punto la calle describía un curioso giro, allí donde Labour-in-Vain Hill, que bajaba serpenteando y desembocaba en ella. Aquel lugar de encuentro de calles formaba un remanso de calma. Los viandantes se detenían cuando llegaban a nuestro sinuoso callejón, como para hacer acopio de fuerzas y recapacitar sobre su trayecto antes de proseguir. La casa en sí era como miles de otras casas de la City: altísima, de tejado inclinado, con una viga de roble desteñida por la lluvia y en equilibrio sobre otra en voladizo sobre la calle. Aquella inclinación, según mi madre, no tenía otro propósito que impedir que cuando arrojabas el contenido de la bacinilla por la ventana del dormitorio éste no acabara en tu salón. Detrás de las ventanas estaban las

oscuras habitaciones con paneles, tal como exigía la costumbre; había un salón y un vestíbulo, e incluso una pequeña galería, a lo largo de Bosse Lane, que daba al Támesis. A mí, que regresaba de las maravillas del barco real, la casa me parecía un lugar carente de encanto, en el que abundaban el gris del peltre, el marrón de la tela basta y el tufo de las velas de sebo y las candelas. El peltre era un símbolo de nuestra posición social. La inmensa mayoría de los londinenses comían en platos de madera o de loza; la alta burguesía y la nobleza, muy por encima, usaba vajilla de plata. El peltre era para los acomodados, los respetables de sólida reputación, quienes tenían una posición elevada pero sólo moderadamente. Aunque hubiésemos podido permitirnos comprar vajilla de plata, mi madre no quería ni oír hablar del asunto: «En cuanto empiezas a imitar la corte, es una rueda. No nos apartemos de lo que somos.»

En el salón, después de la cena, solía preguntar a mis padres acerca de todas las maravillas de la realeza: de dónde procedían sus tesoros, cuánto valían, quién los había traído a Inglaterra. A mi padre le entusiasmaba aquello y ponía cara de infantil deleite. Sentado junto al fuego, con la luz de las llamas oscilando en los paneles de roble, tejía relatos sobre las pieles y los satenes que llevaban los nobles, la tela de plata y oro y los fabulosos tintes carmesí, escarlata y añil; los perfumes con algalia obtenida de las glándulas de las civetas y el ámbar gris que se decía que excretaba Leviatán. Mi madre escuchaba sus historias con atenta frialdad. Cuando mi padre no estaba presente me hacía señas para que me acercara, se agachaba y me instruía: «Recuerda esto, Richard: nunca te enamores de tu cargamento.»

Yo la miraba, retador. En mi opinión aquello era lo mismo que si me hubiera dicho: «No te enamores nunca.»

En aquella época mi madre ya era una mujer que se hacía valer. Mi padre dejaba que se ocupara de buena parte del negocio. Admitía sin ambages que tenía más sentido común que él y que sus inversiones prosperaban. Pero era fría para los negocios. «Compra aquello en lo que eres entendido, pero que sea vendible», decía.

Para ella, todas las cosas maravillosas que compraba y guardaba en el almacén no eran otra cosa que un ingenioso medio para obtener beneficios. Le gustaba ir tras la mercancía, y disfrutaba con la retorcida emoción de dejar fuera del negocio a los otros comerciantes mediante planes bien urdidos y

llevados a cabo con precisión, pero al final calculaba su felicidad en piezas de plata o ducados venecianos. Aquél era su plan de futuro: hacerse cada vez más rica y pasar toda la vida en Thames Street, viendo y oliendo el río.

Thomas se le parecía, tanto en el carácter como físicamente. Tenía el pelo oscuro y fruncía las cejas mientras meditaba. Ella lo llamaba «el cuidadoso», porque siempre pensaba antes de hablar. Yo era el precipitado, sin cabeza para los libros. Era el de los sueños imposibles, de complexión delgada y cara alargada, con unos ojos vivaces y penetrantes del color de los gujarros verdosos. «Demasiado dispuesto —decía mi madre—, y demasiado parecido a tu padre.» Demasiado dispuesto a dejarse seducir por el brillo de las cosas hermosas, quería decir, demasiado dispuesto a desear; sin duda en el futuro me precipitaría a la hora de comprar. Un comerciante no debe precipitarse.

Aquél no era el estilo de mi padre. Él compraba con el corazón. Cuando yo tenía once años adquirió una bolsa de perlas de Arabia y me las dio para que jugara con ellas. Recuerdo cómo las hacía rodar en una gran fuente, junto a la chimenea, y las sostenía en alto para ver cómo brillaban a la luz amarillenta de las velas y luego las clasificaba por tamaños con unas pinzas.

—Perlas. —Torcía el gesto mi madre—. ¿Por qué perlas, en nombre del cielo?

—Las compré porque me fascinaron —era la respuesta de mi padre.

A mí también me fascinaban. Hablaban de una vida más allá de la que yo conocía, una por la que estaba desarrollando un vago pero poderoso anhelo.

### 3

Cuando crecí, solía escabullirme siempre que podía para ir hacia el norte, Labour-in-Vain Hill arriba, hasta Cheapside. Allí había un mundo realmente diferente. Una amplia calle adoquinada, a diferencia de la mayor parte de la ciudad, que vivía en su propia inmundicia; las casas que se erguían majestuosas como las cubiertas de los grandes barcos; el acueducto con estatuas doradas de santos. Todo aquello me dejaba embobado.

En la esquina con Bread Street estaba el maravilloso tramo de casas conocido como la calle de los Orfebres. De cuatro pisos de altura, con figuras ricamente pintadas y doradas de hombres de los bosques a lomos de monstruosas bestias embelleciendo las fachadas, había un total de catorce tiendas. En el centro de la calle, bajo el más grande y fiero leñador, se encontraba la del orfebre del rey, Cornelius Heyes. Era un hombre influyente al que, se decía, recibían en la corte con mucha deferencia, como a un gran noble. También había otros, casi tan importantes como él. Todos conocían a mi familia, por supuesto. Mi padre había hecho negocios con ellos en alguna ocasión. Allí iba yo a sentarme, en el taburete de una esquina, a mirar y aprender.

En una joyería, lo primero que te impacta es la luz. La calle está orientada al norte, como el estudio de un pintor, y los estantes de los comercios tapizados de blanco, de modo que recojan siempre la luminosidad. Encima de la tela blanca, las gemas refulgen, cada una con su propio fuego.

Un estante contenía solitarias piedras puras, rubíes y amatistas, granates y zafiros, algunas exquisitamente talladas y pulidas, otras en bruto, tal como habían sido extraídas de la tierra, bastas como el granizo. En otro estante había anillos y sellos, de media caña o de plata labrada con forma de ramas de árbol. En una pared había cruces y relicarios y tabletas de cristal grabadas con escenas de santos, y las cosas preciosas que les gustan a los príncipes: pequeños crucifijos para rosario, peines enjoyados, cajitas para yesca, frascos de perfume, tinteros, relojes de arena, marcos de espejo y cascabeles de halcón, todo ello de oro y con incrustaciones de ágata, esmalte o madreperla.

Más arriba estaban las jofainas y los aguamaniles de oro o de plata sobredorada, que relucían en la tienda como soles, esperando a ser presentados al rey. Recuerdo un par de cuencos dorados con bestias y dragones de la tienda de Cornelius, que pesaban más de seiscientas onzas, y un vaso de cristal de roca grabado con rosas y coronas, y las iniciales en oro del rey y la reina —una H y una K— entrelazadas.

En las esquinas había otras rarezas: colmillos de elefante, ramas de coral carmesí o el cuerno de un unicornio guarnecido con oro. Más al fondo, el espacio estaba ocupado por un horno de ladrillo en el que constantemente rugía el fuego y por el torno para tallar, al que el orfebre se sentaba como un alfarero, dándole impulso con un pie para pulir o dar forma a las gemas. Muy cerca, en el banco de trabajo, había jarritas de pasta y polvo de esmeril y buriles con punta de diamante con los que hacían diminutos grabados o sellos. Estaban además las fresas: desde los taladros muy grandes, que se hacían girar con ambas manos, a las más finas brocas para perforar perlas. También había pinzas de todos los tamaños imaginables, crisoles, cucharas de colada y martillos, yunques en miniatura, moldes, y guantes y mandiles de cuero ennegrecido por el uso. Quedaban todavía los bloques de cera y los ácidos, tanto agua fuerte como agua regia, para los grabados. Cerca de la parte anterior de la tienda había una gran mesa de patas profusamente talladas, donde se sentaba el artesano a esperar a los clientes. Colocaba frente a sí las balanzas y los pesos de latón; los *scruple* y los dracmas; los quilates, que equivalían a la 144 parte de una onza, y los pesos, que eran la cuarta parte de un quilate y sólo se podían coger con pinzas.

Lo que más me gustaba ver eran las piedras en toda su variedad de temperamentos y clases. Aprendí a reconocer los doce tipos de esmeralda, con la escita a la cabeza, que brilla como la hierba recién brotada de primavera. Aprendí a conocer piedras análogas a las esmeraldas, como el jaspe y el berilo azul verdoso, que deben tallarse formando un hexaedro si no se quiere que pierdan su brillo. Aprendí sobre el diamante: los blancos puros de Golconda, los azules, los verdes y las hermosas piedras puntiagudas del río Mahanadi de Bengala. Éstas tienen que tallarse con protección, porque si las golpeas con un martillo se rompen en esquirlas tan pequeñas que resultan invisibles. También aprendí acerca de su talla, a tener ojo para las piedras, como si dijéramos, para escrutar su alma. La faceta principal, a ser posible,



será un rectángulo plano. La piedra con este tipo de talla es la más preciada en todas partes. Tiene un brillo oscuro y un misterio que la talla brillante nunca puede tener. También estudié los rubíes, tanto los fenomenales como los de menos valía, que tienden al naranja del granate y el circón. Aprendí de amatistas, con sus delicados matices de flor de melocotón, casi tan preciadas como los diamantes, y de zafiros, tanto el celeste como el verde, el amarillo, el rosa y el blanco.

También estudié sus defectos y problemas. Algunas piedras son opacas y otras pálidas o están descoloridas; a otras las llaman «nubladas» porque tienen una bruma o una película blancuzca en su superficie, a pesar de que su corazón sea claro. Otras piedras se decoloran, están rajadas o manchadas por inclusiones metálicas. Había oído una y otra vez que un orfebre no debía apiadarse de esas piedras mutiladas y estropeadas. Tenía que ser tan despiadado eliminando imperfecciones como cualquiera que aspire al favor de los reyes.

Pero de quien más aprendí fue de Morgan Wolf. Me reveló los trucos de los joyeros para mejorar la naturaleza. Me contó que, si sumergía un rubí apagado en vinagre durante catorce días, éste recobra su fuego el tiempo suficiente para poder venderlo. Me enseñó a tratar el simple cristal de roca con añil para fabricar un falso zafiro, y a aplicar un brochazo de pintura en la culata de un diamante para que tenga el color deseado. Me mostró distintas láminas de cobre, plata u oro sobre las que engastar las gemas. Aquellas láminas podían teñirse si se exponían al humo que desprende la tela o las plumas de vivos colores al quemarse. Así que deja que te dé un consejo: si tienes un loro muerto, véndeselo a un orfebre deshonesto. Te lo comprará a buen precio. Wolf incluso tenía una jaula de mimbre con palomas en la trastienda y, cuando tenía una perla ajada, que había perdido el brillo, obligaba a una paloma a comérsela y, al día siguiente, la recuperaba de entre los excrementos, brillante y rejuvenecida. Siempre ha habido falsedades e imposturas y, con el tiempo, aprendí a detectarlas todas.

Mientras permanecía sentado en un rincón de la tienda de Breakespere o de la de Wolf, con la cabeza apoyada en un brazo, soñaba con el futuro. Sabía que la vida de orfebre no estaba hecha para mí. No hubiese resistido tantas horas sentado al banco de trabajo o esperando en el mostrador a un cliente, como una araña al acecho de una mosca. No, decidí: sería viajero, el príncipe

de los mercaderes. Pero no vendería mis mercancías en Thames Street. En lugar de eso me veía remontando el río, tal vez en una de aquellas barcas doradas que me encantaba contemplar, hacia el palacio de Westminster o Richmond, desembarcando en fabulosos muelles con banderas y dragones de oro sujetos a mástiles, siendo conducido al interior, donde aguardaría la realeza. Tales eran mis sueños. A nadie hablé de ellos, y menos a mi madre.

Fueron pasando los años. Nuestra pandilla de tres acudía a la mejor escuela de Old Fish Street, donde un joven franciscano nos enseñaba unos rudimentos de latín, aritmética y contabilidad. Las motas de polvo flotaban en la luz que entraba por las sucias ventanas y el agua gorgoteaba en el tanque de plomo del exterior. Llevábamos seis años sentándonos allí todas las mañanas, asfixiados de calor en verano y helados de frío en invierno, con un pequeño brasero de carbón en el centro de la habitación. Éramos unos veinticinco, hijos de comerciantes de salazón de pescado y de otros mercaderes de Thames Street. Yo anhelaba desaparecer, pero anteponía a ello la necesidad de aprender lo que consideraba que necesitaría en la vida. Los números en sí mismos eran un tostón, pero adquirirían verdadero interés cuando calculaba ducados a partir de coronas o beneficios. El latín, la lengua oficial para los contratos legales, de los embajadores y los clérigos, lo dominé tanto como pude, aunque a menudo, cuando hubiese tenido que estar aprendiendo de memoria algún verso, dejaba volar la imaginación hacia Cheapside y las maravillas que vería esa misma tarde, después de clase.

«Te daré una tunda», murmuraba el maestro en un susurro, como si lo sobrecogiera el castigo que estaba a punto de infligirme. Pero nunca blandía la vara personalmente. Nos dejaba en manos de un vigoroso ujier que tenía en la mejilla la cicatriz de una flecha recibida en la batalla de Flodden, unos siete años antes. Entre golpes, el franciscano repetía la letra que, a sangre, intentaba meternos en la mollera: «*O dulcis* —susurraba, con lágrimas en los ojos por la belleza de las palabras, y su ayudante descargaba la vara en mi palma extendida, zas—, *comitum* —zas—, *valet coetus*.»

Regresaba a menudo a casa con marcas rojas en la palma; pero el dolor poco significaba para mí. Esperaba mi ocasión. Thomas, la brillante estrella, el niño mimado de mi madre, siempre acertaba la respuesta. Aunque era un año menor, había progresado rápidamente hasta alcanzarnos a mí y a John. Miriam Dansey nunca se refería a él como futuro comerciante. No, en lo que

a ella respectaba, el futuro de Thomas era la Iglesia y escalar en la jerarquía eclesiástica. Lo veía como canciller del rey o al menos como un gran obispo.

En el camino de vuelta a casa, los chicos de otras escuelas de más prestigio solían esperarnos a los tres. Eran alumnos de Saint Paul y Saint Anthony. Nosotros los llamábamos pichones de Paul y puercos de Anthony, por los pájaros de la gran catedral y los cerdos que merodeaban por todo Londres, hocicando en los desperdicios hasta que el prior de Saint Anthony los llevaba a la matanza para su disfrute y el de sus hermanos.

Aquellos chicos orgullosos solían rodearnos con sus togas de terciopelo negro, como si ya fueran clérigos o consejeros del rey. Nos lanzaban el tradicional desafío: «*Placetne disputare?*» (¿Os apetece debatir?), y Thomas, con mirada belicosa, respondía: «*Placet.*» Nos íbamos en tropel al cementerio vecino y nos sentábamos en las tumbas. Todavía me parece ver a Thomas, delgado y tieso, pasándose la lengua por los dientes, esperando a oír lo que sus enemigos pondrían a debate, y que podía ser si cien pecados insignificantes eran tan execrables como uno grave, si incluso Lucifer puede ser salvado, o si para los muertos es demasiado tarde para arrepentirse. Era capaz de demostrar cualquier cosa en su latín de estudiante, que se volvía más fluido año a año. Sus oponentes perdían gradualmente los estribos, hasta que aquello se convertía en una batalla de carteras y libros, e incluso de palos y piedras. Entonces John y yo nos enfrascábamos en la lucha y Thomas blandía la cartera con furia debido a su falta de fuerza, hasta que los tres salíamos claramente victoriosos, aunque magullados.

Nuestra pandilla todavía vagaba por las calles de Londres, pero nuestros intereses habían cambiado. Los tres estábamos enamorados de una chica que solía mirar por la ventana de una gran mansión de piedra de la esquina de Bosse Lane. Con sus ojos oscuros recorría Thames Street de arriba abajo mientras se remetía un mechón de pelo negro debajo de la capucha, como si también ella estuviera inquieta, buscando algo que no alcanzaba ver. No sabíamos su nombre, pero parecía de nuestra edad, unos catorce años. Procedía del mundo que yo anhelaba tanto. Las perlas alrededor de su cuello, el broche de rubíes y el hilo de plata de su traje lo proclamaban a gritos, incluso pasando por alto su lánguida facilidad de movimientos y la manera en que se reía de nosotros y llamaba a su hermana, una niña de diez años de mirada penetrante, para que se acercara a ver nuestras payasadas. Mientras

volvíamos lenta y pesadamente de la escuela a casa, solíamos tirar la cartera en la calle, hacernos reverencias y besamanos, armar jolgorio y dar saltos.

—¡Dulce caramelito, bajad!

—¡Bailad con nosotros!

—¡Sed mi novia!

Ella nos respondía apoyando con elegancia la barbilla en una mano y sonriendo. Una vez incluso recompensó a John con un sugestivo mohín y pasándose un dedo por el borde del corpiño y alrededor del cuello. Encontré el modo de escalar la fachada vertical de aquella casa: agarrándome a las piedras apenas sobresalientes con los dedos de las manos y los pies y aupándome hasta su ventana. Allí sentado como un extraño pájaro, a menos de medio metro de la suave y repentinamente sorprendida cara de la chica, no tenía ni idea de lo que debía hacer. Pero con los otros dos mirándome desde abajo, era evidente que debía hacer algo. ¡Qué escuálido y deforme piropo fue a ocurrírseme! Tomé su mano y le conté los dedos: uno bonito, el otro un poco demasiado grueso, oh, pero aquél, ¡moriría por él! Ella recuperó la mano y se rio.

—¡Eh, Susan! —llamó hacia la puerta abierta que tenía detrás—. ¡Ven a oír esto! ¡Este muchacho intenta conquistarme!

Para ella no era más que un juego, un pequeño entretenimiento, como un títere o un malabarista. Yo hervía de rabia y de vergüenza. ¡Si hubiese sido capaz de ver lo que yo anhelaba ser en vez de lo que era, el hijo de un comerciante, un colegial nacido y criado en la fetidez del Támesis!

—¡Que el demonio te lleve, Richard Dansey! —me gritó John desde abajo. Intentó saltar y trepar por la pared hacia mí, pero pesaba demasiado y se escurrió hacia abajo. Aquello me dio valor. A los ojos de John, por lo menos, yo era el conquistador. Me abalancé y, antes de que la muchacha se diera cuenta de lo que hacía, la besé en los labios sonoramente, para que John y el resto lo vieran. Ella se apartó de mí, ceñuda. Me había propasado. Entonces volví a bajar cuidadosamente y de un salto los últimos dos metros. Thomas gritó de alegría y me palmeó la espalda, pero John se abalanzó sobre mí, me dio un puñetazo y me derribó. En un abrir y cerrar de ojos estuvimos rodando juntos en la suciedad del arroyo. Cuando nos levantamos para desafiarnos con la mirada, a ambos nos sangraba la cara.

—¡Será mía! —me prometió John.

—No mientras yo viva —repliqué.

No nos movimos, en guardia por si el otro volvía a atacar. Luego John soltó una carcajada y me tendió la mano.

—No vamos a dejar que una chica se interponga entre nosotros. —Tenía razón. Su amistad me importaba, aunque a menudo, como en aquel momento, nuestra rivalidad casi podía con ella. Acepté despacio la mano que me ofrecía. Me dio un codazo burlón y susurró—: Pero será mía.

Luego escuchamos los perros que se acercaban a la gran puerta que había bajo su ventana y la voz gutural de un criado. Corrimos calle abajo, riendo y empujándonos. Me sentía eufórico por mi triunfo con la chica y emocionado por el peligro de haber estado al borde de perder a John como amigo.

Durante los meses de verano recorreríamos la polvorienta Thames Street para detenernos bajo su ventana, vacía y cerrada a cal y canto. Sólo quedaba el criado cascarrabias, barriendo las losas de la entrada. Un día Thomas se le acercó, le ofreció unas monedas, se quedó hablando con él un momento y luego se reunió con nosotros.

—Se llama Hannah Cage —nos contó—. Su padre es Stephen Cage, un cortesano importante, que tiene un castillo en Kent. La familia está fuera de la ciudad acompañando al rey en su recorrido: Eltham Palace, Greenwich, Richmond.

Escuchamos la noticia en silencio. Sentí un gran vacío interior. Allí estaba de nuevo la cruda realidad: el abismo entre lo que deseaba ser y lo que era. Bien, la chica estaba fuera de mi alcance; mejor olvidarla.

Mientras rondábamos cavilando por Londres aquel verano sofocante, una tarde, John nos llevó a los baños de Stew Lane. Nos detuvimos a mirar su chimenea de ladrillo y sus misteriosas ventanas con postigos.

—A que no te atreves a gastar un chelín en comprar una noche de placer en los baños —me retó John.

El corazón se me aceleró. Tal vez la muchacha se hubiera marchado, pero probaría por primera vez a una mujer.

—¡Por Dios que lo haré! —repuse.

—¿Lo hacemos juntos, pues? ¿Esta noche?

Cuando hubo anochecido salí a escondidas de casa y me reuní con John al final de Stew Lane. La niebla flotaba sobre el río. Brillaba luz en los resquicios de las ventanas con postigos de los baños, pero el resto de la zona ribereña

estaba a oscuras. Le tendimos un chelín cada uno en la puerta a una sonriente vieja con sólo dos dientes. Nos dijo que nos desvistiéramos y pasáramos al otro lado de la cortina. Avanzamos juntos y desnudos por un suelo de juncos entre una nube de vapor caliente. A lo largo de las paredes, en cubículos con cortinas, estaban los baños individuales, de los que salían carcajadas y ruido de salpicaduras. Me imaginaba en un castillo fantástico salido de un romance, donde una noble damisela, que era la viva imagen de Hannah Cage, me esperaba. Me puse a temblar, expectante. John me miró, me guiñó un ojo y se metió en un cubículo. Yo descorrí una cortina, entré en otro y me metí en la bañera. Mientras me tendía en el agua caliente, una chica se deslizó a mi lado. Era corpulenta, un montón de pechos y muslos rellenos que me dejó asombrado. Se puso rápidamente encima de mí, con la cara colorada y el pelo rubísimo, y yo me preparé para la exquisitez de mi primera cata de placer. Pero ¡Dios, cómo pesaba! Mientras ella se movía y jadeaba yo tenía que luchar por respirar y, en lugar de tener libertad para explorar los territorios desconocidos de la carne femenina con las manos, tuve que agarrarme a ambos lados de la bañera para evitar hundirme. Me llevó enseguida al orgasmo y se apartó con un suspiro y un tremendo chapoteo. Me quedé tendido, semisumergido, resollando. Antes de que pudiera pensar siquiera en otra caricia, la chica se inclinó por encima del borde de la bañera, sacó un brazo por la cortina y gritó:

—¡Sally! Esto ya está. Tenme la cerveza y el pastel en cuanto me haya secado o voy a darte una paliza.

Me vestí furioso. Incluso su suspiro, me dije, había sido una muestra de aburrimiento, no de placer. Casi deseé haberme contenido. ¿Eso eran las mujeres, nada más? No, estaba seguro de que no. Salí y me reuní con John. También él parecía turbado. Pero dijo:

—Selecta y delicada. ¿Y la tuya?

Volví la cara hacia la oscuridad.

—Un paraíso.

Parecía que nuestra vida nunca cambiaría, pero el final de la que conocíamos se precipitaba hacia nosotros a toda velocidad.

El 1 de noviembre mi padre volvió de uno de sus largos y maravillosos

viajes con William Marshe. Éste era alto, de hombros cargados, con un bigote largo y canoso. Llevaba años acompañando a mi padre en sus empresas. Solían volver con cargamentos maravillosamente impredecibles. En aquella ocasión descargaron azafrán, terciopelos y el vino dulce español llamado *vino de saco* o jerez. Aquéllas, supuse, habían sido elecciones de William. Mi padre se jactaba de las suyas: barriles de nuez moscada; añil en polvo para teñir, prensado en pastillas azul oscuro, y diecisiete saquitos de pimienta. Lo seguí hasta las tiendas de los especieros de Coneyhope Lane, pasado Cheapside, detrás de la antigua judería, con un par de caballos de carga de alquiler para llevar nuestros barriles de mercancía. «Tierras extranjeras», llamaba mi padre a aquellas calles. Estábamos lejos del aroma del río. Los chambelanes y los mayordomos de los nobles iban allí a comprar especias para las grandes casas. Los tenderos siempre acogían bien a mi padre. Con su infantil cara redonda iluminada por la excitación, se sentaba y contaba historias de puertos lejanos que ellos nunca verían. Les describía la luz dorada de la puesta del sol en Lisboa, cómo los barcos de Amberes remontaban el río con la marea, y el faro y la bahía de Génova, desde donde, a finales de primavera, los pescadores de coral se hacían a la mar hacia Córcega en sus esquifes ligeros y rápidos, doscientos a la vez. Yo lo escuchaba fascinado. Me prometí que antes de que pasaran muchos años vería aquellos lugares con mis propios ojos.

Cuando terminó su relato, mi padre enseñó la mercancía. El tendero le ofreció tanto como pudo, pero, como siempre, no era suficiente. Tomó las manos del especiero entre las suyas y dijo solemne:

—Amigo mío, ¿verdaderamente no podéis, de corazón, ofrecerme más?

Suspiró y nos fuimos a probar suerte en la siguiente tienda, y en la otra. Al final mi padre sonrió, se encogió de hombros y vendió la mercancía por lo que pudo. Cuando volvíamos por Cheapside hacia la calle de los Orfebres, metió la mano bajo el jubón y sacó un saquito de piel.

—No todo está perdido, mi Richard. Tengo una cosa más que vender. — Aflojó las cintas y me enseñó tres piedras verde pálido—. Son esmeraldas persas —murmuró—. De un maltés que conocí en Nápoles.

Cruzó la calle hacia la tienda de Christian Breakespere y entró. Lo seguí. Dejó las piedras sobre la mesa con una floritura. Inmediatamente noté que algo iba mal. Tiñeron apenas la tela con un pálido resplandor uniforme. Lo que brillaba era su superficie, no sus profundidades. El viejo orfebre se

esforzó por ver más allá. Le gustaba mi padre, pero frunció el ceño y sacudió la cabeza.

Hubiese llorado de frustración. Agarré una piedra. Incluso al tacto algo fallaba: se calentó en mi mano en lugar de mantener la frialdad que, según se dice, hace de las esmeraldas un remedio seguro contra la fiebre. La sostuve en alto frente a mi padre.

—Queréis ver hasta qué punto se trata de una esmeralda, ¿verdad?

Crucé la tienda hasta el torno de tallado de la trastienda, lo puse en marcha con el pedal y sujeté la piedra sobre él usando la más pequeña de las pinzas de hierro. En vez de soportar el roce del esmeril y ganar con él en perfección y profundidad, la piedra se desmenuzó.

—Vidrio —comenté—. Hermoso vidrio verde.

Mi padre salió ruidosamente a Thames Street, cantando a voz en grito. Lo seguí, enojado y apenado por él. Cualquiera en este mundo, me decía, habría sabido ver la diferencia entre aquellos guijarros y las verdaderas gemas, menos él. En la contaduría registró las ventas en el libro de contabilidad con perfecta calma: «Esmeraldas. Compra, 38,9 £. Venta, 0,0 £.» Era su peor calamidad hasta el momento. La nuez moscada, el añil y la pimienta se habían vendido por poco más de lo que había pagado por ellos. El azafrán de William había dado algún beneficio, que los costes de fletar los barcos, pagar las hosterías y las tasas portuarias dejaron en nada.

Y, además, tenía que enfrentarse a mi madre.

—¡Sois un loco, un loco! —le gritó ésta, lanzándole bofetadas que mi padre esquivaba con una sonrisa avergonzada—. ¿Os creéis todo cuanto os dicen? ¿Sois un niño? Comprad lo que detestáis, no lo que os gusta. Así no os llevaréis un chasco.

Mi padre nunca respondió a sus diatribas. Pero yo sabía que la pérdida le había dolido mucho. Unos días más tarde se quedó en cama, tembloroso, pálido y sudoroso, aunque nos aseguró que no era nada, nada en absoluto. El doctor dijo que sufría una aglomeración excesiva de humores en el cerebro. Le hizo una incisión en el brazo con un bisturí, lo sangró abundantemente y le prescribió un tratamiento a base de vómitos y una purga de ruibarbo y azufre. Durante semanas su dolencia fue yendo y viniendo. A veces parecía sanar y se levantaba para ir a la contaduría, donde se paseaba hablando consigo mismo e ideando nuevas empresas. Pero al cabo de unos días volvía a



tener fiebre y cada episodio lo dejaba más desmejorado. En Cuaresma ya era evidente que no volvería a levantarse.

—Un viaje más —susurró, tendido en la habitación oscura que daba a Labour-in-Vian Hill—. Sólo uno más y todavía podré triunfar. —Nos miró con una sonrisa de febril alegría, como si el gran negocio que siempre se le había escapado estuviera finalmente a su alcance. Después se sumió en murmullos y gritos repentinos que nadie supo entender.

Un mes después lo enterramos en el pequeño cementerio de Santa María Summerset, casi frente a nuestra puerta. Nos quedamos de pie en hilera junto a la tumba y el cura celebró una misa por su alma.

Cuando volvimos a casa, mi madre nos hizo señas a Thomas y a mí para que la siguiéramos, y William Marshe vino detrás. Ninguno de nosotros sabía de qué iba aquello. Había oído el rumor de que William había hipotecado su almacén para prestar dinero a mi padre. Mi madre nos llevó en silencio al Broken Wharf por el estrecho callejón. Nuestros pasos resonaban mientras desfilábamos en procesión entre los tesoros ocultos del almacén y subíamos la escalera de madera de la contaduría. Se trataba de una sala que ocupaba toda la cara meridional del depósito, con una larga hilera de ventanas con los cristales en forma de diamante, como los de la cabina principal de un buque, que daban al Broken Wharf y al gorgoteo del Támesis.

A la izquierda estaba el hogar de ladrillo, con el fuego apagado. Las sombras se aferraban a los estantes de los libros de contabilidad de la empresa, con las esquinas de las hojas dobladas y las distintas fechas y transacciones escritas en tinta en el cuerpo de las páginas: «Recibos de Lisboa, 1519-1523; transacciones en especie, cuotas e impuestos; derechos arancelarios y tasas del puerto de Londres.» Cuando hubimos entrado todos, mi madre se sentó por primera vez en la silla de respaldo alto que había sido de mi padre y abrió las manos sobre el gran tablero pulido de la mesa de roble.

—Mi marido me ha nombrado heredera —nos dijo—. Hay pequeños legados para Richard y Thomas.

Nosotros nos miramos. Muchas mujeres que heredan el negocio de su marido lo venden enseguida o lo ponen en manos de un agente que se lo administre, sobre todo si dicho negocio se encuentra en un estado tan precario como suponíamos que estaba el nuestro. Pero no contábamos con

mi madre.

—¡Martin! —llamó.

Entró en la habitación Martin Deller, de espaldas anchas, más de fiar que varios de los vigilantes fuertemente armados que guardaban el almacén. Llevaba años siendo empleado de la familia. Lo había visto, en los albores del amanecer, recorrer los muelles sin linterna, moviéndose con sorprendente sigilo. Sabía que mi madre confiaba ciegamente en él. Llevaba encima un pequeño cofre forrado de terciopelo a rayas blancas y rojas que solía estar a los pies de la cama de mi madre. Nunca lo había visto abierto, pero siempre había supuesto que contenía collares de perlas o capuchas o cosas parecidas. Martin lo depositó pesadamente junto a la mesa. Mi madre abrió el candado y levantó la tapa. Estaba lleno de oro, billetes y bonos; los beneficios de sus muchos negocios secretos. Me miró y luego a Thomas y William Marshe, y dijo:

—La manera en que hacemos negocios va a cambiar. Vamos a comprar un barco.

Por lo visto llevaba mucho tiempo haciendo planes. Incluso había elegido un buque. El *Rose* era un gran barco de unas setenta toneladas. Requería una tripulación de cuarenta marineros a los que tendríamos que reclutar en las tabernas ribereñas de la City. Contaba con un par de cañones ligeros para defenderse de los piratas, así como con una letal arma giratoria capaz de barrer la cubierta en caso de abordaje. Al día siguiente William inspeccionó el barco, que estaba anclado río abajo, y determinó que era sólido y de buena factura.

—Con viento a favor, será ligero como una pluma —aseguró.

Mi madre asintió satisfecha. Confiaba en William como nunca había confiado en mi padre. Se procedió a la firma de los documentos y la entrega de las letras de cambio. Compramos la nave en la primavera de 1521, justo antes de que yo cumpliera los dieciséis. Semanas más tarde, mi madre me llamó a su despacho. La encontré sentada, dándose golpecitos en la mejilla con el extremo de la pluma. Todavía me sorprendía verla en aquella silla. Sólo hacía tres meses que mi padre había muerto, pero ya se había transformado en aquella independiente y fría máquina de hacer negocios, en la Viuda de Thames Street.

Me miró de arriba abajo con una sonrisa, la clase de sonrisa que exhibía

cuando estaba sopesando una empresa que no había dado todavía ni buenos ni malos frutos. Por la ventana se oían el tañido del yunque de un herrero, los silbidos de algunos de nuestros hombres en el muelle y el rumor y chapoteo del río.

—Richard —me dijo por fin—, para ti la escuela se acabó. A final de mes te mandaré a Lisboa con el señor William, por negocios.

El corazón me dio un vuelco. Aquello era el principio, se me abría la puerta. Sabía, por supuesto, que sería un negocio de los suyos, no de los míos, y que el responsable sería William. Pero eso no me amilanó. Tenía mis propios planes. Y con mi pequeño legado estaba decidido a ponerlos en marcha.

Una tarde de verano, Thomas, John y yo salimos de la escuela y caminamos en silencio Labour-in-Vain Hill abajo, juntos por última vez. En la confluencia de calles, a nuestra puerta, nos detuvimos y juntamos las manos. Siempre había considerado aquel cruce como un lugar donde se juntaban caminos distintos.

En aquel momento me pareció un lugar desde donde los caminos divergían. Thomas recitó el verso en latín al que nuestro maestro era tan aficionado:

*O dulcis comitum valete coetus,  
longe quos simul a domo profectos  
diversae variae viae reportant.*

John puso los ojos en blanco e hizo una buena imitación de la voz aguda de nuestro maestro, que a pesar de su severidad podía ser extrañamente sentimental.

—«Sois unos ignorantes, y voy a castigaros. Significa: “Oh dulces camaradas, adiós. / Juntos partimos de nuestro hogar lejano / al que regresaremos por distintos caminos.”»

Thomas asintió gravemente y nos agarró las manos, más fuerte.

—Juradlo —dijo—. Jurad que, sea cual sea el camino que nos separe, algún día nos reencontraremos.

John rio, y yo también. Para nosotros era un juramento extraño. Ciertamente, John estaba a punto de iniciar una vida de viajes como yo, siguiendo los pasos

de su padre en los negocios, por los Países Bajos y el Báltico, en busca de madera y sal. Pero sin duda en el futuro nos encontraríamos a menudo. ¿Por qué iba a ser de otro modo? Thomas, no obstante, estaba serio.

—Jurad por la Santa Virgen que volveremos a vernos.

Repetimos el juramento. Aparté la mano de las suyas y di media vuelta. Mi madre me había pedido que me reuniera con ella en la contaduría en cuanto volviera a casa, para recibir instrucciones detalladas sobre el viaje. Tenía por delante una nueva vida y me había hecho una promesa a mí mismo: aprovechar las oportunidades que se me presentaran para lograr mis propios fines.

## 4

Seis meses más tarde me encontraba en el entrepuente del *Rose*, pasando por el fuerte de piedra amarilla y el monasterio de Belén, aproximándonos a las calles de Lisboa. Era una tarde brumosa. El barco se deslizaba despacio por el puerto mientras yo miraba emocionado.

A mi lado estaba William. El mar me había revelado una faceta distinta de su personalidad. Ya no era el más bien desaliñado perro manso que seguía a mi madre a todas partes y cumplía las órdenes de la Casa Dansey. Adquiría más talla con cada milla que nos alejaba de Londres. Vi que entendía de artillería y navegación, que sabía cómo trazar un rumbo y calcular una latitud con el astrolabio. Poseía conocimientos notables de la lengua curiosamente agradable de los portugueses. Todas esas cosas me había propuesto yo aprender.

Cuando desembarcamos, William dejó que el capitán descargara la lana que estábamos obligados a transportar en el viaje de ida, y se puso en marcha como un sabueso, rastreando las oficinas comerciales situadas en las calles detrás de la plaza del gran mercado que lindaba con el puerto, haciendo preguntas y saludando a los viejos amigos. Vi a un hombre tras otro sacudir la cabeza y santiguarse al enterarse de la muerte de Roger Dansey. William les palmeaba el brazo, asentía con un gesto a las noticias que le daban ellos y proseguía su camino. Noté en su estrategia algo del encanto de mi padre. Mantenía la atención centrada en su interlocutor y hacía que todos se sintieran como el ser más afortunado del mundo. Yo estaba decidido a no perder detalle de los métodos de William y a aprender rápido.

Eran los tiempos del orgullo portugués: el rey Juan el Piadoso, más conocido como Juan el Especiero, mandaba sus barcos mercantes bordeando la costa de África hasta las Indias. Allí comerciaban con nuez moscada de las Molucas, pimienta de Serendip, jengibre y canela de la India. Los portugueses habían expulsado de este comercio a turcos y árabes. Habían hecho arder la ciudad de Adén hasta los cimientos, y William me dijo que El Cairo y Venecia todavía se resentían de ello. La Casa da India ejercía el monopolio sobre cada

grano de pimienta y rama de canela de Lisboa, e imponía unos precios tan altos como quería. Pero, según me explicó William, había oscuras madrigueras donde se almacenaban las mercancías procedentes de barcos que habían escapado a la vigilancia del servicio de aduanas real. Bastaba con un poco de ingenio y audacia para encontrarlas.

Allí donde William iba, yo lo seguía. Me condujo por calles tortuosas más estrechas que ninguna de Londres, de las que los perros salían al sol cegador para volver luego a la sombra fresca, y donde las mujeres anunciaban a gritos sus mercancías: vino y miel, almendras, higos, redes de pesca y cordeles. Nos adentramos en un patio árabe adornado con arcos de ladrillo y con una fuente cantarina en el centro.

—Tu padre fue quien descubrió este lugar —me susurró William—. Fue el único que habló con ellos hasta que confiaron en nosotros. Nunca pienses mal de él, Richard. Sabes que solía decir que no es el beneficio lo que cuenta, sino cómo lo obtienes. Tu madre opina que soy un comerciante más listo que él. Pero si Roger Dansey nunca hubiera tenido pérdidas, yo no habría podido obtener beneficios.

Me los imaginé juntos. Imaginé a mi padre, con su imaginación vivaz, su encanto y su sed de maravillas, metiéndose por cada resquicio de aquellas calles. Me gustaba visualizarlo llevándose las mejores gangas bajo las narices de la competencia. Pero sospechaba que William había sostenido el negocio durante años; que, sin su sentido común, mi padre hubiese traído a casa muchos cargamentos estériles.

Mientras un criado nos servía vino, William negoció con un moro de tez oscura el precio de dos celemines de canela y uno de clavo. Se frotaba las manos, satisfecho, cuando nos marchamos.

—¡Hecho! Volveremos al anochecer con nuestros hombres a buscarlos. Auténtico clavo proveniente de sólo dos islas en el mundo, chico. Hemos sido afortunados de encontrarlos a este precio, tremendamente afortunados. —Se desperezó—. Un buen día de negocios. —Se palmeó el pecho y me miró con ojos chispeantes—. Ahora, querido muchacho, ha llegado la hora de encontrar un burdel.

Me quedé mirándolo. Aquel individuo animado y alegre no tenía nada que ver con el William que yo conocía de casa. Me pasó un brazo por los hombros y me guio por otros callejones hasta una puerta baja que parecía conocer bien.

Me pregunté si también mi padre habría frecuentado aquel lugar. Dentro teníamos para escoger entre seis o siete prostitutas ajadas, disfrazadas de pastoras o diosas paganas, cada una con una lira de madera o un cubo de lechera, símbolo de sofisticación o inocencia.

—¿Qué te parece? —me preguntó William mientras subíamos las escaleras abrazados a las ninfas escogidas—. Tienes que aprender a disfrutar de las alegrías del viaje, mi Richard, tanto como a sufrir sus inconvenientes. Richard, permíteme que te presente a tu señora. —Luego, mientras entrábamos juntos en una habitación oscura, me susurró—: Prométeme sólo una cosa: nunca se lo cuentes a tu madre. Nunca.

No le dije que John y yo ya habíamos hecho nuestra incursión en los baños de Stew Lane. Las rameras de Lisboa estaban cortadas con el mismo patrón y me dejaron descontento y caviloso, con deseos de volver a empezar, aun sabiendo que la próxima vez no sería mejor que la anterior. En el diván contiguo, William se sentó con un suspiro, completamente satisfecho. El presente, con sus placeres sencillos, le encantaba. Me volví y noté la bolsa debajo. Llevaba en ella sesenta coronas: todo cuanto había heredado a la muerte de mi padre. Estaba impaciente por deshacerme de William y empezar a gastarlas. Pero no sería fácil. Se había mantenido cerca de mí en todo momento, y lo que planeaba tenía que hacerlo en secreto. Mi madre no debía enterarse de nada, no todavía.

Al día siguiente estábamos de nuevo en la calle. William se volvió hacia mí en una esquina y me dijo que su siguiente socio era un tanto desconfiado, y que era mejor que lo visitara él solo. ¿Le perdonaría si me abandonaba una o dos horas? El corazón me dio un vuelco. Le vi perderse de vista y partí rápidamente por mi cuenta. Sabía exactamente dónde me dirigía, porque siguiendo fielmente a William había mantenido los ojos bien abiertos.

En primer lugar visité a un cambista del muelle para canjear mis coronas por cruzados portugueses. Salí de nuevo a la calle y busqué una tiendecita por la que habíamos pasado el día anterior, situada a la sombra de la enorme catedral con aspecto de fortaleza. Entré. Como en Cheapside, había allí estantes forrados de tela blanca e hileras de gemas recién llegadas de las Indias, Birmania, Serendip y Bengala que relucían a la intensa luz meridional.

Mientras las miraba, sosteniendo ésta o aquella a contraluz, sentí una estremecedora y profunda pasión por la belleza. Vi diamantes. Vi rubíes

orientales, esmeraldas y perlas de Persia. Pero no podía aspirar a tanto.

Hice un esfuerzo por mirar las piedras de menos valor, los berilios y los ojos de gato y las cornalinas, todas ellas al alcance de mi bolsillo; pero ni siquiera en aquel lugar era prudente sacar todo el dinero de golpe.

Era como si oyera a mi madre decir: «Haz una compra modesta y arriesga poco la primera vez.» Pero los ojos se me iban al estante superior, el de las gemas más nobles. Los clavé en un topacio que brillaba como un sol, perfecto, sin una nube. El tendero me indicó su peso: ocho quilates, un buen tamaño. Era de Etiopía, estaba casi seguro, cuna de las mejores piedras de esa clase.

Un topacio es casi tan duro y brillante como un diamante. Si lo expones al fuego para quitarle color se convierte en lo más aproximado a un diamante indio que puedas encontrar. Pero aquella piedra no necesitaba adulteración alguna. En mi opinión, ya superaba en belleza a un vulgar diamante. Su precio era de cien cruzados: yo sólo tenía setenta y uno.

Empecé a regatear. Severo primero, luego burlón, levanté el topacio e hice un mohín pretendiendo verle un defecto, me volví y me marché; pero regresé. Había visto usar algunos de aquellos trucos a William; otros me estaban saliendo de forma natural, lo que me emocionaba tanto como me alarmaba. El tendero bajó el precio a noventa cruzados, luego a ochenta, luego a setenta. Me sudaban las manos. Podía comprarlo. Pero si lo hacía me quedaría sin herencia: más de doce libras esterlinas, el salario de dieciocho meses de un cura modesto o un empleado. Si me equivocaba, nunca volvería a ver reunida aquella suma. En aquel instante supe que mi vida podía seguir dos rumbos: uno me llevaría a la seguridad, la comodidad y la vulgaridad; por el otro camino afrontaría peligros y cuitas, y, con suerte y si era lo bastante hábil, vería cumplidos los deseos más profundos de mi corazón. También sabía que si me acobardaba nunca más volvería a comprar una sola piedra. Asentí rápidamente y conté el oro.

Pasé por una agonía, expectante, hasta que William terminó sus compras. Compraba barato y a hurtadillas, lo que implicaba adquirir poco a poco una barrica de azafrán aquí, tres cajas de pimienta allá.

Pasó un mes antes de que las compuertas del *Rose* fueran selladas y zarpáramos de nuevo, oyendo desvanecerse los cánticos del monasterio de los Jerónimos en la brisa mientras poníamos proa al mar abierto.

De vuelta en Londres no perdí tiempo. Le llevé mi topacio a Christian



Breakespere. Era de una tonalidad que pensé que le gustaría. En su tienda siempre tenía un buen número de piedras del color del sol otoñal, ópalos amarillos, granates, ámbar. El anciano levantó la piedra con sus pinzas y la expuso a la luz, de modo que se incendió y tiñó su mano de oro. Luego la bajó y me miró con su amable sonrisa.

—Una piedra fina. De las de su tipo, muy fina. ¿Digamos que sesenta coronas?

Le sostuve la mirada.

—Había pensado que ochenta.

—¿Eso habías pensado? —Le centelleaban los ojos—. Entonces digamos mejor que setenta. ¿Hecho?

—Hecho.

—Sigue como has empezado, joven Richard. No me decepciones.

Cobré allí mismo, en oro. Había obtenido una ganancia de diez coronas, pero me parecía de mil. Corrí a casa dando saltos por Labour-in-Vain Hill y doblé la esquina del cementerio con la bolsa de oro tintineando en la mano. Luego me contuve. No debía revelar mi secreto demasiado pronto. Antes tenía un largo camino por recorrer.

En nuestro siguiente viaje, William y yo llegamos más lejos, hacia el sur y bordeando el Mediterráneo. En Barcelona compré el cofrecito de acero con la ingeniosa cerradura y la cadena fina que desde entonces usé para mis compras. En Toulon adquirí una sardónice, en Génova un ópalo. Navegamos luego por la costa de Italia hasta Ostia y Nápoles, donde compré unos cuantos jacintos y una pequeña amatista pálida. Nada de lo que compraba era lo más raro o lo máspreciado. Pero tenía ojo y, siempre que llevaba mis adquisiciones a la calle de los Orfebres, les sacaba provecho.

Transcurrieron dos años. Mi madre dominaba más el negocio. Contrató otros agentes y acometió nuevas empresas. Por lo visto tenía reservado un rincón de la bodega de cada barco que partía de Londres; exportaba lana o cáñamo, con instrucciones de encontrar y traer a la vuelta algunos productos básicos cuidadosamente escogidos.

La excitación flotaba en el aire del Broken Wharf. Nuestros hombres se movían con brío, como si fueran conscientes de formar parte de una empresa

que había cobrado nueva vida. A menudo pensaba que a mi padre le habría gustado ver la nueva situación de la firma Dansey y emprender aquel último gran negocio con el que soñaba.

Cada vez que volvía a casa, lo primero que hacía era ir a la escuela a esperar a Thomas. Había optado por quedarse con el maestro, profundizando más y más en las obras de teología y derecho canónico.

Mi madre hablaba de él con orgullo. Había destacado en los debates anuales que se celebraban en el cementerio del priorato de Smithfield, en los que competían todas las escuelas de Londres. Muchos grandes hombres habían despuntado en aquellos debates, entre otros Tomás Moro. Todo lo que le hacía falta a Thomas era llamar la atención de algún hombre de alto rango, porque nada era posible sin un mecenas. Mientras seguíamos el camino de siempre, Old Fish Street abajo y pasando el mercado, con los canalones obstruidos de sangre y vísceras de pescado, Thomas me habló de los planes que nuestra madre tenía para él.

—El tío Bennet, según ella, es mi mejor esperanza. ¿Sabes que el cardenal va a fundar un *college*?

El hermano de nuestra madre, Bennet Waterman, un abogado de la ciudad completamente calvo, de cara radiante y un aire de diabólica astucia, hacía poco que estaba a las órdenes del gran cardenal Wolsey, el hombre más orgulloso y poderoso del mundo después del rey. Wolsey necesitaba los servicios de Bennet. Se proponía liquidar varios monasterios menores para financiar la mayor fundación que Oxford hubiese visto jamás y que sería conocida como el Cardinal College.

—¿Y tú vas a ser uno de sus primeros eruditos? —le pregunté—. Eso debería complacerte.

Thomas no respondió. Ése fue el primer indicio, creo, de que mi hermano se resentía tanto como yo del dominio de nuestra madre. Pero no estábamos todavía preparados para ser aliados. Eso es lo peor de la tiranía: divide a los sometidos.

En vez de ir por el camino corto a casa, Thomas me llevó Labour-in-Vain Hill abajo. Justo en la esquina, una silueta salió de la oscuridad. Era John. Corrí a abrazarlo, pero su reacción fue contenida, como la de Thomas. Poco después de mi primer viaje a Lisboa se había embarcado en la gran nave de su familia, el *Lazarus*, camino de Alemania y el Báltico, para comerciar con las

materias primas que habían enriquecido a su padre: alquitrán y brea, listones, hierro y sal. Desde entonces lo había visto sólo un par de veces.

—Así que la pandilla se reúne de nuevo —dije.

Thomas soltó una carcajada irónica.

—¿Ah, sí?

Tenía razón. Aunque estábamos allí los tres, no éramos los mismos que habíamos juntado las manos y hecho aquel juramento dos años antes. Pero no era culpa mía. Me pareció que mi viejo amigo y mi hermano compartían un secreto. No sabía cómo romper su secretismo y empecé a estar molesto. Al pie de la colina, donde la calle desembocaba en Thames Street, Thomas y John se fueron hacia la derecha en lugar de doblar a la izquierda, camino de casa. Dejé que se adelantaran. En unos cuantos pasos estuvimos al pie de la ventana desde donde habíamos llamado a la encantadora Hannah Cage y cantado para ella. Nos detuvimos. La ventana estaba oscura y seguía cerrada a cal y canto. Thomas y John miraron hacia arriba un instante. Entonces John dijo:

—No está.

—¿No andarás todavía detrás de esa muchacha? —le pregunté riendo. Hacía mucho que yo había descartado la idea. No es que hubiera olvidado a Hannah: todavía me dolía su risa burlona. Pero quería prosperar antes de volver a acercarme a esa clase de chicas. Aun así, que Thomas y John hubieran seguido tras ella sin mí me fastidiaba—. Me sorprendes —bromeé—. ¿En qué misterioso hombre te estás convirtiendo?

Ninguno de los dos sonrió. La amistad que había llegado tan fácilmente parecía fuera de nuestro alcance. Estaba seguro de que John no podía ser feliz dedicándose al comercio familiar que siempre había detestado. El malestar de Thomas lo entendía menos. Siempre había sido reservado, un chico ensimismado y enfrascado en sus libros, que sólo se destapaba en los debates con rápidas y demoledoras muestras de ingenio y conocimiento.

Volvíamos por Thames Street cuando se levantó un viento frío procedente del río. No faltaba mucho para que anoheciera.

—Venid conmigo al almacén, por los viejos tiempos —propuse.

Me siguieron hasta el Broken Wharf. En la puerta del almacén pasamos por delante de Martin Deller, que estaba sentado en un barril con su maza de madera sobre las rodillas, vigilando las idas y venidas por el muelle. Nos miró con los párpados entornados y asintió. Entramos en la vieja y conocida

penumbra cargada de una mezcla de aromas de canela, clavo y pimienta.

—¿En qué comercias? —me preguntó Thomas.

Todavía no me había atrevido a confesar mi nuevo negocio a mi madre, así que no era prudente que se lo revelara a Thomas ni a John. Así pues, les hablé de las calles y los patios de Lisboa, de las maravillosas gangas que conseguíamos, de la habilidad de William para el comercio, de la atención que le prestaba yo y de mi sumisión. Sabía que lo que les contaba debía parecerles vago y sólo a medias cierto. Aquélla era la historia de William, no la mía. Thomas sabía bien que yo, aunque casi nunca hablara de ello, soñaba con el comercio de piedras preciosas. Di golpecitos a las cajas, irritado. Me moría por enseñárselo todo: el alijo de gemas guardado en el cofrecito encerrado en el arcón, en mi habitación, y la bolsa de oro y plata que descansaba a su lado. Thomas y John caminaban por uno de los pasillos oscuros, entre barriles apilados. La sensación de aislamiento que me envolvía era terrible. Los llamé.

—¡Esperad! Tengo que enseñaros una cosa. —Desanduve el camino presuroso, doblé la esquina de casa y subí a mi habitación, que daba a Bosse Lane y al patio de piedra resquebrajada de *terra incognita*.

Cuando volví a reunirme con ellos, sin aliento, abrí el cofrecillo y vacié sobre la tapa de un tonel el montoncito de piedras que había traído en mi último viaje. William y yo habíamos llegado hasta Nápoles, donde había comprado un lote de grandes topacios españoles, vistosas piedras que a los joyeros les encantaba tallar; tenía también en la colección un par de cristales de roca de Arabia, de seis puntas, y cuatro o cinco cornalinas rojas. John soltó un silbido. Thomas se apresuró a cubrir las piedras con una mano y echó un rápido vistazo por encima del hombro.

—Nuestra madre te matará si lo descubre.

—Así que no estás ganando dinero —me pinchó John. En su vieja sonrisa retadora había un matiz de envidia.

En respuesta planté ante ellos mi bolsa, llena a rebosar de las monedas que había acumulado a partir de aquellas primeras sesenta coronas.

—Nunca lo diremos —prometió Thomas—. Ahora, escóndelas.

Lancé al aire una cornalina.

—¿Por qué? ¿De qué tienes tanto miedo?

Thomas me miró.

—Has pasado demasiado tiempo fuera con las gaviotas, querido hermano. Olvidas cómo son las cosas aquí, en tierra firme.

—Bien, ¿y cómo son? —Empezaba a enojarme.

Thomas se levantó.

—Ven conmigo y lo verás.

Guardé reacio las piedras en el cofre y lo seguí hasta el oscuro fondo del almacén. Pasamos por delante de diversas mercancías que William había adquirido durante nuestra última aventura: las especias de Lisboa; la tintura azul francesa, similar al añil aunque más barata; las alfombras turcas. Thomas se paró ante una caja que no reconocí, rotulada con una letra ensortijada: SEDA DE DAMASCO. No sabía que hubiera nada parecido en nuestro almacén. Nuestros agentes no traían nada similar porque cubrían las rutas más cortas, hasta Flandes, y yo estaba seguro de que aquello no había llegado en las bodegas del *Rose*. Di una patada al cajón: era pesado. Me volví hacia los otros.

—Se trata del antiguo juego. Thomas nos reta a echar un vistazo. ¿Lo hacemos?

Saqué el cuchillo y John, con una sonrisa sombría, me imitó. Pusimos manos a la obra, echando un vistazo de vez en cuando hacia la puerta, donde seguía sentado Martin. Por fin vimos algo. Dentro había unos cuantos dobleces de tejido carmesí que cubrían algo duro. John apartó la seda y dejó al descubierto montones de libros encuadernados en piel nueva de color claro. Los miramos sorprendidos. La firma Dansey nunca había comercializado en tal cosa. Los libros, como las piedras preciosas, pertenecían a la categoría de lo que mi madre consideraba una mala inversión. ¿Y qué clase de libro se habría tomado alguien la molestia de traer desde allende los mares? John sacó uno y lo abrió. La portada estaba llena de extraños arabescos de hojas. Al pie había un crucifijo, pero sin Cristo; trepaba por la cruz una serpiente con la triple corona del Papa.

—¿Y bien? —dijo Thomas—. ¿Tan pronto habéis olvidado el latín? ¿O esto es demasiado críptico para vosotros? Desconocer este tipo de cosas es preferible, os lo prometo. Se trata de *El cautiverio babilónico de la Iglesia*. Su autor es Martín Lutero.

John dejó caer el libro como si le hubiera picado un aguijón.

El simple hecho de que le vieran a uno abrir aquel libro implicaba arresto,

prisión en la torre de los Lolardos, donde iban a parar los herejes, ser interrogado por el cardenal, excomuniación y muerte en la hoguera. Corrían rumores acerca del temible contenido de aquella obra, de su retórica feroz que demolía todo lo que dábamos por sentado. Se decía que si leías el libro de Lutero nunca volvías a ser el mismo.

Nos quedamos un momento mirando fijamente aquellos volúmenes. Luego acerqué la mano para tocar la piel del libro caído en el suelo y lo recogí. Los otros me observaban atentos. Pasé la hoja de la serpiente en la cruz y leí tan rápido como me permitía mi latín, página tras página. El Papa era descrito como un demonio de tiranía y avaricia, un despiadado cazador, un codicioso comerciante que mandaba almas al Purgatorio a cambio de oro. Vi los poderes de los sacerdotes refutados uno por uno. No existía la Extremaunción. Los curas la habían inventado para lucrarse, tergiversando un verso apócrifo. El clero no tenía poder para conjurar el cuerpo ni la sangre de Cristo en el sacramento de la Comunión, que sólo era un acto de fe. La Confesión también tenía que ser un acto de fe; la tarea que los sacerdotes nos imponían, la contrición por todos nuestros pecados, era inútil, tan grandes eran éstos y tan fuera estaban del alcance de nuestra memoria y nuestro entendimiento. Incluso nuestras mejores obras, aquellas de las que nos enorgullecíamos, resultarían ser terribles pecados bajo examen. Ninguna de las ceremonias tiránicas de una Iglesia podrida podía salvarnos, sólo la fe, la fe y la fe. Seguí leyendo, asombrado, hasta que Thomas me arrebató el libro de las manos.

—Ya basta. ¿Ahora lo entiendes?

Empezaba a entenderlo. Mi madre no simpatizaba con Lutero, de eso estaba seguro. Pero había muchos en Londres dispuestos a pagar generosamente por aquellos volúmenes, y pocos tan osados como para importarlos desde Alemania, donde se imprimían. La ganancia para ella en aquel negocio mortal de libros sería mucha y segura, siempre y cuando no la descubrieran. Aquello era un síntoma no sólo de la confianza que tenía en su propio poder, sino de hasta qué punto estaba dispuesta a seguir una política de extremo riesgo y que requería una capacidad de juicio precisa.

Thomas devolvió la tapa a su lugar y empezó a doblar de nuevo los clavos con el mango de su cuchillo.

—¿Crees que puedes dedicarte por tu cuenta a un negocio, así sin más? —

me siseó—. Es ella quien decide lo que se compra y lo que se vende. Ella escoge los riesgos y los asume. ¿Qué harás si te deshereda? Y te prometo que lo hará.

—¿Por qué estás tan seguro?

Thomas bajó los ojos.

—Porque me ha amenazado a mí con hacerlo... y, según ella, yo soy su favorito.

Aquello me desconcertó. No imaginaba qué podía haber hecho el pacífico Thomas para desatar de aquel modo la ira de la Viuda de Thames Street. Thomas y John se miraron. El velo de secretismo había caído de nuevo. Estaba más aislado de ellos que nunca. Cuando el último clavo sujetó la tapa, fuimos hacia la puerta. Martin nos miró irnos, impertérrito.

—No te envidio —dijo John—. No por tener esa familia. Prefiero los tablones, el pescado y el hierro en lingotes, aunque me aburra mortalmente.

Se marchó hacia Timber Hythe. Empezaba a llover. Thomas fue hacia la puerta de casa.

—¿Vienes?

—Iré enseguida.

Estaba dándole vueltas a todo aquello. Thomas tenía razón. Sin embargo, en la temeridad de nuestra madre radicaba mi oportunidad. Volví rápidamente al almacén, fui hasta el fondo y subí las escaleras de la contaduría. Miriam Dansey levantó la vista, sorprendida. Tenía desplegada ante sí una carta de navegación del Mediterráneo occidental, con las costas irregulares llenas de topónimos y un sinfín de líneas de compás cruzando el mar abierto. Sin más preámbulos, dejé mi cofre en la mesa, giré la llave y lo abrí. A la luz de las dos velas, las cornalinas y los topacios españoles relucieron como brasas. Mi madre se levantó despacio, con la mirada clavada en las gemas. Luego estiró un largo índice y apartó el cofre de sí como si contuviera escorpiones. Al final me miró, pálida, con la boca contraída.

—¡Por Cristo y todos sus ángeles! —Cerró el cofre de golpe—. Te prohibí comerciar. Nunca debería haber confiado en ti para que te fueras solo. No eres más que un niño; no, peor que eso, y sé de dónde te viene la malicia. ¿Muerto? No, no ha muerto. Lo tengo ante mis ojos. —Mirando más allá, hacia las escaleras del almacén, llamó—: ¡William! ¡William! ¿Dónde está? ¿En qué estaba pensando ese necio? ¡Le dije que te vigilara y te impidiera

cometer locuras!

—¿Y qué me decís de vos? —respondí—. ¿No consideraréis un poco temerario tener esos libros en el almacén?

Volvió a sentarse y me miró con sus ojos fríos como el acero.

—Veo que Martin se ha relajado un poco en sus tareas de custodia —dijo tranquilamente, y dio un manotazo en la mesa—. Eso es distinto. Todo el mundo sabe lo valiosos que son. Los compramos en Amberes por una corona y los venderemos aquí por tres. El efectivo se habrá triplicado en menos de dos semanas. Todo son beneficios, si nadie habla. Y nadie lo hará —añadió, achicando los ojos, furiosa—. ¡Pero esto! —Volvió a abrir la tapa y sacó una piedra, un reluciente topacio español pálido del tamaño de una avellana—. Esto podría ser cualquier cosa, vidrio amarillo.

En vez de responderle saqué la bolsa, aflojé las cintas y dejé caer una cascada de oro y plata sobre el mapa. El efecto fue satisfactoriamente dramático. Cubriendo las costas de Francia, España y el norte de África había una docena o más de *angel nobles*, discos de oro de dos centímetros y medio de diámetro que valían seis chelines y ocho peniques cada uno. Había nueve *rose nobles*, que valían diez chelines cada uno, y, mezclados con ellos, unas treinta coronas de oro, con un valor de cuatro chelines y dos peniques cada una, así como medias coronas de oro y un buen número de chelines de plata y *groats* también de plata.

Mi madre se quedó boquiabierta. Se inclinó hacia delante y revolvió las monedas con el dedo. Luego levantó la vista.

—¿Tú has ganado todo esto? ¿Con las piedras?

—Nada más y nada menos.

—¡Vaya! —Volvió a apoyarse en el respaldo. Intentaba que no se le notara, pero estaba impresionada. El dinero la atraía, fuera cual fuese su procedencia—. Bien, puedes arriesgar tu dinero si quieres. Pero el señor William es el verdadero comerciante y aprenderás de él. Vuelve dentro de un año y enséñame lo conseguido. Eso... si te queda algo.



## 5

Por el momento me contenté con obedecer a mi madre. Estaba creciendo, me dije, madurando como una gema que en las profundas entrañas de la tierra avanza lentamente hacia su perfección. Estaba adquiriendo un buen dominio del italiano y aprendiendo bastante portugués y español: valiosos logros, puesto que muy pocos extranjeros se molestaban en aprender una lengua menor como el inglés. Mi ojo para las piedras se agudizaba con cada viaje y mi reserva de monedas crecía a la par. No tardé en poder adquirir una o dos gemas de las más caras. Había llegado la hora de pasar a la siguiente fase de lo que ambicionaba. Me había propuesto convertirme en mercader de joyas, no en un mero minorista que surtiera de piedras a Breakespere y Wolf & Heyes, sino en un comerciante de prestigio capaz de hacer negocios directamente con la corte. Así me acercaría a su mundo maravilloso, dorado y fastuoso. Como para Thomas, me dije, mi mejor baza era nuestro tío.

Bennet Waterman tenía un alto concepto de sí mismo por aquel entonces. Era uno de los auditores del cardenal Wolsey. Se ocupaba de las facturas de la cancillería y habitualmente de cualquier asunto que los laberínticos negocios del cardenal requirieran. Aquello situaba al tío Bennet en el halo de la corte. Llevaba una toga de terciopelo ribeteada de seda y un prendedor de plata con un pequeño granate. Cuando el cardenal Wolsey residía en York Place, su enorme casa de Westminster, el tío Bennet solía ir en barco río abajo a visitarnos, a Thames Street. Mientras mi madre y William conversaban acerca de las últimas tarifas de la pimienta en nuestro aireado salón iluminado por las velas, el tío Bennet nos llevaba a Thomas y a mí aparte, con la barriga oronda tras una de nuestras generosas aunque sencillas cenas. Le encantaba presumir de cortesano ante su hermana, y aunque ella se burlara de sus ademanes y sus aires, era un contacto que no podía permitirse despreciar, al menos por el bien de Thomas.

—¡Ah, el rey Enrique! Es la flor de la caballería, hijos míos. ¿Os he contado cómo llegó a casarse con la reina Catalina? Él sólo tenía once años cuando se prometieron. Ella tenía diecisiete y era la viuda de su pobre hermano, el

príncipe Arturo. Seis años duró su compromiso, mientras el difunto rey se afanaba buscando el modo de reclamar su dote a España. Nunca hubiese dejado que su hijo se marchara, ¿sabéis? Dicen que le tenía una envidia terrible por su aspecto y su fuerza. Lo tuvo encerrado como a una malhadada virgen de cuento. Pero cuando el rey Enrique VII falleció, ¿qué hizo nuestro joven rey? Pues se casó con Catalina de inmediato. Con dote o sin ella. Ningún caballero sacado de un antiguo romance podría haber actuado con más justicia.

En las Navidades de 1523 regresé a Inglaterra después de otro viaje con William. El tío Bennet me coló entonces en una audiencia general en el gran salón del rey, en Westminster. Me susurró que no me apartara de su lado y que no llamara la atención. Permanecí de pie entre los pajes y seguidores de menos rango del cardenal, mirando las filas de personajes de alcurnia en que estaban representadas las diversas facciones y los distintos poderes de la corte. El corazón me retumbaba en el pecho. Nunca había visto al rey tan de cerca. Estaba allí sentado, inmóvil, una presencia poderosa y abrumadora: nuestro soberano señor Enrique VIII. Tenía poco más de treinta años y era apuesto como nadie, de extremidades largas, con una cara alargada y delgada, con barba, aunque la moda en Inglaterra era afeitarse. Paseaba la mirada por el salón. Estaba de un humor terrible: acababa de llegar a Inglaterra la noticia de que los turcos habían expulsado de Rodas a los Caballeros de San Juan. Tenía delante una misiva del Papa y vociferaba sin parar con su vozarrón:

—¡Soy el Defensor de la Fe!

Aquel título era un regalo del Papa que Enrique llevaba con mucho orgullo.

Mientras hablaba, me fijé en su atuendo con criterio de joyero. En el gorro de terciopelo negro llevaba una insignia con un gran brillante. El cuello de la camisa era de hilo de oro con esmeraldas; el dibujo del jubón, recamado en oro, seguía un patrón romboidal con racimos de perlas en los vértices. Sobre el pecho le colgaba una cadena de oro con zafiros y amatistas talla esmeralda, de la que pendía un pesado medallón en el que relucían cuatro rubíes oscuros; al cinto, una daga con la funda de pedrería; anillos en los índices de ambas manos, uno con un ópalo, el otro con un diamante, y, sobre las calzas de seda

carmesí, por debajo de la rodilla derecha, una liga con esmaltes y perlas. Cuando se movía, las joyas centelleaban en su pecho, dedos y piernas como si del mismísimo Dios sentado en su esplendor se tratara.

A su lado estaba la reina Catalina, de casi cuarenta años, con una cara regordeta de barbilla prominente, muy maquillada. La cruz de oro que llevaba sobre el pecho y las sartas de rubíes y perlas formaban sin duda parte de aquel ajuar traído de España. Me enteré por mis amigos de la calle de los Orfebres de que rara vez compraba nada nuevo. Sentada con ella estaba la princesa María, una pequeña de siete años no demasiado agraciada, de ojos oscuros, la única hija superviviente de Enrique y Catalina en sus catorce años de matrimonio. Cada vez resultaba más evidente que sería la futura reina y, por eso mismo, un comerciante en ciernes habría obrado sabiamente ganándose su favor. Pero para que aquello se hiciera realidad faltaba mucho. El verdadero objetivo de momento era el rey.

Sabía que Enrique compraba montones de gemas al año y que había hecho ricos a Cornelius Heyes y a los otros. El negocio estaba allí, pero ¿cómo hacerme con él? Todo pasaba por las manos de aquellos pocos grandes joyeros. Si hubiera tenido un valedor en la corte... Miré las filas de cortesanos encumbrados. Allí estaba el cardenal Wolsey, con dos sacerdotes muy altos que llevaban las cruces de plata de dos metros que representaban su autoridad como legado papal y arzobispo de York. Su orgullo era inmenso. A cierta distancia estaban su limosnero, sus chambelanes y tesoreros y, alrededor, los funcionarios de más alto rango, auditores, secretarios, e incluso el funcionario cuyo trabajo consistía en derretir el lacre para el cardenal. Sospeché que el tío Bennet, un abogado humilde, no tenía tanta influencia sobre el cardenal como pretendía.

Enfrente del cardenal estaban los poderes rivales de la corte: el sabio e irónico sir Tomás Moro, que acababa de ser nombrado presidente de la Cámara de los Comunes; el severo Thomas Howard, duque de Norfolk, el curtido soldado veterano de Flodden, que llevaba años ambicionando en vano la caída del cardenal. Era un individuo de escaso poder efectivo, aunque de mucha influencia y majestuosidad. Ganarse las simpatías de cualquiera de aquellos hombres era casi tan difícil como aproximarse al mismísimo rey Enrique. Lo que necesitaba yo era una oportunidad, una ventaja, un golpe de suerte.

En 1524, un año después de haber visitado a mi madre, abrí de nuevo mi cofre ante ella. Para entonces formaba parte de mi colección un pequeño pero perfecto zafiro que le entregué como regalo. Hizo rodar la piedra con un dedo sobre la mesa y me la devolvió.

—Quédatela —me dijo—. Véndela. Todavía vas a necesitar hasta el último penique. Continúa, Richard. Aún no me has convencido.

Por alguna razón, los miembros de la antigua pandilla nunca estábamos todos en Londres al mismo tiempo. En otoño regresé nuevamente a casa. Pero John se había ido a Hungría para comerciar con sal. Las grandes minas húngaras estaban amenazadas por el feroz avance de los turcos y la Casa Lazar buscaba sacar provecho rápidamente, antes de que el mercado se cerrara.

—Ha encontrado su oportunidad de negocio —comentó Thomas, ambos sentados en el muelle con la mirada fija en los remolinos del río—. Si sobrevive a él. —Thomas estaba cada vez más cabizbajo aquellos días. Seguía con el franciscano. El *college* del cardenal aún no estaba terminado; los monasterios destinados a financiarlo se habían negado a que los disolvieran.

—¿No puedes encontrar un puesto en otra parte? —le espeté.

Sacudió la cabeza.

—Madre dice que espere. Un poco más.

Al verano siguiente, el de 1525, cumplí los veinte. En aquellos años hervía de descontento. Los negocios con William habían perdido su encanto para mí. Había aprendido de él todo cuanto podía y mis ganancias aumentaban a paso de tortuga. Los portugueses no se interesaban verdaderamente por las piedras preciosas, a pesar de que sus navíos recalaban en los mejores mercados: Surat, Calicut, Pegú. No, «que sean especias», había dicho su rey, el tendero jefe de Portugal, y especias habían sido. Mi ciudad anhelada era Venecia: allí estaban las piedras preciosas y cualquier otro lujo para llevar una vida de opulencia.

Cuando llegó el día de mostrar mis tesoros nuevamente a mi madre desplegué ante ella ópalos y amatistas, granates, jacintos y perlas, y vacié mis tres bolsas de oro a su lado con un pesado tintineo. Levantó una ceja.

—Si pudierais prestarme un poco de dinero —me quejé—. Si dejarais que el *Rose* comerciara un poco más lejos...

Se sentó en su silla y me miró con aquellos gélidos ojos azules.

—¿Y por qué debería hacer algo semejante? Mientras sigas en la firma de los Dansey, hijo mío, Nápoles continuará siendo nuestro puerto más alejado. Entre Londres y Nápoles podemos encontrar todo lo que nos hace falta.

Pero recorría con la mirada mis joyas con un brillo calculador en los ojos. Si sabía proponérselo adecuadamente, conseguiría ganármela.

Acosé al tío Bennet para asistir a estrenos y bailes de máscaras, audiencias, celebraciones de mayo, procesiones, peregrinaciones, fiestas... Costaba dar con él aquel verano; estaba plenamente dedicado a la gran visita de Wolsey a las abadías, que exprimía tanto oro a los abades y era motivo de tantas protestas solapadas. Sin embargo, siempre que podía me hacía un favor, en parte para complacerme, creo, y en parte para demostrarle a mi madre lo importante que era.

Cuando llegó el verano, la corte no regresó a Londres. La peste se había desatado y todos nosotros nos movíamos a hurtadillas, con hierbas contra la cara, sin acercarnos a nadie con quien nos cruzáramos en la calle.

—El rey pasará las Navidades en el campo, en Eltham Palace —nos contó Bennet—. Las Navidades Ocultas, las llaman. No obstante, creo que podré colarte si eso es lo que tienes en mente.

Llegué allí de noche, y Bennet me introdujo en el Gran Salón, mezclado con los criados que estaban sirviendo copas de oro y cuencos de vino. Me quedé parado en la puerta, asombrado. El salón era un bosque formado por árboles de damasco verde de cuyas ramas pendían hojas de lámina de oro y racimos de bellotas doradas, brillantes a la luz de las antorchas. Entre los árboles había bestias maravillosas, antílopes y elefantes y leones de tela con coronas de oro y la cola de alambre de hierro, y bufones disfrazados de salvajes que daban saltos con máscaras forradas de hiedra, entre chillidos estridentes y carcajadas. La habitación estaba llena de risas y música. Rodeaba

el bosque un emparrado de rosas sedosas en el cual el rey y sus cortesanos bailaban al son de cálamos y violines. También todos los hombres llevaban máscaras, doradas y sonrientes, con barbas de hilo de oro. Las parejas metían la cabeza por los aros de la pérgola y las ristras de perlas de las damas entrechocaban sobre sus pechos.

Me invadió un vehemente deseo mientras observaba entre los mayordomos y pajes y los cuencos de vino humeante. ¿Por qué no podía participar en todo aquello? ¿Qué ley inquebrantable me obligaba a ser un comerciante en fardos de lana y cajas de especias mientras aquellas criaturas de oro se mofaban de mí con sus risas? Agarré súbitamente una máscara que había junto al vino y me uní a ellos. Los bailarines se separaron y se arremolinaron bajo el enramado, arrastrándome consigo; los violinistas daban saltos entre los asistentes, y los salvajes parloteaban, y los caballeros y las damas jadeaban y reían.

Me llamó la atención una muchacha, más alocada y desinhibida que el resto, que echaba atrás la cabeza cuando giraba, con un pelo negro que se le escapaba de la capucha. Era alta y fuerte; los pechos llenaban la blusa de batista que asomaba por la abertura de su vestido azul marino. Llevaba dos collares de finas perlas de Oriente que se derramaban por encima del busto y el corpiño. Los bailarines se apartaron brevemente y la seguí entre los árboles resplandecientes para cogerla de las manos. Sus ojos castaño oscuro bajo la dorada máscara chispearon sorprendidos. Bailamos juntos entre los árboles, mientras los cálamos trinaban y los violines cantaban. En aquel instante era uno de ellos, un afortunado, un ser dorado en un mundo de belleza y joyas. La hice girar más deprisa y ella echó atrás la cabeza y rio. Pero la música terminó y puso fin al baile. Nos detuvimos al pie de una enramada de rosas de papel. La vehemencia de la danza las había arrancado y estaban en el suelo, pisoteadas.

La muchacha me dijo:

—¿No vais a soltarme las manos?

Estaba comportándome como un tonto; se me notaba que no era cortesano.

—Sólo si me mostráis el rostro.

Le solté las manos, y cuando se quitó la máscara hice otro tanto. Tenía la cara redonda, suave, encendida de emoción, una emoción tan ajena al mundo

del comercio que me dejó sin aliento. Ella no se preocupaba por otra cosa que no fuera el placer del momento y la alegría de vivir. Tuve una sensación promisorio. Con una muchacha como aquélla a mi lado podría ir a cualquier parte, convertirme en lo que quisiera. Mientras pensaba aquello vi cambiar su expresión; sonreía de un modo curioso. Entonces también yo caí en la cuenta. Llevaba seis años sin ver aquel rostro, pero no tuve duda: era Hannah Cage.

Ella echó atrás la cabeza y rio.

—¡El muchacho que jugaba en la calle! ¿Habéis heredado un ducado?

La música sonó de nuevo, me bajé la máscara para ocultar la turbación y la cogí de la mano. Evolucionamos hasta incorporarnos al grupo.

—Todavía no —respondí por fin—. ¿Y vos? ¿Habéis dejado el hogar? ¿Estáis casada? —El corazón se me salía del pecho. Ella rio.

—Mi padre nos compró una casa más elegante en la ciudad, lejos del tufo del río. ¡Casada! Para que me case tendrán que atraparme. Y los cortesanos son terriblemente lentos.

—Pero yo os he atrapado. ¿No es así?

—De momento. Pero me voy a un lugar donde dudo que me encontréis.

Un bufón cayó y gritó delante de nosotros con un campanileo. Relajé mi presa un instante y Hannah se apartó y desapareció entre los bailarines. Me agaché bajo los árboles y corrí tras ella; en un claro miré a ambos lados y me abalancé hacia la izquierda, hacia la puerta del salón. Fui a dar de bruces con mi tío Bennet, que sacudió la cabeza con gesto de desagrado. Yo estaba furioso y avergonzado. Mi tío tenía razón; si me pillaban, sería él quien pagara las consecuencias. La caza había terminado. De momento.

Después de Navidad, la peste empezó a ceder terreno. Bennet me dijo que el rey se había trasladado con la corte un poco más cerca de Londres, y que celebrarían una gran justa para todos los nobles en su palacio de Greenwich, el Martes de Carnaval, para señalar el comienzo de la Cuaresma.

—Pero esta vez —me amonestó— debes ser discreto.

Le di las gracias. Mi encuentro con Hannah Cage me había dejado insatisfecho. Y además, si quería introducirme en la corte tenía que estar atento y seguir al rey en todo momento, como el ladrón sigue los pasos de su víctima.

Por lo que ahí estaba, la mañana del 6 de febrero de 1526, entre el gentío, en el Tiltyard, el campo abierto que ocupa todo el flanco oriental del palacio de Greenwich. A mi espalda se elevaban sus torres y pináculos, más allá de los cuales empezaban las casas bajas del pueblo, arracimadas como mendigos a las puertas del monarca.

En el centro del campo había barreras de unos dos metros de altura, construidas con planchas robustas, para separar a los caballeros que participaban en las justas. A mi derecha había un nutrido grupo de tiendas. Vi escuderos y armeros moviéndose entre ellas provistos de tenazas, martillos y sacos de remaches, mozos de cuadra con trajes bicolors, y ayudas de cámara vestidos de satén blanco que llevaban vino humeante. Allí estaba el gran pabellón del rey, con sus cubiertas cónicas coronadas por dragones y leones dorados, donde seguramente estarían ayudando al monarca a ponerse la armadura. Más allá estaban las tiendas de las cocinas, por los respiraderos de cuya cubierta salía el humo, y el campamento de los marineros del rey, que habían desembarcado cabrestantes y grúas para montar los distintos pabellones. Cerca de treinta trompetistas y tamborileros a caballo se mantenían a la espera.

Al final vi que apartaban la puerta de la gran tienda y salió el rey Enrique. Llevaba una armadura completa, de pies a cabeza, de acero brillante en las partes visibles, con una sobreveste de oro y plata con emblema carmesí y un lema o verso alrededor. También su caballo llevaba armadura, con penacho de plumas de avestruz escarlata en la testuz. El rey sostenía la lanza con una mano, dorada y pintada, larguísima, aunque ingeniosamente hueca para que fuera ligera y de fácil manejo. Salieron otros once jinetes de entre las tiendas y se situaron en fila detrás de él, todos ataviados con los mismos colores. Cuando avanzaron al trote, los cascos levantaron terrones húmedos y hierba. Los tambores redoblaron y sonaron las trompetas con estruendo repentino. La muchedumbre que me rodeaba se descubrió y yo vitoreé como el que más.

—¡Dios salve al rey! ¡Dios salve al rey Enrique! —grité.

Una segunda hilera de jinetes se situó en el extremo opuesto. Todos llevaban sobreveste de satén verde y carmesí. Ambos grupos se acercaron al palco de la reina, situado a la misma distancia de los dos extremos del campo, y la saludaron con sus lanzas. Repasé los cortesanos que había a ambos lados de la reina buscando a Hannah, pero no vi señal alguna de su presencia.



Vi a los escuderos ayudar al rey a situar la lanza en posición. No era cosa fácil. El tope de la lanza se fijaba al cuerpo con abrazaderas y el guantelete derecho de Enrique quedaba sujeto al asta, que se aseguraba con cierres a su brazo izquierdo. Otro par de cierres sujetaban el asta a la cara interna del codo izquierdo y descansaban sobre la muesca del escudo.

Con las piernas estiradas y espoleando los flancos del caballo, el rey Enrique arrancó.

El animal avanzó sin ponerse al galope, amblando, lo apropiado en las justas, moviendo a un tiempo el pie y la mano de un mismo lado: sólo manteniendo esa marcha podía el jinete esperar acertar en su envite. El rey avanzó como una nube de tormenta, despacio pero con una fuerza inmensa y la lanza a una altura mortífera. El marqués de Exeter, uno de los viejos amigos de la infancia de Enrique, arrancó desde el otro extremo del campo, acortando distancias con el soberano. También era hábil, pero la oscilación de su lanza indicaba que carecía del control y la fuerza de Enrique. Cuando se encontraron, la lanza del rey impactó en el escudo de Exeter con estruendo y se quebró. La de Exeter, derrotado, se bamboleó fuera de control. Aplaudí y vitoreé al rey, cuya lanza rota le señalaba como vencedor. El monarca volvió grupas y regresó despacio al punto de partida. Pasó a menos de tres metros de mí y, por primera vez, vi claramente el diseño de su escudo de armas. Lo seguí con la mirada. Me sudaban las palmas y me notaba el pulso en los oídos.

Lo que vi repetido en la espalda del rey, en su escudo y los flancos de su caballo fue un corazón en llamas. Aquel corazón estaba atrapado en una prensa, tal vez una prensa de uva o de esas que usan los encuadernadores, con un lema debajo: DECLARE JE NOS. *Declare I dare not*. «Declaro que no oso.» Era el corazón de un amante torturado, prisionero en la agonía de una oculta pasión no correspondida. Cuatro años antes, cuando acababa de regresar de mi primer viaje a Lisboa, el rey había cabalgado en una justa llevando un emblema parecido. En aquel caso había sido un corazón herido, y los otros participantes lucían una variedad de símbolos similares: corazones destrozados, corazones encadenados, corazones prisioneros. Sus lemas proclamaban: «Irremediablemente», «Se me parte el corazón», «Entre la alegría y el dolor». Nadie entonces había reparado en ello; pero poco después se supo que Enrique había iniciado un romance con una nueva amante. Mary, sobrina del gran duque de Norfolk, casada con un tal William Carey, primo

lejano del rey y otro de sus amigos de la infancia, había estado en la corte francesa. Se convirtió en dama de la reina, mientras que Carey pasó a ser un cornudo de la corte complaciente.

Yo había seguido el progreso de aquella aventura desde la calle de los Orfebres, donde había visto preparar los relicarios de oro, las botellas de perfume de cristal, las cruces y los colgantes abarrotados de rubíes y perlas maldiciendo mi suerte por ser demasiado joven y pobre para compartir los beneficios del amor del rey Enrique. Con el tiempo, el flujo de joyas desde Cheapside a varios palacios reales disminuyó. De hecho, a decir del tío Bennet, el rey hacía poco que había devuelto a Mary a su marido, embarazada. La herida del corazón regio de cuatro años antes había sanado. Y ahora aquello: de nuevo un corazón en llamas y aquel «declaro que no oso».

Otra pareja de jinetes pasó con estrépito, las lanzas se torcieron y fallaron el golpe. El público prorrumpió en abucheos. ¿Quién era la mujer?, me preguntaba. ¿Una de las damas de su esposa, tal vez, como habían sido Mary y su predecesora, Bessie Blount? Fuera quien fuese, estaba seguro de que aquélla era por fin mi oportunidad, el golpe de suerte que había estado esperando. La recompensa para quienes suministraran joyas con las que alimentar la pasión del rey sería enorme. Y esta vez estaba decidido a sacar tajada.

En mi viaje de vuelta a Londres, embutido en un banco entre los demás pasajeros de la embarcación, con el chapoteo de los remos y las salpicaduras de agua del río en la espalda, no dejaba de darle vueltas al problema que se me planteaba. Era exasperante. Había esperado mucho tiempo. Me había educado, había entrenado mis sentidos, mi habilidad y mi criterio para convertirlos en herramientas precisas, listas para su uso. Pero si iba a hacer un intento serio tenía que encontrar financiación a una escala que estaba fuera de mi alcance. No me quedaba otro remedio que recurrir a mi madre. Mi orgullo se rebelaba contra ir a mendigarle. Tendría que combatir su eterna desconfianza en las piedras preciosas, cuya fascinación tanto dinero había costado a su marido a lo largo de los años.

La encontré sentada a la mesa de la contaduría, con montones de monedas brillantes ante sí: escudos franceses, cruzados portugueses, ducados genoveses. Las pesaría todas antes de llevarlas a la Casa de la Moneda para cambiarlas por coronas inglesas. Seguía teniendo un aspecto juvenil. El pelo,

ondulado y hermoso, siempre se le escapaba por algún punto de su cofia negra de viuda. En el hogar ardía un pequeño fuego y el aroma de los clavos del almacén de abajo se mezclaba con el del carbón ardiente. William Marshe, en el asiento de respaldo alto, tenía un libro de contabilidad abierto ante sí y en la cara su habitual expresión melancólica. Oscurecía. Había varias linternas de estaño apagadas en el suelo, que nuestros vigilantes nocturnos usarían. Me senté junto al fuego frente a William.

Mi madre me habló sin mirarme.

—Así que tienes algo que decirme.

Me costaba más empezar de lo que había esperado. Era inútil intentar emocionarla con mis ambiciones, describiéndole la pompa y la seducción de la corte. Aquello sólo la pondría en mi contra de entrada. Así que fui directo al grano, contándole lo del emblema y el lema del rey y el significado que a mi entender tenía: las llamas de la pasión encendidas una vez más para reemplazar a la rechazada Mary. Mientras hablaba, ella me miraba como un joyero sondeando una piedra para encontrarle algún defecto.

—Una nueva amante —dijo, retrepándose en la silla—. ¿De veras? Entonces ¿por qué no has oído nada acerca de eso, tú, con ese oído privilegiado que tienes para las nuevas de la corte? Las amantes del rey suelen ser las primeras en jactarse de su promoción.

Me alejé de la chimenea.

—Os lo he dicho: «Declaro que no oso.» Todavía la está cortejando: va tras ella. La incita, la atrae, al igual que ella lo atrae a él. El lema y el corazón en la prensa: todo indica que la dama aún no se ha entregado.

Miriam Dansey se puso los brazos detrás de la cabeza, bostezó y soltó una carcajada.

—¡No se ha entregado! ¡Qué maravilla! ¿Por qué no lo ha hecho? Yo lo haría si el rey Enrique me cubriera de joyas.

Di una palmada y salté, encantado de que hubiera caído en mi trampa.

—¡Ahí lo tenéis! Vos misma lo habéis dicho. ¿Qué hace un rey cuando se le niega el amor? —Di vueltas por la habitación, dejando que mi larga sombra bailara con la hoguera—. La cubrirá de zafiros, la enterrará en diamantes, comprará toda Persia y las Indias y las pondrá a sus pies. Y yo...

Mi madre soltó una carcajada estridente.

—¡Ahora lo veo! ¡Crees que serás el único que le venderá joyas al rey! ¡Oh,

mi loco, loco muchacho! El rey se las comprará a Cornelius, a Christian y a Morgan Wolf. A los hombres que conoce y en quienes confía. ¿Por qué iba a molestarse en comprártelas a ti?

—Mis joyas serán mejores —respondí.

—¡Uf! —bufó, divertida—. ¿Y cómo, en nombre del cielo, vas a lograr eso?

Me senté en un taburete y me incliné hacia su mesa. William no me quitaba ojo de encima. Era sagaz, a pesar de su aspecto, y seguramente me estaba valorando igual que mi madre.

—Las piedras llegan a Londres procedentes de Amberes o Brujas, donde han llegado antes desde Génova o Venecia. Los italianos y los franceses se quedan con las mejores. Heyes y los demás se limitan a esperar sentados en Cheapside lo que los comerciantes les traen. Yo no haré eso. Iré a Venecia y me haré con las gemas en cuanto lleguen de Oriente. Volveré con piedras nunca vistas. Haré...

—¿Por qué no ir más lejos? —preguntó William, sonriendo apenas—. A El Cairo, o incluso a Serendip o Golconda.

Me estaba probando, intentando ver cuán ambiciosos eran mis planes. Sacudí la cabeza.

—No hay suficiente tiempo. Si quiero beneficiarme he de llegar el primero. Cuando la dama sucumba a los encantos del rey, el torrente de regalos disminuirá. Enrique ya no querrá lo más raro y fino. Sólo hará compras menores, como esos regalos de Año Nuevo que todavía le manda a Bessie Blount.

William volvió a sentarse y asintió.

—Veo que voy a perderos, Richard. —Miró a mi madre, que tamborileaba sobre la mesa, impaciente.

—Yo seré quien lo decida. —Se volvió hacia mí—. Por tanto, me pides un préstamo. Uno muy, muy cuantioso. ¿No es así?

Asentí. La Viuda de Thames Street frunció el ceño. Dio un golpe con el sello de los Dansy sobre la mesa y dijo:

—No lo decidiré hasta que el *Rose* regrese.

William zarparía cualquier día, y yo con él. Había tenido la esperanza de evitar aquel viaje. Apoyé las manos en la mesa.

—Entonces será demasiado tarde. La rapidez lo es todo. Seguro que lo sabéis.

Ella se levantó despacio y apoyó sus manos junto a las mías.

—Tienes demasiada prisa —me dijo suavemente.

La miré, ceñudo.

—Muy bien —dije—. Dejad que el *Rose* se haga a la mar. Pero no iré en él. Mi lugar está aquí, donde puedo seguir los acontecimientos de la corte.

Mi madre contuvo el aliento y frunció las cejas, dispuesta a replicar. Pero luego pareció cambiar de idea y sonrió.

—Como prefieras.

Me volví y salí de la habitación.

Al cabo de dos semanas el *Rose* partió corriente abajo desde la torre de Londres, con la marea, y salió a mar abierto con su habitual cargamento de lanas inglesas. Posiblemente pasarían meses antes de que volviera.

Esperé con impaciencia. Intentaba creer que mi madre tenía la intención de invertir parte de los beneficios del *Rose* en financiar mi empresa, aunque lo más probable era que con la demora intentara debilitar mi propósito.

Pasaba el tiempo recorriendo la ciudad a la caza de noticias. Tenía que confirmar si estaba en lo cierto... y enterarme del nombre de la dama. Necesitaba un rostro, una silueta, tener un modelo de belleza en mente antes de ponerme a comprar, porque las gemas son tan diversas y volubles como las mujeres.

Mi tío Bennet no supo decirme nada acerca de una nueva amante del rey. Todas las noticias procedentes de la corte eran acerca de embajadores de Francia y de la nueva Santa Liga Católica que el Papa estaba formando para luchar contra la ambición desmedida del Imperio y expulsar los ejércitos españoles y alemanes de Italia. Su Santidad se había sumado a dicha alianza con Florencia y Venecia, y luego con Francia, estados que intentaban con ahínco reunir un ejército. Pero nuestro rey, tras una rápida deliberación, había decidido mantenerse en una posición estrictamente neutral. De este modo, según Bennet, Enrique podría ser el pacificador, el único al que las demás potencias acudirían suplicando ayuda a cambio de favores. Con esta agradable perspectiva, el rey se había marchado de Londres para pasar el verano cazando. La corte se dispersó por el país y el flujo de noticias cesó por completo.

Hubiérase dicho que el nuevo amor de Enrique era una quimera conjurada sólo por mi propia fantasía, de no haber sido por el torrente de joyas que

manaba de la calle de los Orfebres. En abril había sido un broche de oro con un corazón de esmalte negro, cinco rubíes y cinco diamantes que suministró Morgan Wolf; al mes siguiente, una sarta de sesenta perlas y, al otro, un marco de oro para una miniatura, guarnecido con un halcón de ojos de esmeralda. Todos aquellos objetos habían ido a parar a manos del rey.

Cada vez comunicaba yo la nueva a mi madre como prueba, convencido de hallarme en lo cierto. Pero ¿quién era la dama? Nadie sabía nada sobre la mujer que había recibido aquellas joyas, ni se había visto a ninguna lucirlas.

En julio, por fin, el *Rose* volvió y ancló junto al Puente de Londres. Me quedé en el muelle, viendo arribar el barco con William a proa. Me dio un breve apretón de manos y se fue directo a la contaduría.

Recorrí impaciente el muelle, echando breves vistazos a la ventana mientras los hombres descargaban la mercancía de las gabarras: nuez moscada, pimienta y fardos de arpillera. Anochecía y la niebla se cernía sobre el río cuando al fin vi a William mirar por los cristales y hacerme señas de que subiera. Me apresuré por los oscuros pasillos del almacén, subí las escaleras de madera de la contaduría y entré.

Pese a todo, mi madre me hizo esperar. En una mano sostenía un papel lleno de cifras que repasaba rápidamente, moviendo en silencio los labios, mientras la arena se escurría por la cintura de un reloj con armazón de ébano. Dedicó un rato a comprobar las cuentas de sus subalternos. Mantenía la otra mano sobre el respetado sello de los Dansey, un círculo de bronce con relieve de madera pulida, con el que jugueteaba mientras leía. Ocupé una silla frente a ella. El corazón me retumbaba en el pecho.

De pronto dejó los números y tumbó el reloj de arena para detener el paso del tiempo. Me miró un momento con la cabeza ladeada, sin dejar de jugar con el sello, tras lo cual golpeó tres veces la mesa con él y empujó hacia mí una hoja. La tomé y la leí con avidez: «Por el presente documento requiero que abonéis al mencionado Richard Dansey, comerciante de Thames Street de la ciudad de Londres, la suma de mil marcos en ducados venecianos o bonos, según se acuerde, antes de la festividad de San Miguel o ese día a más tardar de este año de gracia de 1526.»

Se trataba de una letra de cambio para la sucursal de Venecia de la banca

de Anton Fugger de Núremberg, con la firma al pie de Miriam Dansey junto a un gran círculo rojo de lacre estampado con el dragón heráldico de la empresa. Por fin tenía lo que había anhelado todos aquellos meses. Y la suma era cuantiosa, más de lo que me hubiese atrevido a soñar. Grité de alegría.

—¡Vais a financiar mi empresa!

Mi madre asintió sin sonreír.

—No me lo agradezcas tan pronto. Aún no has visto esto. —Recuperó la letra y empujó hacia mí otro papel, que recogí y leí sin demora.

Era un contrato: uno de esos instrumentos para practicar la usura sin pecar, para que la City continuara con sus negocios a salvo de los tribunales eclesiásticos. Por aquel contrato yo aceptaba recibir mil marcos y entregarle a ella a cambio mil doscientos procedentes de los beneficios de mi negocio. Al pie había un espacio para mi firma. O sea, el veinte por ciento de interés para mi madre: sólo a partir de esa suma tendría yo ganancias. Era una tasa elevada. No me hacía un préstamo simplemente por el hecho de ser su hijo, sino que invertía en la empresa: en una empresa en la que confiaba muy poco. Sentí un arrebato de ira mientras dejaba el papel sobre la mesa. Estaba preparado para una negativa, pero no para aquello. De una tacada me ayudaba e interponía otro obstáculo en mi camino.

—Tenéis razón —dije—. Ya me siento mucho menos agradecido.

Volvió a sentarse, acariciando el sello de madera pulida, con una sonrisa casi imperceptible.

—¿Te lo estás pensando? —preguntó.

Tomé una de las plumas de ganso que había en el tintero de peltre y eliminé el exceso de tinta.

—No, por Dios.

—¡Espera! —Selló el documento y se inclinó hacia mí—. Querido Richard, estás corriendo un gran riesgo. Y me pides que comparta ese riesgo. ¿No sería más conveniente que te quedaras aquí a trabajar en la empresa familiar? ¿Que fueras allí donde yo te aconseje, contando siempre con el respaldo de nuestro querido William, un hombre en quien confío y que velará por ti? En el comercio lo mejor es hacerse un nombre poco a poco. No puedes comerte el mundo de un bocado, Richard. ¿Por qué quieres abrir nuevas rutas por tu cuenta, cuando hay tanto aquí para ti?

Su voz era suave y seductora. En la mesa, ante ella, descansaban los dos

documentos: uno me amenazaba con sus condiciones de pago; el objetivo del otro, sospechaba yo, era retarme con la enorme suma del préstamo. Vi claramente lo que se proponía. Si me embarcaba en mi empresa y tenía éxito, ella sacaría un cuantioso beneficio; indudablemente la idea de aquellos doscientos marcos la atraía. Si fracasaba, estaría en deuda con ella y enteramente en sus manos. Tendría que pasar años trabajando para saldar mi deuda, viajar allí donde me mandara y comprar lo que me ordenara. Era muy capaz de echarme en cara toda la vida que ella estaba en lo cierto y yo equivocado. Me convertiría en su pelele, en un humilde vasallo de la Casa Dansey. Aunque no llegara a recuperar jamás su dinero, doscientos marcos para tener tal poder sobre mí eran una ganga. Nunca volvería a emprender un negocio por mi cuenta.

Eso, si fracasaba. Pero para tener éxito, para ser libre, para escapar de la fetidez del Támesis, del turbio mundo familiar que se había convertido en una prisión para mí y entrar en una esfera que mi madre no podía siquiera imaginar, merecía la pena correr cualquier riesgo.

La tinta se había secado en la pluma. Me esforcé por ocultar la rabia que sentía.

—¿No queréis añadir ninguna otra condición antes de que firme? —le pregunté.

Dio un golpe con el sello sobre la mesa, irritada de pronto.

—Sólo que te llesves un criado de la familia de mi elección. No me gusta la idea de que emprendas completamente solo tu alocada aventura. ¿Te parece aceptable?

—Muy bien.

Volví a mojar la pluma en el tintero, furioso. La tinta se derramó por el borde de peltre.

—Tendréis vuestros mil doscientos marcos —le dije—. Y obtendré mis propios beneficios, os lo prometo.

Firmé el documento con una rápida floritura: «R. Dansey.» Estaba hecho. Me había hipotecado: no había vuelta atrás. Mi madre se quedó el documento y me tendió la letra de cambio. Me miró, pensativa y un tanto sorprendida, como si no hubiera esperado que aceptara su oferta.

Me levanté.

—Escúchame, Richard —me dijo—. No te falta buen ojo para las gemas,



eso me consta. Pero por Dios que tienes el corazón de un niño. Procura no seguir los pasos de tu padre.

La miré con altivez.

—No sigo los pasos de nadie. No sigo los de él y, desde luego, tampoco los vuestros.

Frunció el ceño levemente.

—Soy muy consciente de eso.

Doblé en tres la letra de cambio y me incliné para besarla en la mejilla. Salí rápidamente de la habitación, bajé las escaleras y crucé el almacén echando chispas. Aquel segundo documento me pesaba como una rueda de molino; era un pacto con el diablo que algún día me vería obligado a saldar. Pero, cuando salí al aire húmedo de la orilla del río, la rabia y los temores se esfumaron y sentí únicamente alegría.

Esa noche, tendido en la cama, desvelado, realicé mentalmente varias conversiones de moneda y empecé a asimilar lo que representaba aquella suma. Un marco de plata equivalía a dos tercios de libra esterlina; por tanto, 1.000 marcos eran 666 libras esterlinas con 13 chelines y 4 peniques, o 296 onzas de oro o, lo que era lo mismo, poco más de 3.000 ducados venecianos. Suficiente, me dije, para comprar unos quince diamantes de buena calidad, o veinte de menos valor más veinte ópalos de los más finos, o un centenar de amatistas orientales; quizá más si compraba sabiamente. ¿Cómo elegir? Tenía ante mí una docena de posibilidades de reunir una maravillosa colección de joyas.

En los días sucesivos hice recuento de mis modestos ahorros y los convertí en letras de cambio. Christian Breakespere me ofreció una pequeña suma de los suyos; incluso William Marshe lo hizo. Realicé un último esfuerzo por enterarme del nombre de la amante, acudiendo a mis contactos de negocios y presionando al tío Bennet para que se sirviera de los suyos en la corte. Pero fue en vano.

Era irritante: mi empresa resultaba muy arriesgada por el hecho de no disponer de aquella información. Consideré posponer la partida. Pero ya había esperado demasiado; si quería tener alguna posibilidad de éxito, debía zarpar de inmediato a pesar de mi desconocimiento. Estaba convencido de que el nombre de la amante no seguiría siendo un secreto por mucho tiempo. Rogué al tío Bennet que lo descubriera y me escribiera lo antes posible.

Convino en hacerlo, asintiendo con su calva cabeza.

—Bien, bien. Haré cuanto pueda. A cambio, prométeme que me mandarás noticias de Italia sobre su política y el progreso de las guerras. Mándame rumores y secretos. Tengo una razón en concreto para pedirte esto, querido Richard. No me falles y haré por ti cuanto esté en mi mano.

Una noche antes de hacerme a la mar guardé las letras de cambio en el cofre y me lo metí debajo de la camisa, en contacto con la piel. Mi gran aventura estaba a punto de comenzar.

## SEGUNDA PARTE

### LA ESMERALDA ESCITA: LA CORTESANA DE LAS GEMAS

*Venecia, 12 de agosto de 1526*

*Mi empresa es lenta y tardía,  
mi esperanza incierta y mi deseo va en aumento.  
Lamento tanto abandonarla  
como seguir adelante con ella.*

PETRARCA, *Canzoniere*

## 6

Al cabo de un mes estaba en el gran puente de madera del Gran Canal de Venecia, inflamado de orgullo y emoción. La gente se apretujaba a mi alrededor: nobles con sus criados, vendedoras de nueces y naranjas, comerciantes del mundo entero, venecianos y turcos, judíos y griegos. A mi lado trotaba mi criado, el corpulento Martin Deller. Era la última persona que hubiese escogido para acompañarme. Muchas veces, siendo niño, me había pillado en los rincones prohibidos del almacén y me había sacado a rastras de una oreja. Pero «si no hay criado no hay marcos», tales habían sido los términos de la Viuda, que había hecho valer su derecho a escogerlo. Martin, que a la sazón me llamaba «patrón», llevaba una daga al cinto y una porra de roble de veinticinco centímetros con una cinta de cuero para la muñeca en un extremo y, en el otro, un peso de plomo que le aportaba contundencia. Me acompañaba para servirme y proteger mis pertenencias, o eso se suponía que debía creer yo.

—Patrón —murmuró—, ¿os parece prudente llevar encima tantas monedas?

Me detuve en el punto más alto del puente y lo miré irritado. Acabábamos de salir de Fontego dei Tedeschi, la casa de cambio de los alemanes, un enorme edificio de piedra blanca con almenas dentadas, como las de algunas fortalezas sarracenas, cuyos ocho pisos de altura se erguían junto al Gran Canal. Allí, en la oficina del agente de Anton Fugger, banquero de emperadores y papas, había presentado la letra de cambio de mi madre y solicitado un cuarto de la suma en oro y el resto en letras de menor importe. El agente, tras abrir uno de los cofres adosados a la pared, había extraído una gran bolsa de tela repleta de oro. Me había impresionado ver aquellos montones de ducados relucientes, que el empleado ordenaba, contándolos y volviéndolos a contar: treinta montones con más de veinte ducados cada uno, como las torres de una ciudad dorada. Setecientos setenta monedas en total, con la efigie de san Marcos y el dogo en el anverso y, en el reverso, Cristo sentado en su esplendor, que llevaba yo en una bolsa de cuero sujeta al

cinturón junto a mi daga. Pesaba bastante: casi dos kilos de oro.

—No las llevaremos encima mucho tiempo, Martin. Estamos a punto de empezar a gastarlas.

Teníamos ante nosotros el Rialto: los doscientos metros cuadrados más ricos del mundo. Formaba una isla, delimitada al norte, el este y el sur por el Gran Canal y al oeste por otros canales menores. A sus orillas llegaban los barcos de manera incesante. En cuanto uno partía, otro ocupaba su lugar para descargar. Al otro lado del canal, las calles y plazas del Rialto estaban abarrotadas de toda clase de almacenes y tiendas, *fonteghi* y *botteghe*, donde uno podía comprar cualquier cosa que creciera o se fabricara bajo el sol.

Allí vi ricos tapices y alfombras, huevos de avestruz con adornos de oro y coral, tableros de *backgammon* con adornos de marquetería de jaspe, calcedonia y marfil, y escudos heráldicos tallados. Había naipes dorados con pan de oro y extraordinarios libros impresos, los más extraordinarios, puesto que los mejores libros del mundo son venecianos, con grabados en casi todas las páginas, y, por supuesto, toda clase de maravillas entretejidas con el hilo de oro conocido como «oro de Venecia». Podría haber llenado de tesoros el *Rose* siete veces.

Proseguí mi camino, bajando el puente con los ojos puestos en la tienda de un joyero cuyo símbolo era una cadena de oro pintada en una tabla. La separaban de la calle unos cuantos escalones. Los bajé de un salto y empujé la puerta. Más de una noche había soñado con aquello y allí estaba por fin. Pero cuando miré alrededor en la moteada luz que se colaba desde el canal por una ventana con barrotes, me quedé perplejo. En los estantes de la tienda había cadenas de oro, únicamente delgadas cadenas de oro, de una maravillosa finura, algunas con esmaltes, otras con perlas, otras con las dos eses de *spiritus sanctus*. En cuanto el joyero abandonó su mesa de trabajo lo acribillé a preguntas. Me enteré entonces de que el comercio en Venecia era a gran escala. No había una calle de los Orfebres como la de Londres, con sus catorce tiendas en las que vendían un poco de todo. Los orfebres venecianos estaban divididos en doce gremios, cada uno formado por docenas de artesanos y comercios. El establecimiento en que había entrado pertenecía al ramo de las *catenelle d'oro*, las cadenitas de oro. En otras tiendas vendían cuencos y cálices de plata; las había dedicadas a la venta de cuberterías de oro y plata o a las baratijas, y también para las cadenas gruesas de oro en contraposición a las

finas. Existían tiendas de filigranas, una para engastes, otra para repujados, grabados, cincelados y sellos. Había incluso un ramo dedicado enteramente a botones de oro fino. Eso por no mencionar el de los *diamanteri*, que se subdividían a su vez en el sector de los dedicados al comercio de diamantes y el de los que vendían gemas de colores. Había incluso un ramo de vendedores de joyas de imitación y perlas falsas.

—Por último —continuó el tendero—, están los que tallan el cristal de roca y los especialistas en tallar piedras preciosas o en fundir piezas de oro usando moldes de cerámica, ya sea con o sin abrazaderas.

Se quedó mirándome sonriente, parpadeando. Yo no quería que notara mi consternación. Aquélla fue la primera pista que tuve de que el mundo en que me había metido constituía un desafío mayor de lo que creía. Le di las gracias y me marché.

Después de aquello pasamos días buscando por callejones y puentes empinados, abriéndonos paso a empujones entre el bullicio de la lonja del pescado y por las calles de los carniceros, los especieros, los boticarios y los polleros, pasando por los almacenes de harina y de grano, por delante de los vendedores de cuerdas y los fabricantes de velas que había junto al Gran Canal, así como entre el gentío que rodeaba los cuatro grandes bancos de Venecia, dos para los nobles y dos para los ciudadanos. En todas partes preguntábamos por el oro y las gemas. Martin y yo pasábamos horas en húmedas habitaciones subterráneas. Yo no quitaba ojo al trabajo de los orfebres y repasaba piedra tras piedra. Vi maravillas: esmeraldas de Persia que pesaban hasta sesenta granos; una amatista color vino tan grande y preciosa como cualquier diamante, cuyo corazón púrpura fulguraba como un rubí; varios zafiros verdiazules de Pegú, un lugar situado más allá de la India, poco comunes y perfectamente uniformes. Vi turquesas y cornalinas, anillos, cuencos, platos para dulces cuajados de diamantes y perlas. La cabeza me daba vueltas ante tanta opulencia. Pero todas las gemas eran caras, demasiado caras. Una sola piedra podía valer mil ducados.

Algunos comerciantes torcían el gesto cuando se oían lo ligera que era mi bolsa.

—¿Prefiere el *signore* algo más barato, tal vez? —preguntaban, y me enseñaban bandejas de piedras de escaso valor: pálidos granates, pequeños topacios amarillos y crisolitas que se vendían por cincuenta ducados o menos.

Pero yo no las quería. Me había propuesto comprar piedras que contuvieran la semilla de la obsesión, piedras con profundidad, piedras con corazón, piedras que reflejaran una pasión poderosa: la pasión de un rey.

Al séptimo día empezaba a pensar que había cometido un craso error viajando a Venecia. Sólo tendría una oportunidad en la vida de librarme del imperio de mi madre. Lo había intentado demasiado pronto, sin suficiente dinero, e iba a fracasar. Esta idea me atormentaba mientras recorría las callejuelas bajo un intenso chaparrón de finales de verano. Llevaba el manto empapado, y el sombrero, un gorro plano de lana como los que llevan los aprendices londinenses, chorreando. Si Venecia no era el lugar adecuado para mí, ¿dónde podía ir? Si regresaba a casa derrotado y avergonzado, seguiría debiéndole a mi madre aquellos mil doscientos marcos. Podía viajar hasta más lejos, a El Cairo y más allá, pero una empresa de aquella envergadura requería meses, incluso años, y mis gastos irían en aumento. Toda esperanza de un rápido éxito con el rey se habría esfumado. No; haría fortuna allí mismo y enseguida, o nunca en ningún lugar.

La impaciencia estaba a punto de llevarme a la ruina. Acababa de cruzar otro puente sobre otro canal. Al otro lado había una puertecita sobre la que pendía un letrero de madera con el dibujo de un anillo de oro con una piedra verde oscura. Era la tienda de un orfebre especializado en gemas. Con renovada esperanza empujé la puerta y entré. Zafiros y turquesas relucían en la tenue luz, como en una mina fantástica. Capté por un instante un destello rojo sangre al fondo del local y encontré allí un gran rubí que descansaba sobre un almohadón de seda blanca. El tendero se me había acercado, con los ojos brillantes.

—Es un rubí de Serendip, *signore* —me susurró—. No encontrará una piedra con más vida ni de un color más intenso. No lo tienen igual los rubíes de Calcuta, ni los de Bisnaga o Pegú. Mírelo. Sopéselo. Quince quilates. Para usted, dos mil ducados.

Tomé la piedra y le di vueltas entre los dedos para que su reflejo los tiñera de rojo. Relucía como un carbón encendido, con un color fuerte desde el centro hasta la superficie. Era impecable, suave incluso en bruto, de forma abultada. Lo lamí y noté la frialdad que caracteriza los mejores rubíes. Dándole vueltas en la palma percibí su seductora magia. Sabía que podía persuadir al orfebre de que me rebajara el precio. De pronto, Martin estaba a

mi lado.

—¿No os satisface, patrón? —me susurró—. ¿Tiene imperfecciones?

—No —dije—. Al contrario.

—Entonces compradlo, por Dios. ¿Para qué necesitáis más de una piedra? Compradlo y regresemos a Inglaterra.

«Cómpralo», me susurraba la voz de la tentación al igual que la de Martin. Habría sido muy fácil. También escuché la voz de mi madre, burlándose de mí. Era como si la oyera, diciéndome: «Si eres un comerciante tan estupendo, veamos cómo haces una compra. Pero eres un soñador y dudas siempre. Siempre te ha faltado la entereza de tu hermano.»

—Puedo tallarlo para vos —se ofreció el tendero—. En talla pirámide. Es demasiado redondeado para talla esmeralda. Quizás en un anillo liso. Os prometo que tendrá un aspecto magnífico.

Giré el rubí a la luz, obligándome a pensar fríamente. ¿Cuánto podría valer, una vez tallado y engastado, en Inglaterra? ¿Más de doscientos ducados? Tal vez. Pero dado el coste de la talla, sumado a mis otros gastos, era más que probable que tuviera que volver a casa para afrontar el destino que más temía. Siguiendo los pasos de mi padre, habría hecho un negocio ruinoso. Además, fuera cual fuese su valor, era sólo una piedra. No bastaría para hechizar al rey; no bastaría para eclipsar a Breakespere y Heyes.

Miré de reojo a Martin, que continuaba mirando fijamente la gema, no estaba seguro si porque estaba verdaderamente maravillado o porque deseaba empujarme a comprar.

Mientras estuviera allí corría peligro. Dejé el rubí en su lugar. Sobre el almohadón blanco su resplandor me atormentaba, así que cerré los ojos y le di la espalda. Sin decir palabra volví a subir los escalones hasta la calle.

En cuanto estuve de nuevo en el exterior, al sol, el hechizo de la piedra se alejó de mí y di gracias a Dios por haber escapado. Furioso conmigo mismo por haber estado a punto de cometer un grave error, apreté el paso. Quería poner tanta distancia como fuera posible entre mi persona y aquella piedra traicionera. Oí la voz de Martin a mi espalda.

—¡Patrón! ¿Por qué no habéis comprado ese rubí? Vos mismo habéis dicho que no tenía ninguna imperfección. ¿Cuándo vamos a comprar algo?

Hubiese querido darle una patada por ser tan obtuso. ¿O no era tan bobo como parecía? No me cabía duda de que cumplía las órdenes de la Viuda. Al



fin y al cabo, era el espía de mi madre. ¿Y si era algo más que eso? ¿Y si me había dado aquel consejo nefasto a propósito?

—¡Por Dios bendito, patrón! —me gritó—. Hemos visitado todas las tiendas de los orfebres, todas. ¿Qué os proponéis?

Me volví hacia él. Me vi en sus ojos tal como me veía mi madre. Vi su desprecio por mi confianza infantil y el placer ingenuo que me proporcionaban las cosas hermosas: «Como tu padre.» Thomas era duro como el acero, repetía a todas horas. Su mente era aguda, un instrumento preciso de medición y cálculo, como la de la Viuda. No había visto al Thomas que, al claro de luna, cantaba al pie de la ventana de una muchacha, ni al que saltaba por las vigas del tejado de una iglesia con tanta imprudencia como yo. Tampoco tenía noticia de los juicios certeros que había aprendido a hacer yo en mis incursiones en busca de piedras preciosas.

Se equivocaba, y mucho, acerca de ambos, me dije. Pero el fuego de aquel rubí había consumido buena parte de mi confianza.

Me encaré con Martin y le dije:

—Estoy aquí para adquirir gemas en cantidad, gemas maravillosas, capaces de despertar una obsesión, piedras por las que matar y por las que morir. Y eso es exactamente lo que me propongo hacer.

Giré sobre los talones y reanudé la marcha. ¿Cómo iba a lograrlo?, me dije. Necesitaría todo mi ingenio y sangre fría.

Sabía que toda gran ciudad tiene sus bajos fondos. La mayoría se queda en los cálidos bajíos, pero es en las aguas profundas en que nadan los peces más agresivos donde se hacen las fortunas, porque allí los precios son bajos y las ventas se efectúan con rapidez y peligrosidad. Había visto los contactos hechos por mi padre y William en los barrios bajos de Lisboa a lo largo de años de pacientes intrigas. Tenía que lograr lo mismo en Venecia, pero contaba con muy poco tiempo. Así que continuamos caminando, hora tras hora, día tras día.

El Rialto no era sólo el mercado más rico y maravilloso de Europa. También era un cruce de caminos entre los diferentes barrios de la ciudad y mundos distintos. Al sur empezaban los grandes palacios de los nobles, con sus hileras de ventanas con intrincadas tracerías como las de las ricas ciudades del islam. Por la noche, el distrito se llenaba de bailes y serenatas. Vi góndolas manejadas por esclavos árabes y damas con velo entrar en sus cabinas

cerradas con un centelleo de joyas. Allí había oportunidades, no cabía duda. Pero aquel mundo me estaba vedado.

Al norte y el oeste estaban los distritos de los especieros y, a continuación, los de los tintoreros de seda y los fabricantes de tinte escarlata. Todavía más lejos, al otro lado del Gran Canal, se encontraban las antiguas fundiciones: el *jactum*, el «gueto». Era allí donde las autoridades habían permitido a los judíos instalarse tras su expulsión de España, ordenada por Fernando e Isabel, los padres de la reina Catalina, hacía treinta años. Como no se permitía a los judíos ejercer ningún oficio o profesión, se habían convertido en maestros de las finanzas y el comercio. De eso me enteré deambulando por el gueto, donde, preguntando de taberna en taberna, empecé a hacer amigos. Estaban al corriente de todo, no cabía duda, pero mantenían la boca cerrada y guardaban celosamente los secretos de sus clientes.

También visité el Ángel, la posada cercana al puente del Rialto donde podían alojarse los turcos, que llevaban un enorme turbante blanco o un fez, el típico gorro de fieltro rojo. Ellos me hablaron de su comercio en jengibre y aloe y coral, y de los mercados de Beirut y Alepo. Esperaba que uno u otro de aquellos contactos pronto dieran fruto.

Incluso desde la ventana de nuestro alojamiento, en la estrecha plazuela del Campiello del Sol, a pocas calles de la Piazzetta del Rialto, descubrí cosas. Todas las mañanas, antes de amanecer, veía a un anciano acompañado de un chico de unos quince años subir penosamente desde el canal hasta la plaza. Acarreaban un par de cubos sobre los hombros. Vaciaban su contenido en la cisterna del centro de la plaza y se marchaban por más. Tras seis o siete viajes no volvían a aparecer. Una mañana bajé y les pregunté qué hacían. El anciano me dijo que eran *aquaiuoli* y que traían agua de Terraferma, como los venecianos llaman a su territorio del continente, para llenar las cisternas de la ciudad. Todas las mañanas cruzaban la laguna en medio de la niebla, pasando junto a los grandes barcos anclados, y volvían a cruzarla para ir a la ciudad.

—¿Y esos grandes barcos pagan siempre una tasa a la República por sus mercancías? —le pregunté.

El anciano me miró sin pestañear.

—No siempre.

Le di medio ducado y le pedí que recordara mi cara.

Una tarde, cuando ya habían cerrado las puertas del gueto, Martin y yo

volvíamos a casa. Cansado y desanimado, seguramente por ese motivo me desvié del camino habitual. Era casi noche cerrada. Las luces ardían en algunas puertas, pero había largos trechos de calle a oscuras. El siguiente canal, pensaba, tendría que haber sido el Rio di San Cassiano, que cruzaríamos por el puentecito de madera llamado Ponte dei Morti, el «puente de los muertos», pasando por el cementerio y el campanario de San Casiano. Pero el callejón, que serpenteaba interminablemente, desembocó en un puente estrecho que no conocía. Al otro lado del canal oí una carcajada femenina. Allí, a la luz de los candiles de los muros, vi algo que me dejó de piedra. Parpadeé, porque en todas las ventanas de la casa de enfrente había mujeres: mujeres desnudas y hermosas. Algunas se asomaban al canal, con los pechos meciéndose y los pezones resaltados con carmín. Otras, erguidas, recorrían el callejón con la mirada, con perlas en el cabello y sus más íntimos encantos afeitados a la moda oriental. Había incluso unas cuantas sentadas en el alféizar, con las piernas desnudas colgando en el vacío. Nada más verme, empezaron todas a llamarme y hacerme señas de que me acercara a probar el sabor del Paraíso.

Llegué hasta el centro del puente y les hice una reverencia, descubriéndome. Era hora, me dije, de ahogar las penas.

—Señoras —saludé—. Estoy enteramente a vuestro servicio.

Crucé el puente y llamé a la puerta, bajo las piernas colgantes. Una majestuosa anciana me abrió y me miró de pies a cabeza con desconfianza. Por mi vestimenta se notaba que no era un hombre rico. Iba a cerrarme la puerta en las narices cuando levanté la bolsa. Las monedas tintinearón. Aflojé las cintas y le tendí medio ducado. En su rostro se dibujó una sonrisa avariciosa y me dejó pasar con una reverencia. Entré y me dirigí a las escaleras de piedra.

—¿Qué hay de mí? —me preguntó Martin desde abajo, quejumbroso.

Volví la cabeza y le dije:

—Diviértete como puedas.

Entré en la habitación que daba al canal. Hubo un coro de grititos y las muchachas corrieron a taparse con velos de seda y enaguas. En la sala había cuatro divanes con volutas, llenos de cojines y almohadas, cada uno con un dosel similar a una tienda de campaña que pendía de un gancho en el techo. No había ningún hombre. Miré a las chicas de una en una; apenas podía creer

en mi suerte. Ellas mantenían la cabeza baja, sonriendo con timidez: eran la viva estampa de la modestia, como vírgenes recién llegadas del campo que hubieran aireado inocentemente su desnudez en las ventanas a causa del calor excesivo. Me quité el sombrero y les hice una reverencia.

—Richard Dansey, de Londres.

Me miraron.

—Dardania.

—Hipólita.

—Angélica.

—Armida.

Sus nombres evocaban antiguos paraísos de los dioses; su aspecto, las curvas ligeras y la cortesía de la que hacían gala, sosteniendo las enaguas para cubrirse, todo me excitaba más allá de lo soportable. La frustración de mi búsqueda de piedras se transformó instantáneamente en deseo. Las miré una por una. ¿Cómo decidirme? Hipólita, alta como la reina de las amazonas cuyo nombre llevaba, tenía una larga pierna apoyada en un cofre damasquinado. Armida era delicada; Angélica, redonda como un budín; Dardania, delgada y orgullosa. Al final fue la mirada retadora de Hipólita lo que me convenció. Le indiqué que se acercara. Sonrió esquiva y me llevó a uno de los lechos. Se tendió en un extremo, con un ligero velo azul cubriendo su cuerpo, como la Venus perezosa de un cuadro, esperándome. Las perlas de la pequeña ristra que llevaba en el pelo formando una curva brillaban a la luz de las lámparas como gotas de agua. Arrojé la bolsa junto a la almohada con un tintineo de oro y, con ella, mi daga, desafiándolas a intentar robármela. Luego me desvestí hasta quedar en mangas de camisa, mientras Hipólita servía vino dulce en dos copas que dejó en una mesa de marquetería y Dardania y Armida traían platos destinados a inflamar nuestra pasión: huevos trufados, puntas de espárrago, almendras y piñones con anís y miel. Hipólita comía con delicadeza, a pequeños bocados y tomando sorbitos de vino, lanzándome miradas provocativas con sus grandes ojos oscuros. Al final no pude aguantar más. Aparté la bandeja de frutos secos y tiré de los cordeles dorados del dosel. Las cortinas se cerraron. Me quité la camisa y me arrodillé en la penumbra frente a mi amazona desnuda. Tenía en los ojos un brillo pícaro al verse enfrentada con el peligro y las posibilidades inexploradas. Se quitó el velo, giró sobre sí misma como un gato y quedó de cara a mí.

—Ahora veamos de lo que sois capaz —me dijo.

Se abalanzó sobre mí. Me exploró, culebreó, me agarró, se apartó, me lamió, mordisqueó, chupó y se rio. Yo jadeaba, asombrado. No sabía cómo reaccionar. Hipólita era una criatura completamente distinta de las aburridas rameras de Stew Lane y de aquellas criaturas ordinarias de los callejones de Lisboa. Pero me propuse aprender rápido. Respondí a cada caricia suya con una mía, finta por finta, y por cada nueva maniobra suya me aseguré de hacer dos de mi propia cosecha. Mientras gemíamos y jadeábamos, las perlas de su peinado se sacudían y entrechocaban. Eran perlas finas, pensé, muy finas. Me prometí echarles un vistazo más de cerca, pero cuando pensaba aquello se colocó a horcajadas sobre mí, con los talones contra mis muslos, y me cabalgó con un balanceo rítmico de los senos que me hipnotizaba mientras nos acercábamos al clímax. Luego, después de refrescarnos tomando vino, fui yo quien se sentó a horcajadas sobre ella. Apoyé la cara en su pelo perfumado con almizcle y las perlas atraieron de nuevo mi atención. Eran de un tamaño considerable, tal vez de tres quilates o más, muy redondas, ligeramente azuladas. Aquello indicaba que todavía eran nuevas. Las perlas, a diferencia de las piedras preciosas, empeoran con el paso de los años. Aquéllas eran de Persia, me pareció, de los abundantes caladeros del estrecho de Ormuz. Detuve mi embestida y me apoyé en los brazos.

—¿De dónde has sacado estas perlas?

—De un noble —jadeó—. Uno que no podía pagar. ¡Que Dios os maldiga! ¿Qué sucede? ¿Vuestra espada no va a luchar?

Volví al ataque. Su olor, el brillo de las perlas, mujer y perlas, perlas y mujer, el placer de Hipólita y lo mucho que codiciaba yo su tesoro se fundieron en una única emoción exquisita. Con la boca pegada a su oreja le susurré:

—Te doy cien ducados por ellas.

Arqueó la espalda, me mordisqueó el cuello y siseó:

—Doscientos.

Me retorcí y descendí en picado.

—Ciento veinte.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! Ciento cincuenta.

Me la puse encima para beber la última gota de deleite y susurré en su oído:

—Hecho.

## 7

Volví a casa eufórico. El olor de Hipólita impregnaba mi piel y había hecho mi primera adquisición. Pero tendido en la cama, en nuestro alojamiento, empecé a dudar. ¿Y si habían sido únicamente el hechizo del vino, los platos exóticos y el sabor delicioso de mi amazona lo que me había seducido?

A la luz de una vela, abrí el cofre una vez más y saqué mis balanzas. Eran auténticas balanzas de joyero. Las había comprado antes de salir de viaje. No tenían base de apoyo, sino que se colgaban del índice y el pulgar, con dos platos, en uno de los cuales se colocaban con unas pinzas los diminutos pesos. Mis perlas tenían un buen peso, algunas llegaban a los tres quilates y cuarto, y eran muy redondas. Estaban perforadas, claro, pero me sorprendió que la perforación no las atravesara por el centro, como era lo habitual, sino que siguiera una trayectoria excéntrica, más corta. Perforar perlas siempre es un trabajo delicado. Aquél tenía que haber sido infinitamente difícil. Aquella rareza era lo que hacía que las perlas colgaran de un modo tan atractivo del peinado de Hipólita.

Me acerqué a la ventana con ellas. Amanecía. Oí a los aguadores en su cotidiano trayecto desde el canal y luego el sonido del contenido de sus cubos vaciándose en la cisterna. Cuando salió el sol contemplé por primera vez el esplendor de aquellas perlas. Tenían un profundo y sutil brillo, como de nata matizada con agua de rosas. La luz jugaba sobre ellas, insinuando transparentes honduras a pesar de no tener ninguna, porque todo el misterio de una perla, a diferencia de una gema, radica en su superficie. Había acertado: valían varias veces lo que había pagado por ellas.

—¡Martin! —llamé, y mi sirviente vino de la antesala con agua caliente.

Le enseñé el cofre y le dejé verlas: siete orbes de plata sobre la seda azul que había doblado en su interior para mantener las piedras que adquiriría ilesas, sin que se rozaran.

—¿Qué opinas de esto?

Se inclinó y sorbió por la nariz.

—¿Se las comprasteis a las rameras?

Cerré la tapa de golpe, molesto.

—Se las compraría al diablo si hiciera falta. ¿Dudas de mí?

—No, patrón —respondió renuente—. Si decís que son auténticas, os creo. Todo esto está muy bien. ¿Y ahora, qué?

—Hoy caminaremos —respondí brevemente—. Y esta noche volveré al Puente de los Pezones. —Ponte de le Tet, tal era el nombre del estrecho puentecito, y todavía no he visto puente con un nombre más acertado.

—¿Ése es vuestro plan? —me preguntó Martin con disgusto—. ¿Acostaros con una puta distinta cada noche? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Hasta haber gastado todo vuestro dinero?

Era mi madre la que hablaba, la voz cargada de desdén. Por un instante vacilé. ¿Y si ellos tenían razón? ¿Y si al final malgastaba su dinero y volvía a casa arrastrándome, como el hijo pródigo, para no levantarme nunca más? Pero luego me invadió la rabia: la rabia por lo calumnioso e injusto que era aquello, y por tener que soportar a aquel espía que controlaba todos mis movimientos.

Me acerqué a Martin, lo agarré de la camisa y lo estampé contra la pared.

—Espero que mi madre te esté pagando bien —siseé—. Porque corres un riesgo. ¿Cuáles fueron sus órdenes? ¿Que me obligaras a cometer un error? ¿Que me devolvieras a casa tan pronto como pudieras? ¿Y bien?

Martin me miraba, estólido.

—Estoy aquí para protegeros, patrón. Y para servirlos.

Lo solté. Por supuesto, no iba a admitir nada. Tendría que haber controlado mi temperamento.

—Me acostaré con tantas cortesanas como haga falta, y haré lo que tenga que hacer hasta encontrar lo que busco.

En mis incursiones diarias por la ciudad me mezclé con los mercaderes en la placita situada frente a la antigua iglesia de San Giacomo y recorrí la Mercería, entre San Marcos y el Rialto.

Durante mis paseos oí rumores inquietantes.

Aquel verano volvía a haber guerra en el norte de Italia. El papa Clemente había reunido una fuerza de ocho mil hombres y los había mandado a unirse allí a los ejércitos de Venecia y Francia. Aquel ejército confederado ya había



arrebatado Lodi y Cremona al emperador de los alemanes y los españoles y ahora se proponía marchar sobre Milán, el baluarte imperial del norte. Durante unos días hubo mucha excitación y todo el mundo hablaba de una rápida victoria de la Liga. Pero también escuché otras noticias, las que susurraban los mercaderes vueltos de las fronteras occidentales del territorio de Venecia. Decían que había grandes desacuerdos entre el duque de Urbino, general de Venecia, y los comandantes del Papa. El duque quería que avanzaran todos a la vez para aplastar Milán, pero los generales papistas temían dejar el camino expedito a los del Imperio para desplazarse hacia el sur. Furioso, el duque había escrito a Su Santidad para que diera el visto bueno a sus órdenes; mientras, el ejército tenía las manos atadas. Todas aquellas noticias transmití a mi tío Bennet en cartas cifradas. Esperaba que gracias a ellas Wolsey considerara a mi tío más importante. Cualquier mejora de la posición de Bennet en la corte redundaría en mi beneficio.

Luego supimos que el ejército del Papa marchaba por su cuenta hacia el sur. Los venecianos y los franceses se habían quedado solos y habían tenido que retirarse. Al mismo tiempo, el gran general del emperador, el duque de Borbón, había desembarcado con unos refuerzos de diez mil hombres de España. Cundían el miedo y la consternación. La Liga estaba acabada, según algunos. El carácter indeciso y traicionero del papa Clemente era notorio. Podía firmar la paz con el emperador en cualquier momento y dejar a sus aliados en la estacada. Francia era débil, Florencia se rendiría si lo hacía el Papa y entonces Venecia se quedaría sola. Los ancianos recordaban lo sucedido veinte años antes, cuando Venecia había afrontado una alianza del Papa, el emperador y otros estados.

—Pero la ciudad no puede caer nunca, ¿no es así? La laguna y las galeras de guerra nos protegen —le dije a mi anfitrión, Matteo Pasini, el viejo barbero cirujano.

—¡Venecia no puede caer! —repitió—. Cierto. Pero pueden arruinarla. En 1510, cuando el emperador aplastó a nuestros ejércitos, no quedó ni un comerciante en el Rialto. Los bancos cerraron. Había tres millones de ducados de los venecianos en sus libros, pero todo aquel dinero se había esfumado, invertido en ejércitos arrasados en la lucha por defender nuestro territorio. Desde los campanarios se veían las ciudades en llamas de Terraferma. Letras de cambio y bonos se volvieron inservibles. Eso puede repetirse, creedme. Sea

lo que sea que habéis venido a comprar, amigo, os aconsejo que os apresuréis.

Redacté cartas. Estaba que echaba humo, preocupado, prácticamente decidido a ir directamente al agente de Fugger y hacer efectivo el resto de mis letras de cambio mientras todavía quedara oro que sacar de las arcas. Pero habría sido una tontería cargar con otros dos mil ducados cuando no había sido capaz todavía de gastar lo que llevaba encima.

Era más urgente que nunca que prosiguiera mi búsqueda, e incluso entonces, en mis duros e improductivos paseos por la ciudad, daba gracias a Dios por no estar en Londres y no ser esclavo, al menos de momento, de la Casa Dansey, aunque deseé en más de una ocasión que William estuviera allí conmigo o tener tanta experiencia como él.

El mundo de las cortesanas me incitaba y me inflamaba. Estaba fascinado por la idea de que había nobles capaces de desprenderse de perlas por mucho menos de lo que valían. Volví una y otra vez, y los vi en sus góndolas, pasando bajo las ventanas de las damas junto al Ponte de le Tet: auténticos cortesanos, suponía, con la empuñadura de la espada enjoyada y jubón carmesí con cuchilladas doradas. Se ponían de pie en la proa y miraban hacia arriba, marcando el punto en el libro de sonetos de Petrarca con el índice. «¿Qué sentimiento es éste si no amor?», clamaban. Y: «¡Juro por Dios que sois cruel!» Y: «Mi señora, ¿vais a procurarme la muerte, siendo como soy un leal esclavo?»

Cuando me encontraba con ellos más tarde, bebiendo con las damas antes de acostarse bajo un dosel, me repasaban altaneros de pies a cabeza. Veía los rubíes en sus dedos, los diamantes en las insignias de su sombrero, los botones de perlas.

Hipólita observaba con una sonrisa cómo miraba yo todo aquello y, cuando me quedé a solas con las mujeres, me dijo:

—¿Queréis comprar y comprar barato? Entonces tenéis que ir al *casin*.

—¿Y qué es el *casin*?

—*Casin*, en la lengua veneciana, o casino, como lo llaman en Terraferma, es el lugar al que van a apostar los nobles. Pero con el aspecto que tenéis no os permitirán siquiera cruzar la puerta.

—Tenéis que deshaceros de ese sombrero —opinó Armida, levantándose y apartándolo con disgusto.

—Y este manto parece el de un vendedor ambulante —dijo Dardania.

—Y esa daga pequeña que lleváis... —aportó Angélica—. Los señores llevan espada.

—Esta camisa no os favorece —observó Hipólita, quitándomela.

Intenté escabullirme, pero Armida se puso detrás de mí y me agarró de los pantalones.

—Esto tampoco —decretó.

—Ni esto —añadió Dardania, quitándome las calzas.

—Y esto menos todavía.

Intenté zafarme.

—¿Qué tienen de malo mis calzones, en nombre de Dios?

Hipólita dio un último tirón.

—Tendrían que ser de seda. Bordados.

Me habían dejado en cueros. Hipólita arrojó mi ropa interior al montón, con una mueca de disgusto. Yo estaba furioso, pero también reía: me sentía extrañamente limpio, como si mi vieja vida hubiera sido apartada de mí junto con todas aquellas prendas: el chaleco marrón, los pantalones de paño, las medias de lana y la camisa sin adornos. Me encontraba ante lo desconocido. Era evidente que las cortesanas opinaban igual.

—Miradlo —dijo Armida, sonriente—. Aquí desnudo, a las puertas de un mundo nuevo.

Recogí la bolsa y les arrojé un puñado de ducados.

—Señoras —les dije—. Será para mí un honor que seáis mis guías.

Y se pusieron manos a la obra. Al cabo de dos días se celebraba la fiesta de San Miguel, *Michaelmas*, como la llamamos los ingleses, a finales de septiembre. En una fiesta de guardar ninguna cortesana podía practicar su oficio, así que las damas me acompañaron a San Marcos. La gran plaza estaba abarrotada de gente elegante que forcejeaba para ver pasar en procesión al dogo, vestido de carmesí, con un manto de armiño sobre los hombros y el gorro puntiagudo conocido como «el cuerno». Se protegía del sol bajo una gran sombrilla ceremonial de brocado de oro. El legendario Andrea Gritti, con su corta barba blanca y su cara ceñuda, había sido el capitán general que había luchado contra el papa Julio y reconquistado Padua para la República. Ahora dirigía Venecia en su guerra contra el emperador. Las campanas repicaban y los tapices colgaban de las ventanas de toda la plaza. Monjes vestidos de blanco siguieron al dogo por las puertas forradas de plomo de la

iglesia y luego desplegaron tres grandes estandartes dorados con la imagen de San Marcos y el león.

Con mis señoras, entré a empujones en la iglesia. Me quedé mirando los mosaicos y el oro de los muros, las columnas de mármol de colores y los púlpitos techados de oro y las incontables estatuas de santos. Cuando empezó la misa contemplé la mayor maravilla de todas: las damas de Venecia, sentadas más arriba que nosotros, en las galerías destinadas a los nobles. Hubiera alegrado el corazón de un moribundo contemplar la cantidad de diamantes, esmeraldas y zafiros de un tamaño nunca visto que lucían, las perlas en sus cuellos y su pelo, y el centelleo de las piedras de sus anillos cuando juntaban todas a la vez las palmas para rezar. Una sola de aquellas damas podía llevar quinientos ducados en los dedos y mil alrededor del cuello. Mis cuatro guías no llevaban ni una joya, como imponía la ley a las cortesanas cuando salían: así de celosas eran las damas venecianas de los ornamentos que las definían como pertenecientes a la nobleza.

Dardania me tomó del brazo y me dijo al oído que me olvidara de las mujeres. Era a los hombres a quienes debía observar. Tenía que fijarme en cómo permanecían de pie, en cómo se sentaban, en la caída de su capa, el modo en que se descubrían, el corte de su jubón, la manera en que la vaina de su espada oscilaba al andar. Vestían mayormente de negro: medias negras, jubón negro y toga con un corte a la altura de los codos para sacar los brazos con libertad de las mangas largas hasta los pies. Todo en ellos era elegancia, con apenas unos toques de opulencia: aquí unos botones de oro, allá el forro plateado que se veía por las cuchilladas de la ropilla, allá la medalla de oro del sombrero y la piedra del anillo. Aquello, según Hipólita, era el verdadero refinamiento que debía cultivar: no el desenfado disoluto de los hombres que visitaban de noche a mis señoras.

Al día siguiente, pronto, antes de que las cortesanas volvieran al trabajo, nos reunimos de nuevo. Me acomodaron en una góndola. Mientras íbamos por el Rio di San Cassiano, me distraje intentando robarles besos. Pero ellas tenían la cabeza en otra parte.

—¿Las tres milanesas del Ángel Rafael todavía fabrican el mejor encaje? — preguntó Dardania.

—Claro que sí —respondió Armida—. Y cerca se vende la mejor batista.

—¿Te refieres a la calle dei Preti?

—Naturalmente. Y necesitaremos un sedero y un sombrerero y un espadero.

Me rendí. Cuando pusimos pie a tierra en el puente del Rialto, dejé que las damas me guiaran de tienda en tienda. Encargué un jubón de terciopelo negro forrado de seda crema, calzas de seda granate, sombrero con plumas cortas de avestruz bordeando el ala, camisas nuevas con cuello de encaje y un estoque de acero español para el que escogí una guarda de plata y una vaina de piel negra. Como supondréis, hizo falta un reguero de ducados de mi bolsa para pagar todo aquello. Martin miraba con aprensión.

—Os están utilizando —me dijo más tarde, aquella noche, cuando caminábamos de vuelta a casa después de otra sesión al otro lado del puente—. Su única posibilidad de vivir con holgura es encontrar un cliente habitual para establecerse por su cuenta. Alguien como vos. Os lo advierto, patrón. Os dejarán sin blanca.

Hice caso omiso, molesto. Pronto tendría la apariencia de un noble. Y la riqueza, me parecía, se contagiaba a quienes vestían con opulencia.

Trabajé con ahínco las habilidades que completaban mi perfil, incluido el italiano que se hablaba en Venecia.

—*Angelo*, no —decía Armida— *Anzolo*.

—Y tampoco *Venetsia* —me corregía Dardania—. *Venezzia*.

Cuando intenté imitarla, se retorcieron de risa. Me hicieron sostenerme de pie sobre una servilleta, también, para practicar mis reverencias. Me quité el sombrero, perdí el equilibrio y rompí una copa, lo que les hizo reír aún más. Por la noche, tarde, cuando daban las tres y todas las cortesanas estaban obligadas a cerrar las puertas, volvía a casa, cansado y malhumorado.

Una mañana que no había dormido más que un par de horas, Martin me sacudió el brazo para despertarme. A su lado estaba el chico del aguador.

—Vamos —me susurró—. Vais a ver algo que os interesará.

Agarré mi bolsa de oro. Al cabo de un momento salimos a la penumbra del amanecer. En los estrechos callejones la oscuridad era densa. Seguimos al chico, que sostenía su linterna como un fuego fatuo. Nos agachamos para pasar por debajo de un arco y bajar al canal, donde el viejo aguador nos esperaba en su bote.

—Así que hay un barco —dije mientras el chico remaba para llevarnos pasada la lonja, en dirección al Gran Canal.

—Hay un barco —me confirmó el viejo—. El capitán tiene deudas y quiere vender de inmediato algunas mercancías, antes de que los acreedores se enteren de su llegada y los agentes de Aduanas vayan a buscarlo. Ya se ha deshecho de unas piezas de seda en la oscuridad, sin luz alguna.

—¿De dónde procede el barco? —pregunté.

El viejo se volvió hacia mí y por un instante vi en sus ojos la emoción que todos los venecianos sienten cuando oyen mencionar Oriente.

—De Egipto.

Nos alejábamos de la ciudad, adentrándonos en la laguna. La niebla de primera hora de la mañana se enroscaba sobre el agua. Un barco sobresalía de ella: un barco de gran tonelaje, de alta popa dorada, con un mascarón de proa en forma de tritón. Durante la noche había llovido y tenía las velas desplegadas para que se secaran. Disponíamos de más o menos una hora de margen hasta que su llegada fuera notada. Pero subir a bordo antes que los agentes de Aduanas era un delito serio. Debía cerrar de inmediato cualquier trato que pudiera estar aguardándome en el barco y marcharme sin demora.

Subí por la escala y di un apretón de manos al capitán, un napolitano barbudo con una cicatriz en la mejilla, que asintió y me llevó a la cabina principal. Martin entró en ella detrás de mí y miró alrededor con el ceño fruncido y la mano en la empuñadura de la daga. Sólo entonces caí en la cuenta de lo imprudente que estaba siendo. Allí nos encontrábamos a su merced, en medio de la niebla matutina. Éramos unos completos desconocidos y sabían que teníamos oro. El robo y el asesinato serían coser y cantar. Di un respingo cuando el capitán cerró la puerta a mi espalda. Pero entonces se acercó a una mesa vestida con un mantel blanco e iluminada por una lámpara de techo. Me acercó una bolsa de cuero. Me senté y vacié su contenido.

Me estremecí viéndolas rodar frente a mí. Eran unas quince piedras, más o menos, todas sin tallar, algunas grandes y otras más pequeñas. La luz era escasa y, con las prisas, había olvidado la balanza. No me resultaría fácil examinarlas. Estaba a punto de saber si había aprovechado las horas pasadas en las tiendas de Cheapside, si se me habían abierto los ojos y los oídos o si, como dicen los orfebres de una piedra opaca y sin luz, seguía siendo sordo y

ciego. Tomé la primera piedra y la expuse a la luz de la linterna. Tenía un pálido tono amarillo, como una hoja de roble tierna, pero era extrañamente mate; la pusiera como la pusiese, se negaba a brillar. En sus profundidades había manchas doradas. Estaba casi seguro de que era una crisoprasa de la India. Esa clase de piedra debe tallarse cuidadosamente, por lo común en forma de hexaedro; demasiado a menudo incluso así sigue sin brillar y pierde todo su fuego. Sólo el tiempo lo diría. Si estaba en lo cierto, aquella piedra podría llegar a ser algo poco común y sorprendentemente glorioso.

La dejé, esforzándome por parecer indiferente. El capitán estaba inclinado sobre mí.

—¿Y bien? Vamos, debéis apresuraros.

Di vueltas a otra piedra. Ésta era de un verde grisáceo, sin gracia. Sobre la tela brillaba tan poco como un simple guijarro. Cuando la expuse a la luz de la linterna su brillo se intensificó, hasta que cobró vida repentinamente. Un destello de puro verde bosque salió del corazón de aquella piedra misteriosa. Me quedé observándola, dándole vueltas, completamente ajeno al lugar en que me encontraba. Una piedra de aquella profundidad, me dije, tenía que ser una esmeralda persa. Podías mirarla todos los días de tu vida sin llegar a conocerla jamás. No cabía duda de que era digna de un rey.

En aquel instante un marinero se asomó a la puerta y le dijo algo rápidamente al capitán en dialecto napolitano. Éste corrió a la ventana y soltó un juramento. Martin también se asomó fuera.

—Son los agentes de Aduanas, patrón. Estamos en un aprieto.

Miré alrededor. Por las ventanas de la cabina se veía una barca aproximándose procedente de la ciudad, entre la niebla. A sus remos había varios hombres y, por lo rápido que crecía su estela, no tardaría en echársenos encima. Volví a centrarme en las piedras.

—¡Patrón, por favor! ¡Debemos irnos!

Cogí una gema blanca, del tono de la leche. Un zafiro, no me cabía duda. Y vi un montón de amatistas orientales y varios granates grandes de un rojo encendido. Deseaba mirarlos uno por uno. Pero el peligro acechaba. Levanté la mirada hacia el capitán, que mantenía los ojos fijos en mí.

—¿Y bien? —me urgió—. ¿Cuál es vuestra oferta?

No respondí de inmediato, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

—Es difícil determinar un precio —dije—, sin balanzas y con esta luz. Si

queréis llevar las piedras a tierra, al Rialto... ¿Esta tarde, tal vez?

—¡Por los clavos de Cristo! Venderé estas piedras aquí o no las venderé. Que sean mil. Y luego os largaréis de mi barco, si no queréis acabar con el cuello rebanado.

Tres o cuatro marineros habían entrado por la puerta abierta y murmuraban, señalando por la ventana el rápido avance de la barca. Llevaban cuchillos al cinto.

—Es demasiado tarde para eso —le dije—. Encontrarán nuestros cuerpos y os colgarán de las columnas de San Marcos.

Hice una rápida valoración de la situación. Aquella compra sería como una tirada de dados. La esmeralda valía doscientos ducados o más... si alguien podía hacerla brillar. El zafiro, me dije, un centenar. Las amatistas no podía asegurar que fueran perfectas. Si lo eran, tal vez otro centenar. La crisoprasa podía valer mucho, o poco, o nada.

—Quinientos.

—¡Patrón, por favor! —Martin me sacudió el brazo—. Hay una ley incluso en contra de estar aquí. ¡Dejadlas! Si nos encuentran aquí con oro y esas piedras...

El capitán apoyó los puños en la mesa.

—Ochocientos.

Apareció otra cara en el umbral: el chico del aguador.

—Mi abuelo dice que nos vamos.

Me levanté y le lancé la bolsa a Martin.

—Martin, cuenta seiscientos ducados. —Y volviéndome hacia el capitán—: Señor, lamento no poder continuar con nuestra conversación.

Martin dejó caer una lluvia de oro. Ordenó las monedas con rapidez en montones de piezas de veinte ducados y los empujó hacia el capitán. Yo devolví las piedras a su bolsa, recuperé la mía e hice una reverencia a los presentes mientras Martin y el chico salían corriendo por la puerta. El capitán maldecía y refunfuñaba reuniendo las monedas.

—¡Una bolsa para este oro! ¡Escondedlo! Y vos, ¡fuera de mi barco!

Giré sobre los talones y corrí por cubierta. Martin ya desaparecía escala abajo. El barco, por suerte, había virado antes de echar el ancla, de modo que el lado por el que lo habíamos abordado no se veía desde la ciudad. Bajé, y el muchacho empujó con un remo. Nos adentramos en la niebla. No había ni un



soplo de viento. Estaba saliendo el sol, una bola de fuego anaranjada sobre la ciudad. La embarcación de los agentes de Aduanas se aproximaba al gran buque sin intención de buscar nada en particular. Iban en ella seis remeros y un hombre con sombrero empenachado que estaba arrodillado a proa con una mano en el puño de la espalda. De repente, oí un grito y vi que apuntaba con un brazo. La embarcación cambió de rumbo y se dirigió hacia nosotros.

—Más rápido, Zuane —urgió el viejo.

El chico, muerto de pánico, dejó que los remos se le hundieran en el agua. Martin, con un gruñido, lo empujó para apartarlo y se los arrebató. Remaba con energía y oíamos el agua deslizarse por debajo de nosotros. La niebla, rizándose alrededor y por encima, nos envolvía en su blancura y por momentos nos dejaba ver el agua en calma y sin obstáculos. Cada vez que la niebla se levantaba los de Aduanas estaban más cerca. Me imaginé perdiendo todo cuanto tenía, arrastrado a una prisión veneciana donde las fiebres se cebaban en uno, condenándolo a la muerte con tanta seguridad como un ahorcamiento.

—¡Mirad!

El chico señalaba hacia delante. Me volví y vi otra barca entre la niebla, con su única vela desplegada, cruzando despacio a proa.

Martin volvió la cabeza y dejó de remar.

—Que Dios los maldiga. Estamos acabados.

—No —dijo el viejo—. ¡Remad! ¡Seguid remando!

Martin se introdujo en otro banco de niebla. Cuando salimos de él vi otra barca, y otra más.

—Gracias a Dios y a san Nicolás por la flota pesquera —dijo el viejo aguador—. Virad y uníos a ella.

Martin lo hizo. Todavía veíamos a los agentes detrás, pasando entre las barcas. Estábamos en medio de ellas. Había grandes *marciliane* de fondo redondeado, con mástiles, pero también un buen número de esquifes de remos del mismo tamaño que el nuestro. Cuando volví a mirar atrás nuestros perseguidores sostenían en alto los remos y escrutaban los barcos, inseguros.

—¡Vamos! —dijo Martin—. ¡Que esos hijos de puta resuelvan esto!

—¡Silencio! —le susurré—. El sonido se propaga. Limitate a seguir esas barcas.

Nos acercábamos a la ciudad. Se veían los muelles y almacenes y las torres

de las iglesias que se erguían tras ellos. Nos deslizamos entre las casas, al final de una fila de barcas de pesca, Rio di San Girolamo abajo. Aquel camino nos llevó al pie de los muros del gueto, donde los guardias volvían a casa en sus barcas después de pasar la noche protegiendo a la Cristiandad de los que allí residían. La corriente llevó una de aquellas embarcaciones hasta nosotros. Iba un oficial a popa, con sombrero empenachado y jubón negro. Se descubrió y saludó. Le devolví la cortesía y enfilamos hacia el sur, Gran Canal abajo, para unirnos a la flota de barcas que desembarcaban la captura de la noche anterior en la lonja, situada en la orilla septentrional del Rialto. Nadie nos prestó la menor atención. Estábamos a salvo y nuestra huida había salvado también a los napolitanos. Nadie podía demostrar que el nuestro no fuera un barco de pesca que había pasado demasiado cerca de un gran navío en la niebla.

Por fin puse pie en tierra y entregué a los aguadores tres ducados y otros tres a Martin, que frotó las monedas y miró de reojo mi bolsa, en la que yo había metido precipitadamente el saquito de piedras preciosas.

—Espero, patrón, que sepáis lo que hacéis —me dijo.

## 8

Caminamos con rapidez desde la lonja. El sol naciente arrancaba destellos a los adoquines todavía húmedos por la lluvia nocturna. Las sirvientas salían de las casas para sumergir los baldes en las cisternas; los carros de varas cargados pasaban retumbando de camino a los mercados. Cuando llegamos a casa del barbero me encerré en el dormitorio y le dije a Martín que protegiera la puerta con su vida. No tendría paz hasta que hubiera abierto la bolsa y comprobado mi adquisición. Quité las mantas de la cama y esparcí mi tesoro sobre la sábana.

En primer lugar estudié la esmeralda con mi lupa, un disco de unos cinco centímetros de diámetro con la maravillosa propiedad de aumentar el tamaño de cualquier objeto que uno contemplara a su través. Cuando le di la vuelta, la piedra me permitió echar otro vistazo a sus fantásticos secretos y luego, una vez más, se opacó. La deposité en la balanza. Pesaba cuatro quilates y cuarto, casi veinte granos: un peso impresionante. Seguía creyendo que se trataba de una piedra entre un millón; su valor final sería de trescientos ducados o más. Pero harían falta manos maestras para tallarla y montarla de modo que los ojos profanos pudieran apreciar su belleza. La dejé y me centré en las otras. La crisoprasa también me daría beneficios, pero requeriría igualmente habilidad. En la colección de amatistas había un poco de todo. Algunas eran claras como el cristal, otras oscuras como el vino, pero entre los dos extremos había unas cuantas del color de la flor de melocotón y una o dos azul celeste que brillaban con una pálida llama interior. Esa clase de amatistas provenían de las minas de la India. Eran muy valoradas y costaban casi tanto como los diamantes. El zafiro blanco me gustó, al igual que la mayoría de los granates. Clasifiqué las piedras en dos grupos: las dignas de un rey y las otras. Llevé las descartadas a una de las joyerías subterráneas y las vendí por ochenta ducados. Era un comienzo, pero no podía detenerme ahí.

Aquella mañana visité al sastre. Mi ropa nueva estaba lista. Me vestí de pies a cabeza con el jubón negro, las calzas de seda, el manto ribeteado de plata y mi nuevo sombrero de terciopelo con plumas de avestruz. Luego tomé

posesión de la espada. Era una hermosa pieza de acero con una gran cruz en la empuñadura hacia la que se curvaba la guarda. La hoja se deslizó con un satisfactorio siseo en su vaina. Con ella al cinto empecé a sentirme un caballero. Al caer la noche salí con Martin hacia el Puente de los Pezones.

Cuando entramos en la habitación de los cuatro divanes me incliné, apartando el manto, con la mano izquierda en el puño de la espada mientras me descubría con la derecha.

—Nobles damas —dije—. ¿Haríais el honor de acompañarme al casino?

Las cuatro respondieron con exclamaciones de aprobación. Me erguí, agradecido, y les entregué algunas baratijas que les había comprado.

—¡Qué caballero tan refinado! —rio Armida, destapando un frasco de perfume.

—Pero ¿está listo? —preguntó Dardania.

—Lo está —respondió Hipólita, categórica—. Ahora bien, sólo una de nosotras puede acompañarle.

Y ella misma se preparó para tal menester. Se puso un vestido de satén amarillo con mangas de terciopelo verde bordadas de oro veneciano. Armida le trenzó el cabello y Dardania sacó una cadena de oro con un gran colgante de jaspe verde y se la abrochó. Hipólita se quedó frente a mí, modosa e incluso con *leggiadria*, esa gracia y ligereza que los venecianos tanto aprecian. Ya no era una cortesana sino una dama.

Salimos a la calle y bajamos por el puente hasta donde una góndola nos esperaba. El agua se arremolinaba a nuestro paso, y por la ventana con cortinillas vi que girábamos varias veces por estrechos canales. Al cabo de unos minutos el costado de la góndola se arrimó al muelle. Allí había unas veinte góndolas amarradas, muchas con ribete de plata u oro, blasón en la cabina y sirvientes o esclavos a los remos. Al otro lado del muelle se erguía un edificio amarillo de estuco con ventanas de herradura. Del interior llegaba el sonido de música, gritos y risas. Subimos las escaleras hasta una puerta custodiada por un par de corpulentos sirvientes armados con espada y daga. Les dediqué un gesto altivo, aparté la capa para mostrar mi abultada bolsa y entramos.

Estábamos en una sala alargada, abarrotada de hombres y mujeres ricamente vestidos. Algunos iban de acá para allá, del brazo, hablando y riendo. Pero la mayoría estaban sentados a las mesas con las cartas en la

mano, en concentrado silencio, y prorrumpían de vez en cuando en gritos de triunfo o desesperación. En un extremo había un grupo de músicos, dos de los cuales tocaban chirimías de boca acampanada. Uno sostenía un violín sobre el pecho y otro tocaba el tambor. Pendían de los muros colgaduras de seda azul y blanca. La habitación entera olía a sudor mezclado con ámbar gris y almizcle.

Hipólita me tocó el brazo y me señaló algo.

—Allí. Aquél es Giacomo da Crema, el que me dio las perlas.

Nos movimos entre la multitud hasta situarnos detrás de una mesa a la que estaban sentados tres hombres, todos con las cartas en la mano. Tenían frente a sí pilas de ducados que empujaban hacia un montón situado en el centro. Las cartas eran en sí mismas objetos maravillosos, exquisitamente doradas e ilustradas con monedas y espadas, caballeros y damas. Yo no entendía aquel juego.

—Juegan a *primiera* —me susurró Hipólita—. Observa.

Los hombres, según vi, apostaban su oro dependiendo de lo buena que fuera la mano que tenían y continuamente se deshacían de las cartas que no los satisfacían, las cambiaban por otras y echaban al centro más oro. Da Crema sudaba.

—¡Voy! —exclamó uno de los otros, y enseñó cinco cartas, todas de espadas.

—¡El diablo! —gritó Da Crema, y enseñó las suyas.

El ganador se inclinó hacia delante con una carcajada burlona y recogió el montón de oro. El tercer hombre propuso otra ronda. Yo miraba fascinado. La idea de apostar oro de aquel modo me horrorizaba, pero ejercía sobre mí una poderosa atracción. Juré que nunca cedería a ella. Mi empresa ya era en sí misma una apuesta arriesgada.

Da Crema volvió a perder y se quedó sin un céntimo. Con mano temblorosa se sacó del jubón una bolsita y echó sobre la mesa diez o doce pequeñas piedras azules. Los otros parpadearon y se inclinaron para verlas mejor. Eran zafiros, la mayoría ásperos y sin brillo. Haría falta descartar buena parte de los mismos durante la talla, como sucede con las peras medio podridas. Pero su color me gustaba. Eran del azul puro del cielo de verano: el tono más apreciado de zafiro, que no se ve a menudo.

Un jugador se burló.

—¿Eso? ¿Qué son? Bueno, jugad con ellas si tenéis que hacerlo. A un ducado la pieza.

Lancé la bolsa a la mesa. Cayó con un pesado tintineo.

—Las compro. Cinco ducados por cada una.

Da Crema me miró como un hombre salvado de la horca. Conté cincuenta y cinco ducados y me guardé las piedras. Muy complacido, llevé a Hipólita a una mesa larga donde varias parejas disfrutaban de un banquete de pichones asados y vino de la Toscana.

El vino y el éxito me animaron y le estaba acariciando la pierna a Hipólita, intentando atraerla a un balcón o una alcoba, cuando Da Crema se nos acercó jugueteando con una gran bolsa de monedas y riendo.

—Me habéis dado suerte, amigo —dijo, sentándose—. Deseo conoceros mejor.

Hipólita me lanzó una mirada de advertencia, pero yo me levanté e hice una reverencia.

—Richard Dansey, de Londres.

Da Crema me miró, y luego a Hipólita, a la que sin duda había reconocido.

—No me parecéis un noble.

Volví a inclinarme.

—Soy simplemente un amante de la vida, de la belleza y las piedras preciosas.

Rio y me palmeó la espalda.

—En tal caso, seguidme.

Nos llevó de vuelta al muelle, hasta una góndola con un delfín plateado en la puerta. Se acomodó en la cabina y ordenó al gondolero moro:

—¡A casa!

Hipólita y yo lo seguimos en la nuestra. Mientras nos deslizábamos por un canal más ancho, la luna salió y rieló en el agua como el azogue. La gran campana de San Marcos dio las dos de la mañana. Por fin desembarcamos en una hilera de pilotes ante un palacio cuadrado de la orilla oriental del Gran Canal. Las luces relucían en sus ventanas de tracería. Salió a recibirnos un criado con un candelabro y nos condujo hacia una gran escalinata, cruzando una enorme sala hasta un estudio privado. Las paredes estaban revestidas de mármol travertino y decoradas con relojes, cuadros, estatuas y libros con el lomo dorado. Pero había muchos huecos en los estantes. Aquel lugar tenía un

aire de tristeza. Da Crema dijo al criado que bajara una caja forrada de cuero y la abrió.

Cuando quitó la tapa, de su interior salió un intenso resplandor. Contenía un rubí: un gran rubí en bruto aplanado, la forma más preciada en el caso de los rubíes. Era pálido en la superficie pero violeta oscuro en el centro, como el corazón de un fuego latente. Tenía profundidad y misterio. Supuse que sería de Serendip, aquella isla llena de tesoros del sur de la India también conocida como Ceilán. Pesaría cuarenta granos o, lo que es lo mismo, doce quilates o la doceava parte de una onza. Hubiese matado por poseerlo.

—Mi padre coleccionaba estas cosas —dijo Da Crema—. Nunca quiso que las engarzaran. Decía que quería contemplar su pureza virginal. Pobre papá. Sus piedras me entristecen mucho. —Le hizo un gesto al criado—. ¡Tú! ¡Vino!

Yo seguía mirando el rubí.

—Papá era nuestro embajador en la corte del Gran Turco, en Constantinopla. Os habríais desmayado si hubierais visto los tesoros que trajo. Ahora la mayor parte ha desaparecido. Cuando murió, me hizo jurar que nunca dejaría que estas piedras entraran en una tienda. Pero resulta que necesito dinero. Y vos no sois ningún tendero, ¿verdad?

Lo miré a los ojos.

—No lo soy —confirmé.

El criado volvió con el vino y unas copas de plata que dejó en la mesa con marquetería de maderas nobles.

—Bueno, pues —prosiguió Da Crema—. ¿Os importaría ver más?

Aquella noche, además del rubí, me llevé una esmeralda de un intenso verde pradera. Me pareció que era de las conocidas antiguamente como escitas, de la tierra de los cosacos: las más escasas y finas, y las más peligrosas para mí. También adquirí una pequeña colección de jacintos. Eran piedras iracundas, inflamadas de rojo con un resplandor amarillo; con esas piedras dicen las Escrituras que se fabricará la armadura de los jinetes del Apocalipsis, que destruirán un tercio de la humanidad. Sólo el rubí me costó trescientos ducados: y los valía. Volví a pensar en aquel primer rubí que tanto me había tentado: la hermosa piedra de un tendero, sin ningún misterio, que valía dos mil y me hubiera impedido comprar nada más. ¡Qué bien había hecho en

esperar! Por fin me imaginaba rodilla en tierra ante el rey con aquellas piedras; los hombres encumbrados arquearían las cejas, sorprendidos, y volverían la cabeza y murmurarían a mi paso; las mujeres como Hannah Cage respirarían agitadamente al verme. Da Crema me abrazó cuando nos íbamos. Con la bolsa de oro que le había entregado en una mano, volvió corriendo a su góndola. Mientras nos alejábamos por las negras aguas lo oí llamar a su esclavo:

—¿A qué esperas? ¡Volvamos al casino!

En la cabina cerrada de nuestra góndola, Hipólita levantó una ceja.

—¿Y bien? ¿Estáis complacido?

Me apenó un tanto, lo admito, pensar en Da Crema y su adicción, y en la facilidad con que perdería mi oro. Pero tenía las piedras, y una mujer hechizadora me sonreía desde el almohadillado de terciopelo morado de la pequeña cabina. Me tendí sobre ella, haciendo que la embarcación se bamboleara. Mientras la góndola avanzaba practicamos finalmente el deporte que yo anhelaba. La dejé en su puerta, cinco ducados más rica, y volví a casa por el Rialto.

Era demasiado tarde para irme a dormir. Mientras amanecía sobre la ciudad, abrí el cofre y saqué las piedras. Les di vueltas a la luz pálida para apreciar todas y cada una de sus características, saludando a las recién llegadas y sondeando las antiguas en busca de nuevos descubrimientos que desentrañaran más sus secretos. Pero la cuestión de cómo usarlas me atormentaba. El esfuerzo de tallarlas y engastarlas adecuadamente sería hercúleo.

Noche tras noche volví al casino. A menudo me acompañaba Hipólita, que más de una vez se marchó en compañía de otro: algún joven noble con cadena de oro al cuello y seis o siete lacayos. Aquello me escocía, pero no era tan estúpido como para gastarme la ingente cantidad de oro que me habría costado tener a Hipólita para mí solo. Ella tenía sus planes y yo los míos. Así que dejaba que Giacomo da Crema me llevara del brazo de casino en casino, de salón en salón tapizado de seda, por canales oscuros atestados de góndolas. En todos aquellos lugares reinaba el mismo desenfreno, en todos el mismo ambiente de triunfo y miseria. Da Crema me presentaba como el Milor de li



Diamanti, el gran aristócrata inglés. Mientras él jugaba yo iba de mesa en mesa, y acudía en su ayuda si estaba en dificultades.

—¡Milor! ¡Milor! —me llamaba a gritos—. ¡Ponedle precio a este topacio!

Hombres y mujeres iban cargados de piedras preciosas. Yo esperaba y, cuando con la suerte en contra las refinadas damas empezaban desabrocharse los pendientes de esmeraldas o a quitarse las sargas de perlas del pelo, aprovechaba la oportunidad. Muchas de aquellas baratijas no me servían de nada y las vendía a los orfebres para sacar algún beneficio. Pero adquirí un puñado de ojos de gato relucientes y añadí a mi colección varias amatistas preciosas, cada una de ellas exquisita a su modo.

Una ventosa y fría noche de finales de octubre volvía yo hacia casa por uno de los numerosos y estrechos callejones de Carampane cuando una mano me aferró de repente y me arrastró hacia un portal oscuro. Intenté alcanzar la espada, pero una patada en el estómago me hizo caer hacia atrás. Un segundo hombre me agarró y me inmovilizó. Jadeé, luchando por respirar. Otros dos se abalanzaron sobre Martin, que se defendió. Su linterna, desde allí donde la había dejado caer, iluminaba los adoquines. Un quinto individuo se me acercó, con capa negra y la capucha sobre la cara. Empuñaba una daga.

—Es el inglés que compra joyas —espetó con desprecio—. Dicen que lleváis todo cuanto poseéis encima. ¿Es eso cierto?

—¿Quién estaría tan loco? —tosí. Notaba la presión del cofre en el pecho. Sudaba. En cuanto me registraran lo perdería todo. Lancé una patada e intenté liberar los brazos, pero me tenían firmemente sujeto. Los otros dos sujetaban a Martin, que ya no se revolvía y parecía haberse rendido.

—Vamos a verlo —replicó el encapuchado—. A lo mejor tu criado hablará antes.

Nos arrastraron hacia la oscuridad de un callejón sin salida. El de la daga se acercó a Martin, que estaba flácido y aparentemente aterrorizado. No me había equivocado con él, pensé disgustado. Era lo suficientemente inteligente para entorpecer mis planes, pero en un momento de necesidad resultaba inútil. El jefe de la banda se plantó ante él y lo amenazó con la daga. Los dos que lo sujetaban rieron. De pronto, Martin se zafó dando un tirón con sus gruesos brazos. Con la mano izquierda sacó la daga. Antes de que pudiera

usarla los dos hombres le inmovilizaron el brazo, pero eso no arredró a mi ayudante. Con la mano derecha blandió la porra. Yo me había reído de él por llevar aquella arma roma de matón. La descargó en la mejilla de uno de los hombres, que cayó desplomado con un crujido de huesos; el otro lo soltó. Grité y traté en vano de zafarme.

El jefe lanzó una cuchillada a la cara de Martin, que la esquivó, le pasó la porra por delante de los ojos y le hundió la daga entre las costillas. El tipo cayó con un largo suspiro encima del primero, que estaba de rodillas, gimiendo y apretándose la cara. La sangre empezó a teñir los adoquines. Quedaba todavía un hombre frente a Martin, con el miedo en los ojos y un cuchillo corto en la mano, moviéndose en círculos, buscando un flanco por donde atacar. Noté que mis dos agresores aflojaban su presa y, con una sacudida, me solté. Los dos sacaron sus cuchillos. Uno me amenazó y el otro se dispuso a pillar a Martin por la espalda. Desenvainé la espada con torpeza. El acero resonó en aquel angosto espacio y la hoja relució a la luz de la linterna. Se volvieron a mirarme y, en aquel momento, me di cuenta de que no tenía ni la más mínima idea de cómo usarla. Pero ante su mera visión los tres retrocedieron por el callejón y echaron a correr. El eco de sus pasos se apagó en la distancia. Martin y yo dejamos a los dos heridos en el suelo y pusimos pies en polvorosa, sin molestarnos en enfundar hasta que salimos a la plaza de Sant' Aponal. Entonces envainé la espada y me volví hacia él.

—Martin, de no ser por ti...

Él desvió la mirada.

—No, patrón, no me deis las gracias. No podía veros asesinado o despojado de todas vuestras piedras.

Lo decía como si lo pensara realmente. Sentí vergüenza de mi hostilidad y mis sospechas. Pero seguía siendo un hombre de mi madre y, después de todo, había luchado por su propia vida también. Me recordé que debía ser cauto.

—Les has asestado un par de buenos golpes —le dije, sacudiéndome el polvo de la capa.

—Aprendí unas cuantas cosas trabajando en los muelles de Londres que vos desconocíais, nada más.

Poco después empecé a asistir a una escuela de esgrima. El maestro era un viejo soldado retirado que había combatido en las guerras contra César Borgia. Tenía su *accademia di schermo* en una gran sala abovedada del Campo di San Silvestro.

El primer día hizo que me quedara de pie sosteniendo el estoque mientras él fintaba y giraba a mi alrededor. Yo no debía atacar, sólo observar y esperar.

—Paciencia —me dijo—. Atento y en guardia. Determinación. ¡Y rapidez! —Me lanzó una estocada a la cabeza que paré justo a tiempo. Luego se apartó repentinamente y dijo—: Bien. Vuestra espada es también vuestro escudo, os cubre por entero. Mantenedla en posición horizontal, sin que caiga la punta. Escoged dónde golpear y golpead ahí. Nunca apartéis los ojos del adversario. Nunca le deis la espalda. Si dudáis... —tras tres sonoras estocadas, que bloqueé, terminó la frase—: lo pagaréis. Decisión. ¡Decisión y rapidez!

Ataqué y él paró mi golpe y aprovechó para darme unos toquecitos en el brazo con la hoja de su espada.

—Por encima de todo —susurró— aprenderéis a tocar sin ser tocado.

Me dispuse a aprender la nueva disciplina con determinación. Con el paso de las semanas aprendí las seis paradas y la única estocada verdadera, la *punta* que ataca como un escorpión. Aprendí la cola de dragón y a atacar y parar en un solo movimiento. Había además varias posiciones para estar en guardia: la puerta de hierro, el halcón, la guardia de mujer y la corona. Podías recurrir a ellas cuando te veías apurado y estar a punto para atacar de repente. Aprendí asimismo a disimular mi maestría y a no revelar la cantidad de estocadas que era capaz de asestar. Practiqué los amagos tanto como las estocadas: las fintas y los golpes nulos. Aprendí que saber fintar es ser el dueño de la situación: dominarse y dominar al adversario; controlar tus propios miedos y los suyos para mantener la mente lúcida y la calma, siendo el único que conoce cuál va a ser el siguiente movimiento, mientras que tu enemigo está inmerso en una bruma de confusión y terror.

También aprendí a luchar con otras armas: la espada a dos manos, la pica corta, con espada y escudo, con daga y espada e incluso con hachas y palos. Aprendí a blandir una espada con la punta templada y afilada como una cuchilla, capaz de atravesar una armadura. Por último, también me enseñó los rudimentos de la lucha cuerpo a cuerpo y con los puños.

Martin solía ser mi pareja en la práctica de aquellos ejercicios. Era más

robusto que yo, y más hábil. Pero yo era rápido y aprendía rápido. Cuando el otoño dio paso al invierno, conseguí por fin pillarlo por la espalda. Me sonrió, sorprendido.

—Un golpe de suerte, patrón. Aun así, no quisiera toparme con vos en un callejón oscuro.

—Ni yo contigo —le respondí, y lo empujé hacia el suelo.

Por la noche, siempre que podía, iba a ver a Hipólita. Le susurraba mis ambiciones y sueños mientras yacíamos en la semipenumbra, ocultos por el dosel de seda verde de su cama, esperando los tres toques de campana que nos separarían.

—Somos iguales, vos y yo —me susurraba ella—. Nos atrae un mundo más elevado, resplandeciente de oro. Queremos pertenecer a él. ¡Oh, sí! Vos llegaréis todo lo alto que deseéis. No me cabe ninguna duda. Y yo también.

Más tarde, esas noches, ya de vuelta en casa, abría mi cofre. Siempre sacaba en primer lugar la esmeralda escita. Era como Hipólita, en mi opinión: hermosa y viva, un placer para la vista. Pero me desconcertaba. No era como ninguna esmeralda que hubiese visto. Resultaba demasiado transparente, centelleaba y estaba dispuesta a entregar sus encantos. Era una piedra cortesana. La apartaba con un dejo de sospecha. De la esmeralda escita pasaba a la persa, una piedra que me obsesionaba. Le daba vueltas entre los dedos, noche tras noche tratando de ver en su corazón. Algunas noches, hosca, se negaba rotundamente a brillar. Otras veces se abría de pronto, se revelaba y me llevaba de la mano a un país misterioso e inexplorado. Las noches de luna llena eran las mejores para esto. Aquella cualidad de la piedra me sorprendía y me daba un poco de miedo. Otra mujer acudía a mi mente cuando la miraba; una mujer que debía tratar de olvidar.

Todo ese tiempo seguí comprando. Ya era bien conocido. No tenía necesidad de registrar los almacenes: los comerciantes acudían a mí y lo mismo hacían los capitanes de barco recién llegados de El Cairo, Constantinopla o Túnez. De este modo añadí varias piedras grandes de las llamadas *ballassius* o *palatius*: la roca de un rojo violáceo en la que nacen los

rubíes, a los que nutre con su sangre. Adquirí también, por doscientos ducados, una satisfactoria colección de ópalos. Un ópalo es una maravilla. Los hay de innumerables colores: llameantes como un rubí, verdes como la primavera, sulfurosos, oscuros como el atardecer, lechosos, transparentes. Se burlan de ti, se ríen y cambian una y otra vez. No destellan como un diamante o un rubí, sino que poseen un resplandor fantasmagórico que parece flotar en su interior más profundo. Me enamoré de aquellas piedras, casi me volví loco por ellas.

Llegó diciembre. El viento soplaba desde el Adriático y la lluvia hacía brillar el adoquinado de los callejones y repiqueteaba en el agua de los canales, de un gris plateado. En Navidades recibí una carta de mi madre.

¿Cuándo volverás? —preguntaba—. Tal vez desees saber que ha habido toda clase de fiestas y mascaradas y bailes de disfraces en la corte, y bailes a los que han asistido grandes damas. El rey sonríe por igual a todas. Así que ya ves que estabas equivocado: no existe ninguna nueva amante. Temo haber sido demasiado indulgente con esta locura tuya. Vuelve a casa y ya veremos qué hacer con tu deuda.

A mi pesar, sentí un pinchazo de duda. ¿Y si no había ninguna dama, de hecho? Aquello habría sido mi ruina. ¿Quién, aparte de un rey enamorado, pagaría lo que valían mis piedras? Acompañaba la carta de mi madre una del tío Bennet. La cogí en un arrebato, esperando que me trajera noticias mejores. Consulté el código que habíamos acordado y me puse a descifrarla. Bennet había escrito:

Tu noticia es valiosa. Ahora te daré la mía. De la supuesta amante real no puedo decirte nada, pero corren extrañas historias por la corte. Se dice que el rey no tiene la conciencia tranquila. Teme que su matrimonio con la reina Catalina vaya en contra de la ley divina. Habla de la maldición del Levítico: «No descubrirás la desnudez de la mujer de tu hermano: es la desnudez de tu hermano; no tendrás hijos.» Cierto es que todos los hijos del rey Enrique, excepto la princesa Mary, murieron siendo niños. Estos escrúpulos, dice la gente, acabarán en un nuevo matrimonio del rey. Y hay rumores sobre quién puede ser la nueva reina: la duquesa D'Alençon,

hermana del rey Francisco. Así que, ¿dónde está tu real amante? Y voy a decirte algo: ha llegado un nuevo artesano a la corte, en la estela de sir Tomás Moro. Se llama Hans Holbein. Es un hombre de gran habilidad y que se interesa mucho por la orfebrería. Se está haciendo amigo de Cornelius. Como ves, tienes rivales.

Dejé la carta, atónito. ¡No había amante real pero sí una nueva reina! Aquello era imposible. Pero ¿quién podía saberlo mejor que Bennet? Si al menos hubiera estado en Inglaterra y oído personalmente el chisme... Seguía convencido de que el rey estaba enamorado de una nueva amante. Hubiera apostado cuanto tenía a que así era. Pero ¿sobreviviría aquel amor a los nuevos planes de matrimonio del rey Enrique si eso era lo que se proponía realmente?

Escribí una carta en respuesta a Bennet, rogándole que no cesara en su búsqueda de la amante. ¿Quién era? Tenía que saberlo.

Y además estaba Holbein. Había pasado por Basilea en mi ruta por Europa y visto muchos de los murales maravillosos con que éste había embellecido las fachadas de las casas. El movimiento, el fuego y la vida de aquellas imágenes eran extraordinarios. Si Holbein estaba verdaderamente aliado con Heyes tenía un par de rivales temibles. Debía encontrar un orfebre digno de mis piedras, un hombre que estuviera por encima de todos los artesanos de su tiempo. Pero ¿quién? ¿Qué grandes hombres había a la sazón? En Venecia sólo veía por todas partes pálidas imitaciones de Rafael; composiciones floridas coronadas por querubines regordetes o ninfas, faunos, tritones, musas, nereidas, dríadas y cualquier otra clase de sirena y hada conocida de la Antigüedad. No me había ido tan lejos para que hombres como aquéllos trabajaran mis piedras. Empecé a plantearme dejar Venecia. Génova sería mi objetivo. Resultaba peligroso cruzar los campos de batalla de Piacenza y Milán, pero Génova también era una capital del comercio en piedras preciosas: allí habría artesanos a montones. Tal vez, lejos del lujo veneciano, encontrara un estilo más sencillo, menos recargado. Además, estaría un paso más cerca de casa: desde Génova podría enfilarse directamente hacia Francia. Pero cada vez que tenía decidido marcharme llegaba otro vendedor con otra gema. Después de todo, todavía me quedaban letras de cambio intactas. Sólo unas cuantas piedras más. Sólo una semana más, me decía, otro mes.

Un día de principios de enero, mientras practicaba estocadas con una espada en cada mano contra un estafermo de cuero, un anciano encorvado se me acercó y tosió educadamente. Tenía aspecto de noble. Llevaba una larga toga de piel y una pluma de avestruz en el sombrero. Pero sólo lucía una cadena de oro, ningún anillo. Se inclinó en un saludo.

—¿Sois maese Richard Dansey?

Bajé la espada y me sequé la frente.

—Lo soy.

—Me llamo Lorenzo de Bardi. —Vaciló—. Tengo una gema que quisiera que vierais.

Estaba acostumbrado a aquello. Dado el nerviosismo del anciano noble, no esperaba demasiado. Lo miré de arriba abajo. Tenía acento florentino.

—¿Qué os trae por Venecia? —pregunté.

Rio sin ganas y bajó la mirada. Su pobreza no pasaba inadvertida.

—Soy un fantasma que regresa a los escenarios de sus antiguos placeres. Por favor, venid a ver mi piedra.

Me apiadé de él, así que Martin y yo lo seguimos. Fue un largo y sinuoso camino hacia el oeste por el barrio de los tintoreros de seda, donde el hombre tenía alquiladas unas habitaciones. El mobiliario era pobre y las libreas de terciopelo verde de sus criados estaban viejas y raídas. Dos de ellos cerraron las puertas y se quedaron delante de ellas. El viejo me indicó que me sentara a una mesa cubierta con un mantel blanco y luego tomó asiento frente a mí. Uno de sus sirvientes abrió un cofre abombado de hierro y sacó de él un joyero, del que extrajo una bolsa de terciopelo rojo que dejó sobre la mesa. Otro criado, entretanto, nos sirvió vino de una jarra de loza: un objeto basto que normalmente yo hubiera desdeñado usar. De Bardi empujó la bolsa hacia mí, con los ojos brillantes. Demasiada ceremonia, me dije, para una mercancía que difícilmente valdría mucho.

Metí la mano en la bolsa y saqué una sola piedra. Su superficie era suave como el hielo, rizada de suaves facetas, plomiza. Le di vueltas, picado por la curiosidad. No tenía brillo ni profundidad. No supe determinar qué era. Un zafiro blanco o un mero pedazo de cristal de roca. Era grande; quizá pesaba treinta o cuarenta quilates, más o menos del tamaño de una avellana. Entonces, de repente, la superficie lechosa de la piedra se abrió. La luz la atravesó y penetró en sus profundas aguas azules a lo largo de una sinuosa

imperfección blanca. La giré, y los colores se agruparon y estallaron en naranja, amarillo azufre y pinceladas de verde que cayeron en cascada sobre mi piel. Se me escapó un grito. Por un instante los colores danzaron para mí y luego, al girar la gema mínimamente, se disiparon como el humo y la piedra volvió a quedar gris y opaca, un guijarro sin vida. Sentí un pinchazo de dolor cuando se desvaneció aquella luz, e hice girar nuevamente la piedra hasta que destelló. Era un diamante, uno de los más escasos. Sólo había visto una piedra así una vez, en la tienda de Bartholomew Reade. Era pequeña, de menos de cinco quilates, pero todos los orfebres habían ido a la tienda para echarle un vistazo. Ninguno se había atrevido a intentar tallarla.

Miré a De Bardi. Contemplaba la gema sin parpadear, con sus profundos ojos apagados.

—¿Sabéis lo que es?

Me costó hablar.

—Un diamante. De la Vieja Roca de Golconda.

Asintió con un gesto.

Volví a mirar la gema. Seguí dándole vueltas, hasta que De Bardi habló.

—Es el último tesoro de mi casa. Tenía intención de dejárselo a mis herederos, pero mi hijo... —Su rostro se endureció—. Mi hijo me ha decepcionado. La vendería de inmediato. Pero si puedo entregársela a alguien que comprenda... He oído historias sobre vos, inglés, y sobre la clase de piedras que compráis.

Volví a mirar el diamante. De Bardi se inclinó hacia delante.

—Habéis visto cómo primero se enciende la llama, luego salta...

—Y luego —murmuré—, cuando uno cree que arde por completo, repentinamente se licua y desaparece.

—¡Sí, sí! —Nos miramos a los ojos y reímos. Nos entendíamos.

—Pero atrapar esa luz, atraparla, arrebatarse sus secretos... —Seguí mirándola.

De Bardi me atravesó con la mirada.

—Eso implica tallarla. ¿Osaréis hacerlo? Habéis notado la impureza.

Desde luego que lo había hecho. Había visto piedras como aquélla hacerse añicos. La dureza de un diamante es tal que sólo puede ser tallado con otro diamante, y un artesano prudente sólo usará uno procedente de la misma mina. Pero no encontraría ninguna otra piedra procedente de la misma veta.



Habría que tallar aquel diamante con uno menos valioso. Y ése era el peligro. No todos los diamantes son iguales, y los más hermosos no son siempre los más resistentes. Una grieta inapreciable o una falla podría ceder repentinamente y la piedra entera quebrarse en mil pedazos.

Pero habría que intentarlo. El diamante era de momento indomable, voluble, burlón e incluso cruel. La talla lo domaría. Aprendería algo que todavía no sabía: a ser fiel. Brillaría con constancia, no sólo para aquellos que tuvieran la paciencia y habilidad suficiente para obligarlo a mostrar aquel rayo de luz. ¡Cómo deseaba aquella piedra! Miré nuevamente al noble.

—Presumo que os ofrecéis a venderme este diamante.

Di Bardi pareció despertar de un trance.

—¡Venderlo! Sí. Sí. De hecho... si me decís lo que vale...

La suave superficie de la gema lanzaba pálidos reflejos temblorosos de luz por el mantel. Era completamente diferente de las cuatro piedras que le había comprado a maese Aaron en el gueto cuatro días antes, aunque en aquel momento hubiese estado muy ufano. La levanté, le di la vuelta y asentí, procurando emitir un juicio fríamente. La piedra era de una nobleza absoluta. No tenía ninguno de los defectos comunes de un diamante. No tendía a amarillear ni a oscurecerse. No había rastro de untuosidad en su superficie; ninguna de las inclusiones habituales, ya fueran manchas de azufre o las impurezas conocidas como hielo, sal o grafito, empañaba su transparencia; no había en ella ni una nube, ninguna sombra en absoluto. Un diamante de buena talla y color valía entre cuarenta y sesenta ducados venecianos por quilate; con una imperfección o enturbiado, sólo de diez a treinta. Si la talla salía bien, obtendría una piedra impecable de veinte quilates de peso. Multiplicados por el valor de cada quilate y luego nuevamente por el peso total, aplicando la fórmula habitual, daría un total de veinte mil ducados: casi diez veces el capital invertido en mi empresa. Me sudaban las manos sólo de pensarlo. Pero ¿y si se hacía pedazos?

Miré al viejo.

—Es poco común. Os doy por él mil ducados. —Era mucho más de lo que había ofrecido jamás por una gema.

—¿Mil? —Apartó los ojos de la piedra y me miró.

Vi la indecisión en su rostro. Imaginaba sin duda lo que mi oro significaba para él: librarse de las deudas, tal vez, o de las miradas hoscas de los criados

que no cobraban; o el regreso temporal a su anterior vida de honor y comodidades.

—¿Es suficiente? —pregunté.

Ya veis lo que aquella piedra me había enloquecido: regateaba yo por el anciano, elevando el precio antes de que hubiera dicho él ni una sola palabra.

—Suficiente —dijo—. Al menos para cubrir las necesidades que me apremian, Dios lo sabe. Pero esta piedra... —Tenía los ojos fijos en el diamante, sin parpadear—. Dentro de cien años —murmuró—, cuando nuestra familia haya recuperado su fortuna, mis herederos la tendrán. Será el único recuerdo de mí que les quede. —Con la cara crispada, se echó a llorar.

—Pero, dentro de cien años, ¿conservarán vuestros herederos la piedra? —dije suavemente.

Me miró, titubeando.

—Si os la vendo, ¿la tallaréis?

—Encontraré quien lo haga. Confiad en mí: lo encontraré.

Durante todo aquel rato seguí mirando el diamante. Su lustre me hipnotizaba. Los secretos que ocultaba eran más profundos incluso que los de mi esmeralda persa. La piedra rezumaba confianza en su propia belleza y poder. Era una piedra para quienes gobiernan el mundo, una piedra para un rey, para encarnar la pasión de un rey, que es mucho más fuerte que el amor de los hombres corrientes porque no hay poder en la tierra, ni temor, ni ley ni vergüenza que lo constriña. La hice girar de nuevo. Estaba considerando lo que podría hacer con ella, qué hojas de oro lo rodearían, qué ninfas repujadas, sencillas y delicadas, dispuestas a meterse en sus frías aguas.

De repente, De Bardi se inclinó sobre la mesa y cubrió el diamante con una mano.

—No —dijo—. No. No puedo. Es el último tesoro de mi familia. No puedo separarme de él.

Me quitó el diamante, volvió a meterlo en la bolsa y se levantó. Salté de la silla. No concebía que se negara a vendérmelo.

—Pero, noble señor, ¿y si os ofrezco mil doscientos ducados?

Se detuvo. Yo dejé la bolsa en la mesa y aflojé las cintas. Sólo quedaban en ella doscientos ducados. ¡Qué mala suerte! Estaba seguro de que el hechizo de un montón suficiente de dinero podría más que el del diamante.

—Martin —llamé—. ¡Rápido! ¡Ve corriendo a que el agente de los Fugger

te cambie otra letra!

Empecé a buscar bajo el jubón el cofre donde guardaba las letras de cambio y las joyas. El noble me puso una mano en el brazo.

—No. De verdad. Ahora veo lo equivocado que estaba. Mis herederos lo tendrán. Deben tenerlo... Señor, ha sido un placer conocerlos. ¿No me hacéis compañía? Tomad un poco más de vino. Contemplad un rato más la piedra.

Uno de sus criados se inclinó por detrás con la jarra. Yo estaba abatido, pero no iba a tomármelo con humildad. Agarré la bolsa, esboqué una rápida reverencia y salí de la habitación. Martin bajó corriendo las escaleras detrás de mí.

—¡Señor! ¿Y si nos quedamos y bebemos con él?

Me volví hacia él.

—¡No! ¿No le has visto la cara? Lo hemos perdido. —Salí a la calle y me apresuré hacia casa. ¿En qué había errado? ¿Me había equivocado siendo el primero en sacar a colación el dinero? ¿Dejándole tiempo para pensar mientras la piedra me tenía hechizado? ¿O el error había sido usar la expresión «poco común»? «Nunca alabes la mercancía antes de comprar», decía Morgan Wolf. Pero aquello era una tacañería, en mi opinión, cuando estabas en presencia de la belleza. Por un momento había estado en un tris de hacerme con el mejor diamante que había visto nunca. Me detuve en pleno Campo di San Silvestro y miré alrededor. Un viento frío soplaba desde el Gran Canal y empezaba a lloviznar. Cuando Martin me alcanzó, le dije:

—Prepara el equipaje. Nos marchamos de Venecia.

Me miró fijamente. Yo me volví y crucé la plaza hacia la escuela de esgrima, para aplacar un poco mi frustración con el estoque.

A pesar de todo, me resultaba duro marcharme. Tras seis meses allí me consideraba casi un veneciano. Ya no era el desaliñado aprendiz londinense que había recorrido penosamente el Rialto en agosto. Había aprendido a hacer reverencias y murmurar *schiaivo su* con la incomparable deferencia de los venecianos: «Soy vuestro esclavo.» O, como decían de forma abreviada los nobles, *s'ciao* o, simplemente, *ciao*. Había conocido a hombres importantes, no sólo a Giacomo da Crema, sino a otros de más edad y mayor influencia. El senador Ludovico Falier, cuyo antepasado había sido el único dogo decapitado por traición; Alvise Pasqualino, uno de los fiscales de San Marcos, y el escasamente apreciado embajador del Imperio, el Grande de España,

Alonso Sánchez. A todos aquellos hombres había comprado piedras. También les había vendido algunas: por eso había obtenido ciertas ganancias durante aquellos meses, aparte de llenar mi cofre.

La última noche en el puentecito de piedra llevé a las cuatro damas frascos de almizcle y piezas de seda bermellón y amarillo limón que había comprado a un turco recién llegado de Damasco. Angélica se sentó y aspiró el perfume del almizcle, mientras Armida y Dardania se envolvían en seda con grititos de placer. Me habían costado lo mío aquellas cuatro mujeres. Pero las olvidaría.

Hipólita me apretujó el brazo.

—No podéis iros estando el Carnaval tan cerca. Habrá bailes de máscaras y juegos en las calles, y encierros.

La tentación de hacerle caso era fuerte. Sentía aún la atracción de la pura, fría y fácil piedra escita. Pero sabía cómo acabaría aquello. Si permanecía allí mucho más, me convertiría en un veneciano de los pies a la cabeza. Perdería mi identidad. Dejarían de importarme mi negocio y mis ambiciones, me convertiría en otro Giacomo da Crema, hundiéndome lentamente bajo el peso de los placeres de la ciudad. Era mejor que me fuera enseguida, mientras los placeres eran todavía dulces. Aquella noche hicimos el amor de forma sencilla y cariñosa. Luego me quedé tumbado boca arriba, pensando. Hipólita se revolvió en el hueco de mi brazo.

—¿Me amáis? —murmuró.

—Por supuesto.

Suspiró.

—Hay un marqués que está loco de amor por mí —murmuró de nuevo—. Quiere instalarme en un *palazzo* del Gran Canal.

—No me sorprende.

Metió la mano bajo su almohada y me tendió algo. Era un libro encuadernado en piel amarilla.

—Tomad. El *Canzoniere* de Petrarca. Leed sus versos. Será el último toque para convertirnos en un cortesano. Y algunas mujeres os querrán mucho más por ello.

Sonreí y continué largo rato en sus brazos. Cuando la lejana campana de San Marcos dio las tres, besé a Hipólita en la mejilla, despertándola de un sueño ligero. Luego abrí las cortinas de seda del dosel de la cama, me vestí y bajé las escaleras.

En la puerta de la calle me esperaba Martin. Nunca le había preguntado qué hacía mientras yo estaba ocupado en el piso de arriba. Vi entonces que había hecho una conquista. Una jovencita de unos dieciséis años se apartó de él hecha un mar de lágrimas y volvió a entrar en una habitación. Le puse una mano en el hombro y salimos juntos al callejón.

Martin cargó con nuestro baúl. En el cofre llevaba yo un fajo nuevo de letras de cambio del Banco de San Jorge de Génova. Cuando despuntó el alba cruzamos la laguna. Nuestros amigos los aguadores iban a los remos. Detrás de nosotros flotaba Venecia, cuyas cúpulas y torres no tardó en ocultar una neblina blanca.

# TERCERA PARTE

## LA CRISOPRASA: UNA LINTERNA EN LA OSCURIDAD

*Ostia, 27 de enero de 1527*

*El amor,  
que de la senda recta los desvió  
por laberintos y caminos inciertos;  
todo el bien que habían hecho hasta entonces  
fue desde aquel momento fealdad y profanación.*

LUDOVICO ARIOSTO, *Orlando Furioso*

## 9

Una mañana gris y lluviosa de finales de enero de 1527, el gran barco *Speranza* viró en la desembocadura del Tíber e inició su trayecto río arriba hacia Ostia, el puerto de Roma. Soplabla una brisa helada. Me llevé una mano al sombrero para asegurarme de que el prendedor de oro que llevaba debajo de las plumas de avestruz seguía en su sitio. Por esa medalla me había embarcado en aquel último viaje. Martin le echó un vistazo, incómodo. Sospeché que de buen grado la hubiera arrojado al mar.

Seis días antes todavía recorría las calles secundarias de Génova buscando todas las joyerías que podía. La ciudad estaba recuperándose del saqueo de las tropas del emperador, ocurrido cinco años antes. En las tiendas había diamantes de la India y ópalos y esmeraldas en abundancia. Cuando me paseaba por los mostradores, Martin silbaba viendo aquellas piedras y me agarraba del brazo.

—¡Patrón! ¿Este? ¿Qué me decís de este zafiro?

Su ojo para las gemas iba mejorando, había que reconocerlo. Pero yo no llevaba mucho tiempo en el comercio de piedras. Miraba los brazaletes de oro, esmaltados y labrados, los broches, los bajorrelieves, los relieves en bronce. Estaba buscando a mi artesano, el hombre capaz de engastar mis piedras en oro.

Al término de cada jornada volvía por los callejones a la posada del Ángel, situada detrás del Arsenal, de un humor más sombrío. Se acercaba Carnaval: *Shrovetide*, como lo llamamos en Inglaterra. Hacía un año que había visto en el campo de justas de Greenwich los indicios de la pasión del rey. Hacía demasiado tiempo de aquello ya. Si no era capaz de encontrar un artesano que me convenciera, me vería obligado a llevarme las piedras a casa, en bruto, sin engastar, y confiárselas a Christian Breakespere o Morgan Wolf. Noche tras noche en vela, tendido en la cama, intentaba convencerme de que eso era lo correcto. Harían un trabajo suficientemente bueno; sacarían el brillo de las gemas. Pero dudaba que hubiesen visto nunca en Londres piedras como mi esmeralda oscura o aquellos ópalos. Me imaginaba al viejo Breakespere

sacudiendo la cabeza encima de la esmeralda, confuso, intentando deducir qué ángulo sería el adecuado para abrirse camino hacia sus secretos y poniéndola en el torno. Imaginaba la luz atrapada en la piedra apagada, sus misterios ocultos para siempre. Sin embargo, a causa de mi infructuosa búsqueda en Génova estaba postergando la vuelta, y el tiempo perdido podía arruinar mis planes tanto como un trabajo de artesanía vulgar. Para mi sorpresa, me encontré planteándole mi dilema a Martin.

—Por favor, patrón, volvamos a casa. Os lo ruego —me aconsejó simple y llanamente.

—Eso es lo que mi madre quiere, ¿verdad?

Se miró los pies, violento.

—Cierto. Me ordenó que os devolviera a casa lo antes posible. Daba igual si perdíais el dinero. Me dijo que no sois más que un niño y que perderlo os haría entrar en razón. —Se rebulló, incómodo—. Y yo la creí.

Por fin había puesto las cartas boca arriba. Apreté la mandíbula pensando en la Viuda.

—¿Qué opinas ahora? —le dije a Martin.

Levantó los ojos y me miró.

—Creo que vais a demostrarle lo equivocada que estaba. Pero ¡por favor, señor! Sólo si volvemos de inmediato. Pronto llegará la primavera y los ejércitos se pondrán de nuevo en marcha. Incluso vuestra suerte tiene un límite.

No respondí. Todas las noches libraba aquella batalla desde ambos bandos, y todas me juraba seguir buscando sólo un día más. «Mañana —me repetía—, mañana será el día.»

Una mañana, paseaba por las calles detrás de la lonja del pescado y por el rompeolas donde trabajaban los fabricantes de sogas. Había recorrido aquel barrio cuatro o cinco veces, pero ésta me fijé en una tienda que me había pasado inadvertida en mis anteriores visitas. Estaba detrás de una sedería. En el mostrador había cálices y bandejas de plata y patenas para celebrar la misa: nada que me tentara. Pero, como no tenía nada que hacer, entré. Martin me siguió y ambos nos pusimos a husmear en los estantes como solíamos hacer siempre. Al fondo de la tienda había una vitrina de medallas. Eran discos de oro de unos ocho centímetros de diámetro, de esos que les gusta llevar a los nobles en el sombrero. Eché un vistazo a la vitrina. Casi todas las medallas



eran recargadas, composiciones abigarradas de santos con los emblemas de su martirio o los habituales grupos de musas, victorias y cupidos. De repente se me fueron los ojos a una pieza. Se trataba de la Virgen con el Niño. El diseño, profundamente grabado, era sencillo y audaz. La madre miraba a su hijo con los ojos bajos, de un modo a la vez triste y tierno, como si fuera consciente del destino del Niño Divino. El pequeño, por su parte, miraba hacia el frente, hacia fuera de la medalla, con tranquila certeza. Aquella pieza tenía vida, no hay otro modo de expresarlo. El corazón se me aceleró. Miré al tendero.

—¿Quién la hizo? ¿Vos?

El orfebre sonrió y negó con la cabeza. Era honesto, o sabía lo diferente que era aquella medalla del resto que tenía.

—No. Se la compré a un clérigo, un enviado del Papa que se quedó corto de dinero.

Yo daba vueltas a la pieza, maravillado con sus personajes. La postura de brazos y piernas y los pliegues de sus ropajes estaban tan llenos de dinamismo y vida que parecían captados a punto de iniciar otro movimiento: el brazo del niño oscilando, los dedos de la madre agarrándolo. Incluso el dorso de la medalla estaba bellamente acabado, con el cierre en forma de cuerda de oro que parecía poder desatarse como las de verdad, aunque de hecho fuera sólida.

—¿Podéis decirme quién la hizo?

—Me dijeron que un hombre muy joven que acaba de abrir su propio taller. Un tal Cellini. Benvenuto Cellini, de Roma.

Fruncí el ceño. «¡Roma!» Aquello estaba lejos, demasiado.

Martin me miró a los ojos y fue hacia la puerta.

—Lástima, patrón. Vamos.

Yo seguía sin soltar la medalla.

—¿Cuánto?

El tendero notó mi entusiasmo.

—Ochenta ducados.

No discutí. Le ordené a Martin que contara el dinero y me puse el prendedor en el sombrero. Desde ese instante la medalla empezó a ejercer su hechizo sobre mí. La prudencia me recomendaba otra cosa, pero sabía que la Virgen y el Niño me lo reprocharían toda la vida si volvía a casa.

Allí estaba yo, por tanto, bajando por la escala del *Speranza* para ser el

primero en pisar el puerto de Ostia. Estaba de buen humor. Ya había estado en Ostia por negocios, con William, durante el viaje de cabotaje del *Rose* entre Génova y la distante Nápoles. Pero nunca había recorrido aquellos cuarenta y ocho kilómetros tierra adentro, hasta Roma. Dejamos a los hermanos Fieschi y al resto cargando sus sedas y terciopelos en caballos y partimos con un par de monturas de alquiler y un guía.

La carretera cruzaba un pantano desolado, lleno de charcas, cañas y graznidos de garzas. Avanzamos un rato por una antigua calzada que no tardó en ser ruinoso, así que proseguimos esforzadamente bordeando sus arcos desmoronados hasta que tampoco quedó rastro de éstos. Había estado lloviendo sin pausa y en algunos puntos nuestro guía tenía que aventurarse por el terreno inundado para ver por dónde seguía la carretera. Martin no dejaba de refunfuñar y maldecir.

—Ahora podríamos estar en la frontera de Savoya. O cruzando a Francia. ¡Todo este viaje sólo para buscar a un hombre!

El humor se me estaba agriando. Me toqué el broche del sombrero varias veces.

Al cabo de unas dos horas la carretera empezó a ser más empinada y alejarse de los pantanos. Ante nosotros se extendía la Campiña, una llanura deshabitada con apenas unas cuantas granjas dispersas y alguna que otra ruina en la cima de una colina, por la que pastaban vacas y cabras de largos cuernos. Era un panorama deprimente, con la incesante lluvia y las montañas borrosas a lo lejos. Pero ante nosotros, en un vasto recinto amurallado con torres, estaba la ciudad. Roma. Me quité el sombrero, grité e intenté espolear el caballo para que corriera más. Martin me miró con acritud, el sombrero chorreante. Llegamos a los muros y allí vi la puerta de ciudad más enorme que pueda uno encontrar en el mundo. Sus dos torres redondas tenían hileras de aspilleras para los cañones, de las que había más encima de la estrecha entrada. Era prudente que el Papa mantuviera su ciudad tan bien protegida. El reino de Nápoles pertenecía al emperador, y su frontera estaba al sureste, a menos de sesenta y cinco kilómetros. Cuando cruzamos la puerta saludé con el sombrero al capitán de la guardia, que me respondió con una deferente reverencia. De muy distinto modo había llegado a Venecia seis meses antes, siendo un insignificante mancebo recién venido del Támesis. Entré cabalgando en la ciudad de los papas con el orgullo de un conquistador.

Pero en cuanto hube cruzado la puerta miré alrededor, atónito. Allí no había ciudad alguna, sólo más campo abierto: los mismos pastos y huertos que habíamos cruzado a lo largo de kilómetros, con más ruinas, pequeñas granjas y algún monasterio aislado. A derecha e izquierda, encerrando aquella gran extensión de terreno, los muros de la ciudad describían un arco. Unos cuatrocientos metros más adelante, pasada una colina rocosa, por fin llegamos a las afueras de una ciudad. Casas encaramadas entre ruinas y, más allá de éstas, la insinuación de *palazzi* más grandes.

Allí estaba Roma, pues: encogida y endeble entre los muros de una antigua ciudad de emperadores, como un viejo embutido en la misma ropa que le había sentado bien en su juventud.

Martin me lanzó una mirada cargada de significado: «¿Esperáis encontrar un orfebre en un lugar como éste?»

Pasamos entre las casas. Cabalgamos por calles anchas y luminosas y por otras estrechas y sombrías, con las tiendas hacinadas en antiguas columnatas o al abrigo de algún teatro semiderruido o unos baños. Aquí y allá vimos espectaculares palacios de nueva construcción, pertenecientes seguramente a nobles romanos, de planta cuadrada e imponentes, sin ninguna de las florituras orientales de los *palazzi* de Venecia. Su esplendor me levantó el ánimo. Le pedí al joven guía que nos consiguiera un buen hospedaje y desmontamos en Campo dei Fiori, una gran *piazza* rectangular donde reinaba el bullicio de comerciantes, flanqueada por *palazzi* y varias posadas de aspecto casi igualmente espléndido. Sus rótulos, pintados en las fachadas de estuco, refulgían al sol invernal: La Nave, El Ángel, La Luna. Escogí La Nave, un emblema acorde con un negocio exitoso y, cuando Martin hubo dejado el baúl en una habitación, salimos para recorrer las calles a pie, siguiendo las indicaciones que el posadero me dio para llegar al barrio de los orfebres.

Iba fijándome en todo. Pasamos por una calle de fabricantes de ballestas, por otra de cerrajeros y otra más de sombrereros. Aquello me satisfizo, porque era síntoma de que el comercio gozaba allí de buena salud. Incluso el suelo estaba pavimentado con piedras lisas de buena calidad, algo que me resultaba sorprendente. En Venecia, el pavimento de las calles era de ladrillos puestos directamente sobre la tierra, con los bordes desparejos, mientras que, en Londres, todas las calles salvo las más importantes estaban recubiertas por

la porquería de años, y si iba a pasar una gran procesión había que echar una capa de grava para evitar que la gente chapoteara en el barro.

Doblamos hacia una calle que se perdía en la distancia, maravillosamente recta y ancha. Era la Via Giulia, construida cincuenta años antes por el papa Julio. Se adentraba en el corazón comercial de Roma, con tiendas recién construidas a ambos lados y una iglesia a medio terminar dedicada a san Eligio, patrón de los orfebres. A nuestra izquierda estaba el río, mientras que delante y a la derecha empezaba el Banchi, el barrio de los bancos. Todas las firmas bancarias estaban allí: los Fugger, los Médici y los Chigi, y la gran familia romana de los Orsini. También estaba allí la Casa de la Moneda papal, un edificio recién construido con las armas del papa Clemente grabadas en la fachada: seis esferas rojas de los Médici sobre campo dorado. En la agencia de los Fugger cambié una letra por monedas de oro. Estaba convencido de que las monedas tenían un poder de convicción mayor que el papel.

Cuando salimos de la oficina miré hacia ambos lados de la estrecha calle.

—Ahora, Martin, empieza nuestra búsqueda.

Todas las orfebrerías estaban repartidas por el barrio. Sería tarea fácil encontrar al hombre que buscaba. Pero el primer comerciante al que pregunté no había oído hablar de ningún Cellini, y tampoco el segundo. Aquello me preocupó. Por lo visto, el hombre que había escogido para trabajar mis piedras no era nada famoso. La tercera tienda era un gran establecimiento bien gestionado, con una nutrida muestra de copas y jarrones de plata. El fuego rugía en el horno y media docena de aprendices se afanaban en distintas tareas. Cuando le mencioné a Cellini, el orfebre se secó las manos y puso mala cara.

—¿Oís esto? ¡Quiere encontrar a Benvenuto!

Los aprendices rieron e hicieron comentarios burlones:

—¡Buena suerte!

—¿Estáis cansado de la vida?

—Preguntádselo al obispo de Salamanca, a quien su criado estuvo a punto de dispararle en la cara.

Me encaré con el orfebre, enfadado. Era un hombre corpulento, con una barba gris como el hierro.

—¿Qué sabéis de Cellini?, ¿dónde está?

—Sé que es el demonio —dijo el hombre—. Soy Lucagnolo da Jesi, orfebre

del Papa. Hasta hace unos años Benvenuto era un pobre aprendiz mío. ¿A qué os dedicáis, amigo? Os aseguro que en esta tienda encontraréis todo lo que necesitéis.

Noté que Martin se movía nervioso a mi lado.

Era una tienda próspera, con muchos trabajadores. Podía estar seguro de que mis encargos serían atendidos con rapidez. Miré las hileras de jarrones de plata bruñida generosamente ornamentados con cupidos, faunos y adornos de flores y hojas.

—Pero ¿también fabricáis piezas más pequeñas? —le pregunté.

El rostro de Lucagnolo se ensombreció.

—¿Esas fruslerías que hace Cellini? ¿No me creéis capaz? ¡Marchaos, pues! ¡Os digo que podéis comprar este jarrón por menos de lo que cuesta una de sus malditas pequeñas joyas! ¡Al diablo con vos! ¡Fuera de mi tienda!

Los aprendices volvieron al trabajo, tratando de disimular la risa. Les di la espalda y salí a la calle.

—¿Y ahora qué hacemos, patrón? —preguntó Martin—. Habéis oído a ese hombre. Cellini no es más que un aprendiz. Os lo ruego, patrón, evitadlo. Sabéis perfectamente que no os traerá más que problemas.

Me volví y le planté ante las narices mi sombrero con la medalla.

—El hombre que hizo esto no es un aprendiz. Y en cuanto a problemas, me meteré en muchos antes de abandonar esta empresa. ¡Vamos!

Lo llevé de vuelta por la Via Giulia y luego por el Banchi y todos sus callejones. Pregunté en todas las tiendas, hasta que al final di con un anciano llamado Pagolo Arsago que me sonrió asintiendo con la cabeza. También él había sido en otro tiempo maestro de Cellini.

—Ésta es una ciudad de difamadores —me dijo, llevándose un dedo a los labios—. No escuchéis nada de lo que os digan. Lo encontraréis a tres calles de aquí, en Vicolo di Calabraga. Es la novena puerta, la que tiene una vieja cornisa de piedra encima.

El nombre —que significa «mojabragas»— no inspiraba demasiada confianza. Tomamos por una calleja estrecha y oscura, con edificios de cinco pisos de altura a ambos lados. Una tienda tras otra se sucedían a lo largo de la misma, con las puertas en arco y una única ventana con barrotes cada una. El lugar olía a orina. Me detuve bajo un escudo de armas castigado por la intemperie que había perdido el dibujo hacía mucho. No había ningún cartel,

nada que indicara que un orfebre trabajaba allí. Llamé a la puerta y, como no obtuve respuesta, entré. Me quedé un momento quieto mirando a mi alrededor, desconcertado. Me pareció haber entrado por error en alguna especie de habitación abandonada. Las paredes estaban llenas de estantes abarrotados de cajas de madera y montones de papeles desordenados, entre los cuales vi retales de seda verde o carmesí, barras de cera marrón, un puñado de cinceles, botes de barro con el borde sucio de pintura, innumerables frascos y botellas, recortes relucientes de latón y plomo, un plato de azufre y un montón de velas de sebo amarillas. Debajo de los estantes había un banco de trabajo igualmente cargado de trocitos de madera y rollos de papel, mezclados con una o dos copas de vino sucias y algún que otro plato esmaltado con restos de pollo y pan. Tumbado en el suelo dormía un spaniel junto a un arcabuz y un cuerno para pólvora. En una mesa cercana había un abultado laúd, boca abajo, encima de un montón de partituras. Di un paso, adentrándome más en aquella habitación sorprendente y maravillosa. Del batiburrillo sobresalía una figura que me impactó: una talla de madera, de un metro de altura aproximadamente. Representaba un joven desnudo con una espada corta en la mano derecha; con la izquierda sostenía la cabeza cortada de una mujer. El flujo de sangre que caía del cuello me impresionó tanto que me quedé mirándolo. Martin se puso detrás de mí y tosió.

De pronto atisbé un movimiento y vi a un hombre sentado. Había interrumpido su trabajo en un elaborado candelabro de madera y me observaba. Parecía próximo a cumplir los treinta, tenía barba negra e hirsuta y una mirada amarga bajo unas cejas espesas.

—¿Quién sois y qué queréis, en nombre de todos los demonios?

Hablaba con acento florentino, que según se dice es la lengua más pura de Italia. Avancé unos pasos más. Vi claros signos de que me encontraba efectivamente en el taller de un orfebre: un horno en el rincón más alejado con el ronroneo gutural del fuego; los crisoles a su lado y un balde de carbón; el arcón de hierro y, en el banco de trabajo, frente al hombre, el yunque estrecho como la horma de un zapatero, cuchillos finos, martillos, brocas y varias láminas de oro cortadas de diferentes formas. Pero no había ni rastro de la exposición pomposa que había visto en tantas tiendas: ni bandejas de medallas o anillos, ni tela blanca con bellas piedras y baratijas expuestas para inducir a comprar. Cogí una figurita de cera de Narciso que contemplaba

embobado su reflejo y eché un vistazo al esbozo en carboncillo de Júpiter con un rayo, y a un Hércules atando a Cerbero que bramaba y echaba espuma por cada boca de sus tres cabezas; luego miré un broche esmaltado en forma de lirio con diamantes. Tenían alma, tenían la misma vida que mi Madonna con el Niño. Parecían a punto de moverse: Júpiter arrojaría su rayo, Cerbero mordería, el lirio temblaría con la brisa. Eran el trabajo de un visionario, de un artista que desdeñaba las apariencias y dejaba que el vino, los huesos de pollo y la inspiración divina se mezclaran en igualdad de condiciones.

—Busco a maese Benvenuto Cellini —dije.

—Lo habéis encontrado —respondió. Dejó la lima que sostenía—. Bien, ¿habéis venido a comprar?

—He venido a pedirlos que trabajéis para mí. Tengo algunas piedras que necesitan que las talléis y engastéis.

Giró un poco el candelabro hacia la izquierda y sostuvo contra él un cono de oro batido. Por el candelabro trepaban hojas y un ciervo saltaba entre el follaje, todo ello en bajorrelieve. Era la maqueta de una obra maestra en oro.

—¿Cuándo?

—De inmediato. Debo dejar Roma cuanto antes.

—Imposible. Completamente imposible.

—Eso no me lo creo.

No levantó los ojos.

—Tengo trabajo para tres meses, tal vez más. —Golpeó la maqueta con su lima—. Este candelabro es para el cardenal Cibo, el primo del Papa. Después tengo que hacer una jarra para el datario apostólico. Como veis, habéis venido a parar a la tienda equivocada, muchacho. ¿Qué es un anillo? Engastar piedras es un trabajo de niños. Hay tres o cuatro locales en esta misma calle que pueden satisfacer vuestras necesidades. Ahora, ¿seríais tan amable de no taparme la luz e iros?

Me acerqué al banco de trabajo, me apoyé en él con una mano y di unos golpecitos al prendedor del sombrero con la otra.

—¿Reconocéis esto? —pregunté.

Levantó la cabeza, dejó la lima y lo estudió más de cerca.

—Por Dios que creo que sí. Hice esta medalla para el obispo de Grosseto, hace cosa de un año. El cerdo canalla se ha deshecho de ella. ¿Os la dio?

—La compré.

—Doblemente canalla, pues. ¿Cuánto pagasteis por ella?

—Ochenta ducados genoveses.

—Vaya. Veo que tendré que subir los precios. ¿Y habéis viajado hasta Roma sólo para encontrarme? ¿De dónde sois? ¿Veneciano?

Vi que lo había halagado, y el hecho de que me hubiera tomado por veneciano me halagó a mí.

—No. Soy inglés. Me llamo Richard Dansey y soy de Londres. Y creo que cuando hayáis visto mis piedras cambiaréis de parecer.

—Bien, les echaré un vistazo. —Se levantó—. ¡Paulino!

Entró un muchacho de unos dieciséis años. Tenía el pelo negro rizado y una cara de rasgos delicados. Se parecía tanto al joven de madera que sostenía la cabeza como al Narciso de cera. Tenía la clásica expresión de profunda melancolía.

—Tráenos vino, del florentino. Ah, y Paulino, sé bueno y sírvenos unos higos confitados.

Cellini despejó una zona del banco junto a la estatua del sanguinario joven. Vi que la figura estaba encima del cuerpo decapitado de una mujer. Regueros de sangre manaban del muñón del cuello y le caían por los pechos perfectos. La cabeza cercenada que el joven sostenía estaba coronada de serpientes.

—Perseo —dijo el orfebre, señalándola—, matando a la gorgona Medusa. Espero poder esculpirla algún día en mármol o bronce, si algún patrón me paga. Se dice que de la sangre de la cabeza de la gorgona que cayó al suelo nació Pegaso, que hizo fluir el manantial de las Musas. Me gusta pensar que la sangre de Medusa cayendo sobre mi trabajo le añade intensidad.

Paulino regresó con una botella abombada, un par de vasos y una bandeja de higos secos azucarados. Luego se sentó en un taburete cerca del horno y nos observó con los pesados párpados entrecerrados. Martin se sentó a cierta distancia y cruzó los brazos.

—Bien —dijo Cellini—, echemos un vistazo a esas piedras. Pero no os prometo nada. —Se dirigió a su criado—: Paulino, luz.

El chico se acercó lánguidamente, colocó cinco velas en las cazoletas del exquisitamente tallado candelabro y las encendió. Luego cogió un higo de la bandeja y volvió a su lugar.

Me aflojé la camisa y me quité el cofre del cuello. Lo dejé junto al vino y lo abrí. Sólo iba a tener una oportunidad de impresionarlo. Saqué en primer



lugar las dos esmeraldas y las dejé una al lado de la otra: una reluciente, de un verde pálido como un prado; la otra opaca, engañosamente hosca pero que ocultaba un secreto destello en alguna parte. Cellini se inclinó hacia delante y luego se apartó, con los ojos fijos en las piedras. Había logrado captar su atención. Puse al lado de las esmeraldas los cuatro diamantes tallados que le había comprado al judío y las amatistas, oscuras como el vino en contraste con el agua clara de los diamantes. Tras las amatistas saqué el endiablado amarillo de los jacintos, luego los granates, la crisoprasa dorada y el blanco zafiro. Miré al orfebre, que no parpadeaba. Seguía pareciendo un juez que escucha a los testigos sin haberse formado todavía una opinión.

Saqué el majestuoso y reluciente rubí rojo vino de Da Crema. Cellini se levantó y exclamó:

—¡Ajá!

Paulino e incluso Martin se acercaron para verlo.

Saqué entonces los ojos de gato y, a continuación, puse en fila los hechizadores colores de los ópalos.

Cellini se agachó hasta que sus ojos quedaron a la altura del banco.

—Sí, sí, sí... —murmuraba, mirando el corazón de los ópalos. Parecía un cazador o un espadachín midiendo a su adversario, buscando una línea de ataque.

Casi le tenía. Me quedaban pocas piedras en el cofre. Rogué que fueran suficientes. Los zafiros nublados fueron mi siguiente elección; unas piedras de poco valor pero de color delicado, y luego unas cuantas que había comprado en el barco en medio de la niebla; éstas me gustaban pero no sabía qué eran.

Cellini arqueó las cejas y asintió, como si apreciara mi gusto excéntrico.

Saqué por último las siete perlas de Hipólita y cerré de golpe la tapa del cofre.

—Santa Madre de Dios —murmuró Cellini—. Amigo mío, sí que me necesitáis. ¿Y a quién van a pertenecer estas maravillas?

—Son para un gran rey: se las regalará a la dama a la que ama en secreto.

El orfebre bebió un trago de vino y removió las piedras. Empujaba una con un dedo, la apartaba y volvía a recuperarla de repente. Yo lo observaba conteniendo el aliento.

—Vuestras perlas son de China —dijo de pronto.

—¿De China? Son persas, del estrecho de Ormuz.

—Originariamente, tal vez. Pero mirad cómo están perforadas. —Levantó una—. Por la base, no por el centro.

—Lo sé. ¿Y bien?

—Ningún europeo perforaría las perlas de este modo. Sería inútil para el propósito que más apreciamos: enhebrarlas en collares. Los chinos no llevan así las perlas.

—¿No?

—Las cosen a la ropa. Lo he visto. ¡Oh, sí, a Roma llegan toda clase de maravillas! No soy muy amigo de las perlas. Huesos de pescado, eso son. No duran como las piedras. Las mujeres pagan centenares de coronas por ellas sólo para verlas envejecer y perder el brillo y desgastarse hasta que adquieren forma de barrilete. Pero éstas no son comunes. Tenemos que encontrarles un uso.

Una oleada de alegría me invadió. «Ya es mío, pues», me dije. Pero callé, porque el pez podía escapar todavía del anzuelo.

Cellini continuó estudiando las gemas, en especial una pálida perteneciente a la colección adquirida en el barco entre la niebla. La levantó. Apenas tenía color, como un cielo apenas nublado al amanecer. Me fascinaba. Nunca había visto nada parecido, pero no sabía qué era ni cuánto valía. Cellini se puso a examinarla delante del resplandor de la vela.

—Sabéis lo que tenéis aquí, claro. Es un rubí.

—¡Un rubí!

—Un rubí blanco. ¿Nunca habíais oído hablar de tal cosa? La mayoría de los rubíes blancos no tienen valor. Son tan grises y opacos como el agua sucia del baño. El único modo de reconocer que son rubíes es por su dureza. Pero éste es muy distinto. ¿Lo habéis visto en la oscuridad? Os lo prometo, brillará.

Me lo tendió. El modo en que capturaba la luz y ésta fluía sobre su superficie era maravilloso, cierto. La había mirado muchas noches. Pero el brillo acerado de aquella piedra sólo me hacía anhelar las frías aguas de aquel diamante: el que había tenido en mis manos tan brevemente en la angosta habitación del barrio de los tintoreros de seda de Venecia. No había pasado un solo día sin que pensara en él. Dejé el rubí y suspiré.

—¡Si hubierais visto la piedra que dejé escapar!

Levantó la cabeza para mirarme con una sonrisa.

—Me gustaría saber qué piedra superaba éstas.

—Era un diamante de la Vieja Roca de Golconda. ¿Conocéis esa clase de piedra?

Cellini se puso serio.

—La conozco. —Rumió un momento. Ambos sabíamos lo que mis piedras hubieran anhelado aquel diamante por compañero. Luego me palmeó la espalda y rio—: ¡De nada sirve lamentarse! Lo que tenéis aquí es más que suficiente. El candelabro del cardenal puede esperar.

Y así empezamos. Aquel día entero y toda la mañana siguiente estuve observando con Cellini las piedras esparcidas sobre el banco de trabajo. Me estaba impacientando.

—No se da comienzo a las grandes obras apresuradamente —dijo el maestro—. Creedme, esto no es una pérdida de tiempo.

Levantó un ópalo, que lanzó destellos de distintos colores: ora ámbar, ora verde mar, ora oscuros como el vino. Sacudió la cabeza, suspiró y escogió un zafiro.

—¿De qué color tiene los ojos esa dama?

Bajé la vista. Detestaba tener que confesar mi ignorancia, pero no me convenía mentirle.

—Eso no lo sé.

Cellini dejó la piedra en el banco y me miró con ceño.

—¿Que no lo sabéis? ¿Cómo es posible?

—Si hubiera esperado hasta enterarme todavía seguiría en Inglaterra —repuse—. Incluso ahora pocos saben siquiera que nuestro rey está enamorado. Mis posibilidades de éxito dependen de la rapidez.

Cellini hizo un gesto de exasperación con los brazos y caminó alrededor del banco.

—¿No sabéis nada, acaso? ¿No sabéis que hay infinidad de clases de mujer? Este rubí, por ejemplo. Suponed que lo engasto en la cruz de un collar. ¿Resaltará como una catedral en una llanura o quedará encajado en sombras entre dos montañas? Y estas perlas, suponed que las enhebramos, aunque la forma en que las han perforado lo hace prácticamente imposible. ¿Penderán en una larga cascada recta o se derramarán, por así decirlo, chocando contra las rocas? ¿Y de qué color tiene el pelo? ¿Y su piel? ¿Se ruboriza? ¿Va maquillada? ¿Acaso no sabéis ninguna de esas cosas? *Santa Maria Vergine!*

—Sé todo eso. ¿Qué me estáis diciendo? ¿Que abandone? Sé muy bien los

riesgos que corro. A vos corresponde compensar mi ignorancia con vuestro arte.

Volvió a sentarse en el taburete y apartó las piedras, irritado.

—Supongamos que el *signor* con acento veneciano me expone sus propias ideas para estas piedras.

Mis ideas. Noche tras noche había ido tejiendo ideas y fantasías en torno a las piedras mientras las sostenía a la luz de las velas, aunque hasta el momento ninguna se había consolidado definitivamente. Levanté uno de los zafiros nublados. Era de un azul excepcional, pálido y transparente; pero desde la superficie se ramificaban adentrándose en él manchas, brumas, borrones. Una vez tallado quedaría poco de él. Lo dejé junto a los demás y los puse en fila. Había once.

—El mar —dije, casi sin darme cuenta.

—¿El mar?

—¡Sí! ¿No lo veis? —En mi mente se estaba formando una imagen. Removí las piedras—. Estos zafiros no los talléis. Dejadlos tal cual, nublados, en bruto. Son las olas, y sus imperfecciones la espuma. Sus defectos son sus virtudes. En esas olas se mece un barco de oro que se guía por las estrellas. Usad los diamantes para eso. Un broche, ¿entendéis?

Cellini pareció contagiarse de mi entusiasmo.

—Ingenioso. Sí. Sí, el amor del rey, atormentado en un mar de pasión, siguiendo las estrellas de la esperanza. Por Dios que es un soneto. —Se puso a caminar arriba y abajo por la habitación—. En el centro tiene que haber una piedra grande. Pero ¿cuál? La encontraremos. Y habrá esmaltes y decoración cincelada en el barco, todo muy detallado. Se verán los falconetes, los cabrestantes, los juanetes. Navega a toda vela, viento en popa.

Agarró un papel y se puso a dibujar. De pronto levantó la cabeza y me miró.

—Tenéis dinero, claro.

Le lancé mi provisión de ducados y dobles ducados papales de oro con la imagen de la coronación de la Virgen en una cara y el escudo de armas del papa Clemente Médici en la otra.

—Aquí está mi bolsa.

Cellini me miró con una sonrisa pícaro.

—Ha llegado la hora de abrirla, amigo mío.

## 10

Día tras día miré impaciente el trabajo de Cellini. Empezó haciendo un modelo de cera. Le vi cincelar los delicados detalles del barco, las olas con los huecos para los zafiros, y las amenazadoras nubes entre las que brillarían los diamantes.

—Nueve zafiros —me dijo—. No hay espacio para más. Los otros podéis tirarlos. Nadie encontrará otro uso jamás para unas piedras así.

También había dejado un hueco para colocar una piedra en el centro del barco, justo donde el capitán se sitúa para consultar la brújula, en el puente de mando. Cellini golpeó el hueco con un buril.

—Éste es para la crisoprasa. No os inquietéis si ahora tiene un aspecto apagado. Brillará, brillará. Representa el fuego: la luz, la linterna en la oscuridad. La iluminación que la pasión crea en el alma del enamorado y que lo guía en una única dirección. Nunca se desvía; nunca vira. Lo hará todo por ella. Cualquier cosa.

En los ojos del orfebre había un brillo salvaje. Me pregunté entonces qué lo empujaba a él, qué lo iluminaba. Para mí aquel hombre era como la esmeralda persa, una incógnita. No podía sondear en su interior.

Lo primero que hacíamos todas las mañanas era sentarnos juntos, simplemente para contemplar las piedras a la luz matutina y barajar ideas. Era el momento en que más lamentaba mi ignorancia en lo concerniente a la misteriosa dama. Un día, dos semanas después de llegar a Roma, recibí por fin una respuesta del tío Bennet. Me la mandaba desde el palacio de Hampton Court; la misiva había tardado cuatro semanas en llegar y me había seguido desde Venecia a Génova y luego a Roma. Corrí con ella al taller de Cellini y dejé que él estudiara las piedras mientras la abría y usaba mi código para descifrarla.

Mi querido Richard:

Parece que estabas en lo cierto. La corte es un hervidero de rumores acerca de la nueva amante del rey. El nombre de la dama, sin embargo, sigue siendo un secreto, así que todo son suposiciones. Tal vez Bess

Holland, una de las damas de la reina; tal vez su antiguo amor renacido, Mary. Pero temo que no va a conservar mucho tiempo el favor del rey. El cardenal Wolsey se afana día y noche para que el monarca se divorcie y contraiga nuevo matrimonio. El Gran Amor Secreto, así lo llama él. La reina Catalina no sabe nada todavía. El matrimonio con la duquesa D'Alençon será la culminación de la política de Wolsey: una alianza con Francia y la ruptura con el Imperio. Pero mi señor tiene muchos enemigos. El principal es el duque de Norfolk. El cardenal creía que había expulsado a ese torpe caballo de batalla de la corte y que iría a pudrirse silenciosamente en su casa solariega, en sus tierras. Pero se le ve rondando cada vez más al rey. Incluso ha osado desafiar al cardenal. «El rey tiene un nuevo hombre en Roma. ¡Ya veremos!» Ésas fueron sus palabras delante de toda la corte. Puedes imaginar la furia de mi señor por la afrenta.

La mayoría de nosotros, sus servidores, desestimamos las palabras del duque, las consideramos una simple baladronada. Pero mi señor el cardenal está atribulado. Está convencido de que verdaderamente existe algún secreto emisario del Papa, y cree que tiene que ver con el asunto del divorcio. Le he oído murmurar: «Se está tejiendo una red en mi contra.» Y habla del Cuervo Nocturno, aunque no sé quién es. Te lo ruego, Richard, entérate de lo que puedas sobre ese hombre de Roma. Estaré eternamente en deuda contigo.

Dejé la carta, con un torbellino de ideas en la cabeza. Estaba exultante. Yo estaba en lo cierto desde el principio. La amante del rey no era una quimera. El matrimonio francés... sí, aquello me inquietaba. Pero esperaba que fuera simplemente un enlace dinástico, una unión de naciones que dejaría el corazón del rey libre para su amante.

No obstante, todavía tanteaba en la oscuridad. «Se está tejiendo una red en mi contra.» ¿Qué significaba aquello? ¿Y quién era aquel hombre de Roma? Cogí un papel y mi clave, y escribí una respuesta a mi tío, poniéndolo al corriente de mi estancia en Roma y prometiéndole hacer cuanto estuviera en mi mano para descubrir la identidad de aquel enigmático emisario.

«Averiguad para mí a cambio el nombre de la dama —le pedí—. Quién es, qué aspecto tiene, con todo detalle. Si se está difundiendo algo de la aventura, seguramente podréis enteraros de ello. Id a ver a Cornelius Heyes, que tantos

presentes de amor le ha proporcionado al rey. Ofrecedle dinero. Os lo devolveré. Apresuraos. Saldré de Roma en cuanto pueda.»

Las horas que pasaba en el taller me dejaban agotado y exhausto, y la impaciencia no me dejaba reposo ni siquiera cuando me iba. A veces me llevaba a Martin a deambular por la ciudad. Recorrimos todo el barrio, hasta que llegué a conocérmelo de memoria: los callejones del Banchi, las grandes tiendas, la iglesia de los florentinos y los grandes edificios de la administración papal. Más hacia el Campo dei Fiori y mi posada, los apiñados *palazzi* de los nobles, a menudo con tiendas en los bajos. Y siempre, cada pocos metros, una iglesia o un convento con la tumba de algún santo y los peregrinos empujándose para entrar, rodeados de mendigos y vendedores de reliquias sacras. Algunos eran ingleses, pero no enviados del rey. Habían pasado semanas viajando, tal vez para orar allí donde tantos santos yacían en su eterno descanso. Veía la necesidad y el ansia en sus ojos. Eran como yo: almas en pos de algo, necesitadas e insatisfechas. Aunque yo era un peregrino de otra especie, uno que iba en pos de la fama y la belleza cincelada en oro.

Cuando sentía más angustia de lo normal me llevaba a Martin por Via Giulia y cruzábamos el río por el puente de Sant'Angelo. En la orilla opuesta estaba el castillo de Sant'Angelo, la imponente ciudadela papal, con su enorme torre cilíndrica de piedra rosada. Allí guardaba su tesoro el Santo Padre, y sus arsenales y las mazmorras para los herejes y aquellos con quienes se malquistaba. Al oeste se extendía el Borgo de San Pedro, el barrio amurallado que rodeaba el palacio papal. Destacaba la iglesia de San Pedro: el centro mismo del mundo cristiano. Seguramente, suponía yo, si en algún lugar iba a encontrar el alivio para mis cuitas era allí. La primera vez que crucé el río y me planté ante la masa laberíntica de edificios que conformaban la iglesia más grande de la Cristiandad, me quedé de piedra, atónito. Ante mí tenía una trinidad de iglesias. Enfrente, la concha truncada de la antigua basílica de San Pedro, sin tejado y semiderruida, con la nave agrietada y los arcos que quedaban flotando en el aire; delante, el campanario de siglos de antigüedad. Más allá de la vieja basílica, mucho más alta, se elevaba la bóveda que un día sostendría la cúpula del nuevo edificio, que sería inmenso y eclipsaría cualquier otro jamás concebido. Pero de momento, hierbajos y árboles crecían en los muros a medio levantar que llevaban veinte años intactos, desde la interrupción de su construcción. Todo el mundo sabía que

el papa Clemente VII no haría nada para terminarla. Había gastado el dinero destinado a ello en la guerra y en una vida de lujos. Quedaba un tercer edificio, un mamotreto de piedra gris parecido a un establo que se cernía sobre el santuario sin techo de la vieja iglesia, protegiendo el altar mayor y la tumba del apóstol Pedro, así como al rebaño de peregrinos de la lluvia. A mí, esa primera vez, me dio la impresión de una iglesia en el acto de devorar a otra, un instante monstruoso congelado en el tiempo.

Me apresuré con miles de personas para escuchar al papa Clemente celebrar la misa. Su Santidad, de pie en el altar, detrás de cuatro enormes columnas salomónicas de pórfido, levantó la hostia por encima de la cabeza. Miré a aquel hombre, el Vicario de Cristo, causante de una guerra que había traído al norte de Italia sangre y desolación. Joven para ser Papa, puesto que tenía unos cincuenta años, iba bien afeitado y tenía rasgos elegantes y ojos de espesas pestañas. Miraba en derredor con expresión de noble desdén. Pensé en todas las cosas que se decían de él: su legendario carácter taimado, su orgullo, la malicia y la cobardía que, en conjunto, hacían sus intenciones tan ilegibles como si estuvieran cifradas.

Cuando terminó la misa me detuve a encender una vela en la capilla de Santa Petronila, patrona de las relaciones amistosas entre el emperador y el Papa, y rogué que la guerra se mantuviera a distancia hasta que yo estuviera a muchos kilómetros de allí, de camino a casa.

Mientras me apresuraba bajando la escalinata, alguien me llamó a gritos. Me volví y vi acercarse a los hermanos Fieschi. Parecían cansados.

—Todavía andamos detrás de la indulgencia —me explicó Piero—. Es tarea difícil, os lo aseguro.

—Hemos pagado cincuenta ducados al datario —me contó Federico—, y otro centenar al secretario del camarlengo apostólico, que nos prometió una audiencia con Su Santidad ayer y anteayer y el día anterior... pero nada.

—Dice que el Papa no puede decidir nada, que tiene que pensar en la guerra. Pero no nos rendimos.

—*Sempre la speranza* —dije, haciendo un juego de palabras con el nombre de su barco. La esperanza nunca se pierde.

Sonrieron sin entusiasmo. Lo cierto era que al Papa no le interesaban los peces pequeños como los hermanos Fieschi. Deberían conformarse con tratar con funcionarios menores y, a menos que encontraran un valedor para



conseguir una audiencia, se irían con las manos vacías. Aquél tal vez fuera mi destino también cuando volviera a Inglaterra. Era un problema que me pesaba como una losa: mi insignificancia y mi falta de valedor en la corte. En una ocasión que había mencionado aquella cuestión al tío Bennet, éste había silbado, cabeceando.

—Querido Richard —me había dicho—, conseguirle una plaza a tu hermano en el *college* es una cosa: hay cien plazas que cubrir, y él es un erudito notable. Pero ¿presentarle a alguien como tú al rey? Eso es harina de otro costal.

No faltaba mucho para que tuviera que afrontar precisamente aquel inconveniente. Me despedí de los hermanos y fui con Martin colina abajo, hacia el puente y el pequeño estudio de Vicolo di Calabragia. No quería estar mucho tiempo lejos de mi oro y mis piedras.

Habían transcurrido tres semanas desde mi llegada a Roma y Cellini había pasado a la siguiente fase de su trabajo. Paulino bajó un par de tarros de loza y les quitó el tapón. Estaban llenos de un fino polvo blanco.

—En uno hay yeso —me explicó Cellini—; el otro contiene polvo de vieja arcilla cocida.

Tomó cantidades iguales de ambos, que mezcló dentro de un tercero, y añadió agua a la mezcla hasta obtener una crema líquida. A continuación sacó una pequeña redoma y vertió un chorrito verdoso en el molde de cera del barco. Luego untó todos los recovecos con un fino pincel de pelo de marta.

—Aceite de oliva —murmuró—. No demasiado. —Se irguió y me miró con una sonrisa diabólica—. Basta de cocina. Ahora a trabajar en serio.

Cogió un poco de arcilla de una tarrina y formó un borde alrededor del molde. Luego echó la mezcla de yeso blanco sobre la cera. Miré excitado cómo allanaba la superficie con un pincel un poco más grueso que el primero.

—Cuando la escayola se seque, ¿estaremos listos para el oro? —pregunté.

—No tan rápido —refunfuñó—. ¿Queréis un trabajo rápido y chapucero o una obra maestra? Primero recortaré y alisaré el molde de escayola con un cuchillo, hasta que esté perfecto. Luego usaremos este modelo para fabricar el molde definitivo de bronce. Sólo entonces empezaremos a trabajar el oro.

Todos los atardeceres, cuando menguaba la luz, Cellini dejaba las

herramientas y apagaba el fuego. Salíamos entonces para ver, como él lo llamaba, la verdadera vida de Roma. El Carnaval acababa de comenzar. Al cabo de dos semanas sería *Martedì Grasso*, Martes de Carnaval, y Benvenuto me prometió una noche loca inolvidable. Ya a la sazón el gentío invadía las calles a la puesta del sol: los caballeros y los nobles, las damas con antifaz mirando entre las cortinillas de sus literas y los pajes con antorchas iluminándoles el camino. Había incluso cardenales a lomos de mulas españolas, más costosas que un buen caballo, cubiertos de terciopelo escarlata y oro, con esclavos moros que sostenían sombrillas de seda sobre sus cabezas y un séquito de docenas de ayudantes y guardias. Se dirigían posiblemente en peregrinación a casa de algún noble que poseía la estatua de un santo, donde habría música y baile e incluso algunos jóvenes cantantes y un par de cortesanas. Revoloteando en medio del gentío, grupos de músicos, acróbatas, personajes estrambóticos o enanos, todos fantásticamente vestidos de sarraceno, o bufones con traje bicolor que se detenían a interpretar escenas e interludios procaces. La multitud se arracimaba para reírles la actuación y luego continuaba su camino. En los oscuros callejones secundarios, los burdeles estaban en pleno apogeo. A sus puertas, en cabinas de madera, esperaban los empleados de poca monta y los prestamistas que habían adquirido el derecho de vender indulgencias donde más falta hacía. A nuestro paso oíamos sus roncós gritos:

—¡Sodomía, veinte ducados! ¡Adulterio, cincuenta! Todos los pecados, pasados y futuros, sólo trescientos ducados!

El dinero de aquellas indulgencias, en su mayor parte, iría a parar al tesoro papal, aunque por supuesto la extensa organización que comerciaba con tales documentos también sacaba tajada. ¿Quién más? Los Fugger.

Todas las noches Cellini me acompañaba a una nueva muestra de desenfreno. Hubo visitas a las suntuosas casas de las cortesanas, repartidas libremente por nuestro barrio; hubo orgías en casa de sus amigos. Allí conocí a Francesco Berni, el poeta capaz de componer una sátira o un soneto sobre cualquier tema que se le propusiera. Y allí estaban Michelagnolo, el escultor, y tres o cuatro de los pintores más destacados de Roma, que trabajaban en las diversas villas del Papa o en los frescos del palacio apostólico; todos habían sido discípulos del gran Rafael. Había nobles también, jóvenes en su mayoría, pero también hombres de más edad a veces, mecenas de varios artistas, que se

daban el gusto de saborear su mundo desenfadado. Todos llevaban una dama del brazo: cortesanas, claro, algunas de las cuales formaban corrillos para hacer comentarios en susurros entre risitas.

Tras unas cuantas horas de sueño volvíamos al taller: yo legañoso y soñoliento, pero Cellini con su habitual fogosidad y la mano firme con el buril. Volvía a mirar el modelo de escayola del barco navegando a toda vela, libre ya de la cera. Cada una de sus líneas, las nubes, las estrellas, las olas, todo respiraba vida. Tenía la sensación de que sin aquellas noches de desenfreno nada de aquello hubiera podido existir.

El bronce, cuando llenó el molde con un chorro brillante que cayó de la caldera tan reluciente como el sol, todavía era mejor.

Corría el rumor de que Benvenuto estaba enfrascado en un trabajo digno de ser visto. Muchos días había tres o cuatro nobles en la tienda, que observaban tomando un vaso de vino. Creía que Cellini tendría uno de sus arrebatos de furia por tales dis-tracciones, pero, por el contrario, encontraba su presencia halagadora. Era joven, todavía no había cumplido la treintena, pero era todo un maestro y estaba realizando un trabajo digno del mejor.

Una mañana dejó el buril y la lima que había usado en el molde de bronce y lo levantó.

—Ya está.

Los hombres que había en la tienda murmuraron su aprobación y prorrumpieron en aplausos.

—Bravo, Benvenuto.

—Ahora, maese Richard de Londres, ¿qué os parece que hagamos a continuación?

Me relamí. Había estado esperando aquel momento día y noche, mientras era testigo de los cuidadosos preparativos de Cellini y de su libertinaje.

—Es la hora del oro.

—¡El oro! Oh, sí, pero ¿qué oro? ¿Cualquier oro? Os tenéis por un entendido. Bien, tomemos una plancha de oro *ricotta*. Sí, oro fundido dos veces, recocado como el queso. Y oro de una finura determinada. Si es de menos de veintidós quilates y medio será duro, poco dúctil, reacio a dejarse trabajar. Por encima de los veintitrés quilates será demasiado blando; como decimos nosotros, demasiado complaciente. Se colará donde no queremos que se cuele y quedará grueso y carente de espíritu como una mujerzuela.

Paulino, aviva el fuego.

Benvenuto abrió el gran arcón de hierro del rincón y sacó una plancha de oro. La pesó y anotó cuidadosamente su peso hasta el último grano. Luego puso en el banco de trabajo una piedra negra plana, una piedra de toque, y un puñado de agujas relucientes en sarta. La primera era de plata pura, la siguiente estaba hecha de veintitrés partes de plata y una de oro, la siguiente de veintidós y dos, y así sucesivamente, hasta la vigésimo quinta, que era de oro puro. Cellini frotó su plancha de oro contra la piedra de toque, marcando una raya, y luego fue probando las distintas agujas para compararlas hasta hallar la correspondencia. Después pesó una pizca de plata, mientras Paulino sacaba un crisol bien limpio y unas tenazas y abría la puerta del horno. El propio Cellini metió en él el oro y la plata. Todos los presentes miramos reverentemente, en silencio, cómo el oro se licuaba, hermosamente brillante, mortalmente abrasador, dispuesto a obedecer la voluntad de Cellini. Cuando estuvo adecuadamente disuelto lo sacó del horno con las tenazas y lo vertió en un molde de hierro circular para dejarlo enfriar. Luego volvió a usar la piedra de toque y las agujas para examinarlo.

Esperé, conteniendo el aliento.

—Listo.

Cubrió con el fino disco de oro el modelo de bronce y se puso a trabajar, amasando y presionando, ora con un cincel de madera de brezo, ora introduciendo un buril con infinita delicadeza en los pliegues de la figura, poniendo cuidado siempre en mantener el grosor del metal y evitar que se quebrara. El oro, a pesar de su belleza, es blando: hubiéramos podido doblar el disco con los dedos. Cuando hubo asentado el oro en el molde, inició un segundo moldeado allí donde sabía que los detalles eran más finos, adaptando el metal a las fisuras del bronce, ejerciendo presión. Era un trabajo que llevaba su tiempo, pero Cellini no hizo ninguna pausa ni levantó la cabeza de su obra. Por fin dejó las herramientas.

—Ahora veamos si he estado perdiendo el tiempo —dijo.

Separó el oro del bronce mate y levantó el disco terminado. En el taller no se oía ni una mosca. Lo miré maravillado. El barco cabeceaba en las olas rizadas, con las velas y el cordaje tensos. Medía menos de ocho centímetros, pero tenía empuje, vigor, era evocador y fascinante. Debajo del barco había nueve pequeños huecos para los zafiros; encima quedaba espacio para los

cuatro diamantes y, en pleno centro, en el casco, allí donde se situaba el capitán, estaba el único hueco que albergaría la crisoprasa.

—¿Y bien? —preguntó Cellini.

—Es magnífico —respondí. Pero mientras lo decía el malestar me invadió.

—¡Es un milagro!

—¡Soberbio!

—¡Sois un maestro!

El orfebre no apartaba los ojos de mí. Aparté la mirada.

—¡Martin! —llamé—. Corre a la taberna del final de la calle y tráenos una jarra del mejor vino.

Martin, que jamás corría, me miró sombrío y se fue. Volví a mirar el maravilloso barco. Se burlaba de mí: me daba rabia la bajeza de mi rango en comparación con la belleza del oro. Me sentía como aquel barco, arrastrado por los mares invernales. ¿Hacia dónde? ¿Qué me esperaba al final de mi viaje?

Martin sirvió el vino y yo me uní al corrillo.

—Sois un desafío para Rafael —decía un hombre—. Casi divino. La fortuna os aguarda, Benvenuto. Los otros orfebres del Papa se morirán de envidia.

Hubo carcajadas, brindis, más vino. Pero Cellini no me quitaba ojo.

—Inglés, ¿qué os ocurre? Parecéis un condenado a la horca. ¿Mi trabajo no os place?

Lo miré.

—Me place demasiado.

Observé al grupo. Eran cinco hombres, aristócratas de sonrisa educada, barba recortada, pendientes de perlas, sombreros con plumas que llevaban inclinados con desenfado. Y ése era precisamente el problema. Allí, en Roma, yo me codeaba con condes y marqueses, pero en Inglaterra volvería a tener los pies en la tierra. En mi tierra no conocía a nadie. Sería de nuevo el hijo de la Viuda Dansey, del Broken Wharf, nada más.

—Perdonadme —dije. Me sentía incapaz de hablar, pero los ojos de Cellini me sondeaban y merecía que fuera honesto con él—. No se trata de vos, Benvenuto. Pero en Londres no tengo la buena fortuna de mezclarme con compañeros tan distinguidos. Nadie creerá que alguien como yo pueda tener un tesoro que enseñar en la corte.

Cellini resopló.

—La falta de previsión de este hombre me asombra. ¿Realmente no conocéis a nadie en la corte inglesa?

Incliné la cabeza, preparándome para sus burlas. Pero los nobles no rieron, sino que se acercaron y empezaron a hablar todos a la vez.

—Mi querido maese Richard, eso no es ningún inconveniente.

—Sir John Russell está en Roma, negociando la paz con el emperador. Es el embajador del rey Enrique y podemos presentároslo cuando queráis.

—Y también está aquí Thomas Wyatt, el hijo de sir Harry Wyatt. No hay cortesano más perfecto que él.

Cellini rio, palmeándome el hombro.

—Mis amigos conocen a todo el mundo. Alessandro incluso tiene un cortesano inglés alojado en su casa. Lleva aquí meses, con su esposa e hijas. ¿Cómo se llama? Podéis presentarle a mi amigo, ¿verdad?

La cabeza me daba vueltas. Russell, el diplomático de más confianza del rey Enrique. Y Wyatt: poeta, experto y... ¿no era también el encargado de las joyas del rey? La influencia que tenían aquellos hombres me dejó estupefacto.

Alessandro del Bene, un perfumado joven noble que llevaba un jubón carmesí, le mandó un beso a Cellini.

—Haría mil cosas más difíciles, Benvenuto, para complaceros.

Alessandro pertenecía a una de las familias de banqueros más importantes de Roma. Sus antepasados habían sido expulsados de Florencia por un complot, por lo que a Cellini le gustaba burlarse de él y llamarlo «ese condenado exiliado». Ocupaba un lucrativo puesto en la tesorería del Papa y poseía parte del monopolio del pastoreo de ovejas en todo el patrimonio de San Pedro, sinecuras que le dejaban tiempo suficiente para dedicarse a los pasatiempos propios de la nobleza. Y por todo ello era un astuto cortesano.

Se volvió hacia mí.

—Ese hombre se llama Stephen Cage. Pero no sabría decir qué negocio se trae entre manos.

Aquel apellido me conmocionó. Me retrotraje a un año antes, a la enramada de flores de papel del gran salón de Elthan y las palabras de Hannah Cage: «Me voy a un lugar donde dudo que me encontréis.» ¡Qué equivocada había estado!

—Stephen Cage —repetí con secreto deleite.

¿Por qué me preocupaba tanto por aquella chica morena que se había reído de mí? Era la esencia del mundo al que yo aspiraba. Su despreocupación, su orgullo, su desdén eran cualidades que compartía con las piedras más finas. Y yo iba a tener la suerte de entrar en su mundo, en su entorno más cercano. Un noble romano me la presentaría con toda ceremonia y podría saludarla como a una igual. Me sudaban las palmas y me había acalorado. Pero ¿y su padre? ¿Podría presentarme al rey? ¿Qué sabía de él en realidad?

Martin me miró.

—Patrón —me susurró—, seguramente Thomas Wyatt o Russell...

—No. Stephen Cage. —Me volví hacia Alessandro—. ¿Tendríais la bondad de presentármelo?

Me hizo una reverencia, que Cellini rubricó con una carcajada cantarina.

—Entonces, decidido. ¡Paulino! ¡Otra botella! Hoy ya es demasiado tarde para volver al trabajo.

A la tarde siguiente salí con Cellini por Via Giulia. Era el tercer domingo de marzo, faltaban sólo dos días para el Martes de Carnaval. Sonaba música por todas partes y actores enmascarados bailaban por las calles. El corazón me latía con fuerza. La última vez que había visto a Hannah yo no era nadie, y ella me había tratado como un simple entretenimiento. Pero esta vez las cosas serían distintas. Me había codeado con nobles, tanto allí como en Venecia. Saludaba y me vestía como un cortesano. Con el jubón veneciano de terciopelo negro, la espada con empuñadura de plata y el sombrero con su pluma y su broche, no desentonaba en compañía de nadie.

No tardamos en doblar hacia la izquierda y entrar en una pequeña *piazza* oblicua. A nuestra derecha, un edificio de estuco amarillo de cuatro pisos ocupaba casi por entero dos lados. Entre las hileras de ventanas se extendía un friso de antiguas escenas romanas de batalla pintado al fresco. Nos detuvimos en la puerta.

—El *palazzo* del Bene —dijo Cellini—. Estos frisos los pintó Polidoro da Caravaggio hace un par de años. ¿Lo recordáis? Otro de los aprendices de Rafael.

Un criado nos hizo pasar a un vestíbulo espacioso de mármol blanco con una escalera que conducía a un par de galerías. Era grandioso pero sin pretensiones. Subí, arreglándome la pluma del sombrero.

—¡Benvenuto!

Alessandro del Bene bajaba las escaleras a nuestro encuentro acompañado de un hombre de unos cincuenta años, alto, enjuto y rápido de movimientos, afeitado al estilo inglés. Alessandro abrazó a Cellini y luego me indicó que me acercara.

—Aquí está el hombre del que os hablé, el que procuró a Benvenuto tales maravillas.

Me incliné profundamente y con elegancia.

—Richard Dansey, mercader de Londres —continuó Alessandro—. Y éste es maese Stephen Cage. Un gran hombre en la corte inglesa.

Iba ricamente vestido, con un jubón veneciano dorado y escarlata, y en el



sombrero llevaba un prendedor de oro parecido al mío. Yo no cabía en mí de gozo. Era como si acabara de llegar a la corte del rey Enrique, y la impresión que estaba causando era sin duda la correcta. Stephen Cage me miró largamente, me devolvió la reverencia con rapidez y desenfado, y le hizo un gesto de modestia a Alessandro.

—¿Un gran hombre de la corte? Ni mucho menos. Un mero peregrino. — Hablaba bien el italiano. Se tocó la medalla del sombrero, con la imagen de los santos Pedro y Pablo, con las llaves el uno y el otro con una espada: el emblema de un visitante de las dos tumbas que constituían los lugares más sagrados de Roma. Lo miré calculador. ¿Y si, después de todo, había metido la pata y, en mi entusiasmo por ver de nuevo a Hannah Cage, había dejado que me presentaran a un inglés sin ninguna influencia en la corte?

Stephen nos condujo escaleras arriba hasta la galería de la derecha y se detuvo ante una gran puerta.

Alessandro se puso a mi lado.

—He cedido a maese Cage la mitad de mi *palazzo* para que se aloje —me informó—. Esta noche nos sentaremos a cenar a su mesa, no a la mía.

Crucé la puerta y tuve que sofocar un grito. Era un gran salón que abarcaba toda la anchura de aquella ala del *palazzo*. Tapices enormes resplandecían en los muros con profusión de deidades paganas, pastores y cornucopias resaltados con hilo de oro y plata. En el centro de la habitación había unas mesas colocadas en L, con suntuosas alfombras turcas y manteles de lino blanco. Más allá vi un aparador de nogal en el que brillaban jarras y jofainas de plata, como las que había visto destinadas al rey en la calle de los Orfebres. Ardía el fuego en una chimenea con ninfas pechugonas esculpidas y, en una alcoba, cuatro músicos sentados en cojines de seda tocaban una melodía rápida y alegre con un violín y flautas dulces. La habitación entera respiraba comodidad y despreocupada opulencia.

De pronto oí el repiqueteo de una risa femenina detrás de una puerta al fondo. Cuando se abrió, cinco o seis spaniels entraron ladrando en la habitación, persiguiendo un mono vestido con un abrigo escarlata y amarillo. Al cuello llevaba una sarta de gruesas perlas. Varias mujeres salieron presurosas tras los perros. Y allí estaba Hannah Cage. Sonreía sin pudor, enseñando los dientes, mientras seguía con chispitas traviesas en sus ojos castaño oscuro al mono perseguido por la jauría.

Otra chica pasó corriendo y se volvió hacia ella.

—¡Hannah! ¡Detenlos! ¡Haz que vuelvan!

Más joven, rondaba los diecisiete, era esbelta y rubia al contrario que Hannah, robusta y morena.

—Antes tienes que atraparlo, dulce Susan.

Susan se agachó y desapareció bajo la mesa, donde se había refugiado el mono, detrás del mantel.

—Ven aquí, *Belcebú*, ven ahora mismo.

El mono pasó corriendo por delante de mis pies y lo agarré por la cadena. El animal se sacudió y dio saltos, enseñando los dientes mientras los perros ladraban a su alrededor.

—Así que me habéis seguido hasta aquí. Estoy ciertamente impresionada.

Levanté la cabeza y me encontré con Hannah que me miraba con picardía. Había hablado bajito, para que nadie la oyera. Le tendí la cadena del mono y me incliné en una profunda reverencia, muy formal. En aquel momento Susan salió a gatas de debajo de la mesa y se hizo cargo del mono.

—¡Susan! ¡Ya basta!

Una dama se acercaba. Stephen le puso una mano sobre el brazo, ignorando a sus hijas, como si el asunto del mono fuese un episodio común y no mereciera su atención.

—Quiero que conozcáis a Richard Dansey —me presentó—. Un vendedor de nuestra tierra.

—Mercader —le corregí molesto—. De Londres.

—Mercader —repitió Stephen educadamente, lo que encontré todavía más irritante. Se volvió hacia la dama—. Mi esposa, Grace Cage.

Ella me sonrió un tanto forzosamente. Era varios años más joven que su esposo, entrada en carnes y con el pelo todavía espeso y oscuro. Me sentí en presencia de una verdadera aristócrata. Posteriormente me enteré de que era prima del duque de Norfolk y, por tanto, de mejor cuna que el propio Stephen. Me hizo una reverencia y se inclinó hacia mí para que le diera un beso, al viejo estilo inglés, un saludo que incluso los de noble cuna usan: una costumbre que deja atónitos a franceses e italianos. Acercó su mejilla a la mía y se apartó.

—Y éstas son mis hijas —concluyó Stephen con resignación—. Hannah y Susan.

Miré a Hannah, que sonrió maliciosamente. Las veces que nos habíamos visto antes eran nuestro secreto. Volví a inclinarme en un saludo, quitándome el sombrero, con la mano izquierda en la empuñadura de la espada. Luego — ¿cómo osé?— me acerqué para recibir mi beso. Y me lo dio, en plena mejilla. Por un instante percibí el perfume almizclado que salía de su vestido de seda carmesí, antes de que se apartara con una mirada pícara.

—¿Qué clase de mercader sois? De pescado salado no, espero.

Antes de que pudiera responderle, la pequeña Susan se me puso delante para que la besara, con los labios cómicamente fruncidos en su cara pecosa. Me dio un piquito en la comisura de la boca y se apartó con una mueca, como si hubiera probado algo repugnante.

Los criados empezaron a moverse con jofainas plata y aguamaniles. Miré alrededor, incómodo, e hice cuanto pude para imitar a los demás. Le tendí las manos a un criado para que les vertiera agua caliente mientras un paje esperaba con una toalla para secármelas. Toda aquella ceremonia me resultaba increíble. Sabía de su existencia y que era común en las casas de los nobles o la realeza. Pero no había visto nada de aquello en los casinos de Venecia ni en las fiestas de los artistas de Roma. Cellini, por otra parte, parecía a sus anchas. Después de celebrar la «libertad inglesa» para besar a las damas a conciencia, se estaba lavando las manos y bromeando con Grace. Hannah pasó a mi lado y me susurró:

—En esta ocasión sí que parecéis un caballero, Richard. Me pregunto si estaréis a la altura de las apariencias.

—Señorita Hannah —le hice una reverencia. Sabía cómo dirigirme correctamente a una joven dama. Se lo demostraría. Para empezar, estaba decidido a que no detectara ni un solo error en mis modales.

Stephen Cage me cogió del brazo y me condujo a la mesa en forma de L. Nos sentó a todos, uno tras otro; las damas en el lado interno de la mesa y los hombres frente a ellas, como estaba de moda en Roma. Me encontré situado a la izquierda de Alessandro, cerca del ángulo de la mesa, mirando los ojos brillantes de Hannah. A mi izquierda estaba Cellini, delante de la pequeña Susan, mientras que más allá estaban Stephen y su esposa, así como un cura que debía de ser el limosnero de los Cage, responsable de la caridad de la familia. Dejó un platito de plata para la primera rebanada de pan para los pobres y murmuró unas palabras de bendición en latín que, gracias a la

música, que seguía sonando, nadie salvo Dios pudo escuchar.

—Maese Dansey, Richard Dansey —dijo Stephen, mirándome de pies a cabeza con ojos penetrantes—. Mercader. Debo de conocerlos, a vos o a vuestra familia, en todo caso. ¡Ya lo tengo! —Me señaló con el índice—. ¡La Viuda de Thames Street!

Asentí, molesto. Que me reconocieran incluso allí y me marcaran con la reputación de casa era mortificante.

—Es mi madre.

Stephen sonrió.

—¡Oh, es bien conocida! Sus negocios son ingeniosos, mucho. Especies, colorantes, incluso un poco de usura. —Se volvió hacia mí con los párpados entornados, burlón—. ¿Y vos? ¿Son vuestras empresas similares?

La sutileza de su desprecio me aturdió. ¿Cómo iba a impresionar a aquel hombre? Vi desvanecerse en el aire mi presentación ante la corte, así como cualquier interés que Hannah hubiera podido sentir por mí.

—Los míos son diez veces más ingeniosos que los suyos —dije.

Stephen gruñó y Grace me miró con una leve sonrisa. Estaban sirviendo los platos, una docena por lo menos: aves de corral y pequeñas aves de caza y empanadas, todo en bandejas de plata. En el centro, justo al lado de un salero dorado en forma de ninfas bañándose, había una majestuosa garza, con las alas grises extendidas, la cabeza y el cuello arqueado como si estuviera viva, con la cresta negra temblando detrás de sus ojos sin vida.

—La he abatido yo mismo —estaba explicando Stephen—. Con ballesta, en las marismas.

Uno de los criados se inclinó sobre la mesa para cortar las pechugas en lonchas con unos cuantos cortes elegantes ejecutados a ritmo de la música. Yo contemplaba aquel espectáculo estupefacto; allí había detalles de una vida de lujo en los que no había soñado siquiera. Viéndome, Susan se tapó la boca con una mano y rio.

Por un instante me encontré con la mirada de Hannah, que nada dejaba entrever. Comía con perfecta naturalidad, mirando la mesa con aburrimiento. Cuando quiso tomar vino llamó a un criado levantando un dedo, tomó la copa, bebió y se la devolvió. Usaba el tenedor tal como si se hubiera servido de aquel curioso instrumento italiano toda la vida; se secaba los labios con la servilleta después de cada bocado, cogía sal de las doradas ninfas con la punta

del cuchillo y probaba sólo un poquito de cada uno de los muchos platos, sin dejarse ninguno.

Yo estaba decidido a mantenerme a la altura y demostrar que no era un simple comerciante. Pero la comida era una prueba dura. Después de beber dejé la copa en la mesa: mi primer movimiento en falso. Miré los platos que tenía delante con desaliento. Entre las bandejas con las distintas preparaciones de carne y aves asadas había platos de plata que contenían una docena de salsas diferentes. La verde de agraz aderezado con pimienta y ajo era aparentemente para la garza, y la mostaza para el asado de cerdo, pero ¿para qué era la mermelada de jengibre? Miré a Susan ponerla a cucharadas solemnes por encima de las lampreas negras e hice otro tanto, momento en que ella se echó hacia atrás con la silla y me señaló con una carcajada. Hannah le dio a su hermana una patada por debajo de la mesa y se inclinó hacia mí.

—Ser ignorante no es una deshonra, Richard. Ésta es para el arenque con azúcar —me dijo.

La voz de Stephen me llegó desde la cabecera de la mesa.

—¿Y cómo es el comercio en Italia? ¿Os gustan los precios?

Le miré, pero no pude responder de la rabia que sentía. Al final estaba sentado en compañía de gente escogida y de posición elevada, como había esperado tantos años. Y me desagradaban. Había confiado en que las maneras y el modo de vestir que había aprendido en Venecia me dieran una estampa de nobleza, pero con los Cage aquello no servía de nada. Susan, evidentemente, me consideraba un zopenco al que se podía hacer creer cualquier cosa. Incluso había sacado a un spaniel de debajo de la mesa y le pasaba ostentosamente los dedos por el pelo, mirándome socarronamente para ver si la imitaría. Hannah me miraba con su sonrisa provocativa. Se inclinó por encima de la mesa hacia mí y murmuró:

—Debéis perdonar a mi familia. Estoy segura de que es bastante más accesible para vos de lo que parece.

Me incliné hacia ella.

—Por Dios que lo será.

—En tal caso, divertidme —susurró—. No tenéis idea de lo aburrida que es la vida aquí. Sorprendedme. No creo que podáis. —Se apoyó en el respaldo arqueando las cejas con una sonrisa hechizante.

Me limpié los labios con la servilleta, me la puse al hombro y miré a los

ojos a Stephen Cage.

—Os agradezco que me lo preguntéis. Tengo un negocio floreciente. — Miré al resto de los comensales—. Tal vez os interese verlo.

Los criados estaban retirando los platos. Se llevaron la garza con las alas rotas, las costillas al descubierto y el cuello caído hacia un lado en la bandeja. Lo que quedaba de ella, que era bastante, se lo darían a los pobres, que sin duda ya hacían cola en la plaza, a la puerta de la casa. Los criados la reemplazaron por natillas o *doucettes*, platos humeantes de crema de almendras, dátiles confitados y uvas, y nos ofrecieron copas de hipocrás caliente.

Todos se volvieron a mirarme. Hannah se humedeció los labios y se inclinó hacia delante, cruzando los brazos bajo el pecho con un leve tintineo de perlas. Cellini frunció las espesas cejas y sacudió la cabeza para advertirme. Le ignoré. Estaba encendido. Los insultos de Stephen y el desdén de Hannah me dolían. No iba a dejar que aquellos aristócratas me vapulearan. Tiré de la cadena que llevaba al cuello y saqué mi cofre de su escondrijo bajo mi ropa. Me temblaban los dedos. Era consciente de la falta de delicadeza de lo que estaba haciendo. Pero ya me lo había quitado y lo había dejado en la mesa, entre los platos.

Grace me miró desde la otra punta de la mesa, sorprendida. La expresión de Stephen era impasible y anodina. No esperaba de mí nada que pudiera interesarle. Me saqué la llavecita del cinturón, la inserté en la boca de Cupido y abrí la tapa. Mantenía las piedras entre capas de seda para que no se rozaran, porque no todas son igualmente duras: un rubí puede estropear un zafiro, y un zafiro rayar el jaspe. Mis dedos dieron primero con los cuatro diamantes blanquiazules. Los levanté y los puse en la mesa, junto a un plato de confites de jengibre. Habían sido bien tallados. Destellaban, y bajo aquella danza de color sus aguas brillaban, frías como el hielo. Hannah tenía la mirada encendida. Desde el extremo de la mesa, Stephen intentó ver mejor, repentinamente interesado.

Las gemas que saqué a continuación eran más grandes que los diamantes y tenían destellos de más colores: de amatista, de azufre, del azul de las llamas, y cambiaban a cada momento. Sentí un escalofrío al verlas, como siempre me sucedía. Adelanté la barbilla y me pasé un dedo por el vello que intentaba convertir en una barba al estilo italiano de moda.

—¡Oh! —exclamó Hannah, para mi satisfacción.

Incluso la desgarbada Susan se apoyó en los codos para echar un vistazo, haciendo que la mesa de caballete se tambaleara.

—¿Qué son? —me preguntó Hannah.

—Ópalos. ¿Os gustan?

—¡Cuántos colores!

Los observamos. Los rojos, los dorados, los verdes. Se convertían los unos en los otros, pero, mientras duraba, cada uno de los matices era completamente auténtico. Miré a Hannah.

—Si quebráis un ópalo, todos los colores desaparecen.

Grace no quitaba ojo a las piedras. Su mirada era inquisitiva, precisa, penetrante. Las evaluaba y, esperaba yo, me reevaluaba.

Saqué las perlas de Hipólita.

—¡Qué redondas! —murmuró Hannah—. ¡Qué suaves y delicadas!

Se inclinaba hacia mí por encima de la mesa. Yo era consciente del brillo de sus ojos y la proximidad de su cuerpo. Tenía los brazos juntos y estirados por delante y el pelo le caía por debajo de la cofia.

—Están en su más perfecta juventud —dije.

—¡Oh! —Me miró—. ¿Envejecen las piedras como hacemos nosotros?

—Por supuesto que sí —le respondí, mirándola a los ojos. Tenía las pupilas negras y brillantes como la tabla de un diamante, con los iris tan marrones como el sardónice—. Si no las sacan con cuidado de casa quienes las aman, al final amarillean y mueren, solas y sin que nadie las admire. Es algo terrible.

Hannah sostuvo mi mirada un momento y luego sonrió, enseñando su dentadura perfecta. Bajó los ojos a las perlas, que hizo rodar ligeramente sobre el mantel con los dedos. Eché un vistazo al extremo de la mesa. Tenía toda su atención. Me pareció que era el momento de enseñarles mi pálida esmeralda escita. Como un jardín, una esmeralda de este tipo siempre es refrescante, independientemente de lo saturado que esté el espacio de otras piedras. Derramó sus rayos fríos y verdes sobre la mesa. Después de la emoción de las otras piedras, vi su humor mudar a un asombro más tranquilo. Dejé que la miraran un minuto y, luego, como un sol dorado verdoso, saqué mi crisoprasa y, tras ella, dejé caer sobre la mesa mis zafiros nublados como guijarros, como una granizada. Tenía aquella mesa de mujeres y hombres de la nobleza en la palma de la mano. Les había

arreatado a las piedras parte de su hechizo. Había llegado el momento de sumergirlos en un torrente de maravillas, así que saqué los ojos de gato de color gris verdoso, la oscura esmeralda persa, el rubí blanco, las amatistas, los jacintos y los granates. Cada piedra era de un color más vivo y más brillante que la anterior, y era recibida con un murmullo de admiración. Me guardé mi mayor tesoro para el final, el reluciente rubí, tan grande como la yema de un dedo. Lo puse entre las demás y dejé que su fuego tiñera la blancura del mantel.

La habitación estaba en silencio. Las *doucettes* y el hipocrás humeaban en la mesa, olvidados. Incluso Cellini se había inclinado hacia delante, mirándolas sin parpadear. Hannah levantó la cabeza, me miró y volvió a contemplarlas. Tenía los ojos brillantes. Respiraba rápido por la nariz y tenía el labio superior perlado de sudor. Me había planteado una tarea, un reto: había levantado una barrera entre nosotros y yo la había derribado. Me miraba desarmada. Si no hubiera habido nadie presente, juro que hubiera rodeado la mesa para besarla, y hubiera sido mía.

—¡Por todos los santos! —exclamó por fin Stephen—. ¡Sólo ese rubí tiene que valer quinientas coronas!

—Valdrá mucho más cuando lo haya llevado a su absoluta perfección —dijo Cellini—. Hay que tallarlo y engastarlo. Una vez hecho veréis una maravilla.

La pequeña Susan seguía mirando fijamente las piedras con aquellos ojos azul verdosos, duros, sin parpadear.

—Dadme una —dijo.

Grace frunció el ceño.

—¡Susan! ¡Calla!

Hannah miró a su madre y a Susan, y luego a mí. Tenía la mirada risueña y le temblaba la barbilla intentando contenerse, como si estuviera impaciente por ver lo que yo haría y cómo me las arreglaría para pararle los pies a su hermana. Sentí rabia por lo que aquella desagradable niña acababa de hacer. Había roto el hechizo. La barrera entre Hannah y yo volvía a estar allí: se me planteaba un nuevo desafío. ¿Qué hacer? Si accedía mostraría debilidad y me convertiría en el pelele de Susan. Pero si me negaba demostraría ser un simple mercader estrecho de miras. Pasé los ojos por las piedras y me detuve en el peor de mis zafiros, un guijarro resquebrajado y mate como queso mohoso.



Lo cogí y se lo lancé por encima de la mesa a la pequeña Susan. Ella lo atrapó con la mano como si fuera una mosca. A Hannah se le iluminaron los ojos de la sorpresa y se echó a reír. Había pasado la prueba: había demostrado desdén aristocrático y aristocrática grandeza de espíritu en un solo gesto. Escogí entonces uno de mis cuatro diamantes, una piedra de Bengala del más puro azul pálido, una amatista rosa pálido igualmente valiosa y un vivo granate de Bohemia. Los empujé por encima de la mesa hacia Hannah.

—Escoged la que os guste.

Sonrió, dejando ver un instante su dentadura. La tenía en mis manos: seguro, seguro que era mía. O eso pensaba yo.

—Pero, Richard —me dijo—, si voy a aceptar un regalo debéis ofrecerme algo digno de mí. —Volvió a empujar las gemas hacia mí.

La miré incrédulo. Se había librado de mí otra vez, por completo. Sonrió viendo mi perplejidad. Me había equivocado radicalmente al juzgar su capacidad de respuesta: no era la clase de criatura que se deja atrapar de un modo tan burdo. Susan dejó de admirar su zafiro, me miró y me señaló con un dedo.

—¡Ja, ja, ja! ¿Eso os ha dolido, eh?

Grace y Stephen intercambiaron una mirada incómoda y él hizo un gesto rápido con la mano al limosnero, que inclinó la cabeza y murmuró unas palabras de agradecimiento.

—*Benedictus Deus in donis suis, et sanctus in omnibus operibus suis...*

La cena había terminado. Grace se levantó de la mesa en un arrebato y se acercó con ceño a las dos muchachas.

—Susan, Hannah.

Ambas se levantaron obedientes y cruzaron rápidamente la sala hacia los spaniels acurrucados junto al fuego.

Ciego de rabia, me puse a recoger las piedras para devolverlas al cofre. Grace se me puso al lado con una sonrisa amable.

—Por favor, perdonad a mis hijas, Richard. Las trajimos a Italia para que adquirieran modales. Temo que tendremos que quedarnos bastante tiempo.

Me levanté y me incliné ante ella.

—Por favor, no tiene importancia.

Los criados trajeron las jarras, jofainas y toallas para otro lavamanos.

—Mi buen muchacho, otra copa de hipocrás para Richard —pidió Stephen

a un paje.

Mientras los pajes servían vino y obleas, me llevó hacia la chimenea con una mano en mi hombro. A sus ojos, yo ya no era un simple comerciante sino una persona importante, merecedora de su interés. Tenía que apoyarme en eso y darle a entender mi necesidad imperiosa de ser presentado al rey Enrique; pero en aquel momento todo lo que quería era marcharme.

Las dos chicas acariciaban las orejas de los spaniels, susurrando entre sí y riendo. ¿Cómo iba a acercarme a Hannah ahora, después de aquella derrota? Nos separaban unos tres metros de reluciente alfombra turca, rojiza y azul, pero era como si estuviera a centenares de kilómetros de distancia.

—Caramelito, pobre damita —murmuró, inclinada sobre las orejas de su perro.

Bajo aquella indiferencia saboreaba indudablemente su triunfo. ¿O esperaba, tal vez, o incluso deseaba, mi siguiente ataque? No. Era pretencioso por mi parte pensar aquello. La miré, furioso. Mis gemas habían hechizado a todos los comensales. Incluso Susan estaba sentada, sosteniendo el neblinoso zafiro al contraluz. Sólo Hannah se había librado del hechizo.

Stephen estaba todavía a mi lado.

—Dansey... —meditaba—. Dansey... veamos... Vuestra madre era Waterman de soltera. ¿Tenéis un tío? ¿Un secretario del cardenal de York?

Lo miré, sorprendido.

—Sí —respondí—. Bennet Waterman.

—Ah. Un puesto de mucha confianza el suyo.

—Eso creo.

Me quedé mirándolo, receloso. ¿Era amigo de Wolsey o pertenecía al grupo de cortesanos que se oponían a él? Se me puso piel de gallina al pensar que podía estar frente al misterioso «hombre de Roma» de la carta de Bennet. Si era así, se trataba de un enemigo de mi familia. Pero aquélla era una suposición demasiado arriesgada. Decidí no mencionar aquel encuentro a Bennet. Al menos por el momento. Stephen tenía una expresión impenetrable, como si no deseara decir demasiado. Le hizo un gesto de asentimiento a su esposa. Grace se me puso al lado.

—Tenéis que contárnoslo todo acerca de vuestra empresa. ¿Disponéis de un barco propio?

—Mi madre es la propietaria de un barco —respondí—. Yo no necesito

tener uno. Comerciar con gemas no implica llevar cargamentos voluminosos.

—Por supuesto. —Grace se humedeció los labios—. ¿Y ésta es vuestra primera empresa, Richard?

—No la primera, pero sí la primera que llevo a cabo por mi cuenta.

—Estupendo. ¿Os quedaréis mucho tiempo en Roma?

—Me quedaré tanto como haga falta —respondí, sin apartar los ojos de Hannah.

—¡Bien! Mañana por la noche se celebra la carrera en el Corso. Corren los caballos salvajes de los bereberes del norte de África. Habrá gradas dispuestas para la gente bien, desde las que se verán mejor. ¿Tal vez querríais acompañarnos?

El corazón me brincó en el pecho y volví a mirarla.

—Será para mí un placer.

Le lancé otra rápida mirada de soslayo a Hannah. Me observaba, pensativa y retadora. Se había reanudado la caza.

## 12

—¿Habéis perdido por completo la cabeza? —Cellini estampó un puñado de cinceles, limas y cuchillos encima de los papeles amontonados junto a la cabeza de Medusa—. ¿Habríais entregado un diamante? ¿Nuestro trabajo no significa nada para vos? ¿Dónde habríais encontrado otro capaz de hacer juego con los tres restantes? ¿Iba el barco a ser guiado por tres estrellas y una cuenca vacía?

Eso fue a la mañana siguiente, temprano. Martin y yo acabábamos de entrar en su taller y lo encontramos sentado a la pulidora. Sostenía en alto el disco con la imagen del barco en el mar, y le daba vueltas de modo que capturara la luz de distintas maneras. No estaba preparado para su rabia.

—Si hubiera funcionado —refunfuñé—, habría valido mucho más lo ganado que lo perdido.

—¡Claro! ¿Y nunca pensasteis en la locura que era desperdiciar vuestras piedras así? ¿Cuánta gente sabe ahora que lleváis una fortuna en joyas al cuello?

—Una familia de cortesanos ingleses. ¿Y qué?

Cogió varios botecitos y tarros del estante y los dejó al lado de las herramientas.

—Y cuarenta criados más o menos, y todos los amigos de éstos, y todos los amigos de sus amigos. Sois un hombre con una diana en la frente. Más vale que sepáis usar la espada.

Puse la mano en la empuñadura. Me estaba enfadando y me sentía más tentado a luchar que a argumentar.

—¿Queréis una demostración?

—Más tarde. Ahora tengo que trabajar. Veamos qué podemos hacer con esa crisoprasa mientras aún la tenemos. Alcanzádmela.

Me quité el cofre del cuello y lo abrí. Dentro, las piedras estaban revueltas. Benvenuto tenía razón. La noche anterior me había comportado como un loco. Las coloqué cuidadosamente entre los pliegues de tela y le tendí la crisoprasa. Tenía un pálido color verde primaveral que delataba su parentesco con la esmeralda, mezclado con las vetas de oro de las que procedía su

nombre: *chrysoprasos*. Benvenuto me había dicho que en griego eso significaba «puerro de oro».

Cellini la emplazó en el lugar del barco que le correspondía. A la luz temprana de aquella mañana, brillaba fantasmagórica, como si el capitán estuviera siguiendo un fuego fatuo que lo conducía hacia el peligro y la desgracia.

—Mujeres. Podéis olvidarlas, amigo mío —dijo, como si extrajera sabiduría de la piedra.

Volvió a sacar la crisoprasa, le dio varias vueltas y la dejó.

—¡Bien! Por lo común no considero la crisoprasa una gema. Son blandas y neblinosas como la leche, no transparentes como el agua. Diamantes, zafiros, esmeraldas, rubíes: éstas son piedras principescas. Pero ésta servirá muy bien.

Abrió un tarro y sacó un poco de polvo asalmonado con una pequeña espátula de hueso. Era tierra de Trípoli, como la que había visto usar muchas veces en Londres. Me incliné hacia delante.

Mezcló el polvo con unas gotas de aceite para formar una pasta con la que untó la superficie de la pulidora. Luego insertó la crisoprasa en una *tanaglietta* o dop, como los joyeros la llamaban en casa: un vástago con un asidero blando de plomo para sostener la piedra. Dio impulso a la rueda con el pedal hasta que giró a mucha velocidad y, tras echar un último vistazo a la piedra en bruto sujeta en el extremo de la varilla para decidir por dónde empezar, la bajó hacia el disco de la pulidora.

Aquella etapa del trabajo de orfebrería me daba miedo a la par que me asombraba. Segundo a segundo veías emerger la brillante piedra, sacudirse la opacidad, la redondez de incontables centurias bajo tierra. Pero era un proceso plagado de peligros. Había visto las viejas manos de Christian Breakespere fallar y una esmeralda valiosa caer de la punta del vástago en una cascada de polvo, arruinada. Cada pocos minutos Cellini levantaba la piedra de la pulidora y volvía a apoyarla en ella. Estaba tallando la tabla, la superficie plana de la corona. Yo lo miraba conteniendo el aliento, impaciente por la gema y también por la cita de aquella noche con los Cage.

Trabajó todo el día, hasta que la luz empezó a menguar y oímos música y gritos de los enmascarados en la calle. Cellini dejó que la pulidora se detuviera poco a poco.

—Ya basta. Si no nos damos prisa, llegaremos tarde.

Levantó la gema, todavía sujeta a la varilla, y la expuso a los últimos rayos de sol de la tarde. Sólo estaba tallada a medias. Las nubes de su superficie se estaban abriendo y dejaban escapar seductores destellos dorado verdosos. Me costaba apartar los ojos de ella. Benvenuto fue hacia el arcón y la guardó.

Me levanté.

—¿También venís?

—¿A la carrera de los bereberes? —Cellini esbozó su diabólica sonrisa—. No me la perdería por nada. ¡Paulino!

El muchacho dejó su rincón junto a la fragua, salió y volvió con una bandeja de bolitas blancas.

—Esta noche es la batalla de los *confetti* —dijo Cellini—. No me gustaría que el enemigo os pillara desarmado.

—¿Los *confetti*?

—Peladillas, patrón. —Era la voz de Martin.

Me volví, sorprendido. No sabía que entendiera tan bien el italiano.

—Son almendras con una capa de azúcar. Los criados de los Cage me hablaron de ellas. En cada casa de Roma las preparan para esta noche. Es un deporte rudo.

Paulino me tendió la bandeja, inquisitivo.

—Ponedlas en una bolsa —me instruyó Martin—. Benvenuto, gracias.

Nos marchamos juntos del taller.

—Tened cuidado, amigo mío. Es una mujer peligrosa —me susurró Cellini al oído cuando salimos a la calle. La oscuridad iba en aumento.

—Hace mucho que lo sé.

Vi que Martin me seguía a poca distancia, con el ceño fruncido y, molesto, apreté el paso. Era una noche cálida que traía la promesa de la primavera, aunque todavía soplaban ráfagas de viento frío procedente del río.

Estábamos rodeados de risas y música de laúdes, chirimías y tambores. Mucha gente había salido a la calle: cardenales a lomos de sus mulas; mujeres de la nobleza en litera y torrentes de jóvenes caballeros con máscara de diablo o de sátiro narigudo, embozados en capas negras. Todos llevaban bolsas de peladillas, que se lanzaban los unos a los otros a puñados. Había niños por todas partes, metiéndose entre los pies de los adultos para recuperarlas. Eran duras como piedras de honda, y sus golpes escocían. Yo respondía airadamente a los ataques, pero no tomaba represalias. Estaba guardando

nuestra munición para un enemigo muy especial.

Cuando llegamos a la Piazza Navona por los callejones, Martin me alcanzó.

—Así que ya la conocías —me dijo, acusador.

—¿Y qué si es así?

—Patrón, no os he seguido sabe Dios cuántos kilómetros para veros cometer una tontería. Con menuda gente habéis ido a relacionaros.

Me volví hacia él.

—¡Insolente! ¿Crees que porque te he perdonado que seas el espía de mi madre tienes derecho a decir lo que te plazca?

Calló y retrocedió unos pasos.

—Stephen Cage —murmuró—. ¡Un peregrino! Sea lo que sea, no es tal. Por supuesto, no queréis escuchar lo que tengo que deciros.

—No, no quiero.

—¿Tampoco saber de qué me he enterado?

Me detuve. Por furioso que estuviera, sabía que Martin era sensato y que se enteraba de todos los chismes.

—Bueno, si sabes algo, dímelo. —Esquivé la andanada de peladillas que nos lanzó un hombre con máscara de diablo.

Martin se me acercó.

—Muy bien, entonces. Mientras les mostrabais vuestra mercancía a los Cage, trabé amistad con Fenton, el chambelán. Nadie sabe qué hace aquí Stephen Cage. Pero visita al Papa prácticamente a diario, y sale de cada reunión de peor humor que de la anterior.

Me encogí de hombros. Nada de aquello me inquietaba. Al contrario: sólo venía a probar que Stephen, aunque él lo negara, era un hombre influyente.

—Entonces será alguna clase de embajador por asuntos de la guerra. Más secreto y de más confianza que sir John Russell, pero con la misma misión.

Martin bajó la voz.

—Russell, sin embargo, está de un humor inmejorable, dicen. Le complace haber impedido que se acuerde la paz sin su consentimiento.

Miré sorprendido a Martin. Tenía más intuición para la política que la mayoría de los italianos, cuya fe en que nuestro rey deseaba la paz era absoluta.

—Sí —concedí—. Cuanto más peleen el papa Clemente y el emperador, mayor poder tendrá el rey Enrique.

—Así que, si Cage se dedica a lo mismo que Russell —prosiguió Martin—, entonces ¿qué le saca tanto de las casillas?

No respondí. Pensaba en la carta de Bennet. «El rey tiene un nuevo hombre en Roma.» Y ese hombre, según Wolsey, tenía algo que ver con el divorcio. Pero Wolsey trabajaba a favor de ese divorcio. Si aquél era en realidad el negocio de Stephen, ¿por qué se lo habían ocultado al cardenal, que era el ministro de más confianza del rey Enrique? Y además estaban aquellas palabras de Wolsey: «Se está tejiendo una red en mi contra.» Con el ceño fruncido, apreté el paso.

El gentío no paraba de crecer. Cellini iba delante y nos llamó. Lo alcanzamos y no tardamos en llegar al Corso, la calle más larga de Roma, que salía recta como una flecha casi un quilómetro y medio de las murallas de la ciudad. Todas las ventanas y los balcones estaban llenos de gente, y de las casas colgaban tapices, guirnaldas de piñas y flores de papel. En el Palazzo San Marco, la enorme residencia del Papa, el propio Clemente estaba sentado en un balcón, con manto escarlata y mitra. Bordeando la plaza, al pie del *palazzo*, habían dispuesto gradas de madera revestidas con banderas heráldicas de las familias nobles de Roma. Vi mujeres con antifaz y vestido de seda bajo, por la cintura, para dejar al descubierto los pechos bajo numerosos collares de perlas. Cortesanas, o tal vez no. Al igual que las cortesanas copiaban los modales de las damas finas, las señoras imitaban a las cortesanas; así que aquellas mujeres podían muy bien ser romanas de alcurnia.

Cellini me indicó el pabellón blanco y negro de la familia Del Bene desde el que Alessandro nos llamaba. Subí los escalones de madera y saludé con una reverencia. Sentados en fila, con tapices detrás y una olla de hipocrás humeante sobre un brasero, estaban los Cage. Todos llevaban capa negra. Stephen sujetaba con una mano una máscara blanca de lechuza. Se levantó para saludarme.

—¡Richard! Cuánto nos complace que hayáis venido. Sentaos entre mi mujer y yo.

Pasé por detrás de Alessandro y Stephen. Grace ladeó la cabeza para un beso educado en la mejilla y volvió a sentarse. A su izquierda estaban sentadas Susan y Hannah. La silla de Grace bloqueaba el estrecho pasillo, impidiendo cualquier posibilidad de que le diera un beso de saludo a su hija. Me senté, disgustado, entre los dos Cage mayores. Me asomé hacia la izquierda con el



pretexto de intentar ver al Papa en su balcón. Susan observaba lo que sucedía alrededor con cara de amargo aburrimiento y respondió a mis miradas con una de odio. A su lado, Hannah sostenía una máscara de cera forrada de pan de oro en forma de cabeza de gato con ojos como rendijas. Tenía en la mejilla un mechón de cabello negro escapado de la cofia y sonreía. Nuestros ojos se encontraron un momento y entonces hizo un mohín con los labios y se puso la máscara.

Volví a sentarme, echando humo por las orejas.

Stephen se volvió hacia mí, jovial.

—Ahora habládme de lo que ambicionáis. Vuestras joyas... El vuestro no es un comercio habitual. Son dignas de un rey.

Lo miré con altivez.

—También yo lo creo así.

—Pero a los jóvenes mercaderes no les resulta fácil estar en presencia de un rey.

—Cierto. —Contuve el aliento. Aquel hombre había sabido ver mi necesidad más profunda. Me tenía en la palma de la mano.

Él sonrió.

—Bien, me atrevería a decir que cuando estemos todos en casa, en Inglaterra, podremos hacer algo al respecto. Ahora habládme de vuestro tío, de Bennet Waterman. ¿Lleva mucho con el cardenal Wolsey?

Eso era: junto con la posibilidad de la tan deseada presentación en la corte, el precio que tendría que pagar por ella.

—Unos cinco años —le respondí cauteloso.

—¿Es secretario, decís?

—Abogado, en principio.

Stephen bebió un sorbo de vino caliente, con sus ojos como guijarros fijos en mí.

—¿De veras? Contadme más.

Dudé. No me gustaba que me exprimieran para sonsacarme información. Si Stephen era quien yo sospechaba, entonces tenía que enterarme de sus secretos para contárselos a Bennet. ¿Iba en lugar de eso a contarle los secretos de Bennet a él? Pero era el padre de Hannah, y mi vía de acceso al rey.

—Ha estado ayudando al cardenal a cerrar unos cuantos monasterios pequeños. Necesita hacerlo para fundar su nuevo *college* en Oxford.

—Ya lo sé —me respondió con excesiva rapidez—. ¿Y vuestro tío tiene algo que ver en los... asuntos más confidenciales del cardenal?

Lo miré con el corazón acelerado. Se refería, supuse, a la cuestión del divorcio. Yo sabía poco de eso; menos, creía, que el propio Stephen. Pero no iba a reconocerlo. Aquel hombre tenía que creer que me necesitaba.

—Se encarga de cuanto se le pide.

Me devolvió la mirada.

—¡Qué hombre tan valioso!

—Veréis el caballo que he inscrito en la carrera —le dijo Alessandro a Cellini—. He apostado cien ducados por él. ¡Es salvaje como un león! Dicen que ningún hombre ha podido montarlo jamás.

Me volví para mirar la calle, aliviado de tener la oportunidad de cambiar de tema.

—Seguramente ése es un gran defecto en un caballo de carreras —comenté.

Alessandro miró a Stephen y ambos sonrieron.

—¡Bueno! —exclamó Stephen—. Ahora lo entenderá, ¿verdad?

En aquel momento oímos el estampido de un cañón y el estruendo distante de la multitud situada en el extremo más alejado del Corso, a la derecha. Galopando hacia nosotros se acercaba una masa confusa de caballos. Ninguno llevaba jinete. Corrían en estampida, corcoveando y retorciéndose hacia las bocacalles, chocando y cayendo en el empedrado en una confusión de cascos, relinchando, con espuma en la boca, levantándose y echando a correr de nuevo. El fragor de la multitud iba en aumento y los caballos corrían muy juntos. No sabía cómo podían hacerlos correr en la dirección correcta, hasta que vi que unos hombres con librea azul se asomaban por detrás de la lona con ollas de brea humeante y cucharones con los que echaban el líquido hirviente a las ancas de los caballos, forzándolos al galope. Por si eso fuera poco, cada animal tenía atada a los flancos una bola con espinas, que actuaba a modo de espuela cuando iba a la carrera.

—¡*Minotauro!* ¡*Minotauro!* —gritó Alessandro cuando los primeros tres caballos irrumpieron en la plaza, tomaron la curva y pasaron como un rayo—. ¿Dónde estás? —Llegaron varios animales más detrás de ellos, perdieron pie y cayeron juntos—. ¡Miradlo, revolcándose en el polvo después de comerse mi oro!

Los hombres corrían alrededor de los caballos que se encabritaban y relinchaban, haciéndose con las bridas para retenerlos. Oí sus gritos mientras intentaban mantenerse alejados de los cascos, y los chillidos de los demás cuando los animales los derribaban.

—Esto es la recaptura —dijo Stephen—. Lo mejor de la carrera, y también lo más peligroso.

Miré de soslayo a Hannah. Sostenía la máscara por un extremo y se daba golpecitos en la barbilla con su perfil dorado. Tenía la cara arrebolada de excitación. Maldije mi suerte por no poder estar sentado a su lado.

—Una carrera demasiado rápida —dijo Stephen—. Pero quedan más.

—¿Más carreras de caballos? —pregunté.

—Creo que son carreras de... otra clase.

—No son apropiadas —dijo Grace—. La gente decorosa asiste a la carrera de los caballos bereberes y luego se va.

Marido y mujer se miraron un instante. La tensión flotaba entre ambos. Los ojos de Grace, oscuros como los de Hannah, brillaban. Tenía las aletas de la nariz dilatadas. Stephen inspiró hondo, enseñando los dientes. Al final agachó la cabeza.

—Bueno, efectivamente. De hecho tengo que leer unos documentos. Pero volveremos a encontrarnos, Richard. No os quepa duda.

Grace se volvió hacia mí, se apartó un mechón de pelo negro y me dedicó su elegantísima sonrisa. Me despedían, por lo que parecía. Me levanté, saludé y bajé los escalones de madera hasta la calle. Martin me siguió.

El sol se ponía y un aire brumoso y helado se arrastraba por la ciudad con el crepúsculo. Pero yo no estaba de humor para volver a la posada. Nervioso, alterado, me notaba a punto de estallar a causa de la decepción. No dejaba de rumiar cómo podía volver a ver a Hannah. Así que vagué por la ciudad. Seguían llenas de enmascarados que se llamaban a gritos, con la cara oculta bajo una máscara de zorro o de cabra, intentando adivinar la identidad de los demás o arrojándoles peladillas. Sin máscara, me sentía extrañamente desnudo e indefenso.

—¡Maese Dansey!

Era la voz de una enmascarada la que me llamaba, prácticamente ahogada por la música y los gritos de la gente. Pero estaba seguro, muy seguro de no haberme equivocado. Me volví y escruté la multitud de gente vestida con

trajes bicolores o capa negra, con turbante, capucha carmesí o corona de papel plateado. Los grupos se separaron y revelaron momentáneamente una figura estática. Lucía capa negra hasta los pies y máscara dorada en forma de cabeza de gato con rendijas para los ojos, y un mechón de pelo negro escapado de la cofia. Me abalancé hacia ella, pero unos acróbatas se interpusieron en mi camino, haciendo equilibrios y ejecutando volteretas en el aire, seguidos por una tropa de payasos con zancos.

Cuando me dejaron paso libre, la máscara de gato había desaparecido.

—¡Richard!

La mujer estaba de pie al otro lado de la calle esta vez, a la sombra de una columnata. Nos encontrábamos en la Via delle Bottegue Oscure, la calle de las tiendas oscuras construidas sobre los cimientos en ruinas de un antiguo teatro. Crucé la calle y corrí a lo largo del muro, cuyo deslucido estuco naranja se desprendía de la antigua piedra, asomándome a cada hueco verde y musgoso. Martin seguía observándome con el ceño fruncido.

—¡No te quedes ahí! —le espeté—. ¡Ayúdame a buscar!

—¡Richard!

Giré en redondo. Volvía a estar en la calle, llamándome desde la columnata de un *palazzo* esta vez. Corrí directamente hacia ella, la agarré por un brazo y le bajé la máscara. Me encontré mirando la sonrisa burlona de Hannah.

Estaba sola: estuvieran donde estuvieran sus padres y su familia, Hannah les había dado esquinazo.

—¿Adónde vais tan deprisa? —se burló de mí—. Toda la diversión está en el Corso.

—¿Y habéis venido a buscarme?

—¿Por qué no, Richard?

—Mi querida señorita Hannah. Así que soy merecedor de vuestra atención, después de todo.

—¿Eso creéis? —Su sonrisa adquirió un matiz peligroso—. Todo es posible. Pero en realidad es que detesto ver que alguien se marcha a casa como un perro apaleado cuando lo mejor de la diversión acaba de empezar.

Echó un vistazo a mi mano, que rozaba su vestido. Luego se puso otra vez la máscara, convirtiéndose en una criatura terriblemente salvaje, una bestia dorada con la piel negra.

—Puedes volver a la posada —le dije a Martin.

Sin embargo, él no se movió.

—Patrón —murmuró—. Si hubierais oído el modo en que los hombres de los Cage hablaban de vuestras joyas, no querríais estar solo en la calle. Sois el hombre de los diamantes, el hombre con un millón de ducados al cuello.

—¡Márchate! —le grité—. Estaré bien.

Me miró como si fuera a protestar, pero le di la espalda.

Juntos, Hannah y yo nos abrimos paso entre la multitud. Ya era prácticamente noche cerrada. Por el Corso, centenares de antorchas ardían, creando un camino de fuego. Hannah se quitó la máscara.

—La carrera de caballos era lo más soso —me dijo—. Si queréis ver algo verdaderamente tremendo tenéis que quedaros aquí.

Desde el extremo norte de la calle oímos el estruendo de muchos hombres unido a un tremendo bramido animal. De pronto vimos acercarse corriendo a la luz de las antorchas una docena de toros bravos, tan negros como la noche, zarandeando sus largos cuernos curvos. Hannah se acercó al borde de la calle y se puso al lado de una antigua columna, donde habían bajado la barrera de lona, para mirar temerariamente los toros abalanzarse hacia nosotros. Me sentí orgulloso de estar a su lado, tan inmóvil como ella. Los teníamos casi encima cuando un toro se separó de la manada y corcoveó por el borde de la calle, embistiendo con los pitones, buscando a alguien en quien descargar su furia. Hannah siguió sin moverse. Los ojos rosados y saltones del animal nos eligieron. En el último segundo la agarré por los hombros y tiré de ella para ponerla detrás de la columna. Las bestias pasaron estruendosamente y la empujé contra la piedra. El ruido de las pezuñas era ensordecedor. Hannah tenía la cara resplandeciente, con una leve sonrisa burlona, tal vez porque había sido yo el primero en achicarme. Me acerqué y la besé. Se sorprendió; me miró con los ojos muy abiertos. Luego los cerró lentamente. El sonido de las pezuñas disminuyó. Noté que aflojaba los labios y, cuando apreté con la lengua, los abrió y, con apenas la puntita de la suya, rozó la mía. Aquel roce me enardeció y me dejó estupefacto. Si no hubiera estado enamorado de ella me habría enamorado en aquel instante. Pero incluso entonces dudé. ¿Y si aquel lengüetazo era una burla, una provocación? No sabía si se había abandonado y aquél era verdaderamente un momento de embriaguez y deleite compartidos. Y sólo hay un remedio para esa clase de duda. Le pasé una mano por la espalda y la levanté. Noté cómo su boca se arqueaba en una

sonrisa contra la mía y se apartaba hacia un lado. Volví a acercarme, abrazándola de nuevo. Me reconvino con un dedo.

—¡Querido Richard! Antes de que os toméis más libertades, debéis decirme quién es mi rival.

Aquello me dejó de piedra.

—¿Rival?

—La dama que tendrá todas esas joyas. ¿Queréis hacerme creer que no sois más que un hombre de negocios? Que compráis, vendéis, obtenéis beneficios...

Su cara, tan cerca de la mía, me enloquecía: el tibio mohín de sus mejillas, la amplia sonrisa, aquellos oscuros ojos castaños danzarines.

—¡Oh, les sacaré provecho! No temáis.

El gentío avanzaba en tropel por el Corso, hacia el norte. Hannah se escabulló rodeando la columna y fue tras él. Corrí para alcanzarla. Me lanzó una mirada desdeñosa por encima del hombro.

—¿Y dedicáis toda esa pasión simplemente a hacer dinero? Me decepcionáis.

Dudé. Desde mi llegada a Italia había ocultado mis planes a todo el mundo salvo a Cellini. Pero ¿cómo iba a dejar que Hannah me considerara un vulgar comerciante o alguien que no la amaba más que a ella?

—No —le respondí—. Tenéis razón. Son para una dama.

—¡Ah! —Sonrió. Pensaba que me tenía. Ya podía burlarse de mí a sus anchas por cortejarla cuando en realidad compraba gemas para otra.

—Pero no es mi dama. Es la del rey.

Hannah dio una palmada y gritó de alegría.

—¡Así que es eso! ¡Qué hombre tan inteligente sois, Richard Dansey! Y, si conozco a la dama en cuestión, estará sumamente complacida.

Me quedé de piedra y la obligué a mirarme.

—¿La conocéis? —le susurré—. ¿Sabéis quién es?

Ya estaba. Lo había descubierto todo; no sólo mis más recónditas ambiciones, sino también mi vergonzosa ignorancia. Hannah puso unos ojos como platos y se llevó las manos a la boca, conteniendo el aliento, como si acabara de oír la noticia más trágica de su vida.

—¡Oh, mi pobre Richard Dansey! —Se echó a reír a carcajadas, doblándose por la cintura—. ¿De veras no lo sabéis? ¡Si todo el mundo sabe quién es la

nueva amante del rey!

—¿Quién es? —le pregunté imperiosamente—. Hannah, decidme quién es. Seguía llorando de risa y enjugándose las lágrimas.

—Apiadaos de mí. Basta. Vais a matarme de tanto hacerme reír.

Tomé sus manos y se las besé tres, cinco veces.

—Querida Hannah, dulce Hannah. Decidme de quién se trata.

—¿Qué? ¿Revelar yo un secreto? ¡Oh, no! —dijo, dominando un poco la risa y mirándome a los ojos.

Le apreté los dedos.

—Pero si vos misma habéis dicho que es un secreto a voces.

Se inclinó indulgente, acercando su cara a la mía hasta que nuestras narices casi se tocaron.

—Puede que todo el mundo lo sepa —me susurró—, pero se supone que nadie debe decirlo.

La miré atónito, furioso, todavía más enamorado y deseándola más por el modo en que me atormentaba.

Alguien pasó corriendo. Fui apenas consciente de unos gritos.

—¡Los enanos! ¡Los enanos!

Hannah me puso un dedo en los labios, me esquivó y volvió al Corso. Se volvió brevemente para llamarme.

—¡Rápido, Richard! No podemos perdernos a los enanos.

La seguí, bullendo de impaciencia, hasta la Piazza del Popolo. No cabía en ella ni un alfiler. La muralla, con una puerta fortificada, recorría el extremo más alejado de la plaza; junto a ella estaba la hermosa iglesia de Santa María, cuyo esbelto campanario había sido sufragado por el pueblo de Roma. Ocupaba el centro de la plaza un grupo de cuarenta enanos, vestidos con las libreas de sus patronos, porque no hay casa de la nobleza romana que no tenga por lo menos uno o dos. Hannah ya estaba en primera fila.

—¡Ahí, mirad! —señaló—. ¿Veis a ese de blanco y negro con la barba roja? Es Morgante, el enano de Alessandro. ¿Cuánto os parece que debería apostar por él?

—Lo que queráis.

Lo último que me interesaba en aquel momento eran los enanos. Hannah tomó unos ducados de la bolsita que llevaba al costado. Me lanzó una mirada de reproche.

—¡Richard! Esto es Roma. ¡La capital de la Cristiandad! Lo último que debéis hacer es demostrar escaso interés por sus tradiciones. ¿Creéis que mi dinero estará más seguro si lo apuesto a ese alto de los leones carmesíes, el de los cascabeles?

Algunos enanos iban vestidos de juglar y ejercían de bufón para sus amos, para quienes cantaban, bailaban y contaban chistes. Otros, serios y orgullosos, casi aristocráticos, eran capaces de conversar con un cardenal de teología, conocían todos los modales de la corte, sus cumplidos, reverencias y ocurrencias. La mayoría eran simplemente muy conocidos y apreciados, y se pavoneaban, saludando y mandando besos a la multitud que coreaba frenética sus nombres: «¡Moretto! ¡Moretto!» «¡Carafulla!» «¡Tattamella!»

—No —dijo Hannah—. Apostaré por Calandrino. Es el más guapo. Es de Jacopo Cardelli, secretario del Papa. Cardelli lo tiene de carabina de la hija que tuvo con su concubina. Dice que es tan bueno como un eunuco, que ninguna muchacha se dejaría seducir por un enano. Opino que ese hombre es un idiota, ¿vos no?

—¡Hannah!

Se zafó y corrió hacia un hombre con el sombrero empenachado subido a un entarimado, cerca del centro de la plaza, desde el que gritaba las apuestas. Hannah le entregó los ducados y tomó a cambio un pedazo de papel. Casi en el mismo instante restalló un látigo y los enanos salieron a la carrera, Corso abajo, en la misma dirección que los caballos y los toros, entre los aplausos y vítores de la multitud. A mi pesar, los seguí con los ojos hasta que desaparecieron con un tintineo de cascabeles y una agitación de plumas. Era un espectáculo extraño y curiosamente excitante.

Hannah intentaba ver a los enanos que se alejaban por el Corso. Había vuelto a ponerse la máscara y parecía haberse olvidado de mí.

—La dama del rey. Por favor. Decidme quién es.

Se giró y se levantó un instante la máscara, apenas lo suficiente para gritarme:

—¡No!

—Si no me decís su nombre, al menos decidme cómo es. ¿Es alta o baja? ¿Es callada? ¿Es ocurrente? ¿Usa perlas? ¿Lleva rubíes, diamantes? Y los ojos... Jesús, Hannah, ¡tenéis que decirme de qué color tiene los ojos!

—¡Pobre Richard, tan esclavo de vuestras ambiciones! ¿No podéis



olvidarlas ni por un segundo?

Del extremo más alejado de la plaza nos llegó una confusión de risas, vítores y llamadas.

—¡Los viejos!

Hannah tiró de mi mano para que nos adentráramos más en la multitud.

—Vamos, vamos. ¡Otra carrera!

Permití que me arrastrara, riendo pero enfadado.

—¡Calandrino! ¡Calandrino es el enano ganador! —gritó el hombre del sombrero empenachado.

Hannah subió a cobrar su dinero y se me acercó otra vez sonriendo de oreja a oreja.

—¿Habéis vuelto a apostar?

—No, esta vez no. Siempre me planto cuando la suerte está todavía de mi parte.

Los viejos se pusieron en fila, empujándose y maldiciéndose, con la barba cana, calvos y mortalmente serios. El gentío prorrumpió en gritos y risas cuando echaron a correr torpemente por el Corso. Al mismo tiempo oímos bramidos detrás de nosotros y, de pronto, la plaza se llenó de burros, unas criaturas oscuras que enseñaban la dentadura, con los ojos desorbitados. Los mozos luchaban para no soltarlos, y allá fueron, dando coces y corcoveando, tras los viejos. Hannah y yo reímos como los demás. Empezaba a pillarle la gracia a aquello, a la locura de hacer correr a cualquier criatura que pudiera ser atrapada, obligada a ponerse en fila e incitada a moverse. Pero tenía que enterarme de aquel nombre.

—Decídmelo —insistí.

Se volvió hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Por qué debería?

—Porque me amáis.

Negó con la cabeza, despacio, cómicamente simpática. Exasperado, saqué una peladilla de la bolsa y se la arrojé a la frente.

—¡Ah! ¡Richard! —gritó. Pero se bajó la máscara, metió la mano en su bolsa y me devolvió el disparo.

Nos lanzamos los pequeños dulces duros con saña. Ella se agachó para apartarse de mí, riendo, y corrí tras ella por una calle lateral. Vi el brillo del río a la luz de las antorchas que los enmascarados llevaban de un lado para

otro por todas partes. Casi la había alcanzado y estaba a punto de agarrarla del manto cuando de repente nos cayó encima una granizada de peladillas. Hannah se detuvo chillando y se cubrió la cabeza con las manos.

Una voz salió de la oscuridad.

—¿Maese Dansey?

Me volví.

—¿Quién anda ahí?

Un grupo de individuos con máscara de águila de pico ganchudo con plumas en la cabeza se nos acercó.

—¿No me reconocéis?

—Un sucio pollo viejo como vos no puede ser otro que Benvenuto Cellini.

—Por supuesto. ¡Cuidad de vuestra dama, maese Richard!

Metió la mano en su bolsa y nos acribilló a peladillazos. Hannah echó a correr, y yo detrás de ella. Nos refugiamos detrás de un muro bajo. El orfebre y sus cuatro amigos iban por la orilla del río, buscándonos. Francesco Berni, el poeta satírico, era uno de ellos, porque distinguí su voz.

—«Canta, mi musa, a la barba de maese Dansey; diminuta tal vez, pero pulcramente ondulada y arreglada.» ¿Dónde está ese inglés?

Miré a Hannah. Estaba sin aliento, con la máscara sobre la frente.

—¿Preparada? —le susurré, y ella asintió con un gesto.

Nos levantamos a la vez y empezamos a arrojar peladillas a Cellini y los otros con rapidez y precisión. Echaron a correr, maldiciéndonos. Nosotros nos derrumbamos detrás de la pared, riendo. Cuando dejamos de reír nos quedamos allí. La miré inquisitivamente. Pronto descubriría todos sus secretos, no sólo me enteraría de aquel nombre, sino también de sus sueños y anhelos, de los motivos ocultos que la impulsaban. Me miró también y, por una vez, su mirada era reflexiva y tranquila.

—Querida Hannah, todo mi éxito es para vos. Sabéis lo que ambiciono. Riqueza, renombre, el favor del rey. Pero no quiero esas cosas sólo para mí. Juntos podemos tener la corte del rey Enrique en nuestras manos y triunfar. Me he arriesgado mucho viniendo a Italia en busca de gemas sin saber de hecho para quién. Si me lo decís ahora, mientras Cellini trabaja, podré obtener de él obras que le lleguen al corazón. Por favor, Hannah, decidme el nombre de la amante del rey.

Bajó la mirada. Mi discurso la había sorprendido y, por un instante,

pareció tímida, casi inocente. Esperé unos segundos. Por fin levantó los ojos hacia mí, con chispitas de malicia. Rio y aplaudió.

—¡Ya sé lo que haremos! Nos lo jugaremos a las cartas.

—¿A las cartas?

—Sí. —Se levantó de un salto. Volvía a reír desenfrenadamente—. Mañana, último día de Carnaval, *Martedì Grasso*, cuando la locura de todos esté en su punto álgido. ¿Qué podría ser mejor?

Mi falta de confianza en las cartas era enfermiza. Eran unas ladronas, unas impostoras. En cuanto a Hannah, aunque la deseara, confiaba menos en ella que en nadie.

—¿Qué juego de cartas? —pregunté.

Me sonrió, balanceando las caderas, las manos a la espalda.

—El que yo elija.

No respondí.

—¡No tengáis tanto miedo! —me persuadió—. No hay placer en la vida sin un poco de peligro como aderezo.

—Si gano, ¿me lo diréis?

Continuó sonriendo y contoneándose.

—Ajá —dijo—. Os lo diré.

Dudé. Como un espadachín al que han estado a punto de herir, permanecí cautelosamente en guardia. No sabía interpretar sus movimientos, sus fintas, sus envites. Pero tenía que enterarme de aquel nombre.

—Entonces, acepto.

Hannah se alejó corriendo unos pasos de mí por la orilla del río, luego se volvió y me miró.

—Espero que no perdáis. Porque, si lo hacéis, Richard Dansey, mercader de Londres, que Dios os ayude.

Se cubrió la cara con la máscara dorada de gato, giró sobre los talones y se fue.

## 13

Pasé toda la noche en vela en la posada.

No entendía por qué Hannah estaba jugando de aquel modo conmigo. Igual que sucedía con Stephen Cage, había más en juego de lo que parecía. ¿Qué sentía en realidad por mí?

Revivía una y otra vez el contacto de aquel beso, pero en cada ocasión era distinto: ora apasionado, ora burlón, ora ardiente, ora helado; como el diamante que se había mofado de mí en Venecia. Hannah había ido a mi encuentro después de la carrera de caballos. Seguramente eso significaba que me deseaba tanto como yo a ella. Pero con Hannah no había nada que pudiera darse por seguro.

Irritado, aparté el cobertor, encendí una vela y cogí mi libro de Petrarca, el más elegante de los poetas, cuyos versos dan pátina al cortesano. Las campanas tocaban la medianoche cuando empecé a hojearlo. Y resultó que Hipólita me había presentado a un monstruo. Hermosos versos los suyos, sí, pero era un poeta apasionado, loco de desesperación, un hombre que se enardecía o se quedaba paralizado, que detestaba la vida, que vagaba como un barco sacudido por la tormenta sin estrella que lo guiara, entre tinieblas, en un laberinto, ciego, asustado, avergonzado, alimentado por el amor y destruido por él. Nunca dejaría que aquello me sucediera a mí.

Aparté el libro, pero no para dormir. Planifiqué mi reunión con Hannah del día siguiente. Me había retado y yo estaba lastimosamente mal preparado. Sacudí a Martin para despertarlo.

—Saca las cartas y enséñame todo lo que sepas.

Bostezó y me miró asombrado. Luego sacó su mazo manoseado, refunfuñando. Hasta entonces yo me había mantenido apartado de las cartas. Me daba pavor que me anularan como había anulado a otros, hasta el punto que, como el poeta Berni decía, no me importara apostarme los ojos o mi propia sangre pinta a pinta. Martin, por su parte, era un jugador empedernido y había convertido las cartas en una provechosa fuente de ingresos complementaria. Me quedaba el resto de la noche para aprender.

Y así empezamos. El juego era la *primiera*. Estaba convencido de que

Hannah lo escogería. En Venecia y Roma estaban obsesionados con él. Era un juego de verdaderos cortesanos, más exigente mentalmente que el ajedrez, decían; artero, sutil, lleno de faroles y contraataques para desbaratar el juego del contrario. Me pasé la primera hora perdiendo. Después la suerte y la habilidad empezaron a favorecerme y poco a poco me recuperé hasta el punto de casi desbancarlo.

—Bueno, patrón. Aprendéis rápido, os lo aseguro. ¿Ya es suficiente? —me preguntó Martin con un bostezo cuando las campanas de toda Roma daban las tres.

Pero yo no estaba satisfecho.

—¿Qué otros juegos podría escoger?

Martin parpadeó para aclararse la vista.

—Bueno, están el *gleek* y el *maw*, y el *noddy* y el *picardy*, y el *gagne-perde* y el *ruff and honours* y...

—Enséñame a jugar a todos.

Martin sacudió la cabeza con cansancio y repartió las cartas. Era la hora más tranquila de la noche; la ciudad estaba en silencio y hacía frío. Martin, aunque medio dormido, jugaba por instinto y por los largos años de práctica. Empecé a perder. Cuando la luz del amanecer se coló por las persianas, ya no sabía si el seis de espadas que tenía en la mano valía dieciocho puntos y debía emparejarlo con un siete y un as en la *primiera*, o si era un *Tumbler* y derrotaba a un *Towser* en el *gleek*, o si con otro seis valía cuatro en el *noddy*, ni si debía descartarlo u ocultarlo o convertirlo en triunfo.

Nuestro juego se convirtió sin solución de continuidad en pesadilla, y vi a Hannah lanzando sobre mí cartas extrañas, sin ningún significado, con su sonrisa convertida en carcajadas de entusiasmo.

Abrí despacio los ojos. Tenía la cabeza apoyada en el tablero de la mesa y por las rendijas de las ventanas cerradas entraban punzantes rayos de luz diurna. Me incorporé con esfuerzo. Al otro lado de la mesa, Martin, repantigado en una silla como la mía, roncaba. Le sacudí el brazo para despertarlo.

—¿Qué? ¿Qué...? Jugaré al *ruff*.

—Hemos terminado —le dije—. ¿Pasamos cuentas?

Martin parpadeó y miró la hilera de marcas de tiza que había en el borde de la mesa.

—Me debéis doscientos noventa y seis *baiocchi*.

Fruncí el ceño y di un manotazo en la mesa, irritado. Un *baiocco* era una moneda fina de plata que valía aproximadamente lo mismo que uno de nuestros medios peniques de plata ingleses. A ciento nueve *baiocchi* por ducado papal, había perdido casi tres piezas de oro. Martin aceptó el dinero de mi bolsa con los ojos brillantes de satisfacción: para él, aquello equivalía a varios meses de sueldo. El oro no significaba nada para mí, podía permitirme perderlo. Pero no podía dejar escapar los secretos de Hannah, eso no. Martin se desperezó y bajó apresuradamente a la planta baja para traerme mi ración matutina de trigo hervido en leche con canela y una jarra de vino.

—¿Otra partida, patrón?

Negué con la cabeza. La confianza y la decisión me serían de más provecho que otras seis horas de tediosa práctica.

—Ya es hora de que vayamos a ver las piedras.

Después del desayuno, salimos a la calle. Hacía un día espléndido, aunque frío. Fui dando un rodeo para aclararme las ideas, pasando por la cancillería apostólica y Via Giulia. Las calles estaban extrañamente desiertas. Justo pasada la iglesia de San Eligio, donde empieza el barrio de los orfebres, pasé junto a un grupo de soldados con colete abullonado y plumas azules y rojas en el sombrero. Llevaban arcabuces y estaban arracimados en la entrada de una casa. Con ellos había seis o siete hombres con hachas y martillos. El tendero discutía con los soldados, y dos de ellos lo empujaron con la culata de sus armas para obligarlo a entrar de nuevo. Vi cómo los obreros desgoznaban la puerta y la arrojaban a la calle. En cuanto los soldados irrumpieron en la casa oímos estruendo de muebles volcados y loza haciéndose añicos. Aflojé el paso, mirando de soslayo para no perdérmelo, pero Martin tiró de mí.

—Seguid caminando, patrón.

Más adelante pasamos por delante de otras entradas sin puerta y tres compañías más de soldados. Vimos el trabajo de hachas y martillos, y caras asustadas que aparecían en ventanas y balcones y volvían a esconderse rápidamente. Apretamos el paso y entramos en la tienda de Cellini. El orfebre me miró serio mientras iba a sentarme en mi taburete de siempre.

—¿Qué sucede? —le dije.

Dejó que la pulidora se detuviera poco a poco y levantó la cabeza.

—La guerra, amigo mío, la guerra. Los imperialistas se están moviendo

hacia el sur. Hay nuevas proclamas: todos los extranjeros deben registrar sus armas; hay que declarar y registrar todos los almacenes de grano, y las puertas de los sospechosos de estar a favor del emperador serán arrancadas de sus goznes para que las autoridades puedan registrar sus casas cuando les plazca. Y en este barrio... —Hizo un gesto con la cabeza hacia el Banchi y Via Giulia—. En este barrio hay muchos florentinos.

—Pero Florencia es aliada del Papa.

Cellini me miró impaciente.

—Permitid que os lo explique. Hasta hace cuatro años gobernaba Florencia Giulio de Médici. Cuando se convirtió en Papa, en nuestro actual Santo Padre, Clemente VII dejó Florencia en manos de sus allegados, entre ellos el cardenal Cibo. —Asintió en dirección al candelabro—. Sí, mi generoso patrón. Ahora hay dos tipos de florentinos: los amigos de los Médici, que son pocos y cuyo número disminuye progresivamente, y el resto de la ciudad, que estaría encantada de ver al emperador arrojar al Papa y a toda su familia al mar de una patada.

Acepté el vino que Paulino dejó en el banco de trabajo. La cabeza me latía tras haber pasado la noche en vela.

—Entonces, en nombre de Dios, ¿qué hacéis ahí sentado? Los soldados llegarán de un momento a otro.

Cellini se echó a reír.

—Saben que aquí no tienen que acercarse. Su Santidad y el cardenal Cibo tienen en mucha estima mis servicios. No, yo soy un hombre de los Médici, como mi padre. ¡Larga vida al negro Alessandro y al putero Hipólito! ¡Abajo la República!

Volvió a inclinarse sobre la pulidora y yo me senté a mirar. Daba vueltas mentalmente a sueños de copas, espadas y bastos, al fuego de la gema, al beso de Hannah. Benvenuto ya había ensanchado la tabla de la crisoprasa a su gusto. Trabajaba en la corona que rodeaba ésta, cuyas facetas manipulaban la luz y la desviaban hacia abajo, hacia el corazón de la piedra, hasta que, confluyendo en el culet, el resplandor rebotaba y se expandía. Cada corte acrecentaba mi emoción.

Al final levantó la crisoprasa con aire triunfal. Estaba completamente tallada. El juego de luz era exquisito. Más pálida que una esmeralda y sutilmente lechosa, como una mañana brumosa con el sol brillante y difuso,

de modo que en lugar de centellear como hacen las piedras preciosas tenía un resplandor verde fantasmagórico que parecía iluminar la piedra desde dentro, con rayos dorados atravesándolo. Cuando la movías, la crisoprasa se volvía inestable, voluble, quedaba fuera del alcance de la imaginación. La miré un buen rato y la solté por fin con un escalofrío de placer.

—¿Vais a engastarla ahora? —dije.

Cellini cabeceó.

—Antes tengo que cocer los esmaltes. Y antes de eso tendré que machacarlos en el almirez. Pero todavía no. —Se desperezó y señaló el rayo de sol que se colaba en la tienda por la ventana—. Ha llegado el momento de hacer más planes. Bien, sacad vuestras piedras. Rápido, rápido, rápido. No contaremos con una luz como ésta cada día, no en esta época del año.

Paulino desplegó un mantel blanco. Tiré de la cadena del cofrecito y lo abrí. Una vez más pusimos las piedras en hilera, de modo que el sol de la mañana las iluminara y les arrancara un torrente de matices de bermellón, verde mar o dorado. A pesar de estar ensimismado por culpa de Hannah, me estremecí al verlas. Benvenuto se agachó para situarse a su nivel y fue levantándolas una por una. Suspiró. Yo también las miraba fijamente y las empujaba con el índice para clasificarlas. Aparté los rubíes de Balas. Había siete, todos ellos sin tallar, rojo sangre y púrpura a partes iguales, como los rubíes, aunque de un tono más pálido y diluido. Pero en cualquier caso eran piedras llamativas y de gran dureza, y de un tamaño considerable también, algunas tan grandes como avellanas. Reunir rubíes de aquel peso habría costado decenas de miles de coronas. Los junté formando un corazón y puse unos cuantos granates en los huecos que quedaban. Brillaron con un resplandor púrpura más profundo, y el corazón pareció henchido de sangre. Formé una grieta entre las piedras en la que puse el zafiro blanco. Cellini abrió mucho los ojos y se inclinó para ver.

—Bien, vuestro corazón. Me gusta. Y el dardo clavado en el centro... es una vieja metáfora, pero buena. El zafiro, sin embargo... no. Es demasiado insulso. No, no funcionará.

Tenía razón. El brillo lechoso y suave del zafiro no era apropiado para simbolizar el violento impacto del amor. Anhelé más que nunca poseer el diamante que había dejado escapar en Venecia, el diamante de la Vieja Roca, con sus fríos destellos azules y su corazón misterioso: noble, hermoso,



exquisito. Como Hannah. No, sin aquel diamante la espina en el corazón seguiría siendo un sueño sin realizar.

El rayo de sol se deslizaba despacio por el banco de trabajo. Tiramos del mantel. La luz pronto se habría ido sin que hubiéramos desentrañado ningún otro secreto de mis piedras. Los dos bebimos. Mientras el sol se derramaba por el borde del banco de trabajo, iluminó en el último momento los ópalos. Estallaron al unísono en todos los colores imaginables. Eran dementes, volubles, peligrosos. Empecé a caminar arriba y abajo por la habitación, emocionado. Veía visiones. Cellini se volvió a observarme.

—Tened esto en cuenta —dije—. El rey le ha entregado a su dama el broche del barco. Él mismo ha declarado que su amor es una locura, una obsesión. Lo arrastra por mares invernales en pos de sus ojos como estrellas. Ella acepta el regalo. Se lo pone. Está a punto de sucumbir. Pero tiene miedo. —Volví a mirar el banco de trabajo, formé con ópalos una hilera vertical y añadí a cada lado de la misma otros dos, formando una cruz.

Cellini frunció el ceño.

—¿Una cruz? ¿Estáis loco? ¿Como regalo de amor de un hombre para cometer adulterio?

—No —dije—. Es perfecta. ¿No lo veis? La cruz es una promesa. Precisamente la promesa que ella quiere que le haga el rey Enrique. Él le estará diciendo: «Podéis confiar en mí. Soy un hombre de honor, un hombre religioso.» Así que, por tanto, una cruz: pero una cruz de ópalos, la más voluble y artera de las piedras. Porque ella es asimismo una amante peligrosa. Los ópalos se lo dirán: «Esto es la humanidad. Ésta sois vos y éste soy yo. La bella, falible y apasionada humanidad.»

Cellini negó con la cabeza.

—Estáis realmente loco. Ni siquiera conocéis a esa dama.

Me acerqué a la ventana. Por Dios que iba a saber quién era bastante pronto. Mientras, era capaz de deducir unas cuantas cosas al menos.

—Si deja que el rey la corteje más de un segundo, entonces seguramente le gusta el peligro. Y, creedme, tiene que estar asustada.

El orfebre se desperezó y se mesó la barba.

—¡Humm! Una cruz de ópalos. Nunca oí hablar de tal cosa. El símbolo de la salvación hecho con las piedras de la brujería y el pecado. Una pieza verdaderamente perversa. —Se inclinó sobre los ópalos y sonrió—. Maese

Richard, sois un hombre muy de mi agrado. Lo haremos. Eso sí, no dejéis que el Papa ni sus cardenales la vean. No creo que aprueben vuestra teología.

Le di unas palmaditas en el hombro.

—Apresuraos a terminar esos esmaltes. Todavía nos queda mucho trabajo por hacer.

Volví a salir a la calle con Martin. Era apenas pasado mediodía. Caminamos juntos por Via Monserrato y entramos en la placita donde se encontraba encajado el Palazzo del Bene, en una esquina, como si me esperara. Su estucado amarillo, que antes me había parecido tan monótono, ese día refulgía al sol, casi de un rojo sangre. Dejé que Martin llamara a la puerta y, cuando el chambelán de Alessandro abrió, entré.

De inmediato me resultó evidente que estaba sucediendo algo inusitado. Al habitual grupo de criados del espacioso vestíbulo se le habían unido unos seis hombres vestidos de escarlata con alabardas. Lo primero que me vino a la cabeza fue que Alessandro había obrado de algún modo contra las autoridades. Pero aquellos alabarderos no eran los rudos soldados que había visto en Via Giulia. Eran la guardia de un personaje muy importante. Los acompañaban un par de monjes, cada uno de los cuales llevaba una cruz de plata en el extremo de un palo de unos dos metros, lo que indicaba que el visitante era un eclesiástico de alto rango.

En el piso de arriba, Grace salió de la sala donde habíamos cenado dos días antes, me sonrió con su perfecta sonrisa y me besó en la mejilla.

—¡Richard! ¡Qué suerte que hayáis venido!

Le devolví el beso con más calidez de la necesaria. Cuanto más cerca estuviera de Grace, me parecía, más cerca estaría de Hannah.

Oí voces a lo lejos y risas de muchachas.

—No os hubiera importunado de haber sabido que teníais un invitado importante —le aseguré.

Grace miró hacia las partes más recónditas del palacio con una expresión que era una mezcla de reverencia e irritación.

—Stephen está con el cardenal Campeggio. Pero creo que las chicas están en la galería.

Me acompañó al salón. A pesar de estar nervioso por ver a Hannah, sentí vértigo cuando oí aquel nombre: Campeggio. Aunque fuera italiano, era el obispo de Salisbury por la gracia de nuestro rey Enrique, y cardenal protector

de Inglaterra. Era el hombre situado entre el Papa y el rey, como mediador o embajador, leal a Su Santidad, por supuesto, pero también muy en deuda con el rey. A quién era leal en realidad, nadie hubiese sabido decirlo. Era un hombre poderoso, pero pacífico; un hombre de gran entendimiento que había estado casado en una ocasión, antes de ser sacerdote, y que amaba los placeres de la mesa. Recordaba yo bien el revuelo en Londres cuando llegó para pedir apoyo para una cruzada contra los turcos, hacía unos nueve años. Yo sólo tenía doce por entonces y había mirado maravillado pasar su barcaza remontando el Támesis con banderas escarlata y cruces de plata. Su presencia era otro signo de la importancia de los asuntos que manejaba Stephen.

Seguí a Grace por una gran puerta que había al lado de la chimenea. El aire fresco me dio en la cara. Estábamos en una galería porticada con balaustrada y una hilera de columnas a lo largo del borde, con vistas a los jardines ornamentados con estatuas de mármol. Los muros y el techo abovedado estaban pintados con escenas de héroes, pastores, paisajes marinos brumosos y bosques. Oí la risa de Hannah mezclada con gruñidos y ladridos.

En el extremo más alejado de la galería, tres spaniels corrían en estrechos círculos, dando brincos detrás de una pelota que Hannah sostenía por encima de ellos colgada de una cadena. Susan estaba sentada más cerca de mí con una viola de gamba enorme entre las piernas. Las rodillas y los codos le sobresalían en cuatro ángulos grotescos; sostenía el arco con una mano y rasgaba las cuerdas, muy concentrada, con el ceño fruncido. El arco acariciaba las cuerdas, que respondían con un lúgubre aullido. A sus pies, el enano de Alessandro, Morgante, le lanzaba dulces al mono, que los atrapaba con las manos y sonreía.

Susan levantó la cabeza.

—¿El mono se llama de verdad *Belcebú*? —pregunté.

—Así es como lo llamo yo. Hannah lo llama *Piccolino* o algo parecido. Es una bestia desagradable.

La miré con el ceño fruncido.

—¿Hannah o el mono?

—Lo que prefiráis.

Pasé por delante de ella. Hannah me vio y en su rostro se dibujó una sonrisa que me reconfortó y me deleitó. Tiró la pelota hacia Susan, y los spaniel la siguieron, ladrando y saltando a su alrededor. Susan se levantó

gritando furiosa y se puso a darles patadas y a llamarlos satanás y demonios y toda clase de cosas parecidas.

—¡Susan! —le advirtió Grace—. ¡Intenta comportarte como una criatura civilizada!

Hannah vino hacia mí y me ofreció la mejilla para que se la besara.

—¿Os quedaréis a cenar con nosotros? —me preguntó Grace—. Mañana ya es Cuaresma: esta noche es la última de Carnaval.

—Y he oído que es la más cruel y desatada de todas —susurró Hannah a mi lado.

—Pero faltan dos horas para la cena —prosiguió Grace—. Un rato difícil de pasar, ¿verdad? Si tuviéramos más tiempo, os sugeriría una visita a las grutas o por el río hasta el Belvedere. Siempre somos bien recibidas allí por Su Santidad.

—A lo mejor Richard se entretendría con un juego de cartas —sugirió Hannah. Me miraba retadora, sin apartar los ojos de mí.

—¡Qué idea tan encantadora! —le dije.

Grace sonrió y dijo:

—Entonces vamos a la salita.

Nos llevó hacia la puerta del extremo de la galería. Daba a una habitación mucho más íntima por su tamaño que el salón, con una sola ventana con vistas al suroeste y, más allá de Via Giulia, al río. Las paredes estaban pintadas de verde oscuro con remolinos de flores de todas clases. Uno tenía la impresión de encontrarse en algún templo rústico entre flores silvestres. Había tres mujeres de más edad sentadas junto a la ventana, con tambores de bordado, entre costureros y tijeras. Levantaron los ojos de la labor cuando entramos y nos saludaron con una inclinación de cabeza. Eran, deduje, las damas de compañía de las Cage. A la derecha, una puerta daba al salón; a la izquierda, detrás de otra, se oía un murmullo de voces, una de las cuales reconocí como la de Stephen. Seguramente allí estaba su antecámara o su estudio, un espacio donde recibir a los huéspedes más distinguidos.

Grace fue a sentarse con las damas y miró con vivo interés su trabajo. Hannah me llevó a una mesita con las patas en forma de esfinge con el pecho desnudo. Un mantel blanco la cubría y habían dispuesto tres sillas a su alrededor.

Me indicó que me sentara. Uno de los impecables y silenciosos criados de

los Cage sirvió vino. Susan entró, dejó su instrumento en un banco con un profundo tañido y ocupó una de las sillas. Me lanzó una mirada muy significativa.

—No dijisteis que Susan jugaría también.

—El juego al que vamos a jugar es de tres. —Hannah abrió un arcón y sacó un mazo de cartas que puso sobre la mesa. Eran grandes, casi tan largas como mi mano, y el mazo era grueso. Las miré receloso.

—¿Qué cartas son?

—*Tarocchi*. Los franceses las llaman Tarot.

Observé, consternado, cómo Hannah barajaba y empezaba a repartir los naipes de tres en tres. El *Tarocchi* era un juego notablemente difícil, al que jugaban sobre todo los aristócratas, un invento italiano desconocido en Inglaterra. Yo había visto jugar a él en Venecia, pero no había jugado nunca. Martin, por supuesto, no lo conocía y, en cualquier caso, yo no tenía las cartas adecuadas.

—Jugaré a lo que queráis menos al *Tarocchi*.

Hannah siguió repartiendo.

—Me permitisteis elegir.

—Confiaba que elegiríais dentro de lo razonable.

Me miró indignada.

—¿Qué pensabais que escogería? ¿La *primiera*, tal vez? Incluso nuestros criados juegan a eso. ¿Por quién me tomáis? ¿Por una moza de taberna?

Grace levantó los ojos del tambor de bordado que le había cogido a una de las damas.

—Espero, queridas, que tratéis bien esas cartas. Le costaron a vuestro padre su buen dinero. Son obra de maese Padovano, el Michelangelo de los fabricantes de cartas.

—No temáis, *madre mia* —entonó Susan.

Pillaba las cartas en cuanto Hannah las repartía, se las colocaba en abanico en la mano y las miraba con gemidos de placer. Ya tenía la sensación de que aquel juego se me escapaba.

—¿Qué obtendrá Susan si gana?

Hannah levantó una ceja.

—No me parece muy probable.

—Pero supongamos que lo hace.

—Si gana, podrá teneros.

Susan resopló y me lanzó una mirada de profunda aversión. Grace volvió a mirarnos.

—No estaréis apostando fuerte, ¿verdad, corderitos?

Hannah siguió repartiendo.

—Nada de importancia.

La miré: la leve sonrisa de sus labios, las cejas arqueadas, la intensidad de su mirada. Jugaba conmigo como un gato con un ratón. Seguían lloviendo cartas de envés verde uniforme, que Hannah lanzaba por encima del mantel con sus veloces y pálidos dedos.

Me incliné hacia ella para decirle en un susurro:

—Querida y dulce señorita Hannah, ¿es esto justo? ¿Hacerme jugar a un juego que no comprendo?

—¡Pobre Richard! —dijo Hannah—. Me parece que éste no es el único juego que no entendéis. En la vida que habéis escogido llevar tendréis que ser más rápido aprendiendo. ¿O me estáis diciendo que os dais por vencido de entrada?

Echando chispas, volví a apoyarme en el respaldo de la silla.

—No.

Ya estaban todas las cartas repartidas. Levanté una de mi montón. Al ordenar la mano, vi que las cartas tenían el anverso laminado con pan de oro y policromado con mucho detalle. Los palos eran los cuatro habituales de las cartas italianas, oros y copas, bastos y espadas, aunque el diseño de aquellas cartas era tan recargado que a veces costaba diferenciarlos. Dos parras con racimos a las que un zorro se encaramaba para comerse la fruta, por ejemplo, equivalían al dos de bastos. Luego estaban los triunfos, las cartas ganadoras, la ilustración de cada una de las cuales era en sí una pequeña obra de arte exquisita. Tenía en la mano una mujer desnuda que sostenía en alto una estrella; un hombre que le tendía una flor a una mujer, con Cupido sobre la cabeza de ambos; un esqueleto a caballo con una guadaña. Los triunfos no llevaban número, sino nombre.

—Debéis recordar las figuras —apuntó Hannah—, y cuál supera a cuál.

—Estáis loca —bufé—. No puedo recordar algo que nunca he sabido.

—Me parece que deberíamos apiadarnos un poco de él —dijo Susan.

Hannah torció el gesto, como si estuviera valorando hasta qué punto

darme ventaja.

—Bueno, algo os diremos, pero no demasiado —cedió por fin—. Hay setenta y ocho cartas, aunque jugamos sólo con setenta y dos. Veintiuna de ellas son triunfos, que derrotan todos los palos. La carta que más vale es el Ángel.

—También la llaman el Día del Juicio —añadió Susan—. A veces incluso Dios. Por debajo de ella está el Mundo.

»Luego el Sol, la Luna y la Estrella.

»El Diablo y la Muerte, y el Traidor.

»Después va Gobbo, el Jorobado, y las Virtudes.

—Por debajo de éstas están el Amor y todos los demás problemas de la vida —dijo Hannah, mirándome a los ojos.

»Vienen a continuación el Emperador y el Papa, la Emperatriz y la Papisa.

»Por último está Bagattino, al que llamamos el Mago.

—Hemos olvidado algo —dijo Susan—. ¡Ah...! ¿Le contamos lo del Loco? Hannah sacudió la cabeza, negando.

—¡Oh, no! Que sea una sorpresa.

—Buena idea.

—Me parece que eso es todo lo que tenemos que decirnos. ¿Seguís queriendo jugar?

—Y ganar —les dije. Hervía por dentro. Que me mantuvieran en la ignorancia si querían. Iba a derrotarlas, costara lo que costase.

Hannah eligió cuatro de sus cartas y las puso aparte, boca abajo.

—Todos los demás lanzan una y jugamos. —Eché un vistazo a su hermana—. Tú primero. Y no ayudes al enemigo.

—No eres para mí menos rival que él —le espetó Susan. Eligió una carta y la puso boca arriba sobre la mesa: tres espadas curvas entrelazadas con otras tres.

Me tocaba a mí. Decidí empezar siendo audaz y descubrí un joven con espada.

Inmediatamente Hannah colocó encima cuatro jóvenes a caballo con espada.

—Mía, me parece. —Recogió ambas cartas, las puso boca abajo y jugó otra. Era el rey de espadas. Susan tiró un ocho. Yo tenía el tres y el cuatro. Dudé si sacrificar una de las dos y que Hannah se llevara otra vez la baza. Pero era una

maniobra demasiado evidente y poco agresiva. Así que escogí la figura de un viejo encapuchado con la espalda encorvada que llevaba un reloj de arena y un báculo. Tenía que ser Gobbo, me dije, el Jorobado. Puse aquella carta encima de las otras dos. Hannah frunció el ceño.

—Es imposible que no tengáis una espada. No puedo creer que no la tengáis.

—¿Y qué si la tengo?

Adelantó el torso y me habló con retintín, en un susurro irritado.

—Si tenéis una espada debéis jugarla. No podéis jugar un triunfo hasta que no os queden otras cartas del mismo palo.

—Si no me explicáis las reglas, no tenéis derecho a enfadaros si las infrinjo —le dije.

Susan señaló a su hermana con una carcajada.

Hannah hizo una mueca y un gesto condescendiente con la mano.

—Tomadlas, pues. Son cinco puntos por el rey. El Jorobado no vale nada. Pero no creáis que vais a ganar.

Después de aquello tuvimos una pequeña escaramuza con los bastos de menos valor y conseguí cierto éxito. Miré sonriente a las dos muchachas. Pero Susan cabeceó.

—Pobre inocente —dijo—. Estas cartas no tienen valor y los triunfos sólo valen un punto. Tendréis que hacerlo mejor.

Entonces Hannah echó un diez de copas encima de mi tres, Se disponía a recoger la baza cuando Susan puso una mano encima de las suyas.

—No tan rápido, hermana mayor. —Se volvió hacia mí—. Las copas y los oros van al contrario. Un dos vale más que un tres y un tres tiene más valor que un diez, por supuesto.

Hannah miró furiosa a su hermana.

—De eso nada.

Susan rio, estupefacta.

—Por Dios que sí.

—Richard —dijo Hannah—, ¿a quién vais a creer? ¿A esta pequeña mentirosa o a mí?

Las miré a ambas. Susan tenía la boca abierta en una expresión de infantil asombro y furia, mientras que la bella mirada de Hannah era de profunda astucia.



—Ni que decir tiene que creo a Susan.

Hannah empujó las cartas hacia mí, irritada.

—Habéis escogido una amiga peligrosa.

—Mi querida Hannah —dije—. Me dejaría vencer gustosamente sólo con que me dijerais el nombre de la amante del rey.

Susan levantó la cabeza de golpe, con los ojos como platos.

—¡Por todos los santos! ¿Por eso estamos jugando?

—No —dijo Hannah—. Porque no voy a perder. Nos estamos jugando a Richard, en cuerpo y alma.

—¡Pero no estarás pensando de veras en decírselo! —insistió Susan.

—No seas boba. Te lo he dicho: no voy a perder.

Me volví hacia Susan.

—Podéis salvar a vuestra hermana de muchas angustias simplemente diciéndomelo vos.

Susan resopló.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Además —terció Hannah—, Susan es muy dada a mentir.

Susan se quedó con la boca abierta de indignación.

—Bonitas palabras, viniendo de ti. ¡Oh, cómo voy a disfrutar de esto! ¡Juguemos!

Hannah se quedó con mi as de bastos gracias a su Emperador, y echó una carta con el dibujo de una gran torre de plata en llamas.

—La Casa del Diablo —murmuró Susan—. Nadie puede apagar ese fuego. —Hizo una mueca, bizqueando, nos miró fijamente a los dos y luego, con un gesto desdeñoso, tiró una carta. Era la figura de un hombre con sombrero de ala ancha, de pie en una mesa con dados y cartas dispersas.

A Hannah se le escapó una exclamación de indignación. Desde el otro extremo de la habitación, Grace levantó un instante la cabeza de la costura. Hannah se volvió hacia Susan y bajó la voz.

—Querida hermana, si descubro que estás ayudando a Richard a ganar te haré algo que te resultará sumamente desagradable —le dijo.

Susan se retrepó en el asiento y cruzó los brazos.

—Piensa lo que quieras. Sabes que soy un poco torpe jugando a las cartas.

Hannah me miró.

—Susan os está entregando el Mago: el triunfo más bajo y el único, aparte

del Ángel, que puntúa. Es uno de los siete *Tarocchi*, y vale cinco puntos. Si queréis derrotar mi carta, debéis tenerlo.

Lo medité cuidadosamente. Tenía que ganarle. La carta de Hannah, la Torre o la Casa del Diablo, no era una de las que me habían mencionado. Miré los triunfos que me quedaban. Tenía la Estrella, el Amor, la Muerte y un par de mujeres que debían de ser las Virtudes. ¿Qué posición ocupaba la torre encendida en el escalafón? El fuego lloviendo del cielo, la divina venganza, el hombre arrojado a manos del diablo y la condenación. Aquella era probablemente la carta que enlazaba el cielo con el hombre. Podía apostar que mi Estrella la superaba. Me descarté de la mujer desnuda que sostenía la estrella de plata por encima de la cabeza y la dejé encima del Mago y de la Torre.

Momentáneamente nadie se movió. Luego Hannah empujó las cartas hacia mí con una mirada glacial a su hermana.

—Tomadlas.

Perdí durante varias jugadas y luego tomé la delantera con mi rey de oros. Jugábamos rápido los tres, como impulsados a ganar por algún demonio. Hannah descubrió el Ángel, la carta de más valor, y se llevó mi Muerte y el Sol de Susan. Luego Susan hizo unas cuantas jugadas astutas con sus triunfos. Con su Traidor, colgado boca abajo de un árbol, se llevó mi caballo de copas y la reina de Hannah.

—El Traidor —murmuró ésta mientras su hermana se guardaba las cartas—. ¡Qué apropiado!

Después la reina de bastos de Hannah atacó a mi rey, al que habían representado sentado, con barba blanca, manto verde y sosteniendo en la mano un tosco garrote. No pude evitar una exclamación de deleite. Pero la mano de Hannah cubrió las cartas antes que la mía. Nuestros dedos se tocaban y cruzamos una mirada: la suya era testaruda, con una pincelada de aquella indomable sonrisa suya de regocijo.

—Vamos, vamos, Hannah —le dije—. Dejádmelas a mí. Un rey es el amo de su reina.

—En este juego no. Los reyes de espadas y bastos son los dos Peregrinos: *i Pellegrini*. Son unas criaturas tristes que palidecen ante sus mujeres.

Yo seguía sin apartar los ojos de los suyos.

—Hannah, todo eso os lo estáis inventando.

—No —terció Susan—. No lo hace. La baza es suya, en serio.

Aparté la mano despacio. Hannah recogió las cartas, sonriendo. Nos quedaban menos de siete naipes a cada uno. Yo tenía delante un montón considerable de bazas ganadas, pero había sido pródigo con mis cartas altas y me quedaban pocas. Gané la siguiente baza y me jugué el caballo de oros calculando los oros que todavía quedaban en juego. Pero la Papisa de Hannah me ganó. La maldije interiormente. Susan se llevó las dos bazas siguientes; luego Hannah recuperó la iniciativa y se destapó con un nueve de oros. Me incliné sobre la mesa y la agarré de la muñeca.

—¡Así que teníais un oro pero habéis usado un triunfo contra mi caballo! Sois una tramposa, Hannah, una tramposa.

Me sonrió divertida.

—Así que os habéis dado cuenta. No creía que lo hicierais. Ahora estamos en paz.

Le solté la mano. Nos quedaban sólo dos cartas a cada uno. Hannah, ni corta ni perezosa, tiró un diez de bastos. Susan eligió una mujer vestida de blanco con balanzas y espada: la Justicia. A mí me quedaba un triunfo: una mujer con los ojos vendados y una rueda atada a la cual una figura subía y otra bajaba. La Rueda de la Fortuna. Pero ¿valía más o menos que la Justicia? Si jugaba y ganaba, tenía una oportunidad de quedarme con las seis cartas restantes. Lo más prudente era que me guardara el triunfo para el final. Pero ¿cuándo había actuado yo con precaución? Y me parecía que el inventor de aquella baraja consideraba la suerte más poderosa que la justicia. Puse mi Rueda de la Fortuna encima de las otras dos cartas. Hannah y Susan me miraron.

—¡Vaya! Continuáis sorprendiéndome, Richard Dansey —me dijo Hannah con el ceño fruncido—. Vuestra es la baza.

Recogí las cartas, riendo. Miré el último naipe que me quedaba, un cáliz laureado de rosas. Era el as de copas. Hannah acarició su única carta, pasándole el dedo por el borde.

—Veamos lo que tenéis, Richard. ¡Jugad!

Planté en la mesa mi preciado as. Hannah dudó. Luego, con un bufido de irritación, tiró su carta. Era una reina noble y belicosa, vestida de carmesí y plata, que sostenía una espada. Sonreí.

—No tan deprisa —dijo Hannah—. Susan, enséñanos tu última carta. Y

que sea un triunfo.

Susan arqueó la ceja izquierda, nos miró a ambos y enseñó un bufón con gorro de cascabeles que tocaba la flauta y el tambor.

Solté un exabrupto. Había perdido la baza. Tocaba contar los puntos. Estaba convencido de que la reina de espadas marcaba la diferencia entre la derrota y la victoria. Pero entonces Susan recuperó su carta, la puso en su propio montón y dejó las otras dos.

—El Loco —dijo Susan—. No, no es un triunfo. No puede vencer ni ser vencido. Se une a la fiesta, luego se excusa y se marcha. Pero es valioso aunque no tenga poder. El Loco es el séptimo *Tarocchi*: cinco puntos para mí. —Empujó la reina y el as hacia mí. Me guardé las cartas y miré a Hannah. Torciendo el gesto se mordía el labio. Los tres miramos el montón de cartas que teníamos, cuyo verde contrastaba con el blanco del mantel. Hannah fue a coger el mío.

—No, de contar los puntos me encargo yo —dijo Susan.

Hannah la dejó hacerlo, pero no le quitó ojo mientras, con dedos ágiles, pasaba las cartas de tres en tres e iba separando las que puntuaban. Yo miraba sin perder detalle, aunque no entendiera apenas aquel extraño sistema de recuento.

—Treinta y uno —dijo Susan—. ¿De acuerdo?

Hannah asintió levemente con la cabeza y le preguntó a su hermana:

—¿Y las tuyas?

Susan repasó su montón.

—Veinte, miserable de mí.

Hannah cogió sus cartas y las contó bajo la mirada suspicaz de Susan. Cuando hubo pasado la última, dejó la pila sin decir nada.

—¡Veintiséis! —dijo Susan—. ¡Has perdido, has perdido!

Me incliné hacia delante con los codos sobre la mesa, sonriente.

—Y ahora, mi dulce Hannah, estáis obligada a decírmelo.

En la antecámara privada de Stephen el murmullo de voces subió de tono. Grace y las damas dejaron la labor y levantaron la cabeza. Hannah ordenó el mazo con brusquedad.

—Habéis hecho trampa —me espetó—. Sois un tramposo, un tramposo. Ese rey que me habéis robado vale cinco puntos. Esos puntos eran míos.

—Ya que hablamos de hacer trampa —le susurré yo—, ¿qué hay de mi

caballo de oros? Dádmelo y quedaos con el rey. Veréis como sigo ganando. ¿No es cierto, Susan?

—Qué va —susurró Hannah—. Si hubiera ganado ese rey, la partida se hubiera desarrollado de un modo muy distinto.

—¿Qué hay de mí? —terció Susan—. Yo también he hecho trampas, pero estabais los dos demasiado enfrascados para notarlo.

Hannah se volvió a mirarla, con la boca abierta de indignación.

La puerta de la antecámara se abrió y oímos pasos que se aproximaban. Grace se situó en el centro de la habitación e hizo una profunda reverencia recogiendo la falda con ambas manos.

—Milord cardenal.

Nos levantamos apresuradamente de la mesa. El cardenal Campeggio era un hombre alto y encorvado en la mitad de la cincuentena, con una cara larga y triste de sabueso. Vestía manto y solideo escarlata. Al cuello llevaba una cruz de pedrería con cadena de oro. Me reconoció inmediatamente como un extraño en la habitación. Me acerqué a él e hice una genuflexión. Me ofreció la mano de dedos hinchados y le besé el anillo de oro, en el que distinguí las bolas de los Médici y los lirios florentinos del papa León X, primo del actual y que había promovido a Campeggio a cardenal. En el meñique llevaba un anillo con un delicado citrino tallado: un rostro de perfil. Era un trabajo exquisito.

—La Antigua Roma —me comentó el cardenal, que seguramente notó que yo lo admiraba—. Nada de lo que los orfebres modernos hacen puede igualarla. Así que vos también sois inglés, y, según creo, entendéis de piedras.

—Tengo ciertos conocimientos, señoría —admití. *Vostra signoria* era el tratamiento que correspondía a un cardenal; di gracias a Hipólita por habérmelo enseñado. Estaba frente a un hombre que cuando yo todavía era un niño ya era un eclesiástico importante y legado papal. A sus ojos tristes y afables poco se les escapaba. Su mirada se demoró sobre mí.

—Y creo también que vuestra familia tiene una estrecha relación con el cardenal Wolsey: un hombre a quien tengo en gran estima.

Aquello, sabía yo, no era del todo cierto. Campeggio y Wolsey eran viejos rivales. Wolsey había aprovechado la oportunidad que le brindaba la visita de Campeggio a Inglaterra para hacerse legado, con lo que le había arrebatado buena parte de su poder. Pero adiviné que Campeggio estaba al corriente de

los asuntos secretos de Stephen y que éste seguramente le había dicho que yo estaba al tanto de los de Wolsey. Que un hombre de Wolsey lo viera con Stephen Cage en aquellas circunstancias era seguramente muy embarazoso para el cardenal. Parecía ansioso, en cualquier caso, de que Wolsey se apaciguara, lo que no hizo sino acrecentar mis sospechas. ¿Formaba también ese amable y sombrío anciano parte de la red que tanto temía Wolsey? Stephen, colocado detrás del cardenal, nos observaba con una fría sonrisa.

Campeggio retiró la mano y me erguí. Stephen salió de detrás de él. Se detuvo un instante junto a mí y me hizo un gesto de complicidad con la cabeza. Hannah recogió las cartas y fue a dejarlas en la repisa de la chimenea.

—Tramposo —me susurró al pasar.

Pasamos al salón, donde habían dispuesto las mesas y tocaban unos juglares. La cena era más señorial y suntuosa que nunca. Mientras sonaban las trompetas iban sirviéndonos una interminable sucesión de platos —capones rellenos de queso, pichones con agraz, cerdo con jengibre y pastel de pulmón de cabrito—. El último banquete previo a la austeridad de la Cuaresma. Cuando hubieron servido la última fuente, la conversación se centró en la guerra. El ejército imperial del duque de Borbón había dejado Piacenza, por lo visto, y avanzaba hacia el pie de las montañas del norte de Florencia.

El corazón se me aceleró y me sudaban las manos. ¡Florencia! Así que la guerra había llegado al centro de Italia, abriéndose paso por Venecia y los demás territorios aliados del Papa en el norte: algo que nadie había creído que pudiera suceder.

Alessandro del Bene rio nerviosamente y se limpió los labios con la servilleta.

—Pero los imperialistas todavía están a trescientos cincuenta kilómetros de distancia, y hambrientos. La lluvia ha provocado la crecida de los ríos y las montañas siguen nevadas. No están en condiciones de cruzarlas. Gracias a Dios se encuentran muy lejos de Roma, y nos separan de ellos Florencia y el ejército veneciano. Es seguro que pronto, una vez más, firmarán la paz.

—¡Bien! —exclamó entusiasmada Grace, pinchando un bocado de lechón asado con el tenedor—. Resulta gratificante escuchar buenas noticias.

Vi que Campeggio apartaba la mirada.

—Me parece que vuestra señoría sospecha cosas que se guarda para sí —dije, antes de darme cuenta de que lo hacía.

Todos los comensales se volvieron a mirarme: Stephen y Grace conmocionados; Alessandro alarmado; Hannah, por primera vez en toda la cena, con interés. Campeggio sonreía levemente, como si estuviese satisfecho de que alguien hubiera sabido entrever lo que ocultaban las reconfortantes medias verdades de Alessandro. Asintió despacio.

—El ejército del emperador no ha cobrado su paga. Sin dinero no puede disolverlo, y ¿de dónde va a salir ese dinero? Sabe que Roma es rica en tesoros. El ejército del Borbón está formado por treinta mil hombres, mercenarios luteranos germanos y moriscos españoles, en su mayor parte musulmanes de Alicante, y todos detestan al Papa. Creedme, corremos un peligro mayor de lo que estamos dispuestos a admitir.

Nos quedamos sentados en un sombrío silencio. Lo que acababa de decir Campeggio me había dejado helado. ¿Cuánto faltaba para poder dar por terminado el trabajo de Cellini y embarcarme hacia Inglaterra? Si el ejército no llegaba hasta que él terminara, hasta que yo me enterara de aquel nombre, hasta que tuviera a Hannah... Me incliné hacia ella y le susurré:

—Hannah. Ya habéis oído lo que ha dicho el cardenal. ¿No vais a decirme su nombre?

Sin mirarme, Hannah me susurró a su vez:

—No. No quiero.

—¿Por qué no jugáis otra partida? —sugirió Susan.

—¿Y que haga trampa otra vez? —le preguntó Hannah—. No. Ni hablar. Perdí la paciencia. Si hubiéramos estado solos le hubiera pegado.

—¿Por qué, Hannah? ¡Decidme por qué! —le grité.

En vez de responderme pidió vino y se tomó un buen trago. Cuando devolvía la copa se le iluminaron los ojos de repente y dio una palmada.

—¡Ya sé! ¡Lo resolveremos esta noche!

Susan torció el gesto y entornó los ojos, incrédula.

—¿Te refieres a *le moccoli*?

—Eso es —dijo Hannah, volviéndose hacia mí con una refulgente sonrisa traviesa—. Dejemos que *le moccoli* lo decidan. Oh, y, estimado Richard, traed una vela.

Miré a una y luego a la otra.

—¿Una vela?

—Sólo una vela —dijo Hannah.

Las dos sonrieron, se miraron y prorrumpieron en carcajadas.



Cuando me alejé del Palazzo del Bene ya era casi noche cerrada. Caminé rápidamente. Me oprimía una sensación de urgencia. Procedentes de los callejones que daban a Via Monserrato, a Martin y a mí nos llegaban de vez en cuando gritos y pasos apresurados, y el resplandor de las antorchas iluminaba el final de una calle o cruzaba una *piazza*. La ciudad parecía henchida de expectación. Fui directamente al encuentro de Cellini.

En cuanto puse un pie en su estudio me golpeó una vaharada de calor. Del fondo del taller llegaba el rugido del horno y hubo un momentáneo fogonazo de llamas cuando Paulino abrió la puerta de hierro con un gancho. La silueta de Cellini se recortaba en el resplandor del fuego con su mandil de cuero, sujetando unas tenazas de hierro con las que se daba golpecitos en una pierna.

—¡Más carbón! ¡Parafina ahora no, maldita sea! ¡No quiero que tu lentitud estropee mi trabajo!

Me reí.

—Benvenuto, ¡cuando os muráis seréis un diablo estupendo!

—Veré a Lucifer algún día, os lo prometo —rezongó—. Sé de un cura que sabe invocarlo. Conoce los conjuros y los amuletos y qué perfumes quemar para hacerlo. Puede llamar a todos los demonios del infierno la noche que más le apetezca. Por Dios que me atrevo a presentarme ante el diablo cara a cara. ¿Alguien lo niega?

Se volvió hacia nosotros, con la barba erizada y los ojos enrojecidos por el humo.

—Yo no —respondí.

Se asomó a las profundidades del horno y gruñó. Luego usó las tenazas para coger una placa de hierro del banco de trabajo en el que estaba el barco de oro, cuyas indentaciones contenían las pequeñas cantidades de polvo de colores que se fundirían con el calor para convertirse en esmalte. Acercó la placa al horno un poco, y un poco más, y la sostuvo allí mientras el resplandor del fuego hacía refulgir el oro y los polvos empezaban a derretirse. Esperé en completo silencio.

—¡Ten preparado el fuelle! —le gritó Cellini a Paulino, dicho lo cual

introdujo el disco de oro en el horno.

Contuve el aliento cuando vi aquella maravilla entre las llamas. Sabía que en esa fase del trabajo el fuego tiene que estar tan caliente como el esmalte y el oro puedan soportar, y que una apreciación errónea momentánea puede arruinar toda la obra.

—Espero por Dios que hayas hecho un fuego nuevo —murmuró Cellini—. ¿Estaba limpio el carbón?

—Sí, maestro —le respondió Paulino, y le lanzó una de sus devotas miradas cargadas de tristeza, dolido por el hecho de que su maestro hubiera puesto en duda el cuidado con el que trabajaba.

—Ten a punto el fuelle —dijo Cellini.

Escruté más allá de él, intentando ver lo que pasaba en el fuego.

—¡Listo en cuanto lo saque! —rugió Cellini—. ¡Ahora!

Sacó la placa del horno y la sostuvo frente al muchacho, que accionó furiosamente el fuelle, produciendo ráfagas de aire que levantaban nubes de humo que se enroscaban por la habitación. Cellini fue bajando la placa hacia una rejilla de hierro y, al cabo de unos minutos, le dijo a Paulino que parara.

—Dios —murmuró—. No creo que ni siquiera el viejo Caradosso en persona hubiera podido hacerlo mejor.

Caradosso era el apodo de Ambrogio Foppa, el hombre que mejor trabajaba el oro y los esmaltes de su generación. Había fallecido el año anterior, siendo muy anciano. Miré el broche, ansioso. Por debajo del barco, las olas relucían de un color azul cobalto tanto más vivo porque el fondo de oro brillaba a través del esmalte semitransparente como la arena en aguas someras. Resaltaban la madera del barco vetas naranja y rojas, mientras que las velas eran de un blanco perla fantasmal. Cellini había dejado el cielo de oro sin esmaltar, con profundas incisiones que formaban las airadas nubes bullendo alrededor de las cuatro estrellas. Sólo faltaba encajar las piedras en sus cuencas.

—Perfecto —dije.

—Sólo falta un ligero pulido con tierra de Trípoli —dijo modestamente Cellini. Se secó las manos y se quitó el mandil—. ¡Bueno! La de hoy es una noche sin viento, perfecta para *le mocoli*! ¡Paulino: las velas!

Me alarmó que Cellini se pusiera un jubón acolchado, de los que se usan para proteger el cuerpo de las dagas. Le golpeé el pecho.

—¿Para qué es esto? ¿Teméis que os asesinen?

—Es un modo de decirlo —me respondió Cellini. Agitó una mano—. Se trata *dei moccoli, dei moccoli!* Un *moccolo* es un cabo de vela. Todo el mundo lleva una vela esta noche. Es el último juego de Carnaval. Tenéis que apagar la llama de la vela de los otros por cualquier medio y mantener encendida la vuestra.

Asentí, entendiendo por fin a qué me había retado Hannah. En aquel juego era imposible hacer trampas, porque nada lo permitía.

—Bueno, pues tomad esto y uníos a nosotros. —Nos tendió a Martin y a mí un par de máscaras de nariz ganchuda y ojos malignos, y Paulino nos dio una vela larga a cada uno, que encendió con una brasa encendida del horno.

En la calle vimos ocho o nueve personas acercándose, personajes fantásticos disfrazados, gritando y haciendo gestos de saludo. Cada uno llevaba una luz de algún tipo: un candil de cera, un cirio largo de iglesia, incluso un candelabro de tres brazos.

—¡Ah! —dijo Cellini—. Aquí están nuestros amigos. Esta noche es más seguro cazar en grupo.

Vi que uno iba disfrazado de bandolero, con una piel de cordero; otro era un emperador cubierto de terciopelo morado y paño dorado, con el casco empenachado. Había también dos cortesanas: una vestida de bufona, con baratijas y cascabeles; la otra una amazona desnuda de cintura para arriba, con brazaletes en forma de serpiente. Se trataba de Pantasilea, la antigua amante de Cellini.

Una dama cubierta de flores plateadas me sonrió. Estaba a punto de devolverle la sonrisa cuando me di cuenta que en realidad se trataba de Diego, un chico español que trabajaba a veces como modelo para Cellini. También formaban parte del grupo Berni, con su sonrisa maliciosa; Bacchiacca, un pintor florentino especialista en paisajes para murales y tapices, y Polidoro da Caravaggio, acompañado de varios jóvenes de la nobleza. La pandilla de Cellini al completo. Todos llevaban máscaras grotescas de yeso dorado o plateado, con barba o cuernos y los ojos inmóviles y una mueca en la cara.

Partimos, alejándonos del río. Los enmascarados salían a la calle con una vela, o con dos, o con tres. Los balcones de las casas bullían de vida. Jóvenes y viejos gritaban a los enmascarados y les tiraban agua o bajaban pañuelos sujetos al extremo de cadenillas para ahogarles la llama de la vela cuando

pasaban por debajo. Todo eran risas y ataques repentinos, y los vendedores callejeros de velas gritaban:

—¡*Moccoli*, comprad *moccoli*!

Por encima de aquel barullo se elevaba un canto: «¡La muerte, la muerte, la muerte te espera si se te apaga la vela!»

Luchamos en grupo, metiéndonos entre el gentío y echándonos encima de grupos de hombres y muchachas para arrebatarnos la vela y encender con la suya las nuestras.

Yo me mantenía al margen. Escrutaba la multitud intentando dar con Hannah. Los gritos y chillidos de los vencidos y las carcajadas de los vencedores lo invadían todo. Vi grupos de chicos con las velas consumidas lanzar naranjas y huevos a las ventanas abiertas, mientras los agredidos del interior les arrojaban una lluvia de harina para vengarse.

Pasamos por la iglesia de Santa Maria in Vallicella y continuamos hasta la Piazza Navona. De un extremo a otro de la plaza, alrededor de los puestos cerrados del mercado de carne y verduras, las luces revoloteaban y se encendían.

Mientras miraba a mi alrededor, inmóvil, una figura enmascarada se me puso al lado. Retrocedí de un salto, dispuesto a defender mi llama.

—Maese Richard...

Los ojos que relucían detrás de la máscara eran los de Alessandro del Bene.

—¡Vos! —exclamé—. Hannah Cage está...

—Os está esperando —me dijo Alessandro—. En las ruinas.

—¿En cuáles?

—Las de Campo Vacino.

—¡A las ruinas, a las ruinas! —se obstinaron los otros.

Nos fuimos hacia el este por estrechos callejones, columnas traseras y a lo largo del muro del antiguo teatro donde Hannah me había abordado después de la carrera de caballos. Me asomaba a cada vano oscuro, convencido de que me atacaría repentinamente. Era posible que Alessandro formara equipo con ella y me hiciera caer en una emboscada.

Delante de nosotros se erguía el Campidoglio: la colina rocosa donde antaño estuviera la ciudadela de los romanos. Hacía mil años había sido el corazón de la ciudad. Coronada de casas monótonas y por el alto campanario de una iglesia, delimitaba a la sazón la Roma moderna. Bordeamos el pie de la

colina pasando por un antiguo arco de triunfo erosionado y hundido a medias en el barro y la suciedad, sobre el que crecían los árboles. Más allá, desolada y embrujada, se extendía la estéril llanura conocida como Campo Vacino. Bajo su hierba húmeda reposaba el Foro de los antiguos romanos, donde celebraban mercado y adoraban a sus dioses y donde los estadistas pronunciaban aquellos discursos que nuestro maestro de Old Fish Street se había esforzado en inculcarnos a golpes con tanto ahínco. Más lejos había otro arco de triunfo, pegado a una iglesia, detrás del cual se veía la curva mellada del enorme Coliseo, imponente.

Por la fangosa dehesa deambulaban en la oscuridad llamitas de vela que aparecían y desaparecían detrás de las columnas y los muros derruidos de los templos, iluminando leve y momentáneamente una antigua talla aquí o algún solitario toro blanco recostado en la hierba allá. Se oían gritos y chillidos cada vez que pillaban a alguien desprevenido y su luz se extinguía. La escena se asemejaba a un embrujado festejo de espíritus. Martin se me acercó, santiguándose.

Busqué algún indicio de la presencia de Hannah. Me dije que por lo menos nuestra banda me protegía hasta cierto punto de un ataque repentino. Pero en aquel momento Berni apagó la llama del muchacho-muchacha Diego con un aleteo de su manto y se alejó corriendo por la hierba, canturreando:

—¡Se le ha apagado la vela! ¡Se le ha apagado la vela!

Diego chilló y corrió tras él.

El resto de la pandilla de Cellini, riendo, los persiguió a ambos hasta un muro bajo de bloques de mármol. Los integrantes del grupo, que hasta entonces habían luchado como un solo hombre, se volvían los unos contra los otros. Pantasilea empujó a Berni y se le echó encima para apagarle la vela de un soplo. Éste, recitando versos sin parar, bailó alrededor de la mujer como un tirador de esgrima: no era culpa suya si le apagaba la vela; así era el juego.

Benvenuto me hizo a mí una finta y luego se puso a incordiar a Pantasilea hasta que la cortesana perdió los estribos.

Una muchacha vestida de Diana Cazadora que iba del brazo de Polidoro me iluminó con su velita. Era una criatura delgada y delicada, con un arco al hombro y una luna plateada en el pelo. La esquivé, me puse detrás de ella y, de un manotazo, conseguí que se le escapara la vela. Soltó un gritito y yo me reí.

De repente, encima de la pared que teníamos detrás, se oyó un alarido espeluznante. Cuando me volví vi que seis o siete siluetas oscuras con máscara de demonio y capa gruesa se nos echaban encima. En la mano derecha sostenían mayales, asadores o serpentinas de tela, mientras que en la izquierda llevaban la vela, unos cirios de iglesia recién empezados que ardían con fuerza. Se abalanzaron sobre nosotros. Los hombres de más edad, Polidoro y Bacchiacca, se abstuvieron de aquella lucha, pero Alessandro, Cellini y otros cuantos más se metieron en ella a conciencia. La zona cercana al muro en ruinas se convirtió en un torbellino danzante de enmascarados y llamas. Esquivé a una mujer que me acercó de golpe la vela y retrocedí de un salto al tiempo que lanzaba hacia mí dos metros de seda carmesí que a punto estuvieron de apagar la mía. Mientras, estudiaba a nuestros atacantes. La mayoría eran mujeres, pero luchaban como demonios. Vi a una cortar el aire con un asador de hierro y segarle el cabo de la vela a Giovanni Balbi, sobrino del travestido obispo de Gurk, que, consternado, gritó y se cayó de espaldas en un charco con un chapoteo. La mujer echó atrás la cabeza y soltó una carcajada. Yo conocía aquella voz, aquel ronroneo gutural de emoción. El pelo negro de Hannah se derramaba por debajo de su máscara cornuda y sonriente, pálida como una calavera. Me moví entre los combatientes para acercarme a ella.

Muchas de las escaramuzas se habían terminado ya. La llama de Cellini seguía ardiendo, pero la de Alessandro se había apagado, así como las de la mayoría de las mujeres. Vi a una escuálida diablesa que era la viva imagen de Susan deambulando con un cabo de vela humeante.

—¡Dadme fuego, dadme fuego! ¡Malditos seáis todos! —decía.

Diego daba vueltas a su alrededor, bailando y cantando.

—¡Se le ha apagado la vela, se le ha apagado, se le ha apagado!

Otros se quitaban la máscara una vez terminado el combate, y se besaban o se zarandeaban juguetones como venganza. Reconocí a dos de las damas de los Cage hablando entre sí, con el rostro animado; eran más jóvenes y más alegres de lo que me había parecido. La vela de Martin seguía encendida. Se sentó junto a una chica que parecía una criada y le plantó una mano en la rodilla.

Hannah, que se había quedado sin adversarios, desapareció en la oscuridad. La seguí. Al otro lado del charco en el que Balbi había caído había

unos cuantos edificios en ruinas: formas oscuras asomaban irregulares como dientes de dragón y había bloques de mampostería esparcidos por todas partes.

Avancé con cautela. No quería tropezar y perder por culpa de mi propia torpeza. Sosteniendo la vela a la espalda para mantener su llama a salvo, me asomé a una esquina en la oscuridad. Al final de un corto pasillo entre dos muros vi a Hannah. Estaba sentada en un segmento derrumbado de columna y, para mi asombro, Cellini la acompañaba, con el brazo sobre sus hombros y la vela en la mano izquierda. Hannah tenía la suya, aún encendida también, a una distancia prudencial. Se había subido la máscara y sonreía.

—Vamos, *signora* Hannah —le estaba diciendo Cellini—. Os conozco desde hace mucho más tiempo que maese Richard. ¿No vais a darme un beso? ¿No hacen eso las muchachas inglesas cuando se encuentran con sus amigos? ¿Por qué sois tan cruel?

Le acarició el pelo. Hannah lo miraba con la misma sonrisa que tenía la noche anterior, cuando yo la había apartado de los toros de un empujón y la había besado. Era una sonrisa que consideraba mía, sólo mía. Me adelanté ciego de rabia, cambiando de mano la vela, dispuesto a desenvainar la espada con la derecha.

Cellini apartó el brazo de los hombros de Hannah y suspiró.

—Os ama, inglés. Es la única explicación. Las mujeres no rechazan a Benvenuto.

Al oír esto mi rabia se aplacó y miré a Hannah. Tenía las mejillas contraídas en una sonrisa y me miraba divertida. Disfrutaba del espectáculo: ni confirmaba lo que Cellini acababa de decir ni lo negaba. Mientras, el orfebre seguía mirándome, calibrando si sus palabras tranquilizadoras habían surtido efecto en mí o si iba a tener que recurrir a su espada. Hannah levantó la mano en la que todavía sostenía el asador y le derribó la vela. La llama se apagó en la hierba.

La muchacha se rio con ganas, saltó de la columna al muro y se marchó.

—¡Por todos los demonios! —protestó Cellini—. ¡Vuestra es! ¡No quiero a una mujer así!

Pasé corriendo por delante de él y salté el muro a ciegas, en la oscuridad. Aterricé pesadamente en la hierba y choqué con un cuerpo. Hannah estaba justo allí: me esperaba. Antes de que pudiera reaccionar le inmovilicé la mano

en la que llevaba el asador apoyándome contra la pared. Ella mantenía estirado el brazo derecho, con la vela todavía encendida y fuera de mi alcance. Por mi parte, yo sostenía tan alto como podía mi única vela en la mano izquierda, por si acaso, mientras le sujetaba el hombro con la derecha. Tablas: ninguno podía alcanzar la vela del otro. Acerqué la cara a su oreja.

—Apreciadísima Hannah. ¿Por qué no me reveláis el nombre de la amante y punto?

Me miró retadora, con la respiración agitada.

—Porque no me da la gana.

—Entonces ¿por qué no os habéis negado sin más? Para qué todas estas maniobras. Me desafiáis. Lucháis contra mí. Señorita Hannah, me parece que estáis en un apuro. Cuanto más os oponéis a mí, más atrapada quedáis. Muy pronto seréis mía.

—¡Os equivocáis! —Intentó liberarse. Tenía el rostro desencajado muy cerca del mío. Vi para mi asombro que estaba asustada. Algo la impulsaba, algo la perseguía y la acosaba, forzándola a esos ataques y huidas sin sentido. Pero en lo más profundo de su alma quería librarse de ello. Y sería yo quien la librara. Me incliné hacia ella y apoyé los labios en los suyos. Estaba sorprendida; me miraba con los ojos muy abiertos. Luego los cerró, despacio. Respiraba agitadamente. Noté que abría los labios y atraía mi boca hacia la suya. Aproveché entonces para pasarle una mano por la espalda, por los omóplatos y bajando por el brazo hacia el codo y hasta la muñeca, por la que tenía intención de agarrarla para arrebatarle la vela.

Muy a lo lejos, en la ciudad, una campana tañó: una, dos, tres campanadas. Una pausa y otras tres campanadas, y tres más. El Ángelus señalaba el fin del Carnaval y el comienzo de la Cuaresma. Aflojé la presión sobre sus labios mientras estiraba la mano lo poco que me faltaba para alcanzar el extremo de su brazo. Ya casi lo tenía. De repente sacudió la cabeza, interrumpió el beso y efectuó un barrido en redondo con la mano de la vela. Con lo que le quedaba de la suya golpeó la mía, que se me escapó y se apagó. Su llama siguió encendida entre nuestras caras, hasta que no vi más que fuego. Oí un siseo cuando el vello de mi barba prendió y percibí el tufo de carne quemada antes incluso de notar el dolor. Grité y retrocedí hacia el muro llevándome las manos a la cara. Los últimos ecos de la campana resonaron en las ruinas y oí cómo Hannah se alejaba a la carrera, riendo.



## CUARTA PARTE

### EL DIAMANTE DE GOLCONDA: UNA ESPINA EN EL CORAZÓN

*Roma, 17 de marzo de 1527*

*Mi galera condenada al olvido,  
por mares agitados en las noches de invierno,  
entre rocas.*

Sir THOMAS WYATT,  
*Soneto V, después de Petrarca*

La luz penetraba oblicuamente por las vidrieras de la pequeña iglesia de Santo Tomás de Canterbury, derramándose por las baldosas de terracota del suelo y haciendo que resaltara el pálido dorado de su diseño de ángeles con pergaminos. El coro, formado por unas dos docenas de hombres y niños sentados en dos filas, justo al pie del altar, empezó a cantar: «*Reminiscere miserationum tuarum, Domine...*» «Recuerda ser misericordioso, Señor. Que nuestros enemigos no logren dominarnos. Sálvanos de toda penuria.»

Por la nave avanzaron en procesión el director y los hermanos del hospital de Santo Tomás, el albergue para peregrinos ingleses llegados a Roma, anejo a la iglesia. Era un reducto para los ingleses que visitaban la ciudad de los papas, un lugar donde encontrarse e intercambiar noticias del hogar. El director, un cura inglés llamado Paul Ballantyne, vestía la casulla violeta y la estola propias de la Cuaresma. Era el segundo domingo de Cuaresma, conocido como *Reminiscere*: «Recuerda.»

A mí me resultaba imposible olvidar. Allí estaba el dolor para recordarme el hecho, moviera como moviese la cara, a pesar de la cataplasma de ámbar gris y manteca de cerdo que me había aplicado el boticario de la herboristería de Trastevere, el mejor lugar de toda Roma para los medicamentos. Miré hacia el extremo del pasillo, hacia el altar de piedra vestido con un mantel de seda blanca. En primera fila de la congregación, en su propio banco, estaban los Cage. Stephen a la izquierda, con la espalda ancha cubierta por una gruesa capa ribeteada de piel. Junto a él, con Susan y Grace al otro lado, estaba Hannah. Llevaba un vestido rojizo bordado de oro y se cubría el pelo y la cofia con un velo de seda amarillo pálido. La vi inclinar la cabeza devotamente cuando pasó el cura. Cuando respondíamos me esforzaba por distinguir su voz entre las demás. La había perdido, tan cierto como que había perdido el diamante de Golconda en Venecia, que me había atraído y había brillado para mí, como Hannah, sólo un instante.

Aquella era mi tercera visita a la iglesia desde la noche *dei moccoli*. La primera había sido al día siguiente, viernes de ceniza, para arrodillarme y que me marcaran la frente con las sagradas cenizas, símbolo de arrepentimiento o

pesar. ¡Y, por Dios, cómo me arrepentía! Lamentaba no haber sido más rápido o mantenido mi vela más en alto; lamentaba haber intentado engañarla mientras nos besábamos. Me arrepentía de no haber arrojado mi vela a la hierba y haberle entregado la victoria a cambio de nada, en lugar de haber luchado por vencer y haber perdido. Lamentaba la ira y la vergüenza que me impedían acercarme en aquel momento al lugar donde estaban sentados su familia, su chambelán, el limosnero y las damas de compañía, para saludar con una inclinación a Stephen como solía y unirme a los suyos. Pero no soportaba la idea de que las chicas sonrieran, de que murmuraran entre sí y se burlaran de la quemadura de mi mejilla, el natural orgullo de Hannah. Aquella chica me había hechizado. Los días me pasaban inadvertidamente de domingo en domingo, cuando podía verla sin ser visto.

Cuando el servicio religioso terminó, salí al pasillo para ser uno de los primeros en marcharme. De no haber sido por los Cage, hubiera rehuido la iglesia de Inglaterra por completo. Me traía demasiados recuerdos de casa. Entre los peregrinos congregados había muchos buenos comerciantes, cohibidos en una ciudad extranjera. Casi todos sabían poco italiano y todos estaban más a gusto en el Támesis. Sus caras parecían decirme: «Sois uno de los nuestros, al fin y al cabo. Nunca habéis pertenecido a esta aristocracia de la corte. Mirad cómo os han desquiciado. Volved con nosotros. Lleváis las aguas del Támesis en la sangre.»

Eché una última mirada ávida a la nuca de Hannah Cage y salí de la iglesia, triste y aliviado al mismo tiempo. Luego eché a andar a buen paso por la placita de Santa Catalina, deseoso de alejarme de la iglesia de Santo Tomás cuanto antes. Soplaban un viento helado procedente del Tíber y chispeaba. Volvería a mi posada, comería tranquilamente pescado desalado de Cuaresma y luego, quizá, pasaría la tarde caminando por Roma bajo la lluvia.

—¡Richard! ¿Richard Dansey?

Seguí caminando.

—¿Richard? Por Dios, sé que eres tú.

La voz inglesa me resultaba familiar. Me volví. Se acercaba corriendo detrás de mí desde la iglesia un joven de mi edad, alto y de piernas largas, que vestía un jubón azul más bien raído. Llevaba capa, espada y un sombrero de terciopelo azul con una pluma roja de avestruz rota. Me quedé mirándolo estupefacto cuando se me acercó sonriente.

—¡John! —exclamé—. ¡John Lazar!

Nos abrazamos. Llevaba tres años sin verlo y habían pasado casi seis desde que nuestra pandilla hiciera su juramento juntando las manos en la calle, frente a casa, en Thames Street.

John rio y me pasó un brazo por los hombros.

—Ahora que te tengo no voy a dejarte marchar. ¿Una botella a la salud de los viejos tiempos?

A pesar de lo cansado y despechado que me sentía logré sonreír.

—Un trago sería perfecto.

—¿Es tu criado? —Miró a Martin, que caminaba a su lado sin quitar ojo a su raída vestimenta, suspicaz—. ¿No te conozco? —Le preguntó.

—Me acuerdo de vos, señor, sí —repuso Martin—. Un gran invasor de nuestro almacén, si mal no recuerdo.

—¡Buen hombre! —dijo John, y enlazó su otro brazo con el de Martin. Por lo que parecía, John no tenía criado.

De esa guisa bajamos por Via Monserrato hasta la gran plaza situada frente al palacio de los Farnese.

Me confortaba estar de nuevo en compañía de John. Su paso confiado me infundió nueva vida.

—En cuanto a ese trago —decía John—, tenemos dos opciones. Pago yo, en cuyo caso tendremos que conformarnos con un dedal de cerveza amarga, o pagas tú y nos tomamos algo bastante mejor.

Me reí.

—Pago yo.

John y yo habíamos sido iguales y rivales toda la vida. Me halagaba la idea de que mi fortuna superara ya la suya. Además, Dios bien lo sabía, necesitaba un confidente. No confiaba en Cellini para contarle mis sufrimientos, y Martin no me servía para eso. Mientras me vendaba la noche *dei moccoli*, sólo me había dicho una cosa: «Es una mala mujer, patrón. Tal vez ahora la dejéis.» Desde entonces no me había perdido de vista. Sabía tan bien como yo que olvidar a Hannah Cage era imposible.

—¿Dónde te hospedas? —me preguntó John.

—En La Nave. En el Campo dei Fiori.

La cara alegre de John se iluminó con una sonrisa.

—Entonces trazaremos un rumbo.

Era para mí un alivio que me acompañara a la posada y dejar que mi viejo amigo llevara el peso de la conversación.

—Tienes que contármelo todo —me dijo—. ¿Estás aquí para comerciar? ¡Y qué ropa! ¡Mira esos botones de plata! ¿Qué llevas cosido al cuello? ¿No son perlas? A la firma Dansey le va bien. ¿Dónde está William?

—En Londres, espero. Este negocio es únicamente mío.

Abrió los ojos apreciativamente.

—¡No! En tal caso, ¡que sean dos botellas!

Dejé que John entrara delante en la calidez de la posada, que estaba distribuida un poco como la casa de un noble, con vestíbulo, salón y habitaciones privadas. Aquel salón distaba mucho de ser como la gran sala de los Cage, sin embargo. Era alargado y bajo, con vigas de roble enormes pintadas con flores rojas y amarillas e hileras de mesas de caballete. Como muchas posadas de aquella parte de Roma, La Nave era propiedad de una cortesana rica que la regentaba a la par que llevaba sus otros negocios. Nos sentamos juntos a una mesa, ligeramente apartados de los demás comensales. En lugar de mi pescado de penitencia pedí carpa con abundante aceite y miel y pasas y un vino dulce de Sicilia para acompañarla.

—Por la vieja pandilla —dijo John, levantando la copa.

—Por la vieja pandilla.

—¿Cómo era el poema? «Oh pandilla de amigos, adiós:/ juntos partimos; / pero lejanos y distintos caminos nos devolverán a casa.»

—Algo parecido.

—¡Qué época tan bonita! ¿Recuerdas lo que Thomas nos hizo jurar? Que nos encontraríamos de nuevo los tres. Bien, he estado lejos, en Hungría, inspeccionando las minas de sal. Y, por Dios, qué negocio más ruinoso. Padre y yo estuvimos a un tris de que nos alcanzaran los turcos; nos marchamos con los jenízaros y el gobernador de Transilvania pisándonos los talones. Rodaban las cabezas como repollos. —Cogió la botella y se sirvió otra copa.

Me pregunté si John decía toda la verdad. Miré la pluma rota de su sombrero, la ropa deshilachada y desteñida. No, había roto con su familia, como yo. Pero su ruptura, supuse, había sido más repentina y menos planeada que la mía. Sonreí débilmente y bajé la mirada. John se inclinó sobre la mesa.

—¿No estarás aquí para comerciar con joyas?

Tomé un sorbo de vino y un bocado de carpa.

—Claro.

—¿Por tu cuenta? ¿Eres rico? ¡Eso es estupendo! Bien, ¿tienes algo? Déjame verlo, venga.

Cogió la botella y me sirvió más vino. Miré a mi alrededor. Sentados dos mesas más allá había ocho o nueve hombres de aspecto rudo. Parecían soldados, o matones del séquito de algún noble, hombres arrogantes y dispuestos a desenvainar por cualquier nimiedad.

No tenía interés en que hombres como aquéllos supieran a qué me dedicaba.

—Cuando terminemos de comer te llevaré a un lugar donde podré enseñártelo —le dije tranquilamente.

Los pálidos ojos azules de John brillaban.

—Más interesante todavía. —Volvió a alzar la copa—. A nuestra salud.

Bebimos y John chasqueó los dedos para pedir otra botella. Ya era tarde cuando, del brazo, volvimos sobre nuestros pasos, pasando por la iglesia de los ingleses y hacia Vicolo di Calabragia. Martin llamó a la puerta de Cellini. Al cabo de un momento oímos descender los cerrojos y Paulino nos abrió. Al fondo del taller ardían varias velas. John entró detrás de mí, mirando a su alrededor. Cellini estaba sentado a su banco de trabajo, con la cruz de ópalos entre las manos. Llevaba casi dos semanas trabajando en ella. Yo, que había estado deambulando por Roma desde la noche *dei moccoli*, apenas había prestado atención al progreso de su trabajo.

—¿Qué es esto, Benvenuto? ¿Trabajando un domingo? —le dije.

—Esto no es trabajo —murmuró, empujando una piedra con el buril—, esto es placer. Puro placer pecaminoso. ¡Mirad!

Sostuvo en alto la cruz. Medía poco más de cinco centímetros, pero las piedras resplandecían con un colorido tal que me quedé sembrado, inmóvil. Por debajo de la superficie de los ópalos me atraían ondas de un verde fantasmagórico cuyo tono cambiaba a medida que me acercaba. Eran como las audaces palabras de una muchacha que promete mucho para acto seguido retractarse. Vi que Cellini había colocado un ópalo casi negro en el centro, que sin embargo brillaba con matices sulfurosos, carmín y verde pálido del aceite de lámpara, como si en su corazón ardiera una hoguera. Las piedras estaban perfectamente engastadas: no demasiado hundidas, como muchos

orfebres las colocan, de modo que su esplendor queda oculto. Las había situado a la altura precisa para que estuvieran bien sujetas, sin que hubiera riesgo de que se desprendieran. Era un objeto profundo y desesperadamente hechizador.

John, de pie a mi lado, soltó un silbido.

—¿Puedo cogerla? —preguntó.

Hablaba en italiano con fluidez y acento de la Toscana, como Cellini. Involuntariamente, se la tendí.

—*Meraviglioso* —murmuró. Pronunció las sílabas bellamente. Me hizo sentir a mí como un forastero; a mí, que con acento veneciano cortaba los finales de las palabras como se hace en francés. Cellini también notó aquel acento y se volvió hacia él bruscamente.

—¿Qué clase de hombre sois vos? —le preguntó.

—Otro inglés —dijo John, levantando la cabeza sonriente y dejando la cruz en el banco de trabajo—. Un simple caminante por los caminos de la vida.

—Lo dudo —dijo Cellini.

—Un comerciante, entonces —dijo John, haciendo un gesto con la mano en el aire como para atrapar las respuestas al vuelo—. Con caballos cargados de ámbar gris y marfil y ricos barcos mercantes surcando los océanos.

—Creo que sois un maldito *fuoruscito* —dijo Cellini—. Un exiliado de Florencia, un enemigo de los Médici. Uno de esos a los que les gustaría ver cómo echan a patadas a la familia del Papa. Un amante de la libertad, como os hacéis llamar. —Puso mala cara—. Descontentos. Rebeldes. Sé qué aspecto tenéis, seáis o no ingleses. Lleváis la palabra «fugitivo» escrita en la cara, en la ropa, en el modo en que miráis a vuestro alrededor como si no supierais quién os acecha. Os gustaría ver caer a todos los príncipes y obispos del mundo y que no quedara en parte alguna grandiosidad ni señales de rango. Vos sois esa clase de hombre, ¿no es así?

—Exiliado... —repitió John pensativo—. Fugitivo. Rebelde. Ya me han llamado todo eso antes. —Volvió a coger la cruz, la miró, se la pasó de una mano a la otra y volvió a dejarla—. No, lo de que soy mercader es cierto. Tuve mercancías. Comercié en esto y en aquello. Pero las circunstancias me obligaron a dejar la mayor parte de mi mercancía en Florencia y marcharme apresuradamente hacia el sur. No, amigo mío. Soy un gran admirador de la grandiosidad y el rango. Lo que desearía es tener yo un poco más de ambas

cosas.

John sonrió con picardía. Siempre había tenido encanto, incluso cuando era un chico atrevido de pelo rubio de doce años y lo pillaban cometiendo algún pequeño hurto o alguna intrusión hablaba de esa manera suya tan sin ambages, atónito. Con los años había adquirido desenvoltura y aplomo.

De repente Cellini se echó a reír.

—Bien. Que sea como decís. ¡Paulino, por favor! Vino.

Nos sentamos juntos alrededor del banco de trabajo y John señaló la cruz de ópalos.

—Eso no es para un cliente común. ¿Para el rey, tal vez?

—Tal vez —le respondí.

—Bueno, es un buen principio. Te pondrá en el buen camino cuando la lleves a Londres. Desde luego, si tuvieras más...

—¡Pero si las tengo!

—¡No!

Su incredulidad me halagó. Me volví hacia Cellini.

—Benvenuto, tened la bondad de enseñarle el barco.

Cellini dudó, fue hacia el arcón y lo abrió con la llave de acero que llevaba colgada de una cadena fina al cuello. Sacó el broche terminado con ambas manos y lo trajo a la mesa. Teníamos ante nosotros una representación viva en oro con sus esmaltes, su crisoprasa dorado verdosa, sus cuatro diamantes, sus nueve zafiros empañados. La estuvimos mirando todos varios minutos sin decir nada.

—El barco del Estado... —susurró John—. ¿Es el reino en miniatura? No, no lo creo. Hay en él más apasionamiento. Es un barco empujado por suspiros, humedecido por lágrimas, guiado por unos ojos de mujer. Es un amante, me parece. ¿Un delicado regalo para la amante de alguien, tal vez? Por lo que se dice, el rey está enamorado.

Así su brazo precipitadamente.

—John —le dije en inglés—. Si sabes quién es la nueva amante del rey tienes que decírmelo. Te lo imploro.

John abrió las manos y me enseñó las palmas.

—Amigo mío, si lo supiera te lo diría. Pero llevo fuera de Inglaterra un año o más.

Me dolió lo convencido que estaba de que si hubiera vuelto a casa lo habría



sabido. Pero, al fin y al cabo, yo sabía muy poco ya acerca de mi viejo amigo. Sus contactos podían muy bien estar mejor situados de lo que uno deducía por su aspecto. Miré otra vez su ropa, el borde del manto deshilachado, las botas gastadas.

—Lo sé —dijo. Volvía a hablar en italiano—. He sido testigo de tiempos difíciles. Pero tú también, por lo que parece. —Hizo un gesto hacia la quemadura a medio curar de mi mejilla.

Cellini contuvo la risa.

—Preguntadle cómo se la hizo.

—No, no —intenté apartarlo, pero John me miraba atentamente la cara muy de cerca.

—Jesús misericordioso —murmuró—. Parece que hayas estado peleando con el demonio.

—Casi —dijo Cellini, y tomó un trago—. Fue con una mujer.

Me aparté y me tapé la quemadura con la mano.

—Es una mujer que ninguno de los dos tocará jamás.

Cellini soltó una carcajada.

—¡Escuchadlo! Después de todo lo que ha pasado está más enamorado que nunca. Pues bien, no es momento para hablar de vuestros amoríos. —Puso la cruz de ópalos y el barco a salvo en un compartimento de su arcón, bajó la tapa y lo cerró con llave—. Ya es hora de que decidamos cuál va a ser nuestro próximo proyecto.

John me miró con amabilidad, aunque extrañado. Le sonreí, encantado de ser capaz de sorprenderlo todavía. Me saqué el cofre de la camisa y lo abrí sobre el banco de trabajo. Se acercó a mirarlo.

—¡Por todos los cerdos de san Antonio! Tienes más.

Saqué mis tesoros uno por uno y los coloqué sobre el mantel. Verlos me daba ánimos y escalofríos al mismo tiempo. Allí sentados contemplamos las piedras y las fuimos moviendo para crear distintas composiciones sobre la tela, bebiendo sabroso vino de la Toscana. Ya quedaba poca luz diurna, pero se puede extraer algo de una piedra delicada incluso cuando no brilla.

John cogió la pálida y pura esmeralda escita.

—Ésta está realmente bien —dijo—. La última vez que vi este cofre tuyo no contenía más que unos cuantos cristales de roca. ¿Cuándo volverás a casa? ¿Antes del verano?

Fruncí los labios y miré la piedra. Las frías profundidades de la esmeralda eran un tónico para mí. Deseé poder olvidar todo lo demás, tanto la necesidad que tenía de darme prisa como la posibilidad de haber tardado demasiado y que el momento hubiera pasado. Tenía planeado estar de vuelta en Inglaterra hacía mucho, desde luego mucho antes del verano. Estábamos a diecisiete de marzo. Debería haber estado ya en camino, pero no podía marcharme y dejar a Cellini en pleno trabajo y con la mitad de las piedras todavía por engastar. Incluso aborrecía la idea de marcharme. ¿Alejarme de Hannah sin decirle ni una palabra? No, estaba atado a aquel lugar, aunque no la viera más que un breve instante todas las semanas, en la iglesia. Y para evitar la mirada de John mantuve la mía fija en la esmeralda y dije:

—Tal vez.

—En verano —dijo John, dando vueltas a la piedra—. La dama del rey estará disfrutando en sus jardines. Veo glorietas, rosas, enramadas verdes, capullos, brotes nuevos. Todo de oro, con zafiros y perlas. ¿Sí?

—Por Dios —dijo Cellini, y le arrebató la piedra. La sostuvo a contraluz—. Y la esmeralda es un prado distante. Pondremos cosechadores a su alrededor, pastores, faunos. ¿En primer plano? —Levantó el pálido zafiro lechoso—. Un estanque. Ninfas desnudas bañándose, con los pies colgando sobre el borde. Imagino un colgante. Espero por Dios que esta dama tenga los pechos menudos.

Dejó la esmeralda en el banco de trabajo, con el zafiro al lado, sacó una hoja de papel y un carboncillo y se puso a bosquejar con líneas rápidas y energéticas, mirando ceñudo las piedras mientras trabajaba.

—Vuestro amigo es bastante útil —me susurró.

Me volví, contento de dejarlo con su trabajo. Estaba a disgusto.

—Bebe, amigo mío —me dijo John acercando su vaso al mío para brindar—. Ríete de la desgracia. Es lo que yo hago. Ahora supongo que me contarás tu historia de amor.

Conseguí reír.

—Tiene un mal final.

Hizo un gesto displicente con la mano.

—¿Quién ha dicho que se haya acabado?

Así que le conté la historia, empezando por la primera mirada burlona de Hannah en aquella cena, cuando enseñé mis piedras y ella rechazó el

diamante que le regalaba, pasando por su reto, nuestras refriegas, nuestro beso en medio de la violencia *dei moccoli*, y mi convicción de que, a pesar de todo, me necesitaba y que en su corazón salvaje de muchacha habitaba una triste soledad. Terminé con mi última patética visita a la iglesia de Santo Tomás de Canterbury aquella misma mañana. Sólo omití una cosa: su nombre.

John me miró con sus ojos claros. Lo único que se oía era el rasgueo del carboncillo de Benvenuto sobre el papel.

—Mi querido, querido Richard —me dijo John por fin—. Te compadezco. Te has topado con una sirena. Cuidado con las mujeres, Richard.

Me levanté impaciente.

—¿Eso es todo? Tu advertencia es la misma que me han hecho Benvenuto y el resto. ¿Debo renunciar a ella?

John se puso de pie y me cogió del brazo.

—¡En absoluto! ¿Eso te han dicho tus amigos? Por Dios, Richard, vuelve con ella. Lucha por ella y gánatela. ¿Qué otra cosa puedes hacer?

—Cuidado con las mujeres, me has dicho.

—Ya es un poco tarde para eso —dijo John con una carcajada. Me llevó al banco de trabajo y escanció vino para los dos—. ¡Por Dios que este vino de la Toscana está bueno! No, Richard. Hay que mantenerse alejado de las mujeres o conquistarlas.

Bebí. Notaba que el vino me latía en las sienes.

—Pero ¿me aceptará?

John rio y agitó una mano con displicencia.

—¡Oh!, estará enfurruñada y levantará la nariz y me atrevo a decir que se reirá de ti al principio y te preguntará si tardará más en curarse tu mejilla chamuscada o en aplacarse tu enfado por haber perdido el juego. Pero si eres un verdadero amante, lo superarás.

—¿Crees realmente que la conquistaré? —Empezaba a recuperar la esperanza y el valor.

—Con mi ayuda, no te quepa duda —me aseguró John. Sonrió, con aquella cálida sonrisa suya teñida por un leve matiz de desafío. Me tendió la mano—. ¿Qué me dices? ¿Te atreves?

Dudé. ¿Qué había pasado entre John y Hannah durante los meses que había pasado yo en Lisboa y él y Thomas habían seguido acudiendo al pie de

su ventana? Recordé de pronto cómo habíamos luchado por ella de niños y que John había prometido conquistarla. Pero no creía poder volver y afrontar el desprecio de Hannah sin tenerlo a él a mi lado.

Estreché la mano que me ofrecía.

—Me atrevo. Por Dios que sí.

John rio, me abrazó y luego se apartó pero sin soltarme.

—La vieja pandilla se ha reunido de nuevo —dijo—. O lo han hecho su corazón y sus entrañas, en cualquier caso. Créeme: conozco a las muchachas como ésa. Ahora llévame a ese *palazzo*.

Crucé una mirada con Benvenuto cuando levantó la cabeza de su dibujo. No podía haber seguido nuestra conversación porque habíamos estado hablando en inglés. Pero por el modo en que me miró parecía haber captado el sentido de lo que estábamos diciendo y no gustarle nada. Me volví, irritado, y le dije a John:

—Ven conmigo, pues. Ahora, enseguida.

Quería hacer mi entrada en el *palazzo* mientras todavía estuviera envalentonado por el vino y las palabras de John. Porque en realidad estaba lleno de aprensión. Mientras subía las escaleras de mármol del vestíbulo del Palazzo del Bene con mi amigo, era incapaz de imaginar ni siquiera remotamente el recibimiento que me esperaba.

Me sudaban las manos de rabia e indignación por el modo en que me había tratado Hannah, y al instante siguiente rogaba sólo que mostrara conmigo una mínima clemencia con sus burlas, y al otro bullía de vergüenza por la humillación de regresar. Sólo gracias a John, que me daba coraje con su aplomo, llegué al piso de arriba y esperé ante las columnas talladas mientras Fenton, el chambelán de los Cage, llamaba a la puerta de la sala y la abría.

Dentro, la habitación estaba aparentemente en calma. La oscuridad iba en aumento, pero los criados todavía no habían encendido las velas. A pesar de la calidez cada vez mayor de la estación, ardía un fuego que se reflejaba en el suelo de mármol y brillaba en las alfombras turcas azules y carmesíes. Los tapices con sus dioses y diosas pendían oscuros y sombríos; el hilo de oro chispeaba de vez en cuando, como los ojos de bestias semidormidas. En una esquina, un halcón se desplazaba en su percha con un tintineo de cascabeles. John paseó los ojos por la habitación, sorprendido, conteniendo el aliento. Yo había olvidado el esplendor de aquel lugar, pero todo aquello no significaba

nada para mí. Un poco apartada de la chimenea, Hannah estaba sentada con su hermana y un par de damas. Susan se inclinaba sobre un laúd y, mientras nos acercábamos, le arrancó un acorde de sorprendente belleza. Vi que sabía mucho más de música de lo que pretendía. Hannah, con las piernas recogidas y sentada sobre los pies como una serpiente enroscada, seguía con un dedo los renglones de un librito, con la cabeza descansando apática en la otra mano y un mechón de pelo sobre la mejilla escapado de entre las perlas de la cabeza. Cuando nos acercamos la volvió lentamente y, cuando me vio, sonrió de inmediato. Su sonrisa era tan cálida, tan natural, tan abierta que casi me muero de amor por ella. Crucé rápidamente la extensión de mármol y de alfombras que nos separaba y me arrodillé junto a su silla.

—¡Mi queridísima Hannah!

Me tocó con ternura la mejilla. No era un gesto de triunfo.

—Vuestra pobre cara. ¿Volverá a creceros la barba?

Tomé su mano y se la besé.

—Ya me está creciendo.

Éramos amantes al fin; como si nuestro último momento de intimidad hubiera sido aquel beso entre las ruinas y no la violencia posterior. Me limité a mirarla y sonreír. No tenía ni idea de lo que decir. Oí la voz de John detrás de mí.

—Señorita Hannah. Debí suponer que Richard no os olvidaría.

Hannah puso unos ojos como platos y nos miró a los dos. Volvía a considerarnos una pareja. Sonrió divertida. Debía de estar viéndonos tal como éramos a los catorce años, unos pilluelos haciendo travesuras en la calle. Sin embargo, John tenía un tacto exquisito. Se volvió hacia Susan y se arrodilló a su lado, imitándome.

—¿Y quién es esta deliciosa criatura?

Hannah se echó a reír y todos la imitamos. Susan miró a John e hizo un movimiento de barrido con el laúd, de modo que las clavijas estuvieron a punto de acertarle en la nariz a mi amigo, que se apoyó en los talones como un acróbata y se levantó de un salto.

En aquel instante la puerta de la salita se abrió y entraron Stephen y Grace Cage.

Me levanté rápidamente e hice una profunda reverencia, con tanta elegancia como fui capaz.

—¡Querido Richard! —Grace me cogió de la mano y me besó en la mejilla —. ¿Por qué habéis estado tanto tiempo alejado de nosotros? Nos teníais a todos muy preocupados.

—Empezábamos a temer que os hubiera sucedido alguna calamidad — añadió Stephen, devolviéndome el saludo con una inclinación verdaderamente cortesana, con la pierna y la mano izquierdas atrás y la derecha por delante de la cintura mientras inclinaba la cabeza. Que un hombre del rango de Stephen Cage me hiciera una reverencia como aquélla significaba mucho.

—Una ligera indisposición —dije, echando un vistazo a Hannah, que me miró a su vez con el rostro sonriente y con una misteriosa calidez—. Ya pasó.

—Ya estáis con nosotros de nuevo —intervino Grace—. ¿Y vuestro amigo? Antes de que pudiera presentárselo, John se adelantó con una reverencia, como la de un actor, quitándose su sombrero con la pluma rota.

—John Lazar. Mercader. De Londres.

Era una presentación tan parecida a la mía cuando conocí a los Cage que sentí un ramalazo de desagrado. No quería que nadie les recordara a mis huéspedes aquel momento. Sólo entonces me di cuenta de lo poco que mi viejo amigo encajaba en aquel entorno. Pero no debía preocuparme. Al menos había recuperado mi lugar en la familia.

Grace frunció los labios y Stephen le lanzó a John una mirada penetrante. En sus ojos había sorpresa y, por un instante, hubiese jurado que Stephen Cage ya conocía a John de otro lugar. Luego le hizo un gesto con la cabeza.

—Bienvenido —dijo—. Por Richard.

John sonrió amigablemente e hizo otra reverencia, mientras inventariaba con rápidos ojos el aparador tallado con incrustaciones, el asiento con borlas de oro de la hornacina, las alfombras turcas que vestían las mesas de caballete del comedor apartadas contra el muro del fondo.

Esa tarde nos sentamos juntos yo, Hannah, John y los Cage, mientras Susan y su profesor de música interpretaban melodías con sus laúdes. Hannah y yo jugamos un silencioso juego de miradas. Yo la miraba, notaba que ella me miraba y apartaba los ojos. Volvía a mirarla, y era ella la que se apartaba entonces, sonriente, porque sabía que la miraba, y luego se volvía a mirarme y nuestros ojos se encontraban un instante, incitándose, para luego romper el contacto.

Al final Susan dejó el laúd. Entonces entraron los músicos y se pusieron a tocar dos flautas dulces y un caramillo al ritmo de un tambor. Grace me tendió una mano y nos pusimos todos a bailar. La melodía era una *saltarella*. Se bailaba dando un paso, un salto y dos pasos más para juntarse en un círculo y luego romperlo formando parejas que se recombinaban de distintos modos. El ritmo de la danza iba *in crescendo*. Stephen poseía un sorprendente talento para los pasos rápidos; gesticulaba desenfadadamente con los brazos y ponía caras cómicas. John seguía los pasos con facilidad, tomando del brazo ora a Hannah, ora a Susan, ora a Grace. Yo apenas había bailado desde la noche de Eltham Palace en que lo había hecho con Hannah bajo los árboles de espumillón y las enramadas de papel. En Venecia, Hipólita y las demás se habían reído de mis esfuerzos y había desistido. Pero me lancé entonces gustoso. En realidad no era muy distinto a las rápidas fintas y acercamientos al adversario de la esgrima.

Mientras enlazábamos los brazos, Hannah me preguntó en un susurro:

—¿Me amáis locamente?

—Sí —le susurré yo, y enlacé mi brazo con el de Grace.

—Querido Richard. Ahora que habéis vuelto a nosotros, no os dejaremos escapar tan fácilmente. ¿Os reuniréis con nosotros mañana?

La música vibraba y sonaba más y más rápido. La melodía era eso que llaman una *piva*, una danza campesina que suele tocarse con cornamusa.

Era una música tremendamente alegre y conjugaba curiosas tonalidades que los músicos más refinados desconocían.

—Sois un loco —murmuró Susan cuando le tocó tomarme del brazo—. ¿No veis lo peligrosos que somos? ¿No os hemos herido ya bastante?

La hice girar sobre sí misma, la impulsé lejos de mí y, dándole la espalda al ritmo del son de la gaita y el tambor, caí de nuevo en los brazos de Hannah, que sonrió y me agarró con una suave presión.

Cuando por fin John y yo nos marchamos esa noche, fuimos dando tumbos por la calle, borrachos de música y vino, cantando y bailando una *saltarella*. En el Campo dei Fiori encontramos medio melón que había quedado después del día de mercado y le dimos patadas por el empedrado hasta que fue a caer en la alcantarilla. Nos abrazamos, riendo.

—¿Dónde te hospedas? —le pregunté por fin a John, que se encogió de hombros sonriendo de aquel modo tan natural que le era propio.

—Donde tú me recomiendes.

—Entonces te alojas conmigo. ¡Vamos!



Almorzábamos casi a diario en el Palazzo del Bene. Comíamos bien, a pesar de ser Cuaresma. El chambelán de los Cage solía conseguirnos una docena de langostas o un esturión gordo con sus pequeñas huevas negras, ostras, cigalas o rodaballo con miel y dátiles. Algunos días Stephen obtenía una dispensa para comer *lactinia*, pulpa de fruta y, además, teníamos nuestro marisco con crema de leche y huevos. Otras veces los Cage me llevaban a casa de sus contactos importantes en Roma, al palacio de planta cuadrangular del cardenal Campeggio, junto al río, cerca de San Pedro, o a la residencia de Gregorio Casale, embajador permanente de Inglaterra. En ocasiones había noticias de la guerra. Sir John Russell se había roto una pierna al caer de su caballo; la embajada de paz inglesa había flaqueado y sólo quedaba un hombre para mediar entre Su Santidad y el ejército del emperador, que avanzaba a pasos agigantados hacia Florencia. Ese hombre era Cesare Ferramosca, inteligente, hermético y leal únicamente al emperador. Stephen y el resto fruncían el ceño y cabeceaban. Pero ¿qué significaban la paz o la guerra para mí, mientras brindaba a la salud de Hannah discretamente, brindis que ella me devolvía y que nadie más notaba?

Otros días paseábamos por los jardines del Papa, o los Cage plantaban su pabellón de seda carmesí entre las ruinas y nos dábamos un banquete en su exquisita vajilla de mayólica decorada con ninfas, granadas y cupidos. En una ocasión nos aventuramos a entrar en las grutas, antiguos salones de banquetes subterráneos. Nos metimos en aquellas cavernas, donde todo resonaba, con linternas que levantábamos junto a los muros pintados con serpientes marinas enrolladas, tritones, peces, pájaros, escorpiones, trampantojos de balcones y fuentes y estatuas de oro que miraban hacia abajo desde las pérgolas. Bajo sus ojos, Hannah y yo nos besamos.

John siempre me acompañaba en aquellas excursiones. Me sentía más que orgulloso de que me siguiera a todas partes alguien que era más que un simple criado, una especie de caballero a la espera que hacía reverencias y miraba sonriente y mantenía la boca cerrada. Era también una satisfacción ser el líder y ver a mi viejo amigo en la posición de leal seguidor. El único problema era

su ropa. Al cabo de varios días le dije que debía permitirme que le comprara un traje completo.

John sonrió avergonzado.

—Cuando mis mercancías lleguen de Florencia te lo devolveré. Espera y verás.

Desestimé sus palabras con un gesto. El dinero daba igual. Estaba ebrio por el éxito que tendría en cuanto volviera a Inglaterra. Tenía los contactos necesarios, tenía la cruz y el barco y el jardín de oro que crecía con rapidez entre las manos de Cellini y que acogería la esmeralda y el zafiro blanco. De todos modos, me aseguré de que la ropa de John no fuera tan espléndida como la mía. Dejé que escogiera un jubón negro con un fino ribete de plata y un sombrero de terciopelo con pluma de avestruz blanca pero sin joyas. Aproveché la oportunidad de proporcionarle a Martin un atuendo más apropiado. La gente volvía la cabeza cuando caminábamos los tres por Via Monserrato camino del Palazzo del Bene. Al final del día me esperaban siempre las sonrisas de Hannah y, si tenía suerte, un beso.

Era domingo *Laetare*, 31 de marzo, mediada la Cuaresma, cuando se llenan de flores los altares de todas las iglesias y los sacerdotes visten ornamentos de color rosa en lugar de violeta. También hay un relajamiento del ayuno. Ese día estábamos invitados a comer con el embajador portugués, que nos había prometido algo que no olvidaríamos.

Don Martín de Portugal, sobrino del Juan III el Especiero, vivía en una mansión almenada cercana al Corso. Tenía su casa una torre de piedra y un par de cañones en el tejado, y se decía que era el palacio más inexpugnable de Roma después del castillo de Sant'Angelo.

Comimos capones fritos azucarados, faisán a la naranja y cabrito al horno con canela envuelto en una masa finísima. Incluso Stephen soltó una exclamación de satisfacción cuando sirvieron los platos. Don Martín, un hombre poco corpulento de unos treinta años, comía poco y miraba a sus invitados con una leve sonrisa. Cuando terminamos de comer, se volvió hacia Stephen.

—Me ha llegado una noticia inquietante de Inglaterra. Espero que me aseguréis que no es cierta.

Stephen miró hacia arriba bruscamente.

—Lo que he oído es que vuestro rey intenta separarse de su esposa — prosiguió don Martín—. Una infame calumnia contra el más piadoso y honrado de los monarcas.

Stephen se limpió los labios con la servilleta y se la puso al hombro.

—Es cierto.

Yo los miraba, escuchando atentamente. Por fin: era la primera vez que Stephen admitía que el divorcio era algo más que un simple rumor, algo más que un plan secreto de Wolsey de la docena de planes que podrían ser desestimados en cualquier momento.

—¿Qué? —dijo don Martín—. ¡Después de casi veinte años de virtuoso matrimonio!

—Había dudas en cuanto a la legalidad del hecho de que nuestro rey se casara con la viuda de su hermana. Recordad el Levítico, don Martín. Asaltan a nuestro rey graves escrúpulos de conciencia que honestamente ya no puede seguir ignorando.

Don Martín rio, exasperado.

—Pero ¡si el papa Julio II le concedió una dispensa aprobando ese matrimonio!

Stephen se inclinó sobre la mesa. En sus ojos pálidos había una mirada profunda e incalculablemente amenazadora.

—Hay asuntos que vuestra señoría no tiene en cuenta, como si el Papa tiene el poder de conceder cualquier dispensa o si, por el contrario, el impedimento por consanguinidad forma parte de la ley divina que ni siquiera un Papa puede pasar por alto.

Miré a Hannah. También ella escuchaba atentamente, con los ojos clavados en su padre. Por lo que parecía aquella conversación le interesaba mucho. Don Martín dio un manotazo en la mesa, irritado.

—Pero ¡por Cristo bendito! ¡Mi propio señor, el rey Juan, está casado gracias a esa dispensa! ¡Y el año pasado el emperador Carlos se casó con su cuñada, que es además prima hermana suya! ¿Serán acaso bastardos sus descendientes? ¡Vais a destruir todas las líneas dinásticas de Europa!

—El fallo de Dios contra este matrimonio es obvio —respondió Stephen—. Que nuestro rey no haya tenido hijos es buena prueba de ello.

—¿Decís que no ha tenido hijos? —resopló don Martín, asombrado—.

Tiene una hija.

Stephen hizo un gesto displicente.

—Una hija no va a salvar a Inglaterra de la guerra civil cuando el rey Enrique muera. Tiene que ser un varón.

De repente don Martín sonrió y se retrepó en la silla.

—¡Ah! Así que la cuestión no es meramente el divorcio, sino un nuevo matrimonio. Y he oído que vuestro rey le ha echado el ojo... ¿a una princesa francesa? ¿La hermana del rey Francisco, la duquesa D'Alençon, tal vez?

—Estáis más enterado que yo —repuso Stephen fríamente.

Lo miré sorprendido. Había admitido sin ambages los planes de divorcio del rey Enrique. ¿A qué se debía entonces aquella repentina reserva acerca de su nuevo matrimonio con la princesa? Don Martín respondió con una sonrisa de complicidad y el resto de la comida transcurrió con la exquisita educación que los cortesanos tan a la perfección dominan. Pero me di cuenta de que Stephen se marchaba disgustado. ¿Y yo? No me gustaba aquella conversación sobre el futuro matrimonio del rey. Veía esfumarse todos mis planes para conseguir riqueza y posición. Necesitaba tener las joyas terminadas y volver a casa enseguida.

Pasaba más tiempo que nunca con Cellini, metiéndole prisas. Estábamos a principios de abril. Acusaba el paso del tiempo, pero mi cofre contenía muchas piedras por engastar todavía. Casi una semana después del domingo *Laetare*, miraba a Cellini fundir el oro para el jardín de la esmeralda en el crisol de bronce cuando oímos el insistente redoble de un tambor. Dejó el buril y nos asomamos por la puerta. El ruido era más fuerte. Corrimos hacia el extremo de la calle. Por Via Giulia avanzaba una columna de hombres. A la cabeza iba un estandarte con círculos escarlata sobre campo dorado: los colores de los Médici. Detrás iban cuatro hombres con bombos, seguidos de los soldados vestidos de negro, con jubón negro abullonado, capa y sombrero con plumas rojas y amarillas. Al hombro llevaban alabardas o arcabuces. Avanzaban en desorden, pavoneándose, con un vaivén de espadas que resultaba terriblemente amenazador.

Cellini cabeceó sombríamente.

—Las Bandas Negras —dijo.

Había oído hablar de aquellas tropas florentinas. Habían luchado contra el emperador el verano anterior, en Milán, donde su capitán, Giovanino de

Médici, había perdido la vida. Ya nadie los comandaba, y se había rumoreado que, si el peligro crecía lo bastante, el papa Clemente los llevaría al sur y les pagaría para que protegieran su ciudad. Tras ellos llegó una segunda columna con escarapela azul y amarilla, desfilando con paso marcial: mercenarios suizos, la élite de la soldadesca. Observamos a ambas columnas perderse de vista hacia el norte. Cellini sacudió la cabeza y volvió taciturno al trabajo.

Esa noche, acostado en mi cama, oí a los hombres gritando y cantando, el estrépito de la madera al astillarse y algún que otro cruce de espadas. Una vez golpearon la puerta la posada de enfrente y vi por la ventana a tres soldados vestidos de cuero negro que la aporreaban con la empuñadura de las espadas. Cuando les abrieron entraron en tromba, soltando palabrotas y blandiendo las armas. A la mañana siguiente me precipité por Via Monserrato con John y Martin. La calle estaba llena de trozos de muebles, cerámica y cristales de ventanas. Pero, Gracias a Dios, la mansión de los Cage estaba intacta; la puerta era sólida y las ventanas de la planta baja tenían reja. Ansioso por mis joyas, corrí al encuentro de Cellini.

En Vicolo di Calabragia había restos dispersos en el empedrado. A la puerta del taller había un carro rodeado por varios hombres con la espada desenvainada. Vi que Paulino salía con un rollo de papeles que metió en el carro con calderas y crisoles, atados de herramientas y el gran arcón de hierro en el que Benvenuto guardaba su oro y sus joyas. Cuando me acerqué corriendo los hombres me cortaron el paso.

—¡Dejadlo pasar! Es un amigo. —Cellini apareció. Llevaba en brazos la estatua de Perseo envuelta en tela.

—¡En nombre del demonio! ¿Qué estáis haciendo?

—¿Qué hago? Embalo las cosas, hago el equipaje, eso hago.

—Pero ¿qué hay de vuestro trabajo?

—Puedo continuar dentro de unos días, cuando me haya instalado en mi nueva tienda. A salvo, en el barrio de los orfebres, río abajo. Por Dios, no voy a arriesgarme a quedarme aquí, con las Bandas Negras merodeando.

Aquel retraso me enfurecía, pero Benvenuto tenía razón. Aquellos maníacos atracadores sueltos entre mis tesoros... no quería ni pensarlo. Tendría que apechugar con aquella pérdida de precioso tiempo. Me volví y me encaminé rápidamente de vuelta al Palazzo del Bene. Hannah me serviría de consuelo. En la sala me encontré con Grace.

—¡Qué espantoso! ¡Y éstos son los hombres que se supone que tienen que protegernos! ¿Qué será entonces encontrarse con el enemigo?

Alrededor de los Cage los criados iban y venían, uno con un candelabro, otro con un paquete, mientras Fenton, el chambelán, ladraba instrucciones. Un terrible presentimiento me asaltó.

—Querida Grace, ¿no estaréis pensando en iros?

Ella me miró de un modo exquisito.

—Se dice que la guerra no pasará de Florencia. Pero, por mi parte, ojalá ya estuviéramos en alta mar o, mejor incluso, en Francia. Stephen está de acuerdo conmigo. Nos quedaremos sólo lo que tarde en terminar aquello por lo que está aquí. Pero en cuanto sea posible que Su Santidad dude, hoy de un modo, mañana de otro...

Me daba cuenta de que ya habían abandonado cualquier pretensión de ser peregrinos. La puerta de la galería se abrió y entró Susan, seguida por un criado que llevaba su laúd envuelto en tela.

—¡Con cuidado, he dicho! —Miró hacia arriba, me vio e hizo un gesto hacia el lugar de donde venía.

Le hice una reverencia a Grace y fui hacia allí. Fuera, en la galería, apoyada en la balaustrada, con el vestido carmesí que llevaba el día que nos conocimos en Roma, estaba Hannah. Me puse a su lado. Los soldados iban y venían por detrás de nosotros.

—Así pues el tiempo, al fin y al cabo, está en nuestra contra —le dije.

Se volvió hacia mí con su sonrisa burlona.

—Siempre hay tiempo, si eres audaz y no lo dejas escapar.

Pillé al vuelo lo que pretendía decir.

—Entonces tendré que venir por vos.

—¿Ah, sí? —Sonrió—. ¿Cómo?

Hice un gesto con la cabeza hacia abajo, hacia el jardín.

—¿Escalaréis la tapia? Muy galante. ¿Por dónde?

Me estaba retando de nuevo. Paseé la vista por la tapia. Medía unos cuatro metros de altura y era de ladrillo. Se caía a pedazos y en ella se apoyaban tiendas y cobertizos de una sola planta.

—Por ahí. Allí donde sobresale ese tejado y la enredadera trepa por ese lado.

—¿Y cuándo vais a llevar a cabo esa audaz hazaña?

—A medianoche. ¿Estaréis esperándome?

Le relucían los ojos.

—Tendréis que hacer un intento y descubrirlo.

Pasé el resto del día con el alma en vilo. Imaginaba pérgolas a la luz de la luna, abrazos, besos y más, mucho más. Para mantenerme ocupado y acelerar lo más posible la fabricación de mis joyas, regresé con Benvenuto para ayudarle a trasladarse. Martin trabajó conmigo, pero de John no había ni señal. La nueva tienda de Cellini estaba justo en el borde del río, en la curva que se asomaba al Borgo y San Pedro. Como antes había sido una herrería, disponía de un horno en buen uso. Era una zona tranquila y no había por allí ningún soldado.

—Mañana terminaremos —dijo Benvenuto—. Luego reanudaremos el trabajo.

Caía la noche cuando Martin y yo volvimos caminando a la posada. Las Bandas Negras ya deambulaban, pavoneándose por las calles en busca de problemas. Mientras subíamos a nuestra habitación, una silueta embozada en una capa salió de ella y bajó las escaleras como una exhalación. Me llevé la mano a la espada y estaba a punto de perseguir a aquel individuo, cuando John me llamó desde dentro del cuarto.

—¡Richard! Déjale, déjale. Ven, tengo buenas noticias.

Encontré a John sentado cómodamente a la mesa.

—Mis mercancías por fin han llegado de Florencia.

Lo miré sorprendido.

—¿Y dónde están?

John lanzó una bolsa de cuero por encima de la mesa hacia mí.

—Ya las he vendido.

Me senté. Aquello me resultaba sospechoso. Eran unas mercancías siniestras las que podían cambiar de manos con tanta rapidez y por tanto oro. Y estaba de acuerdo con Benvenuto: John no tenía aspecto de comerciante.

—¿Al hombre de las escaleras? —le pregunté.

John sonrió.

—Cesare Ferramosca.

—¡Ferramosca! —El más leal de los emisarios del emperador. El hombre

en quien toda Roma confiaba para que negociara el tratado de paz con el duque de Borbón.

—Así que en eso comerciabas...

—Desde luego. De hecho no te mentí cuando te dije que era comerciante. Pero en estos tiempos los secretos son un bien mucho más rentable que cualquier otra cosa.

—¿Y habrá paz?

John se encogió de hombros.

—Nadie confía en nadie. Un embajador difama al otro. Ten por segura una cosa: tengamos paz o tengamos guerra, no será a causa de las figuras visibles. Las invisibles son las que cuentan.

—¿Los hombres como tú?

John sonrió con descaro. Aquella sonrisa suya que me era tan familiar barrió mis temores.

—Bien, este oro es bastante real, en cualquier caso. ¿Lo celebramos, Martin?

—Sí, patrón, traeré una botella.

Martin se marchó llevándose una de las dos velas. En la semioscuridad, John volvió a sonreír.

—Nunca me creíste, ¿verdad? ¡Ah, Florencia, ciudad de las delicias! Pero las noticias que proceden de allí no son buenas. Si el ejército imperial se acerca más, la población se levantará contra los Médici. Libertad, eso ven en el Imperio. El Papa y los Médici no significan otra cosa que tiranía y vasallaje. Sí, creo que Alessandro de Médici y sus compinches, el cardenal Cibo y el cardenal Passerini, esta noche están temblando en la cama.

No me gustaba oír aquello. Como todos los romanos, había empezado a considerar Florencia nuestro baluarte contra el ejército borbónico. La gente decía que los imperialistas tardarían meses o años en conquistar Florencia. La fuerza del duque de Borbón se agotaría antes de que se hubieran acercado siquiera a Roma.

—¿No todos los florentinos están a favor del Imperio? —le pregunté, mientras Martin servía el vino.

—Todos no. Pero con unos cuantos hombres valientes, apasionados de la revolución, bastará. Hombres como Salviata y Corsini, y De Bardi.

Al oír aquel nombre salté de la silla, como empujado por un resorte.



Recordé una vez más el diamante que había tenido en las manos sólo un momento en Venecia pero que tantas veces había visto en sueños. Vi su frío resplandor azul y su repentino fuego, y aquel velo lechoso que cubría súbitamente sus encantos.

—No estarás refiriéndote a Lorenzo de Bardi...

John levantó la copa y rio.

—¡No! ¡Al viejo, no! Me refiero a su hijo Alonso. Los dos no se quieren demasiado. El padre es un incondicional de los Médici y el hijo su apasionado detractor. Se dice que el viejo Lorenzo lo ha desheredado. No quiere verlo ni hablar con él. Morirá solo, porque ya no le queda salud. Y no tardará en hacerlo. Días, lo más probable... ¿Qué pasa?

Lo estaba mirando fijamente. Debía de estar pálido como un fantasma. La cabeza me daba vueltas. Lorenzo de Bardi muriendo en soledad, sin herederos. El viejo y el diamante. Muriendo. Solo. Sentí que lo tenía a mi alcance y supe en aquel mismo instante que nunca me contentaría con las otras piedras. Me levanté.

—John, ¿cuántos días se tarda en llegar a Florencia a caballo?

—Tres o cuatro si cabalgas rápido como el rayo. Y si las lluvias no han cerrado los pasos.

—¿Y a qué distancia de la ciudad crees que está el ejército del duque de Borbón?

—Por lo que sé, a unos sesenta y cinco kilómetros. ¿Por qué?

—Martin, encuéntranos caballos. Nos vamos.

—Por la sangre de Cristo, patrón. No; os lo ruego. ¿Por el diamante?

—Por el diamante.

—Pero ¿y la señorita Hannah? ¿Y Benvenuto?

Hannah... sí. En sus ojos había leído una promesa, sin duda. Casi lloraba de pensar en lo que podría estar perdiendo cuando dieran las doce de aquella noche. Pero ¿estaría ella aguardándome o sólo caería preso de patas en otra trampa, otra parodia, otra tomadura de pelo? Si conseguía aquel diamante, pensé, el diamante de la Vieja Roca de Golconda... la conquistaría.

—Le llevarás un mensaje —le dije a Martin—. Y Benvenuto puede trabajar perfectamente sin nosotros. —Me volví hacia John—: ¿Vendrás?

John se reclinó y se estiró.

—Mi querido Richard, eres mi amigo del alma, pero no volveré a meter la

mano en ese avispero.

—Muy bien, pues.

Martin seguía allí plantado. Di una palmada para que reaccionara.

—¡Rápido! Tenemos un largo camino por delante. Estaremos de vuelta dentro de una semana, lo prometo. Y esa piedra nos hará ricos.

Durante dos días recorrimos el valle del Tíber hasta Orvieto. Llegamos luego a tierras yermas por donde la carretera subía hacia un paso rocoso y pelado y donde el viento empujaba jirones de nubes. Teníamos enfrente la fortaleza de piedra de Radicofani, el puesto fronterizo de la República de Siena. La eludimos. Siena no era amiga del Papa, ni de Florencia. En una posada de las montañas conté las letras de cambio que me quedaban; calculé cuánto podía permitirme pagar, quedándome con lo suficiente para pagar a Benvenuto y volver a casa. Decidí que subiría la oferta a seiscientos ducados, cuatrocientos más de lo que había ofrecido en Venecia. Era una buena posibilidad, me dije. La última vez había fracasado. Todo dependía de la amplitud de miras del viejo. Guardé las letras de cambio y pasé ansioso una fría noche, intentando en vano dormir. Al día siguiente emprendimos el descenso hacia Cortona, en territorio florentino, y después los últimos ochenta kilómetros bajando por las colinas.

Por fin llegamos, Martin y yo, a la loma desde la que se veía Florencia; un bello panorama el de la ciudad amurallada con la cúpula de la catedral que sobresalía en su centro. Era el anochecer del once de abril. Faltaban diez días para la Pascua. Los tres o cuatro días que dijera John habían sido cinco. Cabalgamos de prisa hacia la ciudad y entramos en ella. Se respiraba un ambiente de tranquila opulencia. Los carros se marchaban a casa desde los mercados, los caballeros paseaban por las calles. Aquello en nada se parecía a la descripción que nos había hecho John de una ciudad dividida o temerosa de la guerra. Fui directamente a buscar el diamante.

El Palazzo de Bardi estaba en una calle que daba a la Piazza Della Signoria, en pleno corazón de la ciudad. El barrio de los banqueros y los orfebres no quedaba lejos y en sus calles abundaban los grandes palacios, por encima de los cuales se erguía la torre del Palazzo della Signoria. En la puerta de los De Bardi me presenté como un inglés que había trabado amistad con el dueño de la casa en Venecia y que rogaba verlo, aunque fuera brevemente. Caminé de un lado a otro del vestíbulo, impaciente, mientras le trasladaban el recado. Me fijé en las paredes desnudas de tapices y en los pedestales huérfanos de

estatuas. Era evidente que el anciano noble seguía yendo corto de ducados. El demacrado y viejo chambelán regresó.

—El *signor* De Bardi os recibirá.

Me condujo por una escalera lóbrega en la que resonaban nuestros pasos hasta una salita. Me detuve, desconcertado. Sentado a un escritorio de nogal había un hombre joven, elegantemente vestido con un traje de satén negro. Se levantó y lo saludé con una reverencia.

—¿Así que vos sois un amigo de mi padre?

—Tuve el honor de conocerle hace unos meses, en Venecia. ¿Sigue...?

—Todavía vive, sí. Pero no está en condiciones de recibir visitas. ¿Aceptaréis mi hospitalidad en su lugar?

El joven era cortés y distinguido. Sonrió, tocó una campanilla y le susurró algo al chambelán cuando éste volvió. No había nada que yo pudiera hacer excepto inclinarme y darle las gracias. Pero por dentro ardía de rabia. ¿Dónde estaba la amarga disputa entre padre e hijo que me hubiera brindado alguna posibilidad?

Alonso de Bardi me llevó a una habitación más pequeña, decorada con trampantojos. Volvió a sonreír y me indicó que me sentara. El mismo viejo chambelán nos sirvió vino y dos o tres platos de pollo, cordero y ternera, sencillos pero exquisitamente preparados. Alonso bebió copiosamente, rio, me felicitó por mi italiano y me preguntó por mis negocios en Venecia y en Roma. Le revelé que comerciaba en piedras preciosas y que compartía mi interés por ellas con su padre, pero no mencioné el diamante.

—¿Qué afortunado momento habéis escogido para visitar Florencia! ¿Me equivoco si digo que no habéis oído nada acerca del armisticio? Su Santidad y el duque de Borbón han firmado la paz. —Tomó otro largo sorbo de vino, apurando la copa—. Eso complacerá a muchísima gente.

Me quedé allí sentado, calculador y receloso. Ya había habido rumores de paz muchas veces antes.

—Pero... ¿a vos no?

Dejó de golpe la copa en la mesa.

—¿Por Dios que a mí no! No sabéis nada de Florencia, veo. No somos ni una verdadera república ni un ducado, sino malditos vasallos de la Santa Sede. Unos cuantos parientes ilegítimos del papa Clemente tienen la ciudad en el bolsillo.

Noté que arrastraba las palabras y se trababa. Fue contando con los dedos:

—Ahí tenéis al negro Alessandro de Médici, el bastardo principal; es hijo de una esclava: lo llaman el Moro. Luego está Hipólito de Médici, un joven libertino y holgazán, el bastardo número dos. Para apuntalarlos ahí está ese par de malditos cardenales eunucos: Passerini, ese buitres obispo de Cortona, y el apestoso Innocenzo Cibo, primo del Papa. ¿He dicho eunucos? Perdón. Olvidaba que Cibo es muy aficionado a darle palmaditas en las nalgas a la esposa de su hermano.

—¿Es por eso que vuestra señoría no lamentaría ver avanzar el ejército imperial un poco más hacia Florencia?

De Bardi me fulminó con la mirada, repentinamente receloso.

—¿A qué habéis venido aquí en realidad?

Hice un gesto con la cabeza hacia el barrio de los orfebres.

—A comerciar.

—¿Y ese comercio es una razón para ver a mi padre? Despertáis mi curiosidad, inglés. Bien, le veréis. ¡Marcello, viejo hijo de puta! ¡Luz!

Había oscurecido mientras comíamos. El chambelán volvió y con manos temblorosas encendió las velas de un candelabro de cinco brazos.

—Perdonad a mi pobre Marcello. Es lento, viejo y tímido. Un verdadero florentino. —Le dio al criado una leve patada en el trasero. Marcelo trastabilló.

Los tres salimos por otra puerta y subimos por una escalera de caracol. Martin, que había estado observando la cena discretamente, nos siguió.

Recorrimos oscuros pasillos hasta unas puertas dobles talladas. Alonso las abrió de par en par sin miramientos e irrumpió en la oscuridad.

—No os preocupéis por mi padre. De noche es cuando más desvelado está.

Cuando entré en la habitación vi una gran cama con dosel que conservaba sus cortinas de seda, azul intenso. Recostado sobre almohadones, un pequeño anciano consumido me miró con los mismos ojos afables que recordaba de Venecia. Tenía el rostro más amarillento y las facciones más marcadas, y cuando me acerqué noté el hedor a podrido que emanaba de su cuerpo. Alonso se quedó atrás, apoyado en la pared, sonriente.

El viejo Lorenzo levantó una mano huesuda para saludarme.

—Aquí está el inglés que tan a punto estuvo de comprar mi diamante.

Oí un resoplido detrás de mí. Alonso me había calado y tendría que llegar a

un trato con el anciano en presencia de su hijo.

—Lamento ver a vuesa merced tan enfermo. Lamenté más todavía enterarme de que habíais reñido con vuestro hijo. Me alegra comprobar que tales rumores eran falsos.

El anciano miró brevemente a Alonso.

—Estamos otra vez de acuerdo. ¿Y bien? No habéis venido sólo a verme. ¿Queréis echarle un vistazo al diamante?

Le hizo un gesto a Marcello, que dejó el candelabro y abrió el cofre que había junto a la cama. Sacó de él el joyero y de éste la bolsa de terciopelo rojo, que le tendió a su amo. Los dedos largos y temblorosos de Lorenzo de Bardi extrajeron el diamante de la bolsa. Contuve el aliento. Ya lo había visto a la luz del día; a la de las velas su seducción se multiplicaba. El sutil brillo recorrió la superficie semiopaca con apenas un toque de azul marino y carmín cuando el anciano le dio vueltas, con el rostro arrebolado. Yo estaba impaciente por tocarlo. Al fin Lorenzo me lo tendió. Lo levanté entre el pulgar y el índice. Era frío y suave. Cuando lo expuse a la luz de la vela, ésta penetró en él y experimenté nuevamente aquella repentina zambullida en sus profundidades, esa brillante cascada de colores; rojo sangre, índigo, verde mar. Aquello superaba incluso lo que recordaba. Había tres lugares distintos en los que el velo se abría, y en cada uno de ellos la danza de luz era diferente. Hubiera dado cualquier cosa por poseerlo.

El anciano sonrió, triunfante.

—¿Qué me dais por él ahora?

Le lancé una mirada esperanzada.

—Seiscientos.

Cabeceó.

—No está en venta. Comprádselo a Alonso cuando sea suyo. La semana que viene, tal vez. Quizás antes.

Pero una mirada al joven De Bardi me bastó para convencerme de que tendría pocas posibilidades por ese lado.

—¿Vender un diamante en bruto? —comentó despectivo Alonso—. No. Antes tendré que tallarlo. ¿Qué valdrá entonces? ¿Veinte mil?

Me volví hacia el moribundo.

—Os ruego que me permitáis llevarlo a tallar. Conozco al único hombre capaz de hacerlo. Vos sabéis que un error puede arruinarlo. Ochocientos.

Lorenzo me quitó el diamante. La cara se le iluminó cuando lo tocó. Luego gimí de dolor y se recostó en las almohadas con un suspiro.

—Nadie tallará esta piedra mientras yo viva. Pero volved a verme, inglés. Volved de día, cuando la piedra brilla verdaderamente. Vuestra conversación me anima.

Hice una reverencia y me volví para marcharme. Lorenzo estaba acostado, con el diamante en el puño.

Cuando regresábamos a nuestra posada, situada a unas cuantas calles del Mercato, Martin se guardó muy bien de decir nada. Al final no pude soportarlo más.

—¡Por Dios! —exclamé—. Dime que piensas que la nuestra es una misión de locos y que hemos terminado con ella.

—Yo no digo tanto, patrón. Sólo el tiempo dirá.

Día tras día me sentaba en la habitación oscura con vistas a Via dei Calzaiuoli, así llamada por sus zapaterías, pero de hecho una de las más importantes de Florencia.

El viejo Lorenzo me hablaba de su familia, del marchito esplendor de los Bardi, unos de los más ricos banqueros de Italia, hasta su bancarrota en el año 1343. Me hablaba de la rama de alto rango de la familia, los condes de Vernio, que todavía conservan una muestra de grandiosidad, su palacio de Via de Benci.

—Pero el esplendor hace mucho, mucho tiempo que desapareció.

Otras veces su conversación se centraba en la guerra.

—Demos gracias a Dios por el armisticio. El mundo tiene más sentido que cuando se despedaza. Alonso es un buen muchacho. Puede que hable de libertad, pero llegado el día se mantendrá al lado de su ciudad de origen contra los imperialistas. Debemos plantar cara a los invasores extranjeros. Los Médici tienen sus defectos, pero son florentinos, como nosotros. Si el Borbón alguna vez llega a Florencia, será a fuego y espada.

Aquellos discursos parecían agotarlo y se recostaba jadeando, con el diamante suelto en la mano.

Aquella demora me ponía frenético. Me imaginaba a los Cane en Roma, con el equipaje listo, esperando únicamente a que al Papa le placiera para

marcharse. Podía renunciar a la caza y regresar. Pero la atracción del diamante era demasiado poderosa. Y volver y enfrentarme a Hannah sin él, después del modo en que la había dejado plantada... no, eso era impensable.

Me quedaba sentado viendo a los doctores hacer una incisión en el brazo del anciano con el bisturí y dejar que la sangre se derramara en una bandeja en forma de medialuna. Los veía cambiarle las vendas de las úlceras inflamadas del costado. Cuando se las destapaban, emanaba de ellas un hedor a podredumbre. La lentitud de Lorenzo en morirse me horrorizaba. Pero el anciano parecía enteramente conforme. Yo y el diamante de Golconda íbamos a ser sus últimos compañeros.

—Llevo cuarenta y tres años mirando esta piedra todas las noches. Nada más ha perdurado.

—Vendédmelo —le susurré—. Dejad que la recompense. Se la ofreceré a un gran rey, que se la entregará a su dama, y ésta lo lucirá sobre el busto. Miles de personas lo verán.

Lorenzo me miró.

—¿De qué dama se trata?

—De la más hermosa del mundo. ¿Qué otra podría lucir el diamante más bello?

Su determinación flaqueaba, estaba casi seguro de ello.

—¿Os he hablado alguna vez del día que lo compré? —me preguntó—. Fue en Venecia, en el Rialto, en la época de Lorenzo el Magnífico. Corría noviembre de 1484. Un mercader recién llegado de El Cairo... no osaba quedárselo: la tentación de tallarlo era demasiado fuerte. No osaba. Pagué por él dos mil quinientos ducados.

—Igualaré esa suma —le susurré, consciente de que si lo hacía me arruinaría.

El puño de Lorenzo se cerró sobre el diamante y los ojos se le llenaron de lágrimas. Cuanto más cerca estaba de la muerte, menos se avenía a renunciar al diamante. Ya no pude soportarlo más; me levanté y salí en tromba de la habitación. Necesitaba pasear para airear mi frustración... pero volvería. Sabía que volvería.

Apoyado en la puerta, Alonso me miró marcharme con una sonrisa burlona.



Llevaba en Florencia una semana cuando Martin vino a darme una noticia durante el desayuno. Me levanté de un salto.

—¿Ha muerto?

Aquello era lo que más temía: perder al anciano demasiado pronto.

—Hay otros asuntos en este mundo aparte de vuestro diamante —me espetó Martin con irritación—. No. Los imperialistas avanzan.

—¿A qué distancia están?

—Se dice que se han desplazado hacia el sur, bloqueando la carretera por la que nosotros llegamos de Roma. Están en un lugar llamado San Giovanni Valdarno, a unos treinta y dos kilómetros valle arriba.

—Pero ¿qué hay del armisticio?

—También hay novedades acerca de eso. Los ochenta mil ducados que los florentinos mandaron al duque de Borbón para que pagara a sus tropas y persuadirlo de que se retirara... bueno, los ha devuelto.

Se me hizo un nudo en la boca del estómago. El Borbón había roto el tratado y tenía intención de atacar Florencia. Eso era lo que me había jurado: tendría la inteligencia y la suerte de evitar verme atrapado en una ciudad sometida a los horrores de un saqueo. No me terminé el pan ni el vino. Corrí hacia el barrio de los orfebres, donde había hecho unos cuantos amigos, y les pedí noticias. El pánico era general. Ya no había tiempo para exportar mercancías de la ciudad por seguridad. Oí maldecir a los Médici; al Papa, que había tenido la arrogancia de incorporar Florencia a la Santa Liga sin su permiso; al cardenal Passerini, que gobernaba Florencia y no tenía la menor idea de lo que hacer. «Debería armar a la población. Deberíamos tener las picas y los arcabuces del arsenal. Hay suficientes para defender las murallas del Borbón.» «Passerini no se atreverá. Sabe que si estamos armados será el primero al que rebanen el cuello.» «No tenemos elección.» «Esperará al último momento. El duque de Urbino viene hacia aquí, con los venecianos y el resto de aliados de la Liga.» «No harán nada. Puede que sean nuestros aliados, pero a Venecia no le interesa salvar Florencia.»

A continuación fui corriendo a casa de De Bardi.

—Debo marcharme de Florencia —le dije—. Mañana a más tardar. Os lo suplico, si queréis que la piedra alcance todo su esplendor cuando ya no estéis, vendédmela ahora.

La respiración de Lorenzo era más lenta y estertórea.

—Será para mi heredero —murmuró por fin.

Me aparté de él, frustrado. Pero no dejé Florencia. Permanecí los dos días siguientes alejado del palacio. Era un riesgo. No quería que muriera y me culpaba por mi crueldad al privarle de su única compañía. Al día siguiente, me decía, volvería y le dejaría hablar de los viejos tiempos, de cuando había adquirido el diamante, en los años ochenta del pasado siglo, cuando tenía trovadores y bufón y esposa. Luego volvería a intentarlo.

Llegó el domingo de Pascua y me apretujé en el Duomo entre la multitud para asistir a misa. Todo eran murmullos. Passerini estaba repartiendo armas, decían algunos. No, decían otros. Pero lo que oí una y otra vez era que la Liga estaba en camino. Se acercaba por el norte. Algunos decían que estaba a quince kilómetros, otros que a veinticinco. Florencia se encontraba entre dos ejércitos.

A la mañana siguiente, Martin llegó con una carta. La cogí, atónito. Nadie en absoluto sabía que yo estaba allí. Pero Martin me dijo que la había traído un mensajero al palacio de los Bardi, donde él había estado esa mañana, como todas, para preguntar por el estado del anciano. La abrí y leí su contenido.

Mientras vos vais detrás de vuestras piedras, ¿qué habéis dejado atrás? Os lo advierto, otro hombre la ronda. Si amáis algo aparte de vuestros guijarros, mejor será que volváis. Éste es el consejo de vuestro amigo (que se mantendrá en el anonimato) de Roma.

Me quedé sentado mirando el papel. Luego se lo acerqué a Martin y me levanté. Temblaba de furia. Alguien osaba cortejar a Hannah Cage en mi ausencia. Pero ¿quién? Rememoré aquella noche, la *dei moccoli*. Recordé a Cellini sentado entre las ruinas con la mano de Hannah en la suya, y la sonrisa de ella, la sonrisa que me pertenecía y que le dedicaba sin embargo a él. Hannah seguía en Roma: aquello al menos estaba claro. Pero mejor habría sido que hubiera estado de camino a Inglaterra, enamorada de mí todavía, que aquello. Le di una patada a la silla mientras Martin dejaba caer el papel.

—¡El demonio fue quien me habló por boca de ese orfebre Lucagnolo el primer día! ¡Nunca debí haber confiado en Cellini! ¡Ni por un instante! Y cuando pienso en esa última noche, antes de marcharme... Me esperaba,

Martin. ¡Me esperaba a mí!

No sólo eso. Había dejado mis piedras más valiosas a Benvenuto, un hombre que a punto había estado de cometer un asesinato en Florencia, un hombre en quien ningún orfebre de Roma confiaba. Me había acostumbrado a correr riesgos y a salir siempre triunfante. Pero ahora, aquello... después de todo lo que había pasado. Había hecho una jugada fatal. Podía dar a Hannah por perdida, tal vez también mis piedras, y yo... atrapado en una ciudad sentenciada a muerte.

—Patrón, ¿me aceptáis un consejo? Vuestro amor por ese diamante alimenta a De Bardi, lo mantiene con vida. Mientras permanezcáis aquí nunca se separará de él. Volved a Roma, patrón, y resolved vuestros asuntos.

Tenía una fuerte necesidad de hacer lo que me decía. Pero ya ninguna de mis otras piedras me satisfacía. Sólo el diamante de la Vieja Roca me proporcionaría el esplendor digno de la mujer a la que amaba. Y estaba allí mismo, a dos calles, en el puño de un moribundo.

—La suerte está echada. Mantendremos la apuesta un poco más.

Martin se limitó a suspirar, asintiendo.

Ese día De Bardi estaba muy apagado. Respiraba con dificultad mientras los doctores vestidos de negro le aplicaban emplastos de venenoso oropimente en las llagas y le limpiaban los humores corruptos con una esponja. Al día siguiente igual, y al otro.

El ejército imperial mantenía su posición: treinta mil hombres lo formaban, mal vestidos y mal calzados, desesperados, hambrientos de botín.

Frente a él estaban los venecianos, comandados por su capitán general, el duque de Urbino, que había dado un rodeo para situarse al sur de la ciudad, encarándolo. Eran sólo diez mil hombres. Una segunda fuerza aliada de franceses y suizos del norte ascendía a diez mil más.

—Urbino no luchará por Florencia —dijo Alonso de Bardi, sirviéndonos vino.

Mi deseo de conseguir el diamante le divertía enormemente y solía pedirme que comiera con él cuando dejaba a su padre. Me parecía una política inteligente aceptar.

—A cambio de nada, no. El Papa le quitó el ducado. Un modo estúpido de tratar a un hombre que puede que sea la única salvación de Su Santidad. Los Médici están atrapados como ratas. Passerini armará a la población. Debe

hacerlo.

Ese día y al siguiente hubo muchos rumores. El ejército del duque de Borbón se aproximaba, y los venecianos, se decía, habían retrocedido para estar más cerca de los franceses.

Yo seguía a la cabecera del enfermo. El viernes el anciano abrió los ojos y me contó en susurros una vez más cómo había conseguido el diamante. Abrió la mano y me dejó cogerlo. La piedra me atraía con su opacidad y sus destellos de fuego, y los ojos del viejo brillaron febriles viéndome mirarla. Luego tendió hacia mí sus dedos temblorosos para arrebatármela.

—Patrón —me insistió Martin cuando volvíamos dando un paseo—. Si nos marchamos ahora, todavía podremos escapar.

Pensé en Hannah, allí en Roma, y en lo que estaría haciendo, y apreté la mandíbula, furibundo.

—Un día más. Sólo un día más —le respondí sin embargo a Martin.

La calle estaba abarrotada a diario de gente que iba de un lado para otro para enterarse de las noticias. Tarde, el viernes, corrió la voz de que el cardenal por fin había reconocido que la ciudad estaba en peligro. A la mañana siguiente se repartirían armas entre la población.

Salí temprano. La ciudad ya estaba llena de agitación. Los hombres de los dieciséis *gonfaloni* en los que se dividía Florencia iban a reunirse en las iglesias, dispuestos a ser conducidos al Palazzo della Signoria para recoger armas. Martin y yo caminamos por las calles hacia el norte, pasando el Duomo y el palacio de los Médici. La estampa de todo un estado movilizándose para la guerra me asustaba y me estimulaba.

Cuando llegábamos a las murallas de la ciudad, cerca de la puerta de Faenza, el gentío se apartó de repente para abrir paso a un desfile de jinetes. Vi al cardenal Passerini en su litera, con los estandartes escarlata, y detrás de él a los cardenales Cibo y Ridolfi, y también el cortejo de Hipólito de Médici. Se dirigían al campamento del duque de Urbino, se decía, a ofrecerle un soborno en nombre del Papa para que acudiera a defender la ciudad.

—¡Adiós a los Médici! —se mofó alguien—. ¡Id con Dios!

La gente se rio mientras la puerta se cerraba a la espalda de la comitiva. Por un momento, la multitud, agitada e insegura, fue como el mar antes de la

tormenta.

—¡El pueblo! ¡El pueblo! —gritó alguien de repente.

—¡Libertad! —exclamó otra voz.

El clamor fue unánime. Inmediatamente todos supieron lo que hacer. Los tiranos habían abandonado la ciudad, y habían cometido la increíble estupidez de escoger precisamente ese momento para armar a la ciudadanía. La oleada de gente se dirigió hacia el sur, y Martín y yo la seguimos. En cada iglesia más hombres se unían a la marea humana, gritando repetidamente y cada vez con más brío: «¡Libertad! ¡Libertad!» Los estandartes de los dieciséis *gonfalonieri* ondeaban aquí y allá, por encima de las cabezas. Vi a jóvenes que corrían, gritando, y a hombres graves con cadena de oro y barba caminando con tranquila determinación, todos hacia el mismo destino. Cuando llegamos a la Piazza della Signoria ya se había congregado una enorme multitud. Algunos, que aún no habían oído la llamada, desfilaban en orden con su estandarte a la cabeza. Detrás se erguía el palacio, pálido y elegante a la luz matutina, con sus almenas escalonadas y la imponente torre, frente al cual sobresalía entre la multitud la maravillosa silueta blanca del David de Michelangelo. Contemplé su belleza un instante. David había sido retratado en un momento de resolución, antes de dispararle al gigante Goliat: una estatua propagandística de hacía veinte años, que representaba Florencia desafiando a los grandes poderes del mundo. Aquel día representaba la rebelión de los florentinos contra sus propios gobernantes.

En la puerta del palacio vi a un grupo de ancianos ciudadanos reunido alrededor de varios abanderados. Luigi Guiccardini, magistrado y abanderado de Florencia, discutía con algunos de los jóvenes más exaltados, rogándoles que mantuvieran la calma. De repente brilló una daga y uno de ellos se le echó encima. Guiccardini se desplomó. Un grito se elevó:

—¡El abanderado ha muerto! ¡Ha muerto!

La gente, que había permanecido quieta un momento observando la discusión que tenía lugar frente a la puerta, avanzó. Los guardias de palacio, hombres con arcabuces al hombro, se escabulleron rápidamente. La multitud se aglomeró en las puertas.

—¡A las armas! ¡A las armas! —gritaban todos.

Distinguí entre los asaltantes el rostro oscuro y decidido de Alonso de Bardi.

Martin y yo nos miramos.

—Volvamos a casa del viejo —le dije.

El gentío se acumulaba a la entrada de la plaza, así que tuvimos que retroceder contra la marea humana hacia Via dei Calzaiuoli. En la habitación del enfermo, el estruendo de la multitud era sólo un murmullo lejano al otro lado de las ventanas con las cortinas corridas.

Lorenzo, acostado, con los ojos abiertos, escuchaba. Estaba solo. Yo seguía de pie. No podía contarle lo que sucedía. De repente escuchamos disparos de arcabuz y, poco después, el tañido de la gran campana del campanario del Duomo; no la lenta llamada a misa, sino un toque a rebato. Golpeaban la campana con martillos como golpea un herrero el yunque: la señal de alarma. De Bardi volvió sus ojos hacia mí.

—Así que ha sucedido.

—Sí.

No le mencioné lo de su hijo todavía, porque valoraba si era necesario hacerlo. El viejo Marcello entró como una exhalación y le susurró algo al oído a su amo. La respiración de Lorenzo se hizo más agitada.

—Tienes que estar en un error —le dijo. Y a mí—: Hablemos de los viejos tiempos.

Se puso a contar la historia de nuevo. El viaje a Venecia, la música, el baile, las noches de amor. Exactamente como si yo hubiera vivido en 1484 y hubiera estado allí con él para compartir todo aquello. Fuera, los gritos decaían y volvían a aumentar. Marcello se marchó y regresó con el médico. Mientras, Lorenzo acariciaba la piedra.

—Dos mil quinientos —le susurré—. Os lo ruego.

Sonrió.

—El dinero ahora ya no significa nada para mí. Habladme, inglés. Contadme cosas de la dama de vuestro rey.

Y eso hice. Le describí su pelo, negro como el ala de un cuervo, sus labios sonrientes, sus pechos, que, cuando se vestía para llevar máscara, tenían los pezones rojos como cerezas. No tuve ningún reparo en mentirle, y el día avanzó hacia la noche, y la respiración del viejo se hizo paulatinamente más lenta y superficial. A veces, cuando el dolor era insoportable, cerraba el puño sobre la piedra. Marcello volvió a entrar en la habitación, en esta ocasión con un cura, y se sentó en un rincón. Mi desesperación iba en aumento. Hacía

mucho que el tañido de la campana había cesado. De pronto se oyeron fuera alaridos y carreras. Mandé a Martin a ver lo que sucedía y, al cabo de un instante, oí un ensordecedor cañonazo procedente de la plaza. Alaridos y gritos y más disparos, y el fragor de los hombres al ataque. Martin entró. Los Médici habían regresado a Florencia, apoyados por los venecianos: los rebeldes estaban atrapados en el palacio. El viejo tosió y se atragantó, y tanto el médico como el cura saltaron hacia él. Luego recuperó la respiración.

—Mi hijo... —murmuró.

—Vuestro hijo... —Iba a decírselo, pero no podía envenenarle aquellos últimos instantes.

Movió apenas los labios y se quedó dormido.

Volví a sentarme, frustrado.

La habitación estaba prácticamente a oscuras. Los disparos y los golpes acompañados de los arietes cesaron. Yo también debí de quedarme dormido antes de que oyéramos pesados pasos en el pasillo y la puerta se abriera de golpe. Entró Alonso. Estaba sin aliento. Llevaba la ropa polvorienta, había perdido el sombrero e iba con la espada desenvainada. Lorenzo abrió los párpados. Miró a su hijo fijamente, con los ojos amarillentos espantosamente abiertos en la cara cadavérica.

Alonso se derrumbó en una silla.

—Demonios cobardes y bellacos. Eso son los florentinos. Hace tres horas éramos los dueños de la situación. Estábamos por encima de las leyes, volvíamos a ser una república, llamábamos traidores a Hipólito y a Alejandro, habíamos mandado nuestro propio embajador a la Liga. ¿Y ahora? Han vuelto y los hemos perdonado. ¡Los hemos perdonado!

El viejo lo miraba aún, sin entender nada. Yo fui el único que le hizo preguntas a Alonso y le sacó la historia. Los jóvenes habían irrumpido en el palacio e instalado allí el parlamento de los rebeldes; durante tres horas habían hablado y discutido. A nadie se le había ocurrido apostar hombres en las murallas o bloquear las puertas para evitar el regreso de los cardenales. Nadie había recorrido las calles para movilizar a la gente. Habían tocado la gran campana, pero, sin líderes, los florentinos no habían hecho nada. Por la tarde, los Médici habían vuelto a Florencia. Habrían untado bien a Urbino. Sus hombres habían desalojado la plaza con una descarga de disparos y tomado el palacio. Alonso había sido quien había encontrado un depósito de

piedras para construir edificios, que habían arrojado a los atacantes desde las almenas. Aquello les había dado margen suficiente para entablar conversaciones, no con los Médici, que les habrían prometido la amnistía y el perdón y luego por la noche les habrían cortado el cuello, sino con los venecianos.

—Ellos son quienes nos han prometido que estaremos a salvo. Pero los agentes del Papa saben quiénes somos, conocen nuestros nombres. Cuando el ejército de la Liga se marche, estaremos muertos.

El rostro de Lorenzo era una máscara de horror e incredulidad.

—Mi hijo... —murmuró.

El médico le tomó el pulso y le hizo un gesto de cabeza al cura, que se acercó, se sacó del hábito un frasquito de oro y se puso a recitar en latín.

—*Indulgeat tibi Dominus quidquid per visum deliquisti.* —«Que Dios os perdone los pecados cometidos por la vista...» El sacerdote roció con unas gotas de aceite los ojos del anciano. Sí, había visto cosas hermosas y las había deseado. El cura lo absolvió de los pecados del olfato, el gusto, el tacto, la palabra y los genitales, ungiendo por turno cada órgano con los santos óleos.

Alonso se levantó.

—Adiós, padre. —Nos dio la espalda y salió de la habitación. Lorenzo volvió la cabeza de lado, de modo que me miraba a mí. Aflojó el puño.

—Tomadlo —me susurró—. Tomadlo.

Miré asombrado la piedra que descansaba en la mano del anciano, desprotegida. Busqué a tientas las letras de cambio bajo mi jubón.

Su voz era más que nunca un murmullo.

—No quiero oro. Tomadlo.

Cogí el diamante de su mano. En cuanto lo hube hecho, se relajó, como si todo el dolor lo abandonara en aquel mismo instante. Su cabeza cayó con un suspiro. El cura, que seguía con su letanía, se inclinó sobre él para cerrarle los ojos. La piedra lo había liberado. Era mía.



Esa misma noche salimos a caballo de Florencia hacia el oeste, por las colinas, alejándonos de los ejércitos. Luego volvimos sobre nuestros pasos, hacia el sur y el este. Dos días de viaje nos llevaron hasta Cortona y por aquel paso azotado por el viento hacia territorio del Papa. Los árboles verdeaban en las colinas y cubría la llanura una cálida neblina azul. No podía pensar en otra cosa que en Hannah, y en el traidor. Me había imaginado mi triunfo cuando Cellini viera el diamante. Ahora, cuando pensaba en él, el odio me hacía hervir la sangre. Era primero de mayo cuando por fin cruzamos el Tíber por el puente Milvian y entramos en Roma. Llevábamos fuera casi un mes. Flotaba en el aire una ligera niebla. Un guardia corpulento vigilaba la puerta, pero era un civil, no un militar. No había señal de las Bandas Negras de los Médici, ni de los suizos.

La rabia me arrastró hasta la vieja y conocida plaza, con su estuco pardo y la cenefa pintada con imágenes de antiguos héroes encima de las ventanas enrejadas. Aporreé la puerta. Me abrieron dos desconocidos. Iban armados con arcabuces. En ese instante otro miedo distinto me atenazó: ¿y si los Cage habían dado por concluida su misión y se habían marchado? Pero en cuanto pronuncié el nombre de Stephen Cage asintieron. Entré. Había más hombres armados en las escaleras, y un par de alabarderos custodiaban la puerta de la sala. Dentro se oía música y la risa de un hombre. Me dejé ver. Allí, en una silla dorada, junto a la chimenea, estaba Benvenuto. Susan Cage estaba con él, ambos con un laúd sobre las rodillas. Benvenuto tocaba muy bien. Tocó una frase alegre y esperó a que Susan lo siguiera, ceñuda y haciendo morritos, con notas más lentas pero delicadas. Luego se rio y le lanzó un nuevo reto. Ella murmuró algo con fingido disgusto. Avancé para encararme con ellos. Si se comportaba con tanta libertad con Susan, no quería ni pensar cómo se habría estado comportando con Hannah.

Desenvainé. Susan soltó un grito ahogado. Cellini dejó el laúd hábilmente y al instante siguiente estaba frente a mí, en guardia. Lo atacué. Respondió a mis golpes con sonoras paradas. Se defendía bien, pero no me atacaba. Susan saltó de su asiento.

—¡Estáis locos! ¡Parad! ¡Basta!

Las puertas se abrieron de par en par y los dos alabarderos entraron. Giré en redondo para enfrentarme a ellos.

—Dejadnos —dijo Cellini—. No es más que un combate amistoso.

Los hombres se retiraron, no demasiado convencidos.

—Sabes que puedo simplemente ordenar a mis hombres que te maten — me dijo Cellini, moviéndose en círculo—. Esos soldados son míos.

Volví a atacar y esquivó.

—¿Vuestros?

—Las Bandas Negras se han marchado. ¡Oh, el Papa las ha despedido! Su pillaje se había convertido en una molestia. Además, le costaban treinta mil ducados al mes. —Me atacó con energía y aparentemente sin esfuerzo. Yo estaba cansado, me di cuenta entonces, a causa del viaje, y a mis paradas les faltaba fuerza.

—¿Y los soldados?

—Cada casa se procura su propia protección. Mis amigos y yo protegimos a Alessandro en una ocasión, cuando los Colonna invadieron Roma. Ahora nos ha vuelto a llamar. Vivo aquí, con estas encantadoras damas.

—¡Traidor!

Arremetí contra él, entrando a fondo. Era una estocada mortal. Sin embargo, Cellini cruzó su hoja con mi guarda justo a tiempo.

—¡Parad, por favor! —gritó Susan, riendo al mismo tiempo—. ¡Sois tan cómicos! Richard, ¿lo recordáis?: «Otro hombre la está rondando.» Tendríais que buscar a otro, no a Benvenuto.

Bajé la espada y la miré. Así que la carta era suya. En aquel momento la puerta de la galería se abrió y entraron Grace y Stephen, seguidos de John, al lado del cual estaba Hannah, que iba de su brazo.

—¡Cómo! ¡Espadas! —Stephen se nos acercó corriendo, sacudiendo la mano como uno hace para separar a unos perros que se pelean—. Deponed las armas. Deponedlas.

—No ha sido más que una simple diferencia de puntos de vista —dijo Cellini. Envainó la hoja. Yo miraba a John. Empezaba a sentir mi asombro y mi rabia cuando Hannah se apartó de él y corrió a mi lado. Se colgó de mi hombro, y la calidez y el peso de su cuerpo cambiaron mis sentimientos instantáneamente.

—¡Gracias a Dios! —suspiró—. Todo el mundo habla del levantamiento en Florencia. ¿Escapasteis antes?

—No, estaba allí. —De repente la espada era un engorro. La devolví a su vaina. Hannah tenía los ojos brillantes. Su admiración, su preocupación y su devoción eran todos para mí y sólo para mí. Eché un vistazo a John. Se me acercó ágilmente, de una zancada, y me estrechó la mano.

—Viejo amigo. Casi te dábamos por perdido. Pero eres como yo, siempre sales con bien de todo.

—Y llegáis en buen momento para comer. —Grace me dedicó su refinada sonrisa. Llamó a Fenton y enseguida dio comienzo el viejo ritual: pusieron las tablas encima de los caballetes, desplegaron los manteles, entraron los trovadores. Las bandejas de plata, los candelabros dorados, los tapices, todo parecía haber sido desempaquetado de nuevo.

Nos sentamos. Con los ojos de Hannah mirándome y sus ansiosas preguntas, lo que quedaba de mi furia desapareció. Stephen también me trataba con mucho respeto y quería enterarse de todos y cada uno de los movimientos de los ejércitos.

—Cuando me marché —le dije—, los españoles y los lansquenetes habían retrocedido. Estando los venecianos en Florencia, ésta les parece una ciudad difícil de tomar.

Hannah intervino.

—¡Oh! ¿Qué es un... un lansquenete?

Me volví hacia ella, encantado con su interés.

—Un lansquenete, mi querida Hannah, es un demonio criado en Alemania, con una espada en una mano y Lutero en el corazón.

Hannah se estremeció, horrorizada, y posó una mano en mi brazo. Yo no cabía en mí de gozo. En mi cofrecito tenía el diamante de la Vieja Roca, cuya existencia nadie conocía todavía. Pero me prometí que no se lo enseñaría a Hannah hasta haberlo hecho tallar; luego la dejaría pasmada con él. Entonces sabría sin duda lo alto que llegaría yo cuando volviéramos a casa.

Después de comer paseé con ella por la galería y le rogué por fin que me perdonara: por haberme marchado corriendo esa noche cuando deberíamos habernos encontrado en el jardín, por luchar como un animal en la sala, por mis vanos celos y mis sospechas.

Me apretó el brazo.

—Querido Richard. Espero que lo que ganasteis en Florencia fuera más valioso que lo que os perdisteis esa noche.

—Pagué por ello un precio terrible. Pero ¿habrá otras noches?

—Tal vez.

Cellini apareció en aquel momento.

—Si ya os habéis apaciguado, acompañadme al taller. Me parece que vais a llevaros una sorpresa —me susurró al oído.

Hannah me dedicó una última sonrisa evasiva pero prometedora. Cellini y yo caminamos juntos a la luz del atardecer. Nada dijimos hasta que estuvimos en el taller, junto al río, y Cellini abrió su arcón y me tendió un medallón con cadena, un disco de unos cinco centímetros de diámetro. Allí estaba: el jardín, tal como lo habíamos ideado. Allí estaban los campesinos en oro repujado, segando maíz con sus hoces; los prados con jacintos carmesíes como amapolas; el pastor al pie del árbol; las ninfas, una vestida y dos desnudas, con los pies colgando sobre el pálido y lechoso estanque del zafiro blanco, cuyo borde rodeaban las nueve perlas de Hipólita. Había aprovechado hasta el último milímetro de espacio y, sin embargo, la composición no resultaba recargada ni forzada. Sólo faltaba una cosa. En lugar de la lejana dehesa representada por la esmeralda escita había una cuenca vacía.

—Es una maravilla... —murmuré—. ¿Y la esmeralda?

—La esmeralda, decís. —Cellini se mesó la barba—. ¡Bueno! Intenté tallarla y no pude.

—¡No pudisteis!

Cogió la piedra redonda y suave con la otra mano. Relució con un pálido brillo color hoja de haya, con destellos de turquesa y ámbar.

—Miradlo. ¿Habíais visto alguna vez una esmeralda parecida?

Tenía que admitir que no. Siempre había tenido algo raro aquella piedra. Era demasiado pálida, brillaba con demasiada facilidad y con unos colores demasiado inconstantes para ser una esmeralda. Pero su belleza siempre había aplacado mis sospechas.

—¿Estáis diciéndome que es falsa?

Cellini arrojó al aire la piedra y la atrapó.

—Eso depende de lo que queráis decir. No es una esmeralda. Es un diamante.

—¡Un diamante!

—Uno de los más raros. Es un diamante verde. Sólo había visto uno como éste.

Cogí la piedra de su mano con avaricia. Para mí ya estaba claro. Tenía el temperamento de diamante: su profundidad límpida, su repentino estallido de color, pero todo ello verde esmeralda. Era una maravilla.

Miré a Cellini.

—¿Lo tallaréis? —le pregunté.

—Si queréis arriesgaros. Pero el verde de un diamante de esta clase está más bien en su superficie únicamente. Es una virtud que las piedras absorben de su roca materna, pero que no penetra hasta su corazón. Talladla y tendréis sólo una vulgar piedra blanca.

La miré fijamente. Su superficie ondeaba como una suave corriente de agua.

—Es perfecto tal cual.

Asintió con un movimiento de cabeza y me miró de soslayo, sonriendo.

—Paulino, tráenos vino. A nuestro amigo le hace falta. Se marchó a Florencia por una piedra y ha vuelto sólo con mal humor.

Me tocaba a mí sonreír. Me saqué el cofre, lo abrí y le tendí a Cellini un trozo de seda doblada. Él la desdobló y sacó la piedra: el diamante de la Vieja Roca de Golconda. Lo expuso a la luz en silencio, le dio vueltas hacia abajo, de lado, hacia atrás; se detuvo y volvió a girarlo. Yo le dejé hacerlo, en silencio.

—Sus principales facetas están aquí —murmuró—, una vez hayamos eliminado la imperfección. Tiene una buena transparencia, muy buena. Es puro, límpido, de un azul plateado. Por la forma en que la luz... sí, la luz invita a situar la tabla aquí. Y su modo de brillar, su fuego, serán de lo mejorcito. Pero será un trabajo peliagudo. ¡Oh, sí! ¿Deseáis que lo intente?

Yo estaba justo a su lado, mirando desde su misma perspectiva el diamante. Ya lo veía de un modo distinto. La gema oculta bajo su suave capa externa parecía saltar a la vida.

—Confío en vos —le dije.

—¡Ahora confiáis en mí! —Cellini soltó una carcajada—. ¿Y qué planes tenéis para esta piedra?

—Una espina. Una espina que atravesase el corazón.

Cellini me entregó el diamante.

—Tenéis razón. Esta piedra es letal. Es una piedra por la que los hombres

matarían. —Tenía una mirada penetrante—. No tengo ni idea de cómo habéis podido permitíroslo.

—Digamos únicamente que todavía me queda lo suficiente para pagaros. —Saqué los granates rojo sangre y los diamantes de Balás y las amatistas, y lo dejé todo al lado del diamante. Cellini, provisto de papel y carboncillo, ya había empezado a bosquejar.

Aquella noche, de regreso en La Nave, me senté a beber con John, que había pedido una botella de vino añejo del más fino.

—Amigo mío —protestó, con las manos abiertas en un gesto de súplica—. ¿Qué podía hacer yo? Hannah estaba destrozada. Simplemente le hice compañía lo mejor que supe. No hablábamos de nada más que de ti. Y cuando Benvenuto reclutó su pequeño ejército, le ofrecí mis servicios.

»Así pues, ¿Susan te mandó de verdad una carta a Florencia para advertirte de que te estaba suplantando? La pequeña puta tiene valor.

Me reí. John tenía razón. Susan no era más que una chiquilla rencorosa. Envidiaba la felicidad de su hermana, y a lo mejor le hubiera gustado tener para sí algunas de las sonrisas de John.

Estaba impaciente de que Cellini se pusiera a trabajar. Pero se pasaba varias horas al día en el Pallazzo del Bene. Según explicaba, Alessandro se preocupaba constantemente por sus defensas. Los hombres allí acuartelados eran cincuenta en total; había unos cuantos en los tejados, otros en los dos jardines que flanqueaban las alas del edificio, otros dispuestos a defender las ventanas. Quince eran arcabuceros y el resto iban armados con picas, ballestas y espadas. Tenían una buena cantidad de pólvora, que Cellini se ocupaba personalmente de moler y mezclar.

Del ejército del Borbón no había noticias. Se suponía que seguía en Siena, donde había ido a reabastecerse. La mayoría de los romanos no creían en el peligro. Un ejército andrajoso a ciento noventa kilómetros de distancia, para el que Florencia seguiría siendo un asunto pendiente antes siquiera de volverse hacia el sur, hacia Roma... ¿Qué peligro podía representar eso? La milicia ciudadana obedecía de mala gana la orden de patrullar las puertas y las murallas. ¿Para qué? Sólo un puñado de hombres, como Alessandro, temía lo peor, y había hecho sus propios planes en consecuencia. Stephen Cage era

otro de los que se tomaban en serio la amenaza.

—Deberíamos largarnos de esta maldita ciudad en cuanto podamos —me dijo en voz baja—. Nuestras cosas están a punto para ser cargadas con pocas horas de antelación. —Se despidió para hacer otro viaje por el río hasta el palacio del Papa.

Mandé a Martin en busca de noticias a la ciudad. Ya hablaba italiano casi tan bien como yo y sabía que podía confiar en él como espía.

Era viernes y hacía dos días que había vuelto a Roma cuando Martin trajo una carta del albergue inglés. Me la mandaba Bennet Waterman. La cogí de un manotazo, impaciente, y me senté de inmediato a descifrarla.

Mi querido Richard:

Por fin puedo proporcionarte un nombre, uno que está en boca de todos en la corte y que pronto toda Inglaterra conocerá. Se llama Ana Bolena. Es una dama de Kent. Tanto su padre como su hermano son cortesanos y es hermana del último amor del rey, Mrs. Mary.

El rey la considera una belleza, aunque no lo sea. Tiene el pelo y los ojos oscuros, la silueta esbelta, es de temperamento ingenioso y sagaz. Su emblema: un halcón.

Por fin entiendo el temor que veo a diario en mi mentor, el cardenal Wolsey. Tuvo algo que ver en la ruptura del compromiso de lady Ana hace algunos años, por eso ella lo odia. El amor del rey la convierte en una mujer poderosa, lo bastante tal vez incluso para amenazar al cardenal. Bien podía llamar Cuervo Nocturno a esa oscura mujer que vierte injurias contra él en los oídos del rey cuando están los dos juntos a solas. Pero el cardenal jura que sus días de esplendor están contados. Cuando el rey se divorcie y se case con la princesa d'Alençon, de esa Ana no volverá a saberse nada.

Por el bien de tus asuntos, vuelve corriendo a casa. El miedo es nuestro pan de cada día. Otra cosa te digo además: el cardenal teme cada vez más lo que el emisario secreto pueda estar haciendo en Roma. Y estoy disgustado contigo, Richard: tres meses en Roma y ni una palabra del agente enviado allí para acosarnos. Si no fueras mi propio sobrino, sospecharía que me ocultas algo.

Bueno, hemos descubierto su nombre a pesar de todo, y es alguien de

quien guardarse y a quien temer: Stephen Cage. Es el primo de lady Ana, un hombre fuerte de su facción y, por tanto, enemigo del cardenal Wolsey y nuestro.

Te lo ruego, mándame pronto noticias de Italia y, si puedes, dime algo de ese Stephen Cage. Es un hombre peligroso.

Dejé la carta y exhalé con fuerza. Por fin tenía un nombre. Un nombre y una cara. Vi mentalmente a lady Ana, con mi cruz de ópalos sobre el busto, o mi barco, o mi idílico diamante verde. No era una belleza, aseguraba Bennet, pero era sagaz: mejor que mejor. Apreciaría mis tesoros y haría suya su belleza.

Pero la segunda parte de la carta era un golpe duro para mí. Lo que llevaba semanas sospechando era cierto: Stephen era el hombre en Roma. No había escrito a Bennet desde que había conocido a los Cage, y mi deslealtad me cargaba con el peso de la culpabilidad. Si no me andaba con cuidado perdería pronto la confianza de mi tío, y temía el perjuicio que pudiera ocasionarme el hecho de que el cardenal Wolsey llegara a considerarme uno de sus enemigos. Pero no era más que otro riesgo que debía asumir. Mi nueva lealtad me obligaba y la carta de Bennet confirmaba que hacía bien en mantenerme cerca de los Cage. Stephen era un Bolena, la facción que contaba con el lugar de Ana en el favor del rey para asegurarse su propia fortuna. Yo también formaba ahora parte de esa facción. Debía hacerle a Stephen Cage todos los favores que pudiera, para que estuviera en deuda conmigo. Era el modo más seguro para mí de llegar a la corte y a la mujer a la que amaba. Pero las sospechas y las advertencias de mi tío seguían acosándome. ¿Qué estaba haciendo allí Stephen?

Le leí la carta a Martin, que soltó un silbido.

—Estáis jugando a un juego peligroso, patrón, porque no sabéis quién es quién ni quién impone las reglas. Manteneos al margen de esas intrigas cortesanas y, por el amor de Dios, vayámonos a casa.

—¿Qué? ¿Ahora que acabo de enterarme del nombre de la dama? ¿Y quién tallará nuestro diamante? No. Todavía no, Martin. Todavía no.

Al día siguiente, sábado, cuatro de mayo, salí como de costumbre hacia el



taller de Cellini. Cuando bajaba camino del río oí el tañido de las campanas de San Pedro y de Santa Maria del Popolo, al norte, e inmediatamente después las de toda la ciudad. Benvenuto salió y nos quedamos los dos allí, escuchando, mirando hacia la orilla opuesta de un Tíber hinchado de turbulenta agua amarronada.

—¿Qué creéis que es? —dije.

—Supongo que ya nos enteraremos.

Cruzamos juntos el puente de Sant'Angelo y fuimos hacia el Borgo. Allí había un torrente de gente que salía corriendo de casa para ver qué pasaba. Entre el gentío, grupos de soldados se abrían paso hacia las murallas de la ciudad: el general del papa Clemente, Renzo da Ceri, había movilizado lo poco que quedaba de los destacamentos de suizos y de la milicia ciudadana. Junto al palacio del cardenal Campeggio subimos a la muralla por unas escaleras de piedra, adelantando a los hombres que acarreaban con esfuerzo barriles de pólvora para el cañón de las torres. Desde allí oteamos el valle pantanoso conocido como del Infierno. Teníamos frente a nosotros un ejército cuyos flancos se prolongaban lo que parecían kilómetros a derecha e izquierda. Los estandartes ondeaban en los distintos regimientos; las picas arracimadas, la extensión más grande y desordenada de los arcabuceros, la caballería y, detrás, montones y montones de carromatos. El fragor de los cascos de los caballos y el estrépito de los arneses y las armaduras era audible desde nuestra posición. Los hombres que nos rodeaban contemplaban aquel panorama asustados y asombrados. Yo también estaba conmocionado. Sabía por experiencia que aquel ejército había estado en Florencia, a doscientos cuarenta kilómetros, sólo una semana antes.

—Debo ir a ver a Alessandro —dijo Cellini.

Caminamos de vuelta por una ciudad en la que vimos agrupar a criados y artesanos en compañías y armarlos. Tenían un aspecto desgachado y poco entusiasta. En el barrio de los orfebres Cellini se detuvo a hablar con un conocido aquí y otro allá, y nos enteramos a fragmentos de lo que se rumoreaba. Nadie parecía demasiado preocupado: «Las murallas nos protegerán.» «¿Cómo sabemos que ese ejército es del Borbón? Es más probable que sea de la Liga.» «Se dice que los imperialistas se están muriendo de hambre.» «Tienen que serlo: sin las Bandas Negras estamos indefensos.» «Bueno, supongamos que el Borbón toma la ciudad. Las cosas sólo pueden ir

a mejor.» «Cierto, Roma ya ha estado sometida a los curas demasiado tiempo. Dejemos que el emperador venga de España a gobernarnos. ¿Por qué no?»

Fuimos al Palazzo del Bene, a cuyas puertas los hombres de Cellini montaban guardia, inquietos. Paquetes y fardos abarrotaban el vestíbulo y los criados de los Cage iban de un lado a otro sacando todavía más. Sentí un pinchazo de aprensión y corrí escaleras arriba. En la galería encontré a John, con un arcabuz al alcance de la mano, hablando con Hannah. Mis sospechas se reavivaron de inmediato, pero la sonrisa con la que me recibió John era abierta e inocente. Hannah corrió hacia mí. Apoyó la cabeza en mi hombro y murmuró:

—Esto me espanta.

John, sonriente, se retiró.

—¿Asustada? ¿Vos? —Le palmeé el brazo—. ¿La joven que se ponía en el camino de los toros bravos?

—Hay más motivos para asustarse de esto que de unos cuantos toros.

—Nadie parece preocupado.

—Pero mi padre lo está.

Mi obligación era seguir hablando para tranquilizarla y persuadirla de que en realidad no había nada que temer. Estaba disfrutando de mi papel de galante protector. En aquel momento la puerta de la salita se abrió y nos apartamos rápidamente. Stephen y Grace entraron, seguidos de Susan. Grace me estrechó la mano en silencio. Stephen, cargado de documentos lacrados, echaba chispas por los ojos.

—¡Demonios! ¡Tal vez vos podáis decirme, Richard, cómo han cubierto tanto terreno los imperialistas en tan poco tiempo, vadeando ríos crecidos, marchando cincuenta kilómetros diarios! ¿Acaso están famélicos, demasiado débiles para marchar? Bien, ya han mandado a su trompetero a las puertas de la ciudad, a pedir la rendición de Roma. ¿Sabéis qué estandarte llevan?

Negué con la cabeza.

Stephen me golpeó el pecho con el índice, sin soltar los documentos.

—Una horca. Una horca con una soga para colgar al Papa. Así es como el Borbón infunde en sus tropas el espíritu de la marcha. Eso es lo que les está prometiendo a luteranos, moros y judíos, a todos aquellos a quienes la Iglesia persigue. Bien, que se venguen si pueden. ¿Dónde está el tratado de paz del Papa? Esto ya lo preveía Ferramosca cuando decía a los españoles y alemanes

que nunca podrían confiar en el papa Clemente. ¿Y dónde está el ejército de la Liga, que debería haber detenido a éste antes de que llegara tan lejos?

—Querido Richard —intervino Grace—. ¿Por qué no venís con nosotros? Seguidnos a casa, a Inglaterra.

—¿Os marcháis en serio?

—En cuanto podamos —me respondió Stephen—. ¡Su Santidad! —escupió—. Es exactamente lo que los chistes populares dicen de él: el Papa de los síes y los tal veces, el Papa de los pies de plomo. Mañana, dice. Bueno, mañana pues. Y, si no, nos vamos. —Me miró a los ojos un instante y permitió que una sonrisa de complicidad le cruzara la cara—. Nos comprendemos cada vez mejor, vos y yo, creo. Debería procurar llevar más lejos nuestra conversación. —Se volvió de repente para consultar algo con Fenton y me dejó con la desagradable sensación de que a cambio de un favor se me pediría que traicionara más todavía los secretos de Bennet.

—Pero las carreteras... —me quejé a Grace—. ¿No estaréis más seguros aquí?

—La carretera de Ostia pasa por el este del río... —dijo suspirando Susan, como si estuviera instruyendo a un niño—. Los imperialistas están al oeste. Si nos marchamos ahora no correremos peligro.

—Consideradlo, Richard. Por favor, hacedlo. —Grace volvió a apretarme la mano y se volvió hacia su marido.

Miré a Hannah, que me recompensó con una de sus amplias sonrisas. Me sentí tentado. Me imaginaba camino de Ostia, navegando hacia casa con Hannah, cabalgando por Francia en aquella nutrida y esplendorosa cabalgata de la casa de los Cage, con los criados plantando el pabellón para uno de sus fantásticos almuerzos allí donde nos detuviéramos. Y Hannah: verla todos los días y, sí, con suerte, de noche. Pero luego me acordé del diamante sin tallar, opaco, neblinoso, con sus encantos todavía ocultos y que tal vez nunca serían revelados. ¿Cuántos de sus anteriores propietarios ni siquiera habían intentado tallarlo, disuadidos por una u otra razón? ¿Iba a ser yo como ellos y volvería a casa con maravillosas joyas, sí, pero sin el tesoro más grande de todos? Cellini había engastado el diamante verde el día anterior. El diamante de Golconda seguía guardado en su arcón, esperando.

—Unos días más, Grace —respondí—. El peligro de los imperialistas no es tan acuciante. Luego, si Dios quiere, me reuniré con vuestra familia.

Me despedí con una profunda reverencia, y Hannah me miró partir, huraña.

Me consolé con la idea de que pasaría algún tiempo antes de que los Cages lo tuvieran todo dispuesto para marcharse. Quería ver a Cellini, insistirle en que volviera al trabajo. Pero estaba ocupado con Alessandro, discutiendo si poner más ballesteros en las ventanas posteriores. Me marché, echando humo por las orejas. Con Martin salimos a recorrer la ciudad en busca de noticias.

En algunos barrios había temor, pero en la mayoría una alegre confianza. No había grandes prisas por escapar de la ciudad ni para poner a salvo los objetos de valor. Los imperialistas, por lo que parecía, no disponían de ningún cañón: los habían dejado atrás, en Siena, para poder completar la marcha con tanta rapidez. Serían incapaces de bombardear las murallas. Esa noticia me alentó.

Aquella tarde, el Papa celebró una misa en San Pedro. Se sentó en su trono, vestido con un bonete violeta, mirándonos desde su posición más elevada, en los ojos su habitual expresión de soberbia cautela. Dio un largo sermón, instando a su pueblo a no temer nada, con aquella voz suya cadenciosa. Los imperialistas no tenían la fuerza suficiente siquiera para tomar una pequeña fortaleza, mucho menos una ciudad como Roma. Después del primer ataque fallido, el ejército se disolvería y no volverían a verlo más.

—Dios, en su misteriosa providencia, ha conducido hasta aquí a los herejes luteranos, hasta el trono de su sagrada religión, para destruirlos y dar ejemplo con ellos. Todos aquellos que mueran en la defensa de su Santa Ciudad recibirán el perdón de todos los pecados y entrarán de inmediato en el paraíso, y también sus herederos recibirán lucrativos beneficios eclesiásticos. Dos días: eso es todo lo que necesitamos. Si nos mantenemos en las murallas dos días, se irán.

Había miedo, pensé, en su modo de mirar y de humedecerse los labios carnosos. Pero la congregación murmuró apreciativamente. Su Santidad bajó del trono y doce sacerdotes con sobrepelliz blanca formaron un círculo detrás de él. Cada uno llevaba un largo cirio encendido. La iglesia estaba en silencio. Entonces el papa Clemente empezó la terrible ceremonia del anatema. Expulsó al duque de Borbón y a sus cómplices del seno de la Santa Madre Iglesia y los condenó a todos, a treinta mil almas, al fuego de Satán y sus ángeles por toda la eternidad.

Un murmullo de satisfecho espanto recorrió la multitud cuando los doce sacerdotes arrojaron al suelo los cirios, que rodaron hasta que todas las llamas se hubieron extinguido.

# QUINTA PARTE

## EL RUBÍ DE SERENDIP: UNA PIEDRA QUE ENCIENDE LA SANGRE

*Roma, 5 de mayo de 1527*

*Fortuna todo lo puede:  
eso creo,  
nadie tiene fuerza para combatirla;  
... pero ¿es Fortuna voluntad de Dios, como dicen  
algunos?  
No lo creo.  
En tal caso Dios sería injusto, veleidoso,  
... severo y cruel como ella.*

ANTONIO FILEREMO FREGOSO,  
*Diálogo sobre Fortuna*

Al día siguiente, Renzo da Ceri se dejó ver con su yelmo empenachado en todos los barrios de Roma, impartiendo órdenes para posicionar las reservas, señalando los tramos de muralla deteriorados y mandando obreros con carretillas de piedra y cal. Era un loco arrebatado de precipitación; yo no sabía si reír o estar asustado viendo a los hombres levantando muros cuando teníamos al enemigo acampado a las puertas. Los obreros obedecían de mala gana. Renzo no podía estar en todas partes a la vez y, en cuanto se iba, dejaban la pala y se marchaban a la taberna más cercana. Oíamos al otro lado de los muros el ruido de los cascos y el murmullo distante de muchos hombres. Aquel maldito ejército no se iba.

Cerca de mediodía hubo una gran agitación en la ciudad. Se habían oído cañonazos en la zona norte del Borgo, y el fragor y el clamor de la batalla. Los imperialistas intentaban escalar las murallas. Yo estaba sentado en la sala de los Cage con John y las mujeres, mientras que Stephen estaba solo en su estudio. No hablábamos. De vez en cuando oíamos a Stephen dando patadas en las paredes, murmurando para sí y gritando luego. Por lo que parecía, estaba indeciso. Todas las pertenencias de los Cage estaban embaladas, pero seguían sin irse. Benvenuto, que había dejado el diamante, estaba sentado en el tejado oteando el horizonte. De vez en cuando Paulino venía a traernos noticias.

—Se retiran —nos dijo por fin.

Reímos y nos felicitamos. El ataque había durado apenas una hora. Por lo que parecía, el Papa había estado en lo cierto acerca de la debilidad de los imperialistas. Grace mandó llamar a los trovadores y al cabo de poco estábamos bailando mientras las campanas de toda Roma repicaban y los hombres corrían por las calles al grito de: «¡Victoria! ¡Victoria!» Stephen entró, muy serio. Sin decir una palabra salió y bajó las escaleras.

—El Papa —susurró Grace. Las chicas asintieron con la cabeza. Esa mañana se había hecho público el anuncio de que nadie podía abandonar la ciudad; pero Stephen, no me cabía duda, obtendría una dispensa si quería.

Le ofrecí a Hannah mi mano.

—¿Queréis dar un paseo conmigo por el jardín?

Grace sonrió con aprobación. Tuve la fuerte sensación de que el tiempo que me quedaba para pasar con Hannah era poco, obtuviera Stephen o no lo que quería de Su Santidad. Dimos una pequeña vuelta por el jardín, siguiendo el sendero de grava, pasando junto a las estatuas romanas, los limoneros, la glorieta, la enredadera por la que nunca había trepado. Ella caminaba a pasos lentos y silenciosos. Estuvimos callados hasta que empezamos la segunda vuelta.

—Me he enterado del secreto que habéis intentado con tanto esfuerzo ocultar —le dije.

Hannah levantó la vista rápidamente.

—La amante del rey —proseguí.

Parecía cauta.

—¿Os habéis enterado? ¡Qué inteligente sois, Richard!

—Debéis conocer a lady Ana Bolena muy bien: procede de Kent, como vos. Sois un misterio para mí, Hannah. ¿Por qué no me lo dijisteis?

Me miró un momento y luego sonrió y observó las marcas que sus pies dejaban en el sendero.

—Y vos lo sois para mí: por lo enamorado que estáis de vuestras piedras. Primero una, luego otra; luego ésa no es y necesitáis una todavía más espléndida. Sois un hombre perdido, Richard.

Volví a argumentarle que lo hacía todo sólo por ella.

—Cuando estemos en casa y tenga éxito con el rey, entonces lo entenderéis.

Se detuvo y levantó la cabeza para mirarme, con la frente fruncida. No entendí lo que le preocupaba, pero la inquietud de sus ojos la hacía infinitamente hermosa.

—¿Lo haré?

No le respondí, sino que me acerqué a ella y la besé. Suspiró levemente y dejó las manos en mis hombros. Cerró los ojos y se puso de puntillas para entregarse a aquel beso. Pero fue triste, pensé. Tuve la sensación de que tal vez aquél no era uno de nuestros primeros besos, sino el último. Se apartó repentinamente cuando oímos a Stephen dar voces en algún lugar de la casa.

—¡Fenton! ¡Fenton! ¿Dónde están esos caballos? ¡Te he dicho que necesitamos más! Y carga la plata en el carruaje de en medio. Pon hombres



armados delante y detrás.

Hannah entró al vestíbulo corriendo delante de mí. Inmediatamente nos encontramos con Stephen.

—¿No os ibais?

En los ojos pálidos de Stephen había una mirada feroz.

—Enseguida.

—Permitidme aventurar que habéis obtenido lo que deseabais de Su Santidad. —Era un último intento de sacarle alguna información.

Se volvió hacia mí.

—No, por Dios, no lo he hecho. Pero volveré con un fracaso antes que quedarme más en esta trampa mortal. Los imperialistas volverán. Si vais a marcharos de este lugar, que sea ahora.

Se fue. Los criados corrían por el vestíbulo con un montón de fardos. Fuera, en la plaza, vi caballos y carros esperando.

Hannah me miró interrogativamente.

La conversación de Stephen me había dejado helado. Pero me negaba a creer lo peor.

—Dos días —le prometí.

Estaba calculando. Dos días para que el ejército se organizara y Benvenuto tallara la piedra. Tendría que contentarme con eso. Alguien habría en Inglaterra capaz de tallar y fabricar algunos anillos y cosas así con las piedras restantes: sacrificaría la perfección. Pero debía tener aquel diamante. Hannah me miró largamente y luego volvió la cara furiosa y se alejó de mí corriendo escaleras arriba, hacia la sala.

—*Piccolino!* ¿Alguien ha visto a *Piccolino*?

Había cambiado en un instante. La hermosa y profunda mujer, llena de promesas y oscura melancolía, volvía a ser la muchacha petulante y burlona. Miré hacia arriba, a la galería donde se había ido. Susan estaba asomada a la balaustrada. Lo había presenciado todo. Sacudió la cabeza, con miseria y burlona. Salí furioso a la plaza. La caravana de bestias de carga, hombres y carros era pasmosa: sólo entonces aprecié cabalmente la magnitud de lo que poseían los Cage y el grado de riqueza que eso implicaba. Vi a los juglares, al maestro de música y al maestro de danza; a las damas de compañía; al limosnero que supervisaba la carga de un baúl en el que presumiblemente iban los ornamentos de plata de la iglesia y los copones; a los cinco o seis pajes

con librea verde hierba; a las criadas y los hombres que cargaban arcones y tapetes enrollados, manteles y alfombras, y a *Belcebú-Piccolino*, con su cadena de plata, encaramado encima de todo.

Martin estaba a mi lado, en silencio.

—Patrón —me dijo en voz baja—. Os lo ruego. ¿Por qué no os marcháis con ellos? Si corremos al taller de Benvenuto, le pagamos y nos llevamos las joyas...

No le respondí. Salieron del *palazzo* Grace, las muchachas, y Alessandro con unos cuantos criados más. Para mi consternación, los Cage estaban listos para marcharse. Stephen le hizo una profunda reverencia a Alessandro y se abrazaron. Alessandro besó a las damas, una por una, «a la manera inglesa». Grace me lanzó una última mirada interrogativa de soslayo, pero Hannah evitó mirarme y subió a uno de los carromatos con su padre. Demasiado tarde, les hice una reverencia, y me di cuenta de que había perdido la oportunidad de recibir aquel último beso que la costumbre permitía. El primer carro, en el que iban dos arcabuceros, se puso en marcha, salió de la placita y dobló por Via Monserrato. Al cabo de unos minutos, con un ruido sordo de ruedas de carro y entre resoplidos de caballos y mulas, los Cage ya se habían ido. Me quedé allí, en la plaza vacía, mirando fijamente la retaguardia de la procesión. Nunca había sentido mayor desolación, ni tampoco más rabia, tanto por los Cage, que se habían ido, como por mí, por mi terquedad en quedarme. Tenía ya la sensación de haber cometido un terrible error.

Aquella noche vagué por las calles de Roma sin rumbo. Era una noche húmeda y soplaban de las marismas un viento helado. Fui hasta las columnas y los arcos de triunfo semienterrados de Campo Vacino y enfilé hacia el norte, más allá del Coliseo, hacia las grutas. Todo me recordaba la ausencia de Hannah. El aire mismo estaba cargado de recuerdos y pesar. Los lugares en los que habíamos estado, las cosas que nos habíamos dicho... Las calles estaban silenciosas. Reinaba en ellas una calma expectante. Roma ya contaba con una victoria y al día siguiente sería el final del ejército Borbón, su vergonzosa retirada, tal como el Papa había prometido. Taciturno, volví al Palazzo del Bene. Dentro sonaba la música. Cuando entré, las puertas de la que había sido la sala de los Cage estaban abiertas de par en par. Alessandro

del Bene estaba allí, con Benvenuto sentado a su lado, limpiando el cañón de su arma. Vi a John, dando golpecitos con un pie y palmadas al ritmo de la música popular de un gaitero y un par de violines, mientras varios soldados de Benvenuto bailaban. El esplendor de los Caga se había desvanecido como un sueño. Entre los rostros iluminados por la luz de los candelabros reconocí a bastantes amigos de Benvenuto: Berni, Polidoro, Pantasilea y Diego. Polidoro hablaba de un boceto con Rosso, el pintor florentino, que le agregaba detalles con carboncillo y luego reía y pasaba la jarra. En el fuego había una olla de vino humeante para preparar hipocrás. Cuando Alessandro me vio, me dijo que entrara. Martin se sentó con un grupo de criados que jugaban a las cartas al otro lado de las puertas. Cellini me alcanzó su arcabuz con una sonrisa. Tenía el cañón de acero chapado en oro y el serpentín que sostenía la mecha en forma de dragón rampante; naturalmente era obra suya.

—Me parece que estáis disfrutando de lo lindo con esto de ser soldado. ¿Cuándo os ocuparéis de mi piedra?

Cellini me hizo un gesto displicente con la mano.

—Querido Richard, siempre tan apremiante. Esta noche bebemos para celebrar la victoria y la continuidad del arte y su protectora la Iglesia.

—¡Por la Iglesia! —corearon algunos de los artistas—. Que nos encargue frescos y cálices y retablos sin parar. Amén.

Tomé una copa de vino caliente y me senté al lado de John, que me sonrió y levantó la suya en un brindis.

—Me sorprende que sigas aquí —le susurré.

—Oh, no dejaría Roma por nada. Aquí hay excelentes oportunidades para el comercio.

Me miró a los ojos y yo le devolví una mirada inquisitiva. Así que todavía seguía ocupándose de sus misteriosos e invisibles canjes de bienes. Pero ¿para qué bando trabajaba? Se había marchado de Florencia deprisa y corriendo: así que suponía que había estado trabajando para los Médici. Había dejado informadores tras de sí, que le proporcionaban «mercancía» en cuanto se enteraban de ella. Sospechaba que conocía a Stephen antes de que yo se lo presentara. Y tenía tratos con Ferramosca, en quien el Papa había confiado para negociar la paz, aunque lo tuviera en nómina el emperador. La sonrisa de John nada dejaba entrever.

La música aumentó de volumen y los bocetos pasaron de mano en mano:

ninfas desnudas, sátiros juguetones, diosas delicadas. Me parecía una profanación de la habitación en la que Hannah y yo habíamos bailado, donde había participado en los grandiosos banquetes de los Cage. Pero se habían ido: había hecho mi elección y mis tesoros habían prevalecido por encima de mi amor. Tal vez hubiera sido un estúpido, pero me consolaba con la idea de que pronto estaría recorriendo la misma carretera que los Cage. Viajaría rápido y los alcanzaría antes de lo que ellos pensaban. Y luego le enseñaría a Hannah aquel diamante. Me permití relajarme y beber.

En el silencio de esa noche, de nuevo en mi cama de la posada, me imaginé a los imperialistas dispersándose, primero un grupo, luego otro: sus estandartes en el suelo y los hombres desvaneciéndose en la neblina, fulminados por la maldición del Papa. Al final debí de quedarme dormido. Cuando desperté oí un ruido que no fui capaz de situar. Era un murmullo parecido a un zumbido de abejas, mezclado con el retumbar del trueno. Martin me sacudía un brazo.

—¡Patrón, despertad! Están atacando.

Corrimos al *palazzo*. Había hombres en el tejado que oteaban la orilla opuesta del río. Era temprano, apenas había amanecido; la neblina cubría las calles con pálidas y tenues hebras. Encontré a Benvenuto y Alessandro en la planta baja.

—Desde el tejado no se ve nada —decía Benvenuto—. La niebla es demasiado espesa.

Alessandro daba saltitos, aterrado.

—Venid conmigo a las murallas, os lo imploro, Benvenuto. La incertidumbre es lo peor.

Cellini tenía los ojos brillantes.

—¿Queréis estar al pie del cañón? ¡Muy bien!

Me adelanté. Conocía la imprudencia de Benvenuto. Si había algún peligro, no iba a perderlo de vista. Así que salimos, con Martin y unos diez soldados de Cellini con arcabuces. Cruzamos el puente de Sant'Angelo al pie de los muros del castillo y luego corrimos por el Borgo. Bordeamos San Pedro, de cuyo interior salían cánticos: el Papa celebraba una misa por la victoria. Entre aquel punto y las murallas había una viña propiedad del Papa, flanqueada por el palacio del cardenal Cesi, por el que había paseado con Hannah hacía apenas unos días, entre la destacada colección de esculturas del

cardenal. En aquellos momentos, allí donde la muralla describía una curva, oímos desde tres lugares distintos las descargas de los arcabuces y el fragor del ejército enemigo. Estaban atacando a la vez desde todas partes: desde el valle del Infierno, más allá de San Pedro, y por el oeste entre los viñedos. Subimos detrás de Cellini la escalera de piedra que llevaba a las almenas. Había cadáveres por todas partes. Hacía apenas una hora que había amanecido y la niebla se espesaba. A nuestro alrededor llovían las balas. Nos agazapamos detrás del parapeto mientras Cellini, con un brillo de fiereza en los ojos, cargaba su arma.

—Ahora que estamos aquí, tenemos que disparar.

Seguimos sus directrices. Yo había aprendido a usar un arcabuz durante mis viajes con William por mar, pero nunca había disparado contra el enemigo. Siguiendo las órdenes de Benvenuto nos levantamos y apoyamos las armas en la parte superior de la muralla. Lo que vi fue un blanco espacio con siluetas moviéndose, pero se oían los alaridos de los hombres por todas partes y el tintineo de sus movimientos y la lluvia de disparos. Disparé al azar hacia la niebla y volví a agacharme rápidamente. Las balas impactaban en la piedra a nuestro alrededor y nuestros cañones respondían desde las torres. Alessandro se agazapó detrás del parapeto.

—Dios, ojalá no hubiéramos venido... —murmuraba sin parar Alessandro.

En algunos lugares estaban apoyando escaleras de mano en la muralla, por las que el enemigo subía. Un hombre tras otro eran abatidos antes de que pudieran llegar hasta nosotros; pero otros ocupaban su lugar, al grito de: «¡España! ¡España!» Las balas de cañón pasaban por encima de nuestras cabezas y una impactó en nuestro lado de la muralla. Volaron tres hombres entre una confusión de sangre y escombros. El disparo procedía del castillo de Sant'Angelo, desde donde disparaban a ciegas hacia la niebla.

Cellini se nos acercó y nos arrastramos a lo largo del parapeto. Los españoles y los alemanes estaban atacando en grupitos repartidos por toda la muralla. No disponían de ningún cañón para responder a nuestro fuego, pero no por ello cejaban; era una maravilla. Su número jugaba a su favor. Eran tantos que, cuando un destacamento había disparado toda la munición o estaba demasiado agotado, avanzaba otro que lo sustituía. Siguiendo la curva de las murallas llegamos a un punto en el que las almenas eran más bajas. Había secciones agrietadas y deterioradas. Vi que habían levantado el muro

posterior de una granja contra ellas para ahorrar gastos. Los españoles nos atacaban por ahí con más furia que nunca: tenían la inteligencia de concentrar su fuerza en el punto más débil. Se lo susurré a Benvenuto, que asintió con un gesto. Nos incorporamos para disparar; abatimos a dos de sus hombres. La niebla era todo lo espesa que podía ser. Estábamos en un universo blanco donde no se veía nada a un palmo de distancia y la muerte retumbaba a nuestro alrededor. Los disparos de los grupos de españoles y sus andanadas resonaban, ora cerca, ora lejos, y sentí una repentina euforia, como si fuera invulnerable. Luego la niebla se levantó un instante y, de pronto, vi filas de hombres, las picas erizadas en cuadrados densos, los arcabuces apuntando hacia las murallas, miles de ellos, y me aterró nuestra debilidad y la fuerza terrible del enemigo.

Los imperialistas se movían al pie mismo de las murallas, y uno de los capitanes del Papa repartía balas de hierro con mecha, bombas incendiarias que prendíamos y lanzábamos. Las explosiones y los gritos de abajo nos indicaban que habíamos acertado, pero más hombres salían agazapados de entre las viñas y se arrastraban por encima de los montones de apestosa basura que había sido lanzada desde las murallas. Por detrás de las primeras filas distinguíamos una silueta vestida de blanco a caballo arengando a gritos a la tropa. Las balas llovían a su alrededor y, cuando la niebla se levantó, lo vimos al pie de una escala animando a sus hombres a seguirlo. Un murmullo recorrió las almenas:

—El Borbón. El duque de Borbón.

—Ése es el hombre que hay que abatir —rugió Cellini. Todos apuntamos hacia la niebla. Subía por la escala y los españoles lo seguían, vociferando; disparamos una y otra vez. A continuación oímos sonidos confusos y notamos que los disparos de los enemigos disminuían. Por entre el humo y la niebla vi que los españoles retrocedían llevándose al hombre de blanco, cuya sobreveste estaba empapada de sangre.

—¡Le he matado! —gritaba Cellini—. ¡He matado al Borbón!

—Ninguno de nosotros puede ser el autor de ese disparo —le corregí.

—No seáis estúpido —gruñó Cellini—. Ninguno de vosotros podría darle a un buey.

Aquello me dolió. Había practicado en alta mar hasta tener buena puntería.

—Benvenuto —siseé—, ¿por qué tenéis que ser siempre el primero y el mejor?

John me miró. Él también había demostrado habilidad con un arma. Disparó y volvió a cargar tranquilamente, sonriendo.

Pero no había tiempo para riñas. A nuestro alrededor todo eran vítores. El fuego había cesado y muchos hombres abandonaban las almenas dando saltos y corrían por las calles, entre las casas, al grito de: «¡Victoria! ¡Victoria!»

—Ahora, en nombre de Dios, ¿podemos irnos? —Alessandro se levantó. Todavía temblaba.

Ninguno de nosotros le respondió. Escruté la niebla. Habían abandonado las escalas. Vi cuerpos en el suelo, yelmos empenachados, las barbas de los cadáveres moviéndose con la ligera brisa que creaba espirales de niebla, los heridos que intentaban levantarse. No podía creer lo que veía. Martin estaba a mi lado. No iba armado, pero me había estado ayudando a recargar el arma. Se oían los cascos de los caballos en la bruma. El cañón de Sant'Angelo todavía disparaba y sus cañonazos impactaban al azar en los viñedos y las marismas. Martin y yo nos miramos. Los dos pensábamos lo mismo: no se rendirían.

Despacio al principio, el sonido fue en aumento. Al cabo de poco fue un rugido. Miles de gargantas gritando al unísono, con los tambores y las trompetas sonando conjuntamente. La primera descarga de balas alcanzó la muralla y los españoles volvieron a las escalas. Nos agachamos, disparamos, volvimos a disparar. La tropa de Cellini se había retirado. Habíamos dejado un tramo de un kilómetro y medio de muralla sin cubrir; quedábamos demasiado pocos para defenderla. Aquellos soldados que habían corrido hacia la ciudad con la noticia de la derrota de los imperialistas tendrían la prudencia de no volver. No tardamos en quedarnos sin bombas y los hombres lanzaban calderos de aceite hirviendo a los atacantes, que soltaban alaridos, envueltos en llamas. Después arrojamos lo que pudimos: escombros, ladrillos, las espadas de los muertos. Seguían viniendo. Los españoles luchaban como fieras y su cara era de desesperación cuando alcanzaban las almenas y los derribábamos. Sabían que, una vez muerto el Borbón, nada los mantenía unidos. Si no tomaban Roma de inmediato el ejército se disgregaría y la Liga y los campesinos con sed de sangre les darían caza. Fue en ese momento, creo, que la mayoría de nosotros empezamos por primera vez a estar

verdaderamente asustados. Aquéllas eran las murallas que Renzo da Ceri había prometido que resistirían y, por las escalas del exterior, subía el enemigo que el Papa juraba que era demasiado débil. ¿Dónde estaban las reservas que Renzo había apostado en la ciudad? Veíamos de vez en cuando al propio Renzo, con su armadura deslumbrante y su yelmo empenachado, caminando al pie de las murallas, a salvo de todo peligro, gritándonos que la victoria estaba cerca.

Disparé y miré hacia abajo, hacia la granja construida en la muralla. Un pelotón de españoles trepaba por la base del muro justo allí donde el montón de basura era más alto. Miraban hacia arriba. Antes de que la niebla volviera a espesarse, me pareció ver una abertura en el muro de la casa que daba a la ciudad: una ventana o una trampilla rodeada de siluetas de hombres. Le di un codazo a Cellini y le dije:

—¿Estáis seguro?

—No. Pero apuntad hacia allí.

Disparamos una vez, pero teníamos que hacer lo posible para mantener al enemigo alejado de las escalas que teníamos enfrente. Un joven que había bailado con las cortesanas la noche anterior estaba tendido en el suelo, con media cara destrozada por un disparo; Alessandro se había dejado caer a su lado, gimiendo de miedo.

Entonces, detrás de nosotros, Renzo da Ceri gritó lo que le hizo tan tristemente célebre.

—¡El enemigo ha entrado! ¡Sálvese quien pueda!

Los hombres que habían aguantado bajo el fuego enemigo dos horas se dejaron llevar por el pánico en un minuto, arrojaron las armas y corrieron escaleras abajo. Unos diez españoles, no más, salieron de la granja y apuntaron hacia los soldados que huían. Muchos de nuestros hombres saltaron del muro y lo mismo sucedió en toda la muralla. Una huida en desbandada. Detrás de ellos los primeros españoles coronaron las escalas y pasaron por encima de las almenas. Cellini, con el ceño contraído, furioso, murmuró:

—Ya no podemos hacer nada aquí.

Bajamos de la muralla y echamos a correr: Benvenuto, Alessandro, John, Martin, yo y tres de los guardias del *palazzo*. Más y más españoles se colaban por la vieja casa abandonada. Una ráfaga de disparos nos alcanzó por la



espalda y otro de los hombres de Cellini cayó. A nuestra izquierda se erguía la fachada de San Pedro: un alarde disparatado, semiderruido, un sueño semiacabado, con los arcos deprimentes contra la niebla. Desde el hospital del Espíritu Santo llegaban los gritos de los enfermos, a los que masacraban en sus camas. Enfrente, donde la colina del Vaticano descendía hacia el río, vimos el yelmo empenachado de Renzo, que corría a la cabeza, con un mar de soldados y ciudadanos detrás. Oí al enemigo detrás de nosotros, el estrépito que armaba en los viñedos y alrededor del jardín de esculturas del cardenal. Cuando miré atrás vi que ni siquiera se molestaban en recargar las armas, sino que corrían con las espadas desenvainadas, segando hombres a su paso. De repente llegamos al río y nos detuvimos en un camino tortuoso que, a izquierda y derecha, se abría paso entre molinos de agua, muelles y casas de campo.

—¿Hacia dónde? —jadeé.

La niebla se estaba levantando. En la otra orilla del Tíber vimos las siluetas bajas de las casas y las tabernas que flanqueaban la nueva tienda de Cellini, de la que nos separaban un centenar de metros de turbulentas aguas marrones. El único puente del Borgo quedaba a la izquierda, corriente arriba, antes del castillo. La mayoría de la gente se dirigía hacia la derecha, siguiendo a Renzo camino del segundo barrio de Roma, el Trastevere, que tenía sus propias murallas y desde donde tres puentes cruzaban el río hacia la ciudad. Pero la puerta estaba muy lejos, y la carretera ya estaba bloqueada por una aglomeración de soldados y ciudadanos que huían.

Cellini miró hacia el Trastevere, como si pensara.

—No —murmuró—. Atrás. —Nos llevó hacia la izquierda. Detrás de nosotros sonaban los disparos. Desde el otro extremo de la calle que llevaba de vuelta a San Pedro, los escasos centenares de suizos que el Papa había mantenido a su servicio se aproximaban: verdaderos soldados que apuntaban hacia nuestros perseguidores y disparaban coordinadamente. Los españoles se detuvieron pero no tardaron en volver a disparar. Corrimos. Había muchísima gente congregada allí: nobles y cardenales con mulas ostentadamente engualdrapadas y rodeados de criados; damas en litera, todos ellos saliendo de sus *palazzi*. Frente a nosotros, con su esbelta torre, desde la que se dominaba toda la ciudad, se erguía el castillo de Sant'Angelo, en otro tiempo tumba de emperadores, ahora el último refugio de Roma.

Al otro lado de los suizos, una partida de españoles disparaba desde las murallas de la ciudad. Me volví a mirar. Disparaban desde el Passetto, el pasaje abierto en la muralla que iba del palacio papal al castillo. Vi un fogonazo rojo en las estrechas ventanas mientras los cardenales acompañaban a Su Santidad; los habían pillado a todos por sorpresa. En la orilla opuesta del río, la gente salía de la ciudad cruzando el puente hacia el castillo. Vi cómo derribaban al cardenal Pucci, vestido de escarlata, de su mula y lo aplastaban; a otros los arrojaron al río, donde rápidamente fueron arrastrados por la corriente. Las damas, los cortesanos y los obispos se amontonaban a las puertas, gritando, empujándose, incapaces de avanzar. Vi allí a Gregorio Casale, embajador de Inglaterra, y al cardenal Campeggio, cuyos palacios estaban allí cerca. También nosotros íbamos más despacio, atascados en la masa humana.

—¡Benvenuto! —grité por encima del barullo—. ¡Las joyas!

Mis tesoros estaban al otro lado del río, en el arcón de Cellini: el barco, el jardín del diamante verde, la cruz de ópalos, y mi bien máspreciado, mi diamante de Golconda.

—No podemos cruzar el río por este puente —me respondió—. Ahora no.

Hubo más andanadas. Calle abajo vi caer al último de los suizos. Habían defendido su posición hasta el final. Delante de nosotros los soldados hacían incursiones desde el castillo. Por un momento pareció que las tropas del Papa se recuperaban y que intentarían hacer retroceder a los invasores desde el Borgo. Pero lo que de hecho hicieron fue derribar las puertas de las tiendas y las casas cercanas y sacar barriles, jamones y quesos, sacos de pan: provisiones para un sitio que nadie había previsto. Luego se abrieron paso de nuevo entre la gente hacia la puerta. Benvenuto iba a duras penas tras ellos, con John, Martin y Alessandro. Si los seguía, el castillo me tragaría. ¿Por cuánto tiempo? ¿Quién podía decirlo? Y mis joyas... no podía abandonar mis joyas.

Miré hacia atrás. Españoles y romanos corrían juntos por las calles, en un confuso amasijo de asesinos y víctimas. Pero los soldados todavía no habían llegado a la calle que bordeaba el río. A la cabeza, Benvenuto y el resto estaban siendo tragados por la puerta. Martin se volvió y me tendió la mano, gritando:

—¡Patrón!

Ya no estaban. Me volví y me abrí paso entre la gente, retrocediendo. Luego eché a correr. Pasé como una exhalación junto a hombres y mujeres

con el rostro desencajado de terror, y luego los españoles se me echaron encima. Blandían las espadas, a la carrera, derribando a mandobles a la gente.

—¡España! ¡España! ¡Matadlos, matadlos!

Me colé en un portal. No tardarían en descubrirme. Pronto llegarían a mi altura y me arrastrarían afuera. Poco a poco saqué la espada de la vaina. Pasó un grupo de hombres corriendo: un noble sin sombrero, aterrorizado, con sus criados. Salí precipitadamente a la calle, enarbolando la espada.

—¡Matadlos! ¡Matadlos! —El grito fue como veneno en mi garganta.

Los hombres corrían como flechas delante de mí y, mientras yo los imitaba, un español se situó a mi lado. Iba vestido con un jubón abullonado, capa corta y llevaba plumas en el sombrero; enseñaba los dientes entre una espesa barba negra. Descargó la espada sobre el primer hombre que se le puso delante, con un sonido escalofriante, como el del cuchillo de un carnicero, y le alcanzó en el hombro. La sangre salpicó los adoquines. El español sacó la espada de un tirón y siguió corriendo. Aquello no tenía sentido. Noté la bilis en la garganta. Pero hice un esfuerzo para continuar corriendo y, con un terrible alarido, descargué la espada y le hice un corte al perseguido: me había convertido en un español más. Ya casi estábamos otra vez en el castillo. Por fin habían subido los rastrillos y la multitud se dividió en dos.

Dentro, los soldados imperiales que se habían abierto paso hasta allí estaban siendo masacrados, mientras que los romanos atrapados fuera corrían de acá para allá desesperadamente, intentando ponerse a salvo.

Más allá, en el puente, el gentío se había detenido, consternado, y empezaba a retroceder a empujones. Al pie de la muralla estaba el cardenal Armellini, un hombre tremendamente rico con quien habíamos comido una vez los Cage y yo. Recordé aquella comida, las bandejas de oro, las langostas y los pavos reales. En aquel momento daba vueltas atrapado en la calle con sus inútiles criados, hasta que bajaron una cesta con una cuerda desde las almenas y lo izaron, balanceándose. Los españoles se reían y le disparaban, pero entonces un tremendo cañonazo procedente del castillo impactó en las casas cercanas, levantando una lluvia de piedras, miembros cercenados y cuerpos. Los españoles se dispersaron por las calles y yo corrí con ellos, sin mirar atrás, sin que me importara quién me seguía, de regreso hacia el cruce donde Cellini se había detenido y el pequeño molino de agua y las maromas extendidas en el río para remolcar el ferry. Lo consideré un momento. El

ferry, un pequeño esquife en el que cabían unas seis personas, estaba en la orilla. Habría sido fácil subir a bordo y cruzar el río sirviéndome de las sogas. Pero era una locura. Los soldados me verían. También desde el castillo lo harían, y los arcabuceros del Papa podrían confundirme con un imperialista. No. Pero aquellas sogas sumergidas en el agua amarrada, invisibles con la espuma de las lluvias recientes... era una posibilidad. Miré hacia atrás. Unos soldados se me acercaban, pero se detuvieron para derribar la puerta de una casa de campo e irrumpir en ella, gritando y disparando. Momentáneamente el camino estaba despejado. Bajé hacia el borde del agua, desenvainé la espada y me metí entre los juncos. Luego, agarrado con las dos manos a una cuerda, me sumergí en las aguas del Tíber.

Al principio fue fácil, porque la corriente no era muy fuerte, y fui dejando atrás los disparos, gritos y llantos. ¡Qué paz tener el agua ondeando por encima y alrededor! Un agua que había descendido de las montañas, pasado por Orvieto y el valle del Tíber, que seguramente los venecianos y el duque de Urbino recorrían a marchas forzadas en aquellos momentos para acudir en auxilio de Roma. Extendí un brazo y luego el otro, con la cabeza asomando apenas del agua. Trescientas brazadas, quizá, y llegaría al otro lado. Nadé denodadamente, pero al final tuve que detenerme. En el centro la corriente era fuerte. Jadeé, tragué agua amarillenta y llena de tierra. Podría haberme ahogado con mucha facilidad. Miré hacia delante. Tenía la extraña sensación de que la orilla opuesta estaba siempre a la misma distancia; de hecho, me parecía más lejos que nunca.

Oí a mi espalda chapoteos y gritos. El bote se adentraba en la corriente. En él iban unos diez hombres, todos ellos soldados del Papa, que, amontonados, tiraban de la maroma para salvarse. La sogas formaba una curva en el agua y, para mi consternación, me di cuenta de que yo estaba agarrado del otro extremo y que, poco a poco, me devolvían a la orilla del Borgo. Intenté impulsarme con todas mis fuerzas, pero no pude contra tantos brazos vigorosos. Los juncos, la calle con las casas de campo y los españoles, el molino que acababa de dejar atrás: todo estaba cada vez más cerca, al igual que el propio ferry, cuyos ocupantes miraban hacia atrás atemorizados. Luego oí disparos procedentes de la orilla. Uno de los soldados cayó por la borda, con la cara ensangrentada. Luego cayó otro, y otro más, y entonces el resto, todos juntos, se zambulleron y la corriente los arrastró, manoteando, con los brazos en alto como representaciones de hombres tragados por el infierno. El bote se detuvo. Los imperialistas, riendo, se marcharon para centrarse en su botín. Volví a estar solo, casi en el punto de partida. Los brazos me temblaban de debilidad, pero empecé nuevamente a impulsarme, despacio, dolorosamente, hacia el centro de la corriente, que era cada vez más y más fuerte; seguramente estaba a más de medio camino de la otra orilla, cerca del punto en que la corriente era más rápida. Cerré los ojos y seguí poniendo un

brazo delante del otro. Me imaginé el diamante, esperando en la tienda de Cellini, llamándome para que no me soltara, para que continuara avanzando y fuera a salvarlo. Luego, maldiciéndome por mi deslealtad, me imaginé a Hannah, me vi encontrándome con ella cuando todo aquello hubiera terminado y sus ojos preocupados cuando escuchara el relato de mis penurias. Gracias a Dios ya estaba a salvo y en alta mar.

Noté que algo me asía el pie y abrí los ojos dispuesto a luchar hasta la muerte. Pero delante de mí vi sólo juncos y la soga que salía del agua hacia su poste con una anilla de hierro. Momentáneamente creí que volvía a estar en el Borgo y me estremecí. Pero todo estaba silencioso. Salí arrastrándome del río y me desplomé en el suelo, débil y temblando. Las campanas de la ciudad repicaban. El repique más cercano era el solemne de la gran iglesia de los florentinos. Estaba en Roma, a salvo. El río era una barrera mucho más infranqueable que aquellas miserables y deterioradas viejas murallas de la ciudad. Me levanté, riendo a carcajadas. Había perdido la bolsa en el río, se la había llevado la corriente. Pero el cofre que contenía mis piedras en bruto y la esmeralda oscura, los ojos de gato, mi gran rubí y mis letras de cambio estaba a salvo.

Era casi mediodía. Tenía hambre; necesitaba comprar comida. Aquélla era mi máxima prioridad. Mis joyas estarían bastante a salvo de momento en el arcón de Cellini. En la pensión tenía una pequeña reserva de dinero. Miré a mi alrededor y tomé por un callejón que llevaba entre edificios al barrio florentino. En Via Giulia había grupos de gente corriendo de acá para allá. Un mercader con un pequeño cofre, tres o cuatro monjas, un grupo de soldados desarmados. Uno de ellos llevaba una insignia de mando. Le paré.

—¿Qué noticias hay?

—Han parlamentado. Lo que haya podido salir de esas conversaciones no lo sé.

—Pero ¿qué órdenes tenéis para defender Roma?

—No hay órdenes. No hay nadie al mando. ¡Escondeos donde podáis! —Se marchó corriendo.

Yo seguí hacia el sur; volvía a estar asustado. Cuando pasé por el Palazzo Farnese vi una horda de gente que se apiñaba para refugiarse en él. Otros se dirigían hacia el norte, hacia la morada de sólida construcción de don Martín, con su torre y sus cañones, o a los *palazzi de los cardenales Aracili, Ceserino y*

*Piccolomini: hombres que se sabía que eran leales al Imperio y a quienes los españoles y los alemanes respetarían.*

Vi a una anciana monja cruzar corriendo la plaza, levantándose las faldas y con una caja enjoyada de reliquias bajo el brazo. Posiblemente no había salido de su clausura desde hacía cuarenta años. Miraba temerosa a su alrededor: los espacios abiertos, la multitud que corría bastaban para aterrorizarla sin necesidad de que aparecieran los soldados. Incluso en medio de aquel pánico y aquella confusión, había quienes todavía seguían apoyados en las esquinas, observándolo todo, sonrientes. Los imperialistas nunca cruzarían el río, pensaban.

Pero ¿quién iba a pararlos? Renzo da Ceri se había encerrado en el castillo con el Papa. Las tropas papales brillaban por su ausencia: o bien todavía protegían con resolución las murallas, mucho más allá de las ruinas, al este, o, simplemente, se habían largado. Nuestra única oportunidad era destruir los cuatro puentes sobre el río. Pero nadie había dado la orden de hacerlo.

—¿Quién volverá a construirlos? —oí que cuchicheaba un hombre—. Nosotros seremos quienes tengan que hacerlo, con nuestros impuestos. Dejad los puentes en pie. Los imperialistas no cruzarán.

A mi espalda sonaron las trompetas y redoblaron los tambores. Volvía a haber disparos al sur, hacia el Trastevere. Yo casi había llegado al Campo dei Fiori, pero me volví y corrí hacia el río para ver. Fui a parar justo al lado del puente de Sixto. Soldados y ciudadanos se precipitaban por él hacia mí, mientras que en la otra orilla del río los tambores se acercaban. Al otro lado del puente estaba el Trastevere; nuestros hombres habían abandonado sus murallas precipitadamente. Mientras miraba, una columna de soldados imperialistas salió de la ciudad y aparecieron otros a lo largo de la orilla, a derecha e izquierda. En el puente, un grupito de guardias papales con estandarte hizo un alto. El estandarte rezaba: «Fe y patriotismo.» Se volvieron para disparar, pero los imperialistas se les echaron encima y, tras una breve refriega, vi caer el estandarte y a los imperialistas avanzando por el puente. Estaban cerca, tan cerca que oía sus gritos: «*Lanz und Geld*», guerra y botín. Era el grito que los había impulsado centenares de kilómetros desde los Alpes, durante la campaña de Milán y el intento fallido de tomar Florencia. Habían tenido una recompensa escasa por sus sufrimientos. Ahora andaban sueltos por la ciudad más rica del mundo. Miré, sembrado por el terror, cómo terminaban

*de cruzar el puente y corrían en estrecha formación por las calles. Detrás de ellos venían grupos de españoles, menos precavidos, que se dispersaron por todas partes, alcanzando a los perseguidos y derribándolos a mandobles: hombres y mujeres, monjes y curas, mercaderes y nobles.*

Giré sobre los talones y corrí de regreso por Via Giulia hacia los callejones. Era demasiado tarde para ir a la posada. En lo único que pensaba era en mis piedras. Desemboqué, sin aliento, en la orilla del río, junto a la antigua herrería que Cellini usaba como taller. Por supuesto, estaba cerrada. Sacudí los barrotes de las ventanas y golpeé la puerta con el hombro, pero sin éxito. Bien: mis piedras estaban a buen recaudo. Lo que me hacía falta era un escondite por allí cerca desde donde montar guardia. Al fin y al cabo, sería por poco tiempo. La Liga no tardaría en llegar. El duque de Urbino había actuado con precaución cuando la masiva fuerza del Borbón marchaba dispuesta para la batalla. Pero para los franceses y los venecianos sería coser y cantar echar a un ejército sin mandos, ebrio de botín. Me agaché detrás de un cobertizo bajo cercano, donde había un viejo yunque, unas cuantas vigas partidas y otros desechos. Esperé. Me sentía débil; llevaba la ropa aún húmeda y tenía escalofríos. Necesitaba correr o luchar, simplemente para no perder el coraje. A mi alrededor había gritos terribles, carreras, disparos.

De repente, un grupo de hombres irrumpió en el callejón. Eran más o menos una docena y hablaban en español. Discutían acerca de la estupidez de explorar una zona donde no había más que los talleres de unos cuantos pobres artesanos. Su capitán estaba de acuerdo. Luego vieron la puerta de Cellini y se detuvieron. Un sitio tan bien protegido les interesaba. El capitán les ordenó que cogieran una viga y que derribaran la puerta. Me agaché más cuando se acercaron al montón detrás del cual estaba escondido. Los hombres dieron impulso a su ariete y, al cuarto golpe, las bisagras saltaron. Dejaron la viga con gritos de triunfo y entraron en tromba. Miré hacia allí, bullendo de frustración y rabia. Nada podía hacer.

Oí la voz de su capitán en el interior del taller.

—¡No! Esta casa es mía. Buscaos una. Ya nos encontraremos en la iglesia más tarde.

Los hombres obedecieron, refunfuñando. Los vi regresar por el callejón a Via Giulia. El capitán español estaba solo. Salí arrastrándome de detrás de las vigas. En el taller sonaban golpes: no me oiría acercarme. Ya estaba en la



puerta; me asomé hacia dentro. El español, un hombre alto con jubón verde de terciopelo y sombrero de ala ancha con tres plumas rojas, estaba inclinado sobre la cerradura del arcón de Benvenuto. Tenía al lado el arcabuz. Blandía un martillo: el mismo con el que Cellini batía el oro para hacer el barco. Era una herramienta demasiado fina para aquellos menesteres. Pero consiguió doblar la pestaña, metió el martillo por debajo e hizo palanca para abrir el cerrojo. Me daba la espalda. Cuando levantaba la tapa del arcón entré en la habitación.

—¡Ah! —Primero sacó láminas de oro batido y una bolsa de monedas. Rio entre dientes y luego su risa fue de triunfo: la risa de un hombre que ha dado con el tesoro de su vida. Había encontrado mi colgante de esmeraldas y la cruz de ópalos—. ¡Qué imprudencia esconder esto aquí! —murmuró, levantándolos y exponiéndolos a la luz—. Pero yo os pondré a buen recaudo. —Se metió las dos joyas en una bolsa que llevaba al cinto. Luego encontró mi diamante. Lo levantó despacio y le dio vueltas, murmurando para sí—. ¡Qué tímido! ¿Por qué no brillas para mí? —Aquello era una crueldad; la suya era la voz suave de un hombre a punto de cometer una violación. Me moví describiendo un arco por detrás de él. Si lo atrapaba entonces, mientras seguía cautivado por mis piedras... Despacio, muy despacio, empecé a desenvainar. Él giró otra vez la piedra y, de repente, seguramente captó aquel rayo de luz.

—¡Oh! —Se quedó apabullado, inmóvil, mudo.

Mi espada salió de la vaina con un levísimo chasquido acerado. El español giró sobre sus talones, con la piedra en el puño izquierdo y agarrando el arcabuz con la mano derecha. Disparó. La deflagración me ensordecí y la habitación se llenó de humo. Pero un arcabuz es un arma demasiado pesada para sostenerla con una sola mano. La bala impactó en el suelo, donde se hundió levantando esquirlas de baldosa. Salté hacia delante con un golpe descendente de mi hoja. El español retrocedió de un salto y desenvainó. Paraba las estocadas con eficacia. Yo estaba cansado, hambriento, profundamente agotado; quizás él también. Pero luchamos endiabladamente. La eterna tentación del hombre nos podía: oro, tesoros, las hermosas cosas de valor que crecen bajo tierra. Mi diamante nos daba fuerzas a ambos. Me serví de la punta, de las estocadas descendentes, las laterales y de los molinetes ascendentes. Él lo paraba todo; intuía que no tardaría en rendirme. De hecho el brazo me pesaba como el plomo. Aquella maroma que cruzaba el Tíber

había tenido para mí un coste muy elevado. El español alzó la mano izquierda y me enseñó el diamante. Sonreía.

—¿Es vuestro?

Asentí con la cabeza. Volvió a cerrar el puño.

—Ya no. Ahora pertenece a don Adriano de Córdoba.

Se abalanzó hacia mí. Sus golpes eran rápidos, su muñeca diestra blandiendo la hoja, ora hacia un lado ora hacia el otro. Mis respuestas eran un poco demasiado lentas y me acertó en la manga, rasgando la tela. Sonrió. Veía acercarse su triunfo. Echó un vistazo brevísimo a su mano izquierda. Estaba pensando en aquel maravilloso instante en que la luz penetraba en ella, siguiendo la serpenteante inclusión, cuando el ojo captaba a la vez toda la belleza de la piedra. Tal vez se estaba preguntando lo difícil que sería volver a captar ese momento. Mi hoja transformó una parada en una estocada y quedamos pecho contra pecho. Le miré a los ojos. Los tenía muy abiertos de asombro. De su torso sobresalía sólo la empuñadura de mi espada; el resto lo atravesaba de parte a parte. Se derrumbó despacio contra el cofre mientras yo extraía de su cuerpo la espada con un chorro de sangre. Cayó al suelo de bruces. La sangre fue esparciéndose a su alrededor, formando un charco. Me incliné y le quité el diamante.

Corrí hacia la puerta. No había nadie a la vista. Seguían oyéndose disparos y los cañonazos eran más fuertes desde el castillo. Volví a acercarme al cuerpo para recuperar el resto de mis tesoros, el colgante de esmeraldas y la cruz de ópalos, y también la bolsa del soldado, que contenía unas pocas monedas de plata. Luego me senté al banco de trabajo de Benvenuto, exhausto. Allí estaban el Perseo, los bocetos, el modelo para el candelabro del cardenal Cibo, el horno en la esquina. Cosas tan familiares, testigos ahora de un asesinato.

Cogí el diamante. Volvía a ser mío. Pero tenía que convencerme de que no había sufrido daño alguno y que todavía podía hablarme como solía; como una tierna virgen arrebatada a tiempo de las manos de su raptor. Puse la piedra de modo que la luz penetrara en ella, rebotando, susurrando, reverberando, estallando en un surtidor azul, amarillo, bermellón, golpeando el flanco blanco de la inclusión para luego enroscarse sobre sí misma y salir. Me estremecí. Volví a moverla y dejé que la neblina blanca cubriera su superficie suave, ondeada, seductora. Me invadió una debilidad mareante. Los ruidos del exterior, los disparos y los gritos, me llegaban débiles, como

procedentes de una enorme distancia. ¡Qué afortunado era de estar allí solo, de tener por fin tiempo para darle vueltas a la piedra despacio y con amoroso cuidado! Cada vez que perdía aquel brillo sentía un pinchazo de dolor y pérdida, pero luego lo recuperaba y volvía a captar aquella inmersión de colores en sus profundidades; exactamente igual que cuando Hannah cambiaba de humor en un instante, y su calidez era mucho más cautivadora porque sustituía repentinamente la frialdad.

Pero la luz del diamante estaba cambiando. Era cada vez más profunda, más oscura, los rojos y los azules se intensificaban a expensas de los amarillos y los verdes. El cambio me fascinaba. Pasó un buen rato antes de que desentrañara la causa de aquel fenómeno. Anoheció. No era en absoluto consciente de haber estado allí sentado tanto tiempo. Cuando moví el brazo, me flaqueó. Pronto sería demasiado tarde para que me fuera. Moriría así, siendo el más afortunado de todos los propietarios de aquella piedra; el único que había visto tan profundamente en su corazón. Tendría que haber hecho un esfuerzo por espabilarme, pero la idea de la muerte no me turbaba en realidad. Las sienes me latían.

Fuera se oyó un grito, justo al lado, y el sonido de pies a la carrera. Salté del asiento. Estaba en guardia y asustado. Los soldados volvían. Habrían echado en falta a su capitán; me encontrarían. Escondí el diamante apresuradamente en mi cofre, me tambaleé mareado y tuve que arrodillarme y avanzar a gatas hacia el arcón. Saqué el resto de mis joyas y tanteé el fondo: una bolsa de monedas; las láminas de oro; un saquito de piedras preciosas de varios tipos. Cogí todo aquello con la idea de devolvérselo a Benvenuto. Me quedé paralizado. Los pasos rápidos se acercaban. Pasó una mujer corriendo frente a la puerta destrozada perseguida por tres soldados. Volvía a reinar la calma. Me acerqué otra vez al cadáver del español y le quité la capa, una capa corta de soldado negra, con ribete rojizo. Me deshice de la mía ribeteada de plata. También prescindí de mi sombrero después de quitarle la medalla de oro de la Virgen, y me puse el de ala ancha con plumas del español. Cogí el arcabuz, frascos de pólvora y mecha. Luego me asomé a la calle. La cabeza me martilleaba. Anoheció. El cañón retumbaba a intervalos desde el castillo. Un resplandor rojo teñía el cielo.

Salí y, corriendo, doblé la esquina y regresé a Via Giulia. Había cadáveres en el empedrado, cubiertos de polvo y barro: nobles, mujeres con sus hijos

todavía en brazos. De la iglesia de Santa Catalina de Siena, calle abajo, me llegaron los alaridos más horrorosos mezclados con gritos de hombre y disparos. La sangre empapaba los escalones de la iglesia. La gran imagen dorada de Santa Catalina estaba tirada en la calle. La santa, boca abajo, tenía huellas sangrientas en la parte posterior, en las zonas por donde los soldados la habían arrastrado fuera del templo. A su alrededor había cálices, patenas, relicarios y candelabros con pedrería, cruces, copones de plata, relieves de oro de la pasión de Cristo.

Me quedé demasiado rato contemplando aquello; un alemán se me acercó con su espada y yo retrocedí, desenvainando la mía. Pero sólo quería defender su botín, así que me gritó algo y me dio la espalda. Lo vi sentarse en un pequeño arcón y ponerse a tirar de un arrugado dedo cortado: una reliquia santa montada en oro. Ese mismo día, hacía un rato, había ido a besarla y a rezar sobre ella. El alemán arrancó la carne muerta del oro con la daga y la tiró al suelo.

Seguí caminando como en un sueño. En todas las casas se oían gritos, puertas que se rompían, disparos. Oí un grito procedente de arriba y retrocedí de un salto. Una silueta cayó delante de mí y se estrelló contra el empedrado. Era una muchacha que no llevaba más que la enagua: estaba muerta. Se formó un charco de sangre alrededor de su cabeza. Ahogué un grito y eché a correr. Más adelante el fuego era peor. Allí estaba el *palazzo* del cardenal Piccolomini de Siena: amigo incondicional del Imperio, aunque aquello ahora no significaba nada. Se había negado a pagar rescate y los alemanes habían rodeado su casa e intercambiaban disparos con los de dentro. Cerca de la iglesia inglesa vi hombres cargados con cruces y estatuas, cadáveres en los escalones donde había visto por primera vez a John en Roma. Dos monjes muertos tendidos en un charco de su propia sangre; una joven monja en manos de tres españoles que la violaban en plena calle, delante del convento de Santa Brígida. No sabía dónde iba ni por qué; apenas sabía siquiera quién era yo. En el Campo dei Fiori las puertas y las ventanas de las tiendas estaban hechas pedazos. Los soldados sacaban de ellas fruta y botellas de vino. Eran hombres ávidos y tenían como prioridad el oro, las mujeres, o el pan. Cogí una rebanada y engullí unos bocados, luego me doblé y vomité en la alcantarilla, que apestaba a sangre.

No sé por qué, pero estaba andando otra vez; pasé por la cancillería papal,

de cuyas ventanas caía una lluvia de papeles y libros. Vi a hombres y mujeres atados, prisioneros, con el miedo de la muerte estampado en el rostro. Tomé hacia Via Monserrato, por el viejo camino que me era familiar. Pasé una casa que seguía en pie; los soldados habían amontonado leña y muebles fuera y le habían prendido fuego para incendiarla. Fui hacia la tranquila y vieja plaza con el palacio estucado de amarillo; aquel palacio tan inexpugnable, custodiado, gracias al cuidado de Alessandro, por una fuerza de cincuenta hombres armados. Miré hacia la parte superior de los muros. Algunas balas habían impactado en los frescos de Polidoro. De una ventana colgaba un cuerpo; vi otros dos cadáveres tirados en la calle. La puerta estaba abierta.

Entré. Allí estaba el vestíbulo en el que había entrado aquel día con Cellini, empujado por un nombre: Hannah Cage. Allí estaban las escaleras en las que le había hecho una reverencia a Stephen y le había dicho: «Richard Dansey. Mercader londinense.» Había varios muertos en el suelo. El chambelán de Alessandro tenía un corte de espada desde el hombro al pecho. Los otros dos eran amigos de Cellini, y todavía tenían los arcabuces al lado. El suelo estaba resbaladizo de sangre. Subí los escalones, temblando, agarrándome a la balaustrada de piedra para no caerme. En el piso de arriba, allí donde la galería se curvaba, había otro cuerpo en el suelo, boca abajo, con un sangriento boquete en la parte posterior de la cabeza. Estaría corriendo cuando un soldado le había golpeado por la espalda. Le di la vuelta con un pie y solté un grito. Era el chambelán de los Cage, Fenton. Miré fijamente su rostro pálido, la familiar barba, las cejas espesas, la boca abierta como si fuera a anunciar de nuevo: «Señor, la mesa está servida.»

Horrorizado, abrí de un empujón la puerta de la sala. Habían derribado uno de los tapices y el aparador estaba hecho añicos. Las sillas y los taburetes volcados estaban esparcidos por el suelo, y había cadáveres por todas partes: cerca de la puerta, uno de los músicos de los Cage, el hombre que tenía los dedos más ágiles para tocar la flauta; más allá, el maestro de música que se inclinaba hacia Susan mientras ella tocaba el laúd y le corregía con tacto la digitación. La puerta de la salita estaba abierta. Tendida en el umbral, con las faldas levantadas hasta la cintura y la garganta rebanada, estaba una de las damas que habían jugado con nosotros la noche *dei moccoli*. *Estaban todos allí.*

Seguí adelante. Intentaba únicamente encontrar a Hannah: por la *saletta*

en la que habíamos jugado a cartas, por la galería, subiendo la escalera hacia los apartamentos privados en los que nunca había estado. Allí arriba había dormitorios, y cadáveres y más cadáveres. Temblaba cada vez que abría una puerta. Las criadas, los valets; caras familiares, tan habituales... todos en el suelo, sin vida. Empujé otra puerta para abrirla. Daba a un dormitorio. Tal vez era en ése donde ella había dormido. Tal vez, si no me hubiera ido a Florencia en pos del diamante, habría dormido yo también en él. Desde allí se accedía a un vestidor. Abrí la puerta y entré.

Un fuerte golpe me derribó al suelo. Me quedé allí tendido, mareado, esforzándome por levantarme, con la cabeza embotada de dolor. Las piernas ya no me sostenían. Oí una voz sobre mí:

—Lo has matado.

Y habría estado muerto de no ser por el grueso sombrero del español. Aun así, la sangre me corría por la cara. Gemí e intenté levantarme apoyándome en las manos. La voz volvió a decir:

—¡Lo has matado!

—¡Tú lo has matado!

—¡No, tú!

La mano derecha me patinó y rodé hasta quedar boca arriba. Lo veía todo borroso, pero estaba seguro de que no me equivocaba: hablaban en inglés. Las dos personas que hablaban soltaban grititos; y luego recuperé la visión de golpe y vi a Susan y a Hannah Cage de pie, inclinadas sobre mí, la una con un asador y la otra con un atizador. Hannah arrojó al suelo el hierro y se sentó en el suelo, sosteniéndome la cabeza.

—¡Mi pobre, pobre, pobre Richard!

Susan pasó por encima de mí para salir al dormitorio.

—Alguien puede haberle seguido. ¿No puedes dejar de achucharlo y ayudarlo a levantarse?

Intenté incorporarme y, con la ayuda de las dos muchachas, por fin lo logré. Me arrojé enseguida en brazos de Hannah. No quería soltarla; la había encontrado, eso era todo cuanto me importaba. Le besé el pelo, los labios, los ojos. Ella se quedó quieta y me dejó hacerlo.

—¡Ya vale! —siseó Susan—. ¡Rápido!

Hannah se liberó de mi abrazo. La habitación en la que estábamos había sido un vestidor y un espacio donde admirar pequeños adornos y obras de arte. Lo habían registrado. El suelo estaba lleno de cristales rotos. Hannah me llevó a una escalera de mano apoyada en una trampa situada en el techo. Me las arreglé para subir por ella y la recogimos en cuanto estuvimos todos arriba. Nos encontrábamos en la casi más completa oscuridad. Me explicaron que un laberinto de almacenes, cuartos de criados y pasillos se extendía por ambas alas del *palazzo*, a los que se accedía por medio de escaleras de mano de madera y escaleritas estrechas.

—Esta escalera de mano es el único modo de bajar de aquí —me susurró

Hannah—. Estábamos buscando comida.

—Hasta que Hannah casi os mata —añadió Susan.

—Lo hubieras hecho tú de haberte atrevido —le replicó Hannah.

—¡Silencio! —le respondió Susan—. Ya estamos cerca. Otra impresión fuerte la matará.

Me llevaban a gachas por un angosto pasillo que desembocaba en una habitación que era poco más que una alacena grande encajada bajo el alero. Dentro se movía algo.

Susan se nos adelantó.

—Madre. Hemos encontrado a Richard.

Cuando los ojos se me acostumbraron a la oscuridad, vi una silueta encogida contra la pared del fondo. Era Grace. Llevaba el pelo negro desgredado sobre la cara. Me tendió una mano temblorosa.

—¡Richard! ¡Qué amable al venir! Bienvenido. ¡Chicas! Ofrecedle a Richard algunos dulces. Los almendrados son los mejores. No entiendo qué pasa con los criados.

Hannah y Susan intercambiaron una mirada. Me senté acurrucado y me apoyé en el muro inclinado. Todavía me latía la cabeza. Hannah arrancó un jirón de su vestido y se puso a vendarme la herida. Susan se desplazó en la oscuridad y volvió con un plato de plata vacío.

—Tiene razón. Los almendrados son de hecho los mejores. Pero ¡qué no daría yo por una rebanada de pan!

Sonreí al oír eso y me saqué una rebanada del jubón. Susan se echó sobre ella y la partió de inmediato en cuatro trozos. Comiendo, y con la calidez del cuerpo de Hannah contra el mío, sentí regresar mi fuerza y mi coraje. Grace suspiró satisfecha.

—Cuando Stephen vuelva, todo se arreglará.

Hannah me miró a los ojos ansiosa, y yo la interrogué en silencio. Entonces fue cuando Hannah y Susan, por turnos, me contaron la historia de su viaje.

Habían salido por la puerta de San Pablo la tarde del día anterior, con intención de recorrer los veinticuatro kilómetros hasta Ostia. Aunque oficialmente nadie podía abandonar Roma, la cantidad de gente que había comprado ese permiso o suplicado que se lo concedieran era sorprendente. Las rodadas de la carretera estaban anegadas y, esa circunstancia, sumada al



tránsito de campesinos y carretas, entorpeció su avance. Cuando cayó la noche, seguían aún en la desolación de las marismas. Entonces Stephen se había adelantado a caballo para comprobar el estado de la carretera. Mientras estaba ausente, una partida de jinetes se les echó encima, disparando los arcabuces y virando antes de volver a disparar. Posiblemente eran imperialistas que, de algún modo, habían logrado cruzar el Tíber, o miembros del poderoso clan de los Colonna, enemigo del Papa, o simples bandoleros. Los caballos de carga se habían encabritado y algunos criados que conducían los carros, llevados por el pánico, se habían adentrado en la marisma. Toda la caravana de carros que había estado avanzando a duras penas por la carretera dio la vuelta y retrocedió apresuradamente hacia la ciudad, arrastrando a Grace y su familia con ella. Los fardos y las cajas se iban cayendo de los carros; cuando llegaron a las puertas cerradas de la ciudad tenían muchas menos pertenencias que al comienzo del viaje. Para entonces ya eran las dos o las tres de la madrugada y, a pesar de que Hannah y Susan estaban dispuestas a hacer otro intento por la carretera de Ostia, Grace no quiso ni oír hablar de ello. Stephen iba a volver por ellas. Siempre había sabido que aquel viaje desde Roma era un error. Pasaron en vela la fría noche, a las puertas de la ciudad, esperando. Pero Stephen no regresó. La neblina se levantaba de las lagunas que bordeaban la carretera. Al amanecer, en la espesa niebla que tanto había favorecido el ataque de los imperialistas, Grace les ordenó a todos volver al *palazzo*: sin duda Stephen las estaría esperando allí, o estaría de vuelta pronto y haría otros planes. Stephen lo solucionaría todo.

Pero Cellini y Alessandro se habían ido y se estaba desarrollando una enconada batalla al otro lado del río.

No tenían nada que temer, había argüido Grace. Después de todo, Inglaterra era neutral en aquella guerra, que nada tenía que ver con ellas.

A medida que el ruido de los disparos se iba acercando, los hombres de Cellini los fueron abandonando. Cuando los españoles y los alemanes por fin hubieron cruzado los puentes, quedaban apenas diez hombres armados para hacerles frente. Habitación tras habitación, Grace y sus hijas se habían batido en retirada. Fue Susan quien encontró la trampilla; Hannah había subido los dulces de su mesilla de noche. Lo más problemático para ellas había sido su madre. Los disparos y el asesinato de los criados, que había presenciado por las ventanas de la galería... Grace no acababa de creerse todo aquello. Quería

bajar al encuentro de los imperialistas y decirles quién era, explicarles que estaban en un error. Sólo la promesa del regreso de Stephen la había inducido a subir por la escalera de mano.

Habían permanecido acurrucadas en aquel agujero hora tras hora, mientras proseguían la matanza y el saqueo. Los soldados habían efectuado un registro a fondo. Los habían oído gritarse cosas y derribar muebles, enfadados; pero la mayor parte del botín, por supuesto, estaba en aquellas cajas descargadas precipitadamente de los carros y amontonadas en la entrada del vestíbulo del que los primeros soldados habían huido tan precipitadamente: los tapices enrollados, la plata, los libros de Stephen, las flautas dulces y los laúdes. Por fin se hizo el silencio. Sólo al caer la noche las dos muchachas habían juzgado que merecía la pena correr el riesgo de encontrar comida.

—Y ahora nos hemos comido vuestro pan y los dulces también se han terminado —dijo Susan—. ¿Hannah?

—Sé que hay más, abajo, en la despensa.

—Asegúrate de traernos algunas peras confitadas —terció Grace—. Esas que nos regaló el cardenal Ceci. Pero verdaderamente opino que deberíamos esperar a Stephen en la planta baja. Aquí arriba nunca nos encontrará.

Conseguí levantarme.

—Debo ser yo quien salga. Puedo pasar por español. Prometedme que no saldréis de aquí. —La cabeza me dolía horrores. Me tambaleé y tuve que apoyarme en el hombro de Hannah, que torció el gesto.

—Tendríais razón —dijo— si pudierais caminar. —Me apartó el pelo de la brecha—. Más tarde iréis. Antes debéis dormir.

Yo ya estaba cayendo en la inconsciencia. Fuego, gritos, carreras, cañones y tambores, todo lo que me había estado rondando la cabeza se fue difuminando hasta que no quedó más que la dulce respiración de Hannah, la suave calidez de su cuerpo. Mientras dormía recorriamos juntos Francia, riéndonos de los horrores de Italia, a sólo unos días de distancia de nuestro hogar.

Me desperté de golpe. Ya había amanecido. La luz blanca que penetraba por las rendijas de las tejas descendía sobre nosotros. Hannah estaba tendida de lado, dormida. Grace, encogida al fondo de la habitación, tenía un aspecto envejecido y demacrado. Era como si sólo en sueños pudiera entender lo

pavorosa que era nuestra situación. Me incorporé sobre un brazo. Me sentía débil, pero la cabeza ya no me dolía. Susan estaba al otro lado, cerca de la trampa.

—Hay alguien abajo —susurró.

Escuché atentamente. Se oían pisadas, personas rebuscando y cosas rompiéndose. Contuve el aliento. Luego oí lo que me parecieron los sollozos de un bebé y chillidos de un animal. Susan se volvió hacia mí con una sonrisa traviesa.

—¡Belcebú!

Levantó la trampa y el mono se puso a dar brincos, enseñando los dientes y parlotando.

Tenemos que conseguir que se vaya —siseé—. Va a delatarnos.

—Es mejor matarlo —dijo Susan.

—¡No! —Hannah se sentó y se inclinó hacia delante, furiosa—. Eso es lo que siempre has querido.

—¿Y qué si lo es?

—¡Chicas! —terció Grace—. Dejemos que lo decida Richard.

Yo ya estaba recogiendo la espada y el arcabuz.

—Quédense aquí —les advertí. Susan bajó la escalera de mano. Descendí por ella rápidamente y vi cerrarse la trampa del techo. Entonces me puse a buscar a *Piccolino*. Podía ser nuestra perdición si los soldados volvían al *palazzo*. Pero el animal se había ido.

Recorriendo las habitaciones que olían a muerte volví a la sala, aguzando el oído todo el rato. Unos cuantos dulces no nos mantendrían con vida. Tenía que encontrar comida de verdad. Fuera, en la plaza, había una niebla espesa, igual que el día anterior. De ella salían los ruidos ahogados del saqueo, los cañonazos que disparaban desde el castillo, tiros de pistola, gritos. Me envolví en la capa corta del español y corrí hacia el norte. En el Banchi vi a oficiales españoles y alemanes que intentaban reunir a sus hombres. Pero, una vez muerto el Borbón, se reían de ellos: «¡Ya no obedecemos órdenes de nadie!»

También había italianos en el ejército imperial: napolitanos, sieneses, romanos pertenecientes al extenso clan de los Colonna. Su Santidad había incendiado sus pueblos y les había quitado sus rebaños. Ahora aquellos hombres habían vuelto. Mataban con más furia que el resto y, por dondequiera que pasaran, garabateaban en los muros una sola palabra:

«*Vendetta*», venganza.

Pasé por casa de Juan Pérez, el embajador del Imperio, y también por la de don Martín, cuyo *palazzo* todos consideraban tan resistente. Sus puertas estaban abiertas. Aquel cañón del tejado no había salvado a don Martín. Había cadáveres por doquier, los más recientes amontonados encima de los antiguos. Los soldados estaban en cuclillas en la calle, jugando a dados encima de montones de crucifijos de oro y bolsas de ducados y joyas, e incluso de prisioneros atados, de una mujer hermosa o de un mercader de aspecto opulento. Algunos lo perdían todo en unas cuantas tiradas y regresaban a las iglesias y a los palacios por más. La riada de tesoros parecía no tener fin. Pasó una hora, o fueron dos o tres las que pasaron antes de que recuperara el sentido e irrumpiera en una fila de tiendas abandonadas de la Piazza Navona para hacerme con unas salchichas, pan y vino. Cuando volvía pasando por delante de la pequeña iglesia de Santa Maria in Vallicella, un oficial con fajín carmesí me dio el alto y me preguntó algo en alemán. Intenté seguir de largo, pero me repitió la pregunta. No había nadie más a la vista. Apunté el arcabuz y le disparé, murmurando para mis adentros: «*Vendetta*.»

Cuando regresé al Palazzo del Bene, el edificio estaba tan silencioso y en calma como un osario. Los cadáveres estaban cubiertos de moscas, que se arremolinaron zumbando cuando corrí escaleras arriba. Desde el vestidor les susurré a Hannah y a Susan que me alcanzaran la escalera de mano. De nuevo en la estrechez del ático, me eché a temblar. Estar de vuelta en aquel extraño reducto de femineidad era un triunfo y una alegría. No sólo mi Hannah sino las otras dos mujeres confiaban en mí profundamente. Grace sonrió. ‘

—Contadnos nuevas de la ciudad —me dijo, con lo que pareció un gran esfuerzo.

Hice una pausa antes de responder.

—No son buenas.

—Debéis contarnos lo peor —dijo Susan—. ¿Ha resistido algo?

—Sólo el castillo.

—Podéis sacarnos de aquí —dijo Hannah—. ¿Podéis colaros por una puerta o pasar por encima de la muralla? ¿No podéis, Richard?

Su voz era clara y aduladora, como si estuviera retándome para que le permitiera ver la carrera de enanos o a ir a traerle otra copa de vino. Sacudí la cabeza despacio. Había llegado hasta las murallas y sabía que, más allá del

centro de la ciudad, el ejército seguía comportándose como un ejército. Había patrullas y cambios regulares de guardia. Querían asegurarse de que nadie socorriera a Su Santidad.

—En tal caso —dijo Susan—. Debemos entrar en el castillo.

Les dije que no. Entrar en Sant’Angelo... si aquello estaba por encima de las posibilidades de treinta mil asediadores, sin duda estaba también por encima de las nuestras.

—Ya se os ocurrirá algo —dijo Hannah—. Seguro que sí.

Día tras día bajaba de la buhardilla y salía a la plaza. Primero iba siempre hacia el norte, al río, y echaba un vistazo a la otra orilla, al castillo de Sant’Angelo. El castillo achaparrado e inamovible, con almenas externas y torretas en las esquinas, su enorme torre de planta redonda y la torre más alta que sobresalía de ésta, en cuya cima seguía ondeando la bandera papal. El cañón retumbaba y los cañonazos impactaban en la ciudad papal. Los imperialistas todavía no tenían sus propios cañones, así que aunque los soldados devolvían el fuego con arcabuces, parapetados detrás de las ventanas de las casas, no eran un verdadero peligro para el castillo. Su Santidad se había negado a negociar, porque confiaba en el duque de Urbino y la Liga. Entre las líneas imperialistas y las murallas del castillo había una zona de edificios incendiados y cadáveres, además del río serpenteante y el desierto puente de Sant’Angelo. Yo no creía que tuviéramos ninguna esperanza si tomábamos esa dirección.

Me volví y corrí hacia la ciudad para efectuar mi cotidiana búsqueda de comida. Algunos días me iba bien y volvía con un buen suministro; otros no encontraba nada. Al tercer día, el príncipe Filiberto de Orange, que se había autoproclamado general del ejército ahora que el Borbón había muerto, ordenó que cesaran el pillaje y las matanzas. Pero los soldados no hicieron otra cosa que multiplicar sus desmanes. Incluso irrumpieron en el palacio apostólico, que el propio príncipe había elegido como residencia personal, y lo vaciaron de barricas de vino.

En medio del horror, había extrañas islas de normalidad: algunas tiendas abiertas donde vendían pan por unas monedas; los niños corrían por la calle para ir a visitar a sus padres encerrados en las prisiones de los soldados; se

canjearon letras de cambio por moneda de curso legal en los bancos hasta que también los saqueaban; los burdeles seguían abiertos porque era negocio. Vi a un grupo de españoles conduciendo a unas monjas en fila, maniatadas, y escuché los gritos de aquellas mujeres: «*Pietate! Pietate!*», piedad. En la puerta del burdel, un viejo truhán sonriente las obligó a entrar y entregó a los soldados una bolsa de oro.

Seguía habiendo tiroteos, incendios y cadáveres recientes en los montones. Pero los soldados estaban descubriendo que los romanos vivos podían serles de más utilidad. La ciudad estaba llena de escondites, razonaban: túneles secretos, catacumbas rebosantes de tesoros ocultos. ¿Cómo iban a encontrar todo eso a no ser acosando a los ciudadanos y practicando el arte de la persuasión? Ciertas casas se convirtieron en cámaras de tortura. Vi hombres colgados de las torres por los brazos, y los gritos que salían de aquellos lugares sugerían tormentos mucho peores. Los pobres cardenales Piccolomini, Araceli y Ceserino, que siempre habían sido tan amigos del Imperio, eran conducidos a diario por las calles, encadenados. Los soldados los golpeaban y se mofaban de ellos. Luego se los llevaban a un patíbulo situado a la vista del castillo, y allí los obligaban a permanecer. Los alemanes juraban que los colgarían a menos que el Papa se rindiera. Pero tras su ordalía diaria eran conducidos de nuevo a su prisión.

En la oscuridad de la buhardilla nos quedábamos sentados largas horas, en silencio. La nuestra era una intensa pero casta proximidad; compartía con Hannah el contacto de una mano, el sonido de nuestra respiración. Los gritos de los pobres prisioneros rompían el silencio. Para distraernos, abría el cofre y mis tesoros pasaban de mano en mano. Antes no habían visto mi jardín, con su prado de diamante verde y el reluciente estanque de las ninfas que formaba el zafiro blanco. Grace lo sostuvo en sus manos con un largo suspiro. Cerró los ojos y tanteó con las yemas de los dedos la silueta de las figuras. Pensaba en otros tiempos, tal vez, en la corte, cuando el rey Enrique todavía era joven y Stephen empezó a cortejarla con regalos; regalos casi tan valiosos como el que tenía en las manos. Su rostro se distorsionó y se echó a llorar. Hannah la cogió del brazo.

—Volveremos a casa, madre —le prometió—. Ahora tenemos a Richard.

Susan sostenía en alto el barco. A la luz moteada que se colaba por las tejas los diamantes brillaban y la crisoprasa relucía como un ojo.

—¡Mirad! —dijo—. Un mar tormentoso. ¡Qué bonito! —Señaló los zafiros, con sus impurezas blancas y su bruma—. Como el mío. —Se quitó una cadena de la que pendía una sola piedra blanquiazul.

—Así que lo hicisteis engastar —dije—. Benvenuto podría haberlo hecho mejor.

—Benvenuto estaba ocupado. Y estos diamantes... ¿son estrellas?

Me estaba irritando.

—Sí.

—Entonces es de noche. Y vuestro mar todavía es azul. De noche el mar es gris, o negro.

Le arrebaté el broche de las manos. Había estado tan orgulloso de aquel objeto, de su concepción, de la elección de las piedras y del trabajo de Cellini... No había caído ni una sola vez en la cuenta de que aquello era una incongruencia.

—¿Importa eso? —dije.

—No —me respondió Susan—. De hecho, no. De todas formas todo es pura fantasía. Os lo he dicho: es muy bonito.

—Lo bastante bonito como para hacerme con él un nombre —refunfuñé—. Miré de soslayo a Hannah, enojado. Sonreía, saboreando la discusión, justo como había hecho aquel primer día durante la cena, cuando Susan se había mofado de mis modales.

—Fantasías —murmuró Susan—. Lo que daría yo por ver un verdadero prado o un verdadero barco. —De repente se sentó y se volvió hacia su hermana—. ¡Hannah! Enseña a Richard el regalo que te hizo John.

Miré a Hannah, asombrado. Había descartado todas mis sospechas acerca de ella y John. Susan, seguramente, estaba inventando otra de sus maliciosas historias. Pero Hannah se limitó a sacudir la cabeza.

—Si quiere verlo...

Se desató el lazo del cuello para enseñarme un broche. Era de oro delgado y mal trabajado; la piedra del centro era una cornalina de color rojo anaranjado, semitransparente. Aquella chapuza no valía más de veinte coronas, que eran más de lo que yo creía que John podía permitirse. La indignación me dejó sin habla. Hannah me miró a los ojos con un frío desafío, como si fuera ella la insultada y no yo.

—¿Aceptasteis esta... esta cosa de John? ¿Después de haber rechazado mi

diamante? —dije por fin.

Hannah sacudió la cabeza.

—Estabais tan altivo e impresionante esa noche... Y el pobre John tenía un aspecto tan abatido... Necesitaba que le dieran ánimos.

—¡Que le dieran ánimos!

Había levantado la voz. Susan se inclinó hacia nosotros.

—¡Silencio! —siseó—. ¿Queréis que nos maten?

Miré a Susan, cuyos ojos penetrantes brillaban como un par de zafiros. Su carta tal vez no había estado tan desencaminada, después de todo. De repente noté que Hannah se apretujaba contra mi brazo.

—Me equivoqué. ¿Me perdonáis?

Me volví hacia ella y la besé, allí, delante de su madre y de su hermana. Le hubiese perdonado cualquier cosa, una y otra vez. La calidez de su cuerpo a mi lado era prueba suficiente de que seguía siendo mía.

—Haces bien en rectificar —comentó Grace con grandilocuencia, como si estuviera dando a su hija un consejo en privado—. Te dije que John no te convenía.

Cuando Hannah se apartó con otra de sus misteriosas sonrisas, miré a Grace. Aquello, me dije, arrojaba nueva luz sobre lo que podía haber sucedido durante mi estancia en Florencia. Me imaginé a Grace presionando a Hannah para que me aceptara a mí, el rico mercader; y a Hannah, ofendida por la intromisión de su madre, lanzándose en brazos de John por despecho. Aquello me consoló un poco. Pero no podía perdonar a John tan fácilmente.

—¡Por Cristo y todos los santos! —murmuró Susan—. Estáis aquí sentados cortejando y riñendo e ideando juegos amorosos. ¿Qué vamos a hacer? Decidme, ¿qué vamos a hacer?

Me quedé mirando la oscuridad. Llevaba siete días devanándome los sesos, sin encontrar respuesta a esa pregunta.



El saqueo continuaba, y los soldados eran cada vez más crueles y estaban más desesperados. Cavaban en las tumbas en su frenética búsqueda de tesoros y arrojaban a las calles esqueletos y calaveras. Incluso excavaban en los pozos negros y echaban carretilladas de excrementos sobre los cadáveres, seguros de que si profundizaban lo suficiente desenterrarían bolsas de oro escondidas. Las ratas correteaban por los callejones. Se habían declarado los primeros casos de peste. Yo había visto a los viejos sepultureros ir de casa en casa durante la epidemia y marcar las puertas de las casas de los contagiados con tiza. Día a día era más difícil encontrar comida. Habían vaciado las tiendas. Hombres que intercambiaban tiros hacía apenas unos días por diamantes y oro asesinaban ahora por un saco de centeno. Arrebataban el pan de las manos de hombres moribundos por la peste. Los más pobres de Roma comían harina y paja de su cama y carne humana de los muertos, lo único de lo que no había escasez.

Y los alaridos que salían de las prisiones... A medida que disminuía el botín, los soldados se cebaban con más furia en sus prisioneros, como si torturándolos más y causándoles más dolor pudieran arrancarles más oro. Algunos afortunados que conseguían pagar un rescate eran capturados de nuevo por otra banda y obligados a pagar el doble, y aquello sólo servía para convencer a los soldados de que eran ricos y les pedían más y volvían a torturarlos. Cuando por fin decidían que ya no podían exprimirles nada más, los soldados llevaban a los prisioneros a los mercados y los sacaban a subasta, para que otras bandas pujaran por ellos y se los llevaran para infligirles aún más tormentos.

Pasaba largas horas cada día tendido en un tejado, cerca de la orilla del río, no lejos de la Casa de la Moneda papal, corriente arriba del puente de Sant'Angelo. El edificio había sido la tienda de un especiero: el perfume de la preciada canela y del pimentón subía de los botes destrozados, mezclado con el hedor repugnante de la muerte. Era un sitio peligroso. Los soldados tenían barricadas a cada extremo del puente y había siempre un pelotón de ellos vigilando el castillo y disparando al aire de vez en cuando. Para esos hombres

aquel castillo era la cueva del tesoro. El Papa y su oro estaban allí dentro, así como varios centenares de ricos cardenales, mercaderes y nobles. Sería el último gran premio que caería en sus manos. Pero Sant'Angelo no estaba dispuesto a caer todavía. El cañón disparaba aún y, cada vez que los defensores veían alguna señal de movimiento, las balas impactaban en las casas del vecindario. Miré ávidamente hacia aquellos adustos muros. Al otro lado había seguridad, comida, camas; una vida sin temor ni horror. Tenía que haber un modo de entrar y estaba decidido a encontrarlo.

Una noche me quedé allí más de lo habitual. Estaba a punto de bajar del tejado y regresar al *palazzo* cuando vi moverse algo, como una araña que bajaba por el muro del castillo. En cuanto tocó el suelo se escabulló rápidamente hacia la base del puente, donde la perdí en la oscuridad. Pero al cabo de un momento volví a localizarla en el centro del puente, viniendo hacia mí, escalando con suavidad las ruinas picadas de viruela por los disparos de cañón de la capillita donde los condenados solían rezar antes de que los colgaran. Desapareció de nuevo. Luego otro movimiento, una sombra desvaneciéndose por el Banchi hacia la ciudad. Bajé gateando del tejado y corrí tras ella, asomándome a cada calle, pero no vi ni un alma. Frustrado, regresé a mi puesto de observación y estuve vigilando y dormitando a ratos hasta el amanecer. Cuando empezaba a clarear detecté otra vez movimiento en el puente y aquella silueta delgada yendo de sombra en sombra. La neblina se espesaba, pero pude distinguir la cuerda que arrojaban una vez más desde el baluarte de la esquina del castillo y al hombre que subía por ella y entraba. Fuera quien fuese, había salido y luego regresado.

A la noche siguiente volví a montar guardia. Era casi medianoche cuando vi la fina línea que bajaba por el muro del castillo y a la silueta de araña descendiendo por ella. Bajé rápidamente a la tienda en ruinas. El espía, rápido y casi invisible, ya estaba en el extremo más cercano del puente. Pasó ágilmente por delante de la Casa de la Moneda y se metió en el laberinto de calles. Corrí detrás de él. Lo vi tomar por la Piazza Navona, donde la noche *dei mocoli* las velas ardían en cada balcón y los muchachos y las muchachas reían y se arrojaban agua y harina. En las casas no había luz, pero sí piedras, tablones y cadáveres por todas partes. En la esquina de la plaza me quedé mirando a mi alrededor aquella escena de desolación, consternado. No podía hacer nada: se me había escapado.

Registré una panadería en busca de comida. Encontré un mendrugo de pan roído que los soldados habían dejado y regresé al *palazzo*. Estaba de un humor pésimo. En el vestidor avisé en voz baja a las chicas. En la trampilla apareció la cara de Susan, que se dispuso a bajar la escalera de mano. Justo en aquel momento un ruido de correteo en el rincón nos dejó petrificados a ambos. *Belcebú* salió a la escasa luz, con algo en las manos; tardé un momento en darme cuenta de que era una mano humana cortada. El mono enseñó los dientes y le arrancó un bocado. Miré a Susan y asentí. Por fin podríamos quitarnos de encima aquel mono detestable. Dejé el arcabuz en el suelo y desenvainé. *Belcebú* pareció captar nuestra intención. Con la mano en la boca salió corriendo por la puerta y bajó las escaleras. Fui tras él. Corrió por la balaustrada de la galería; luego bajó de un salto y se metió por la puerta entreabierta de la sala. Me lancé detrás de él... y me quedé paralizado.

Sentados a la luz de un par de docenas de velas había seis o siete hombres. Llevaban sombreros con plumas y tenían a su lado, en el suelo, arcabuces y picas. Con los tapices flamencos sobre las rodillas, pinchando la tela con sus agujas, parecían una hilera de costureras. Era una escena incongruente. Luego caí en la cuenta: estaban sacando el hilo de oro de aquellas obras de incalculable valor y ovillándolo a medida que lo hacían. Habían estado realizando aquella labor en silencio, y por eso me habían pasado inadvertidos. Uno de ellos se levantó de golpe y me apuntó con su arma. El mono correteó a su alrededor y luego se marchó escaleras abajo.

—¿Qué sois? —Me habló en español.

—Un soldado.

Le respondí en la misma lengua. Pero sabía que no podía hacerme pasar por español nativo en una habitación silenciosa estando asustado.

—Italiano —añadí—. Un amigo del Imperio.

—¿Qué clase de italiano? ¿Un romano?

Escupí. Hacerme pasar por veneciano me resultaba más fácil; pero los venecianos eran enemigos acérrimos del Imperio.

—Soy de Génova.

Se me acercó unos cuantos pasos, sin dejar de apuntarme.

—¿De dónde de Génova?

—De Maddalena, donde trabajan los fabricantes de sogas. Los franceses se llevaron todo cuanto tenía. En Siena me uní al ejército del Borbón y marché

con él.

—Mátalo —le aconsejó uno—. Es un mentiroso.

Otro se levantó. Hablaba italiano con acento de Siena.

—Demostradlo.

Me sudaban las manos. El miedo me atenazaba, pero me esforcé por recordar aquella luminosa tarde de enero en que el *Speranza* había partido rumbo a Roma y los marineros cantaban mientras tiraban de los cabos. Entoné: «Somos de Génova, somos de Maddalena, nunca nos casaremos mientras haya en el mundo esposas de otros hombres...»

Cuando terminé se estaban riendo. Se la volví a cantar en español lo mejor que supe. Su jefe me hizo una seña.

—Os habéis ganado la vida y podéis compartir con nosotros el vino y el pan, además. Los alemanes a quienes se los quitamos ya no los necesitan.

Acepté los mendrugos con avidez y tomé un sorbo de vino ácido.

—Gracias. Si el animal no se me ha escapado, podréis compartir conmigo el mono.

—¡Ah! —El jefe se limpió la boca—. Fue esa criatura la que nos trajo a esta casa llena de muerte. Creedme, alguien se oculta aquí.

El corazón se me aceleró.

—No, después de tantos días eso es imposible.

El hombre que había querido que me mataran tenía sus ojos oscuros fijos en mí.

—Teniendo la ayuda de alguien, no.

Me encogí de hombros.

—He oído algo.

—Mis pasos —le sugerí.

—Voces. Lo juraría. De mujeres.

Cuando oyeron «mujeres» todos levantaron la cabeza, con expresiones duras de crueldad y lujuria.

—Ojalá las hubiera —dije, riendo—. Caballeros, tengo que ocuparme de mis asuntos. Si tengo éxito, os invito a un banquete de mono. —Me levanté y salí de la sala al rellano. Luego recorrí deprisa por la galería y subí corriendo las escaleras. Todo en mí tenía que haberles resultado sospechoso. ¿Dónde estaba mi codicia de soldado? No les había pedido que compartieran su oro conmigo, ni insistido en que el mono, al fin y al cabo, era mío. Estaba seguro

de que no tardarían en perseguirme. En el vestidor le susurré a Susan que me dejara subir. Cuando levantó la trampa, agarré el arcabuz y subí por la escalera de mano a toda prisa. La izamos. Abajo sonaban pasos en las escaleras.

—¡Silencio! —les ordené. Debajo de nosotros los hombres daban patadas en los dormitorios, pasaban las espadas por debajo de las camas con un tintineo, volcaban armarios y sillas. Luego los oímos irrumpir en el vestidor. Tras una pausa, una voz triunfal:

—Aquí arriba hay una abertura.

—¿No hay ninguna otra salida? —susurré.

Susan negó con la cabeza.

Oímos cómo arrastraban muebles hacia el vestidor. Los españoles subirían enseguida. Miré la buhardilla en la que nos encontrábamos. Las paredes eran sólidas. Por las rendijas de las tejas vi que el cielo empezaba a adquirir la gris luminosidad del amanecer.

—¡Rápido!

Abrí a golpes con un codo un agujero en las tejas, que resbalaron ruidosamente por el tejado y fueron a estrellarse contra el suelo. Se oyó un estrepitoso disparo de arcabuz y la bala atravesó el suelo, entre Hannah y Grace. Llovieron astillas de madera. Hannah gritó y, cuando se encogió hacia mí, tenía sangre en la cara.

—¡Arriba! —gritó Susan. Juntos aupamos a Hannah por el agujero. Se puso en cuclillas sobre el tejado y estiró hacia abajo un brazo para ayudarnos a tirar de Grace de pie. Hubo otros dos disparos, que abrieron agujeros más lejos y no nos dieron. Grace sonreía con serenidad.

—¿Dónde debo poner el pie, Richard? Perdonadme, pero ya veis que esto es algo completamente nuevo para mí.

La subimos con esfuerzo al tejado y Hannah la cogió de la mano. Se tambalearon un momento, siluetas negras contra el cielo, y luego las dos resbalaron hacia abajo por encima de las tejas, gritando. Chillé y los españoles respondieron con gritos, seguros de tener una víctima. Otro disparo impactó detrás de Susan y una viga podrida se cayó, derramando una lluvia de tejas sobre su cabeza. Cayó con un alarido. Tiré de ella para levantarla y juntos subimos como pudimos por encima de los escombros hasta el tejado.

—Hannah... —murmuraba yo profundamente apenado—. Hannah...

—¡Aquí! —Estaba aferrada a las inestables tejas, con los pies en la moldura dentada que, como unas almenas en miniatura, bordeaba el tejado.

A nuestra espalda oía a los españoles encaramándose al ático. Me asomé al agujero que habíamos practicado en el tejado y disparé con el arcabuz. El grito de abajo me indicó que había dado en el blanco. Susan tiró de mí para alejarme del agujero. Bajamos resbalando del tejado para reunirnos con las otras. Cogí de la mano a Hannah y nos pusimos en marcha, avanzando con dificultad por el pretil. Grace nos siguió también, levantándose el borde de la falda y mirando a su alrededor, consternada. Susan fue la primera en llegar a la esquina del *palazzo*, donde el tejado giraba hacia la otra ala.

—Ahora, ¿hacia dónde?

Más abajo, a unos tres metros, estaba el tejado de la casa contigua. Para alcanzarlo teníamos que salvar de un salto un estrecho callejón. A más distancia, otros cuatro metros más abajo, estaban los tejados de las tiendas de Via Giulia.

—¿Creéis que podemos hacerlo?

—Sé que no podemos. —Miré hacia atrás. Grace, encogida de miedo contra las tejas, sonreía vagamente. Hannah, con la cara sangrante, estaba aferrada a su madre. Al otro lado del caballete del tejado en declive había una hilera de tragaluces. No quedaba otra salida. Teníamos que volver a entrar en el palacio. Los españoles estaban en el tejado ya: un disparo nos pasó rozando por encima de la cabeza. A ellos no debían quedarles casi tiros, me dije, a menos que hubieran tenido la inteligencia de dejar un par de hombres atrás para recargar. Uno por uno pasamos por encima del caballete, con la vertiginosa caída frente a nosotros, hasta que llegamos al primer tragaluz. Rompí las contraventanas y me metí en la habitación con la espada por delante. Había un cadáver de mujer en el suelo, en el centro del cuarto.

—¡Rápido! —Tiré de Susan, Hannah y de la sonriente Grace por la ventana y echamos a correr. La distribución de aquella ala del palacio era idéntica que la de la otra. Abajo hacia los dormitorios, abajo de nuevo hacia la galería cubierta y luego hacia la galería cuya balaustrada daba a la escalinata de la entrada. Oí un grito: un hombre estaba a la puerta de la sala de los Cage intentando torpemente recargar su arma. Corrimos escaleras abajo y salimos a la plaza. Unos diez soldados se nos acercaron a la carrera desde Via Monserrato, atraídos por los disparos. Empujé a las tres mujeres hacia las

sombras y grité en español:

—¡Adentro! ¡Los alemanes quieren matarnos!

La capa corta y el arma me identificaban como un soldado, y el natural odio entre las dos ramas del ejército hizo el resto. Los españoles entraron en tromba en el *palazzo*. Escuché más disparos dentro y nosotros corrimos hacia Via Giulia y giramos hacia la derecha, hacia el norte. Susan me alcanzó.

—¿Dónde, en nombre de todos los demonios, nos lleváis?

Hasta ese momento no me lo había planteado. Habíamos dejado atrás el único lugar seguro de la ciudad para nosotros. Pero tenía en mente la imagen de la silueta descendiendo por la cuerda del baluarte. Era nuestra única oportunidad. Se lo expliqué en pocas palabras.

—¿Y estará allí? ¿Nos introducirá en el castillo?

—Tiene que hacerlo.

Estábamos en el viejo Banchi, a medio camino quizá del puente. Hannah y Susan avanzaban tambaleándose, con las piernas débiles después de días de ocultarse. De repente, Grace se desplomó.

—Perdonadme, no sé qué...

Tiré de ellas hacia un callejón. Hannah se sentó contra el muro de una casa. Una costra de sangre le cubría un lado de la cara. Sonrió, y fue una sonrisa tan hermosa que me estremecí.

—Por favor —le supliqué—. Debemos continuar. Pero sin correr. Ya estamos demasiado cerca del puente.

Se levantaron cansinamente.

—Las manos delante como si las llevarais atadas —las apremié—. La cabeza gacha. —Había visto filas de prisioneros caminando por Roma así, muchos a la vez. En la semipenumbra nadie vería que no iban atadas con cuerdas. Volvimos a ponernos en marcha, despacio. Nos habíamos alejado unos doscientos metros del palacio. Detrás oímos otro disparo. ¿Cuánto tiempo nos quedaba antes de que los dos grupos de españoles se juntaran y nos persiguieran?

Frente a nosotros veía la barricada del puente y a los soldados moviéndose por delante de ella. Más allá, sobresalían de la gris penumbra las horcas que los alemanes habían levantado al otro lado; allí obligaban a permanecer a los cardenales diariamente, a la vista del Papa. A medida que nos acercábamos el corazón me martilleaba. El oficial de la barricada se volvió hacia nosotros y

levantó una mano. Nos detuvimos. Nos gritó algo en alemán. Las tres mujeres se apiñaron detrás de mí. Respondí en español que eran prisioneras y que las llevaba al patíbulo. Sonrió. La crueldad es un lenguaje universal; nos hizo señas de que cruzáramos.

Ya estábamos casi en el puente. Del río se levantaba neblina que se arremolinaba a nuestro alrededor. Frente a nosotros estaba el castillo: adusto, sombrío, inexpugnable. Salía humo de una de las numerosas troneras de su gran torre de planta circular, y a la izquierda, en el Borgo, una bala de cañón dio en el blanco. Los imperialistas respondieron con una ráfaga de disparos. Caminamos despacio rodeando el patíbulo, con la horca colgando sobre nuestras cabezas como la muerte. Hannah miró hacia arriba y estuvo a punto de caerse.

—No mires —le advertí—. Sigue adelante.

Delante de nosotros se extendía el puente, con los adoquines rotos por los disparos y un montón de piedras y cadáveres desparramados. Conduje a las Cage del patíbulo a campo abierto. Allí, sobre el río, la niebla era más espesa. Rogué que nos ocultara de los alemanes. Pasamos el primer pilar de piedra del puente con sus estatuas rotas y llegamos a las ruinas de la capilla de la parte central. No nos había visto nadie aún. Alcanzamos el tercer pilar, el cuarto. Ya estábamos casi en el castillo. Teníamos delante la muralla con el rastrillo donde nos habíamos separado de Martin y Cellini. A la derecha quedaba el baluarte de la esquina, el de la cuerda. Pero en aquel momento no había nada allí. Estábamos terriblemente expuestos y no tardaría en salir el sol. Era tarde: demasiado tarde para que un espía prudente regresara. Hice el gesto a las mujeres de que se agacharan debajo del pretil justo en el momento en que un disparo arrancó esquirlas de piedra a nuestro lado. Procedía del castillo.

—¿Ahora qué? —me susurró Susan.

—Esperaremos.

Hannah estaba mortalmente pálida. Grace, acurrucada detrás de las piedras, intentaba arreglarse el pelo. No iba a revelarles que estábamos en una posición terriblemente precaria. Estaríamos allí atrapados, cada vez con más luz. A lo mejor podríamos arrastrarnos junto al puente hacia la orilla del río. Pero permanecer ocultos todo el día, al alcance de la vista tanto de los imperialistas como de los del castillo... eso era tentar demasiado la suerte.

—¡En nombre de todos los...! ¿Qué estáis haciendo aquí, desgraciados?



La voz me llegó en un susurro, justo del otro lado del pretil. Forcé la vista, incrédulo.

—¿John?

—El mismo que viste y calza.

Allí estaba su cara franca y sonriente. Nunca me había alegrado tanto de verle. Iba de negro, con la capa también negra. Su alta silueta era como una sombra... una sombra, supuse, que bajaba silenciosa como una araña por una cuerda hacia la ciudad. Saltó el pretil para llegar a nuestro escondite.

—Así que todavía comercias con el mismo tipo de mercancía. Aunque yo te creía un hombre del emperador —le dije.

—En los tiempos que corren Su Santidad paga mejor. Y el Imperio tiene la desagradable costumbre de matar tanto a sus amigos como a sus enemigos. ¡Grace, qué encantadora!

Grace le cogió de la mano y se besaron.

—Y la señorita Hannah y la señorita Susan. Encantadoras.

Susan lo fulminó con la mirada.

—Podríais habernos dicho que dependíamos de él para este rescate.

—Susan —la reprendió su madre—. No seas grosera. John, cuando nos hayamos tomado un descanso creo que podremos continuar un poco más. ¿Vendréis con nosotras?

John echó un vistazo al parapeto. La niebla era un espeso velo blanco que cubría el puente; pero desde el castillo éramos un blanco fácil.

—Es demasiado tarde —murmuró—. Seguidme rápido. —Eché a correr a gachas bordeando el castillo. Otro tiro, procedente del baluarte lejano, impactó en la piedra. Apremié a las Cage para que corrieran y fuimos tras John. Cuando dobláramos la esquina de la muralla del castillo estaríamos a salvo de aquel tirador solitario. Nos apretamos contra el muro, que se elevaba por encima de nuestras cabezas en la niebla hasta las almenas que sobresalían. John silbó flojito. Como por arte de magia, la fina cuerda bajó. Agarró su extremo.

—Lo siento, pero debo subir yo el primero. A cualquier otro lo matarían. Debo explicar la situación y luego subiros. Soy valioso para ellos: no se negarán.

Saltó y trepó por la cuerda. En un visto y no visto desapareció. Esperamos en silencio. La niebla se arremolinaba por encima de nosotros. De pronto la

cuerda salió del manto blanco y quedó colgando, balanceándose.

—Grace debe ser la siguiente —dije—. Formé un lazo en el extremo de la sogá para que se sentara en él, pero Grace negó con la cabeza.

—¡Oh, no! Si subimos Stephen jamás nos encontrará. Cuando terminemos el paseo debemos volver al *palazzo*.

—Madre —le suplicó Hannah—. Debéis ir. Richard sabe lo que más nos conviene.

Roma estaba sumida en un pesado silencio. Oíamos el murmullo del río contra los pilares del puente y el llanto lejano de un preso. De repente sonaron gritos al otro lado: voces de españoles y alemanes. Nuestros perseguidores del *palazzo*, supuse, habían llegado a la barricada.

—Id vosotros —dijo Grace—. Yo me quedaré aquí esperando a Stephen. — Se sentó en el suelo y yo me arrodillé a su lado.

—Querida Grace, si Stephen regresa a Roma, el castillo será el primer lugar al que vaya.

Grace levantó la cabeza.

—¿De verdad lo creéis?

—Estoy seguro.

—Es muy probable que nos esté esperando dentro —apostilló Susan.

Grace la miró suspicaz.

—Si Richard dice que debemos entrar en el castillo...

—Eso digo —confirmé, ayudando a Susan a sentarla en el lazo de sogá. Di un tirón y se elevó en la niebla.

Hannah se había desplomado contra la muralla del castillo.

—Las dos debéis ir juntas —dije.

Susan me miró con sus claros ojos solemnes, tan distintos de los risueños de su hermana.

—Seguro que no confiáis en él. Ese hombre no es amigo vuestro. Si nosotras vamos primero, a buen seguro que no veréis jamás el interior del castillo.

—Os seguiré. ¡Id!

La niebla se desgarraba en jirones. La torre del Palazzo Altuiti, un puesto de avanzada español situado corriente arriba, resplandecía amarilla a la luz del amanecer. Susan se metió en el lazo de cuerda y pasó un brazo por la cintura a su hermana para sujetarla. Luego las dos subieron rápidamente

entre la niebla que se dispersaba. Vi que la cuerda salía de una ventana estrecha situada justo debajo de las almenas, a unos cinco metros y medio tal vez. A Susan y Hannah les faltaba la altura de un hombre para alcanzarla cuando los disparos procedentes del otro lado del puente hicieron saltar lascas de piedra alrededor de la abertura por la que alguien sacaba los brazos para tirar de Hannah hacia dentro. Susan se quedó un momento allí colgada, me miró desde arriba y luego saltó por la ventana al mismo tiempo que un disparo rozaba el alféizar. Estaban dentro.

Esperé, con los ojos fijos en la ventana. Pasaba el tiempo. Pronto sería un blanco perfecto para cualquier tirador de la orilla. Estaba furioso, aterrorizado, asombrado. Era imposible que Susan hubiera estado en lo cierto. Sin embargo, estaba aprendiendo que aquellos ojos pálidos veían la verdad muy a menudo. Empecé a creer aquello posible: John iba a dejar que muriera. Tenía a Hannah, y no necesitaba a su amigo. Explicaría con lágrimas en los ojos que era demasiado peligroso volver a echar la cuerda; que eso sería incumplir su deber con Su Santidad; que lo lamentaría el resto de sus días y que haría cuanto estuviera en su mano para consolar a la encantadora y afligida Hannah.

En el puente, los torsos quebrados de las estatuas eran visibles ya entre la niebla que se dispersaba. De arriba me llegó un chasquido, me volví y allí estaba por fin la soga. La agarré y trepé por ella al mismo tiempo que la recogían a tirones. Enseguida estuve por encima de la niebla. Brillaba el sol y me dispararon desde la otra orilla del río. Las balas impactaron a mi alrededor y trocitos de piedra me saltaron a la cara. Miré hacia arriba. La ventana estaba aún a más de un metro por encima de mi cabeza. Trepé más por la cuerda. Otro tiro alcanzó la mampostería justo a mi lado y un trozo de piedra me dio en el hombro. Resbalé por la cuerda. Me quedé balanceándome un momento en el aire. Vi a Susan en la ventana, justo encima de mi cabeza. Noté un tirón de la cuerda. Al mismo tiempo que otra bala se incrustaba a mi lado, Susan se asomó y tiró de mí bruscamente por encima del antepecho. Caí de cabeza contra el muro. A mi lado estaba Hannah, inmóvil. Tenía el vestido empapado de sangre.

Le cogí la mano, se la limpié, llorando, tocándole la cara y el pelo. Me respondió con un fantasma de su antigua mirada burlona.

—Todavía no me he muerto, Richard. —Me indicó con un gesto el soldado de pecho fuerte y grueso que yacía en el suelo con una enorme herida en el cuello. Estaba muerto. La sangre formaba un charco a su alrededor—. Lo mataron justo cuando tiraba de nosotras hacia dentro.

John arrojó la soga al suelo y se arrodilló a nuestro lado.

—¡Amigo mío! Gracias a Dios. Cuando han alcanzado a Matteo no sabía si sería capaz de subirme yo solo. Por fortuna Susan estaba aquí para ayudarme. ¡Vamos!

No me moví. ¿Era posible que estuviera mintiéndome? Ciertamente, Matteo era un toro, perfectamente capaz de izar aquella cuerda con una sola mano, mientras que John era un alfeñique como yo. Una vez más, las sospechas acerca de mi viejo amigo me roían. ¿Podía llegar hasta tal punto su rivalidad?

John y yo sostuvimos a Hannah entre los dos. Estaba exhausta. Afortunadamente la sangre de su vestido por lo visto no era suya sino de Matteo. Grace y Susan nos seguían. John nos guio, bajando por una escalera de caracol y por el baluarte de la esquina hasta un pequeño patio. Delante de nosotros se erguía la torre de planta circular. Por una puerta de su base entramos en un pasillo abovedado flanqueado por enormes bloques de piedra. Me sentía verdaderamente como en una tumba, porque el castillo no era otra cosa que un antiguo mausoleo, ideado por un emperador que deseaba que lo enterraran como a un faraón en su pirámide. El pasillo giraba en ascenso. En los muros ardían las antorchas. Pasamos un conducto de ventilación por el que llegaban el eco de los disparos y las voces procedentes de mucho más abajo. Finalmente la rampa helicoidal terminaba abruptamente en una rampa diametral que atravesaba en línea recta el corazón del castillo, pasando por encima de la cámara funeraria propiamente dicha, por medio de un puente levadizo protegido por centinelas. Allí, y en los silos de grano, e incluso en las mazmorras del castillo, se hacinaban los pobres romanos que habían logrado pasar antes de que bajaran el rastrillo. Mujeres y

niños, en su mayoría; el llanto de los bebés resonaba en los pasillos y los huecos. Aquella rampa nos llevó hasta las escaleras, que describían un giro, y por fin salimos a la luz del día.

Fuimos a parar a un patio grande que bullía de actividad. Ocupaba uno de sus lados una armería, de la que los hombres sacaban barriles de pólvora y balas de cañón. Desde allí las escaleras conducían al círculo de almenas desde las que los cañones disparaban a intervalos, martilleando contra la ciudad. Al otro lado del patio se elevaba la torre rectangular en el centro de la de planta circular, en cuya cima ondeaba el estandarte papal con las llaves cruzadas. Había grupitos de sacerdotes mirando. Me volví ansioso hacia Hannah, que me sonrió débilmente. John desapareció por una puerta de la torre y volvió a salir con un chambelán vestido con librea, que se ofreció a llevar a las Cage hasta donde se alojaban las damas de la nobleza.

—Encontrarás a Martin con Benvenuto —me dijo John—. Arriba del todo, en el Ángel. Sube a las almenas y luego trepa desde allí. Yo llego con retraso a ver a Su Santidad.

Le estreché la mano y, con una punzada de remordimiento, vi a Hannah marcharse cruzando la puerta. Pero estábamos a salvo: ya no tenía nada que temer. Di una o dos vueltas al patio, respirando el agradable aire fresco que un suave viento del norte traía de las montañas, limpiando la niebla y el hedor de muerte que flotaba por todas partes en la ciudad. Corrí hacia las almenas, luego me volví y entré en la torre. Dentro había un laberinto de habitaciones divididas en improvisados espacios con cortinas para los cardenales y los nobles. Unas escaleras tortuosas me llevaron más y más arriba, hasta que salí a la terraza más alta de todas, el Ángel, como la llamaban, por la enorme estatua de mármol del arcángel Miguel que desde allí sostenía su protectora espada de bronce sobre la ciudad y que un rayo había destrozado hacía algunos años.

La niebla se estaba dispersando por completo y vi a lo lejos, al otro lado del río, la ciudad, la llanura y, al fondo, las montañas. El fragor de los cañonazos era tremendo. Había cinco cañones en el castillo, dos de los cuales eran enormes culebrinas de tres metros y medio de longitud y los tres restantes falconetes largos como la altura de un hombre, montados sobre una cureña giratoria. Las balas estaban amontonadas formando pirámides y los hombres corrían a su alrededor acarreando pólvora, dosificándola con cucharones y

luego, con ayuda de un embudo de latón, introduciéndola en la recámara de las armas. Entre ellos se movía Cellini, a grandes zancadas, con los ojos fulgurantes, rugiendo a los hombres, apuntando personalmente los cañones y encendiendo la mecha. Martin estaba con él, y también Alessandro. Mientras otra detonación sacudía la piedra bajo mis pies me situé detrás de ellos. Se volvieron y me vieron. Sus rostros reflejaron en primer lugar incredulidad, luego asombro de ver a un fantasma y por fin alegría. Corrí hacia ellos y los abracé.

—¡Patrón! Os dábamos por muerto.

Sonreí, disfrutando de su anonadamiento.

—Sólo había ido a buscar mis joyas.

—¿Y las tenéis?

Me palmeé el pecho.

—Bien, tenéis una suerte endiablada. Pero esa suerte puede estar a punto de abandonaros.

—¿A qué os referís?

—Luego —dijo Cellini—. Ahora tenemos trabajo.

Mandó a un chico abajo por comida y me senté con la espalda apoyada en un montón de balas de cañón, agotado, a saborear el pan recién hecho, el queso y el vino mientras Cellini manejaba los cañones.

Los disparos de arcabuz pasaban volando sobre nuestras cabezas, también sin tregua. El enemigo se había traído el cañón del Borgo y, de vez en cuando, una bala impactaba en los muros por debajo de nosotros.

Al anoecer Benvenuto me llevó por fin a una pequeña habitación pegada al Ángel que compartía con Martin. Yo me sentía débil y todavía estaba eufórico por la huida. Les puse delante mi tesoro: las joyas terminadas y las piedras sin engastar. Le lancé a Cellini lo suyo: las hojas de oro, las gemas, las monedas. Arqueó las cejas apreciativamente.

—Es más de lo que nunca pensé que volvería a ver. Gracias. Pero todas estas cosas tan preciosas no seguirán siendo nuestras por mucho tiempo.

Se me hizo un nudo en el estómago. Tuve un palpito acerca de nuestra situación. Estábamos asediados. El castillo carecía de recursos: demasiadas bocas hambrientas y demasiado pocos combatientes. Me acordé de aquellos soldados que habían salido corriendo por las puertas poco antes de que bajaran el rastrillo y habían arramblado con toda la comida de las casas

cercanas. Aquello era prueba suficiente de que el castillo estaba desabastecido. Después de todo, nadie había previsto que Roma pudiera caer. ¿Cuántos hombres había allí capaces de luchar? ¿Un centenar? Un millar como mucho, contra los treinta mil del exterior.

—Veo que empiezas a entenderlo —dijo Cellini—. El abad de Nájera, el comisionado del ejército imperial, ha estado aquí discutiendo los términos de la rendición con el Papa. Pero el Santo Padre no termina de decidirse. Ya tiene en la mano la pluma para firmar la rendición y, entonces, vuestro amigo John, en una de sus incursiones de espionaje, trae el rumor de que los venecianos están a sólo dos días de distancia y Su Santidad deja la pluma y ruega un poco más de tiempo para decidirse. Algunos días, melodramático, asegura que verá Roma consumida por el fuego antes que dejar entrar a los impíos. Cuando haya terminado aquí irá a atacar a los florentinos. ¡Oh, sí! ¿No os habéis enterado? Ha habido otra revolución: han rechazado a sus parientes y quemado la efigie de Su Santidad. Otros días llora y dice que será el último de una estirpe de papas y que esto es un castigo de Dios por nuestros pecados y por su insensatez en particular. ¿Quién osaría contradecirlo?

—Los venecianos siempre están a dos días de aquí —terció Martin, pesimista—. Nunca llegan.

—¿Por qué iban a hacerlo? —dijo Benvenuto—. El papa Clemente siempre los ha traicionado. Guardad vuestras joyas. No contéis con que vuestras piedras estén a salvo todavía.

—Aseguraos de seguir con vida —le dije—. Os llamaré para que terminéis vuestro trabajo algún día.

Era dieciocho de mayo. Habíamos vivido veinte días el infierno de Roma. Me enfurecía la idea de que toda mi astucia y mi suerte pudieran haber sido en vano. Esa noche tuve un montón de pesadillas. A la mañana siguiente, temprano, fui a buscar a Hannah. Encontré a las Cage en la esquina de una de las antecámaras de la planta baja de la torre. Hannah estaba acostada en unas parihuelas, con Grace y Susan sentadas a su lado. Volvía a tener color en la cara. Debajo de un ojo vi el corte que le había abierto la astilla del ático. Limpio de sangre, no parecía que amenazara su vida.

—Se está recuperando bien —dijo Susan.

Me agaché, tomé la mano de Hannah y pasé un rato sólo mirándola, sin

decir nada.

—Stephen se adelantó —comentó Grace—. Sólo tenía que haberse ido un momento. Y luego vinimos aquí. Es una verdadera lástima que Stephen no esté con nosotras. Habría sido un momento perfecto para adelantar sus asuntos con Su Santidad.

La miré bruscamente. Deseaba preguntárselo, porque a pesar de todas mis suposiciones y elucubraciones no había conseguido desentrañar qué asunto se traía Stephen entre manos.

—No se acuerda de nada —me susurró Susan—. Para ella es como si estos doce días no hubieran transcurrido.

—Si ha escapado de los soldados —concluyó Grace—, estará a salvo en Ostia.

Estaba más lúcida.

—Dios lo quiera —dije.

Grace me puso una mano en el brazo, agradecida.

—Querido Richard —murmuró Hannah—. ¡Os debemos tantísimo a vos y a John!

Noté un pinchazo de disgusto. No había corrido todos aquellos peligros para compartir la gloria con John. Pero no podía negar que nos había salvado a todos. Más todavía, me había salvado a mí cuando fácilmente hubiese podido encontrar una excusa para no hacerlo. Pero claro, ahora estaba en una posición mucho más favorable: era el salvador de todos nosotros. Estuve a un tris de preguntarle si había ido a verla. Pero de ese modo hubiera revelado mis celos y alentado a Hannah a tomarme el pelo todavía más. Me sonrió con cierta malicia, como si comprendiera exactamente lo que pensaba.

Pasaron los días. En la semana transcurrida desde que me había unido a los sitiados me había convertido en un soldado. Pasaba las horas con Cellini en el Ángel. Mezclaba y dosificaba la pólvora, encajaba cuñas de madera bajo la boca de los cañones y cargaba las culebrinas con balas de doce centímetros de diámetro y los falconetes con las de cinco centímetros. Luego empujaba los cañones para situarlos en posición de disparo. Cellini era el capitán y se tomaba la artillería tan en serio como la orfebrería. Apuntaba y disparaba, derribando imperialistas que cavaban trincheras alrededor del castillo. A



menudo teníamos un cardenal o dos con solideo y capa rojos detrás, mirando nuestras armas y murmurando bendiciones cuando una de ellas daba en el blanco. A veces los acompañaban algunos nobles. Saludaba con una reverencia a los que conocía: a Gregorio Casale, al viejo cardenal Campeggio, al cardenal Cesi. Me devolvían el saludo con una sonrisa triste. Ninguno había creído que pudiéramos llegar a aquello. Desde allí arriba se veía la ciudad entera: las ruinas humeantes de los palacios, las calles obstruidas por los cadáveres y grupos de soldados hambrientos por todas partes.

Una mañana el papa Clemente salió a la terraza. Tenía los párpados de los ojos caídos, la cara arrugada y demacrada. Llevaba una barba desigual: desde el primer día del sitio se negaba a afeitarse como muestra de duelo por la Ciudad Santa. Cuando pasó a nuestro lado, Benvenuto se arrodilló a sus pies.

—Os ruego que me absolváis, Santo Padre, por los muchos hombres que he matado para defender a la Iglesia.

El Sumo Pontífice se inclinó hacia él y trazó el signo de la cruz en el aire, perdonándolo con un solo gesto por todos los españoles y alemanes a los que hubiera podido mandar al infierno. Deseé haber suplicado el mismo perdón. Pero yo había matado por motivos más personales: por mis piedras y por amor. Todavía llevaba aquellas piedras en el cofrecito, incluido el diamante en bruto. Y era posible que no siguieran mucho tiempo en mi poder.

La red de trincheras con cañones que rodeaba el castillo estaba casi terminada. John continuaba saliendo, pasando sin ser visto de un bando al otro, cruzando el río en su trayecto de ida y vuelta al palacio papal, donde el príncipe de Orange y los generales imperialistas mantenían sus conversaciones de guerra. Lo peligroso que era aquello le divertía enormemente; pero me dijo que dentro de poco incluso sus escapadas serían imposibles.

—Las trincheras son una cosa —me dijo—. Pero las minas son mucho más temibles.

Aquella idea me dejó helado: que el enemigo estuviera excavando túneles por debajo del castillo y en cualquier momento pudiera hacernos volar con cargas de pólvora.

Los imperialistas estaban seguros de su victoria. Los alemanes hacían ostentación de las vestiduras que habían robado de los palacios cardenalicios y se sentaban en un simulacro de cónclave junto a las trincheras. Al final se

ponían a gritar: «¡Lutero es Papa! ¡Lutero es Papa!» Y, de hecho, todo parecía posible. Corría el rumor en el castillo de que Clemente sería llevado prisionero a España y que allí lo envenenarían. Los cardenales, repartidos por toda Europa, no volverían a ver Roma jamás. Se reunirían en pequeños cónclaves para elegir insignificantes antipapas, uno en Francia, otro en Alemania, otro en España. Martín Lutero se convertiría realmente en la voz más fuerte de la Cristiandad. Muchos culpaban de ello al cardenal Pucci, cuyas implacables extorsiones, según los hombres, habían arrojado a los alemanes a los brazos de Lutero. Pero Pucci culpaba al cardenal Salviati, que había aconsejado a Clemente que se aliara con Francia, y Salviati culpaba a los generales, en particular a Renzo da Ceri. El propio Renzo caminaba por las terrazas, tieso y callado, como si dijera: «Nada de esto es culpa mía. Yo me lavo las manos.» Todas las noches, ayudaba yo a Benvenuto a encender tres almenaras en el Ángel, y disparábamos tres cañonazos: la señal para el duque de Urbino de que no nos habíamos rendido.

Algunos días paseaba con Hannah por el jardín que había en un pequeño patio, junto a los aposentos del Papa. Las enredaderas trepaban por las almenas y los limoneros crecían al sol junto a las calderas para el baño de vapor del Sumo Pontífice. Era una pequeña fantasía, aquel jardín: la pretensión de que seguíamos teniendo la misma vida que hacía tres semanas. Rara vez hablábamos. Yo pensaba en las joyas que llevaba al cuello y en el ansia de fama que me había mantenido en Roma cuando ya no era seguro permanecer allí, y en el misterioso asunto que manejaba Stephen y que había condenado a Hannah. En un mundo más simple, hubiéramos escapado.

Mayo tocaba a su fin y se había dado el primer caso de peste en el castillo entre los más pobres, los que se ocultaban abajo, en las mazmorras. El pan escaseaba. El duque de Urbino estaba cerca: a trece kilómetros, decían algunos. Pero no disponía de provisiones y sus hombres desertaban todos los días para unirse a los imperialistas. Una noche, justo después de que Cellini y yo disparáramos los cañonazos de aviso, uno de los chambelanes del Papa entró en nuestra habitación. Era un francés conocido como Cavalierino; Clemente se servía de él para sus asuntos más confidenciales. Lo acompañaban dos soldados. Le dijo a Benvenuto que debía ir con él

inmediatamente. Yo le vi marcharse, ansioso. El castillo se había convertido en un avispero de rumores y acusaciones. Cellini era franco: sus enemigos, por lo que parecía, habían conseguido volver al Papa en su contra. Pasé la noche con Martin, sin pegar ojo. Nos quedamos sentados, escuchando el aleteo del estandarte sacudido por el viento sobre nuestras cabezas y algún tiro ocasional, y jugando a las cartas. Perder a Benvenuto acababa de golpe con la poca esperanza que me quedaba.

Habían pasado horas desde la medianoche cuando la puerta se abrió de nuevo y Benvenuto entró, pálido y con cara de agotamiento. Detrás de él entraron Cavalierino y los mismos dos soldados de antes, cada uno de ellos acarreando un saco enorme, que dejaron en el suelo con un tintineo metálico. Luego Cavalierino le hizo a Cellini un lúgubre gesto de asentimiento y se retiró. Cellini se derrumbó en una silla.

—¡Vaya noche de trabajo! Pero no hemos dejado nada.

Alcanzó el saco más cercano y lo inclinó hacia el suelo. Cayó de él un torrente reluciente de oro: copas y platos, sagrarios, cálices, patenas. Algo rodó hasta mis pies. Me incliné a recogerlo. Era una cúpula dorada rodeada por tres coronas, con una gran cruz encima. Santos, mártires y ángeles en relieve se sucedían a lo largo de sus tres franjas. Por encima estaban representadas las tres personas de la Trinidad. Era la tiara: la triple corona papal. Noté que las palmas se me humedecían y me temblaban las manos. Se la tendí a Cellini, que le dio vueltas amorosamente.

—Caradosso la fabricó —dijo—. El papa Julio pagó doscientos mil ducados por ella. Y yo he pasado sólo media noche destruyéndola.

Vi los huecos a su alrededor, allí donde habían estado las gemas. Con todos los objetos sucedía lo mismo: un solo cáliz debía haber llevado mil gemas.

—Las maravillas que he visto esta noche... —suspiró Benvenuto—. Los rubíes de Pegú, los diamantes de Golconda, las esmeraldas. Todo, todo perdido.

—¿Perdido?

—Cosido en la prendas de Su Santidad —dijo Benvenuto, guiñando un ojo—. Hasta en los calzoncillos. El tipo es una mina de joyas ambulante. Pero no te atrevas a decírselo a nadie en absoluto.

—No, lo juro. ¿Qué hay del oro?

—Aquí empieza el trabajo. Tenemos que fundirlo: exponerlo al fuego y

darle forma de lingotes. —Volvió a hacerme un guiño.

Me senté, atónito. Por vez primera vez preveía nuestra derrota. El papa Clemente se preparaba para la captura: nadie registraría la ropa de Su Santidad buscando gemas. Pero yo no sería tan afortunado. Cellini se acostó a dormir, mientras que yo permanecí acostado pero despierto hasta el amanecer, echando humo por las orejas, furioso.

Al día siguiente Benvenuto empezó a construir un horno. Los hombres trajeron ladrillos y él trabajó en el centro en nuestra habitación, construyéndolo en forma de pirámide. En la parte central improvisó una rejilla hecha de mangos de pala. Esa noche encendió un fuego de carbón en él y colocó debajo una bandeja limpia para la ceniza. Luego sacó el oro. Medallas, broches, anillos; todo lo arrojó al horno y, en cuestión de minutos, un chorro de brillante oro líquido empezó a fluir debajo. Era una escena que habría dejado pasmado a cualquiera. A mí me pareció ver pasar ante mis ojos todo el mundo en el que había crecido: el mundo de los prelados enjorjados, los príncipes y los reyes. ¿Qué ocuparía su lugar? Bandas fuera de la ley, pastores ascéticos, repúblicas. Mis joyas no les servirían de nada. Cellini levantó un poco un broche y le dio la vuelta. Alrededor de los huecos vacíos de las gemas estaban Dios Padre y unos ángeles rafaletas retozones.

—Yo hice esto —comentó Cellini—. Al papa Clemente le encantó; fue lo primero que me encargó. Bueno, vendrán tiempos mejores en los que me pedirá que vuelva a hacérselo. —Lo arrojó al fuego.

De repente, la rabia pudo conmigo y estallé.

—¡Puede que Clemente esté acabado, pero yo no lo estoy! —exclamé—. Benvenuto: tenemos oro. Os pido ahora que terminéis vuestro trabajo.

Se volvió hacia mí, sorprendido.

—¿Tan seguro estáis?

—Tengo que estarlo. Sigo teniendo letras de cambio. ¿Me venderá Su Santidad unas onzas de este oro?

—No me cabe duda de que podré llegar a un acuerdo respecto a eso con Cavalierino —me dijo Cellini—. Quien corre el riesgo sois vos.

Me saqué el cofre de debajo de la ropa. Me temblaban las manos cuando abrí la cerradura y, una vez más, saqué el diamante de la Vieja Roca.

—¿Podéis hacerlo? ¿Podéis tallar mi diamante?

Cellini me hizo un gesto displicente con la mano.

—Puedo tallarlo tan bien aquí como en cualquier parte. Hay herramientas de orfebre en el pequeño taller de abajo, contiguo a la tesorería de la cámara apostólica. Olvidáis que Sant'Angelo es sede del tesoro a la par que fortaleza y prisión. —Cogió el diamante y sonrió—. Bien, es una noble locura. Podemos hacerlo.

Mientras el oro se derretía en el fuego y formaba un reluciente charco, Benvenuto daba vueltas al diamante. Le había pedido a Martin que trajera las herramientas necesarias: la rueda de pulir, un pequeño banco de trabajo, un yunque fino de joyero, los martillos, las limas, los cinceles. Pasó un buen rato estudiando el diamante. Estaba localizando los puntos de acceso a su hermosura, las líneas de aproximación. Su superficie mate y ondulada destellaba cada vez que una ventana a su corazón captaba la luz y la inclusión que penetraba en él relucía.

—Aquí —murmuró—. Ya te tengo. Éste es tu punto débil.

Dio unos golpecitos en aquella cara de la piedra. Sin apartar los ojos de ella, la inmovilizó con un tornillo de banco para mantenerla firme. Tomó luego otro diamante, una de esas piedras suyas que yo había rescatado del arcón. Lo sujetó a un dop y trazó con él una delgada incisión sobre mi diamante. Contuve el aliento: casi podía sentir el dolor de la piedra. No sería una piedra virgen mucho más tiempo. Ya no había vuelta atrás. Miré con el corazón acelerado cómo cogía una fina hoja de acero y una maza. El diamante esperaba que lo golpearan. Cellini hizo una pausa, frunció el ceño, volvió a observar fijamente la raya. Bajó la hoja, y con un golpe de maza la quebró.

Di un respingo. En el banco de trabajo había polvillo brillante. Pero el diamante... el diamante estaba ahí, con uno de sus lados cercenado limpiamente. Su inclusión había desaparecido. Allí estaba, desnudo, y su fría agua azul me lavaba los ojos cuando lo miraba, por fin revelado, hermoso y puro. Parecía mirarnos con asombro, agradecido, incluso con amor. Cellini lo cogió y lo expuso a la luz.

—¡Ahí está! ¡Por Dios! ¿No os había dicho que era el hombre adecuado para hacerlo? ¿Habíais visto alguna vez una piedra igual?

Se la cogí.

—No —murmuré—. Nunca.

Se ocupó a continuación de las facetas. Para ello, mezcló los polvos y les añadió aceite para conseguir una pasta abrasiva con la que untó la superficie

de la pulidora, a la que dio impulso hasta que giró a una velocidad asombrosa. Luego, con enorme cuidado, le acercó el diamante, fijo en la punta del dop. Tras unos segundos de contacto lo apartó, frunció el ceño y prosiguió. A lo largo de los días siguientes obtuvo la tabla, la faceta principal de la talla. El diamante adquirió un brillo pálido, aletargado. Podías ver en su interior, pero la luz rebotaba contra las paredes todavía en bruto de la piedra, como en un sueño. Era como si hubiera perdido su hechizo. Con los siguientes cortes, cuatro facetas inclinadas rodearon la tabla y la piedra empezó a despertar y a reflejar la luz a su alrededor. El proceso avanzaba despacio, muy despacio: hacia qué final, todavía era incapaz de imaginarlo.

Pero Cellini no podía trabajar en el diamante mucho rato seguido. Al cabo de cierto tiempo levantaba la cabeza, agotado pero feliz, y decía:

—Ya basta. La piedra está cansada.

Luego avivaba el fuego del horno, arrojaba dentro más tesoros y sacaba de debajo de él lingotes de oro delgados, relucientes, con manchas de carbón y ceniza. Algunas veces salía a la terraza, incluso en plena noche, y apuntaba y disparaba una de sus armas. Otras se ocupaba del resto de mis piedras. Quedaban pocas una vez apartadas las que acompañarían al diamante en el corazón atravesado. Tenía mi esmeralda oscura, los ojos de gato verdosos, de tonos casi tan diversos como un ópalo, y por último los dos rubíes: uno, pálido y extraño, de un blanco casi puro; el otro noble, majestuoso, fiero y profundo.

Yo daba golpecitos a las piedras con el índice.

—Debemos darnos prisa.

Junio había llegado. Sentía que el tiempo apremiaba. Mi refugio se había convertido en una prisión. El castillo no resistiría mucho tiempo más. Tenía que dejar aquel lugar de algún modo. Sí, y Hannah Cage y mis joyas tendrían que acompañarme.

—Darnos prisa, sí. Entonces, después de todas nuestras extravagantes propuestas, creo que debemos volver a algo simple. ¿Un anillo?

—Sí, con el rubí oscuro.

Era una piedra que calentaba la sangre, que aportaba amor y lujuria a la vez. No necesitaba que la embellecieran. Empujé hacia Cellini la esmeralda persa. Que ésta sea su pareja.

—Otro anillo, entonces. ¿Y vuestros ojos de gato y el rubí blanco?

Los empujé con los dedos. ¡Qué pálidos eran y qué poderosos sin embargo! La engañosa trampa de la virginidad. Me acordé de la carta de Bennet, de la descripción que hacía en ella de la dama del rey. Me imaginé sus ojos oscuros, el modo en que su sonrisa había atrapado al rey lo retenía.

—Haced un nudo imposible de desatar —le dije a Cellini. El lazo de oro. Las piedras atrapadas en él, como moscas en una red.

Arqueó las cejas oscuras.

—¿Ésa es la opinión que tenéis de la dama? ¡Qué lástima que todavía no sepáis su nombre!

—Lo sé. —Sonreí viendo lo sorprendido que le había dejado. Me saqué del cofrecito la carta de Bennet y le leí en italiano la parte concerniente a la amante. Cuando terminé, Cellini se levantó y se desperezó.

—Bien, mi señora Ana Bolena, si las joyas son una demostración de constancia no tendréis nada que reclamarle a vuestro rey. Y ahora, mi querido maese Richard, qué objetos de valor del Papa echamos al fuego para crear los obsequios para el amor del rey inglés? ¿Éste? —Levantó la tiara y la sostuvo sobre el horno. Las llamas destellaron en las puntas de cada diadema y destacaron las caras de los santos: Pedro con las llaves; Juan montado en su águila; Marcos con su león alado, patrón de los venecianos. Luego la arrojó al fuego, donde quedó majestuosa sobre las brasas bastantes minutos. Por fin sus formas se difuminaron y la corona se derritió formando un reguero de oro que cayó en la bandeja inferior.

Cellini trabajó rápido. El estruendo del bombardeo de las nuevas baterías de cañones de los imperialistas lo encendía, e iba de sus armas al horno y al banco de trabajo sin descanso. En poco tiempo los dos anillos estuvieron a punto para engastarles las piedras, y el nudo estaba terminado. Los bucles de la cuerda del nudo que sostenían los ojos de gato y el rubí blanco eran exquisitos; y, entre ellos, Benvenuto grabó una cenefa con las letras «H» y «A». El corazón de oro también estaba listo para sus gemas. Engastó en él jacintos, amatistas y granates: piedras cargadas de sangre. Justo en el centro, un espacio aguardaba al diamante.

Poco a poco, el tallado del diamante de la Vieja Roca avanzaba. Nuevas facetas lo rodeaban, creando los infinitos reflejos que quebraban la luz y la devolvían hacia atrás y la hacían salir al exterior. Cuando tuve la piedra terminada en las manos vi que por fin había alcanzado la plenitud de su

magnificencia. Uno apreciaba en ella una cascada de agua mezclada con una llamarada de fuego y una miríada de colores que ninguna otra piedra poseía, ni tampoco ninguna otra materia terrestre. Yo le había quitado la inocencia; pero ella había aprendido algo mucho mejor: sabía cómo destellar con cada uno de sus colores sucesivamente, pero sin repetirse nunca. Relucía con el color del falso topacio, del ámbar, de la esmeralda; sus aguas se movían en sus profundidades y se convertían en un repentino fuego que saltaba y se encogía, y luego, cuando volvía a mirar directamente la tabla, se transformaba de pronto en una criatura oscuramente misteriosa, y veía en ella profundidades, cavernas, mares nocturnos en cuyos límites danzaba siempre aquella cambiante pantomima de llamas. Finalmente Benvenuto la engastó entre las otras piedras, en el corazón: una hermosa y torva espina.

—Soberbio. —Llevado por un impulso repentino agarré el corazón y corrí con él escaleras abajo, pasando por el tesoro y cruzando el patio hasta la habitación de las Cage. Entré en tromba. Las tres mujeres estaban sentadas. Grace leía en voz alta un libro de versos. Eran los poemas épicos de Ariosto, tremendamente largos, llenos de persecuciones y huidas casi tan fantásticas como las nuestras. Levantaron la cabeza. Llevado por la excitación cogí a Hannah de la mano y tiré de ella hacia el patio. Los hombres entraban por las muchas puertas de la armería y salían de ellas con munición para las armas. Hannah se reía mientras la arrastraba de la manga.

—¿Por qué? No, no por qué. ¿Qué pasa?

La llevé hacia una puerta del rincón del patio. Estaba entreabierta. Entramos en un pequeño almacén y nos quedamos entre barriles de pólvora, sacos de perdigones y montones de mecha empapada de azufre para disparar los cañones. Una ventana estrecha daba a las trincheras de los imperialistas. A la luz de aquella ventana ahuequé las manos y le enseñé el corazón. Sonriendo, incitada por mi secretismo, se inclinó sobre él a mirarlo. El corazón llameaba, sangriento y apasionado. Lo cortaba oblicuamente el diamante. Sus bordes lanzaban destellos como llamas mientras que su faceta principal seguía siendo un vacío de misterio. Hannah lo estuvo contemplando un buen rato, y luego me miró a la cara. Sus ojos habían adquirido la expresión de la piedra. Lanzaban destellos oscuros e indescifrables.

—¿Ahora lo ves? —le pregunté—. ¿Ahora lo entiendes?

Me acarició la cara con las manos. Avancé hacia ella, la abracé y la besé.



Por encima de nosotros los cañones bramaban, y la mampostería se estremecía a nuestro alrededor. Le acaricié el pelo, la garganta, la nuca. Se dejó caer debajo de mí sobre un montón de sacos y me tendió los brazos. Tiré de las cintas de la pechera de su vestido, y recorrí con mi mano sus hombros y sus pechos. Me apresuré con mi propia ropa: arrojé al suelo la espada, me desabroché el jubón y me saqué la camisa. Hannah, sonriendo, me ayudó. Se arrodilló y nos besamos incluso mientras le sacaba por la cabeza el blusón. Desnuda, me esperó, sentada sobre los pies, sonriendo, apoyándose en un brazo. Su pelo negro le cubría la blancura del hombro. Estaba completamente cómoda. Respiraba un poder misterioso, como seguramente hacía la primera vez que la vi, sonriéndonos desde su ventana, o la primera vez que me encontré con ella en Roma, riéndose de Susan y del mono. Como mi piedra, una vez quitado el velo, me incitaba todavía más. Me quité la última prenda y me arrastré a su lado. Cuando estuvimos piel contra piel, frotó con una pierna la mía y me abrazó el cuello.

Un disparo impactó detrás de nosotros, en el muro del castillo. Nos cayó polvo del techo encima. Hannah se rio. Si teníamos que morir, moriríamos. Éramos fuertes: nos adentraríamos juntos en la oscuridad. Cuando llegamos al éxtasis, todos los momentos que habíamos pasado juntos se fundieron en uno. Hannah tendida debajo de mí, con la cabeza inclinada hacia atrás, sus pechos contra mi pecho, era la Hannah de la orilla del río, en la oscuridad, balanceando las caderas, haciendo girar la máscara por la cinta y diciendo: «¡Ya lo sé! ¡Nos lo jugaremos a las cartas!» Era la Hannah de las ruinas, la Hannah de las grutas de los antepasados y de la penumbra del ático del Palazzo del Bene; la Hannah que había apostado por el enano Calandrino y ganado; la Hannah que me había dicho que no había placer exento de peligro.

Con un profundo suspiro se recostó en los sacos. La besé una y otra vez, en la cara, en los hombros y en el cuello. Estaba tendida y me miraba con su sonrisa de regocijo. Se reía otra vez de mí; pero ¿de qué? Fue entonces cuando miré hacia arriba y escuché. Los disparos habían cesado. Un profundo y mortal silencio se cernía sobre Roma.

Dejé que Hannah saliera en primer lugar del almacén. Cuando salí yo, unos minutos después, con mi cofrecito de nuevo a salvo bajo la camisa y la espada al costado, un oficial papal que había estado rondando al pie de la torre se me acercó.

—¿Maese Richard Dansey? Su Santidad desea veros.

Parpadeé, sorprendido.

—Debéis estar en un error.

—No hay error alguno.

Lo seguí, apenas consciente de dónde iba. Notaba fresco el contacto de la piel de Hannah sobre la mía. Seguía en un mundo esplendoroso, muy por encima de los asuntos de los mortales como la guerra, los sitios, la muerte. Pero en cuanto puse un pie en la entrada de los aposentos del Papa empecé a asustarme un poco. No concebía el propósito de aquella cita.

Pasamos por una habitación abovedada, en la que obispos y cardenales susurraban en corrillos junto a las paredes. En la siguiente puerta, una abertura baja en los monumentales muros de piedra del castillo, dos guardias suizos montaban guardia con sus alabardas. Un chambelán con un bastón de oro se adelantó, tomó mi espada y me hizo entrar. Entré en un espacio de tamaño modesto con el techo pintado, en cuyo extremo más alejado estaba sentado el papa Clemente VII, con capa y solideo escarlata. Tenía las manos, con los dedos sin joyas, apoyadas en los brazos de su trono. Su rostro con la barba desigual estaba gris de agotamiento. De pie junto a él se encontraba el cardenal Farnese. Era un viejo zorro que había llevado una vida disipada en su juventud, engendrado varios bastardos e incluso pasado un tiempo en las mazmorras que había bajo nuestros pies por falsificar una bula papal. Le había aconsejado al Santo Padre hacía meses que se marchara de Roma y, tal vez por eso, Clemente era más proclive a escuchar ahora sus consejos.

Vi también la cara triste de viejo sabueso del cardenal Campeggio. Era uno de los que abogaban más por la conciliación que por nuevas acciones de guerra. El cardenal Salviati, más joven, primo de Clemente, estaba de pie a su lado. No había nadie más en la habitación. Avancé hacia el Santo Padre y me

postré ante él como era debido para besarle los pies con zapatillas escarlata. Me hizo un gesto para que me levantara. Tenía lágrimas en los ojos. Intentó hablar, pero la voz le falló. Cerró los ojos. Luego dijo:

—He firmado la capitulación.

El estómago me dio un vuelco. Lo tenía todo: tenía el mundo entero. Las piedras más valiosas jamás vistas en Londres, a Hannah... y estaba a punto de perder todo aquello. Clemente mantuvo unos instantes los ojos cerrados. Luego volvió a mirarme. La curva de su boca todavía sugería su vieja y fría astucia. Comprendí que a pesar de todo lo sucedido aquel hombre seguía lejos de haber abandonado la lucha.

—¿Sois, como creo, amigo íntimo de Stephen Cage? —me preguntó.

—Mientras estuvo en Roma tuve el honor de verlo a menudo y de comer con su familia —le respondí.

Clemente asintió con la cabeza.

—El señor Cage no está; tal vez haya muerto. Pero vos... vos habéis sobrevivido. El cardenal Campeggio me dice que cree que sois un joven poco común. Por tanto: ¿estáis dispuesto a servirme y a servir la causa del señor Cage?

Hice una reverencia.

—Estoy a las órdenes de Vuestra Santidad. —El corazón se me salía del pecho. No tenía ni idea de lo que vendría a continuación.

El Sumo Pontífice se inclinó hacia delante.

—El *signor* Casale se marcha mañana a Venecia y, luego, partirá hacia Inglaterra, llevando cartas de nos y del cardenal Farnese al cardenal Wolsey y a vuestro rey. —Hizo una pausa—. En medio de los terribles crímenes cometidos contra Dios y la Iglesia, tenemos los ojos puestos únicamente en Inglaterra. Ojalá nunca hubiéramos confiado en las promesas del resto de nuestros aliados.

Se hizo de nuevo el silencio. Dilató las aletas de la nariz en una expresión de odio incalificable.

—Mi señor, el rey de Inglaterra, es consciente del título que vuestro Santo predecesor le confirió. Actuará como corresponde al Defensor de la Fe.

¿Qué estaba diciendo? Estaba hablando como embajador; como si lo hiciera en nombre del rey, siguiendo sus instrucciones y con sus credenciales. Los ojos del Papa me estudiaron.

—¿Entendéis, pues, la naturaleza del encargo de maese Stephen?

No podía dudar. Había llegado muy lejos en los asuntos de príncipes y reyes, así que no era cuestión de echarme atrás. Hice una reverencia. Mientras me esforzaba denodadamente por unir una pista de un lado, una palabra de otro.

—Entonces sabéis que se marchó de Roma descontento, sin una respuesta. Eso fue negligente de mi parte. —De repente, sus ojos de párpados caídos echaban chispas—. La neutralidad de Inglaterra en esta guerra tiene que terminar. ¡Debe terminar! —Le dio un manotazo al brazo del trono—. Mis amigos me abandonan. Los herejes se burlan de mí en las calles de la Ciudad Santa. Y yo debo fingir tratar con ellos; pagar sus gastos de guerra, hablar con suavidad. Incluso me exigen que les levante la excomunión y los libre del infierno. Y eso... —murmuró, con la barbilla temblorosa—, eso es algo que nunca haré.

Cuando le oí decir aquello un escalofrío me recorrió la espalda. Relajó la mano; volvía a tener la cara inexpresiva, a caballo entre sonriente, ceñuda y desdeñosa.

—Encontrad al señor Cage, si es que sigue vivo aún —me susurró—, y decidle esto: «El momento no tardará en llegar.» Exactamente estas palabras. Ni más ni menos. ¿Me habéis entendido?

Mi mente era un torbellino. La misión de Stephen, sin duda, era presionar a Clemente para que consintiera el divorcio del rey Enrique; o más bien que le pidiera que conviniera en que el matrimonio con la reina Catalina era nulo desde su comienzo. Clemente había contemporizado, retrasado dar una respuesta, obligando a Stephen a irle detrás semana tras semana, desesperanzado, hasta que por fin, demasiado tarde para hacerlo con seguridad, había acabado por marcharse. Aquel divorcio era una cosa a la que Clemente no podía avenirse con facilidad. Sería un duro golpe para el papado el hecho de aceptar que la dispensa otorgada por un Papa anterior había sido un craso error y que no tenía validez. Sólo lo desesperado que estaba por obtener una alianza con Inglaterra podía haber inducido a Clemente a tomar aquello en consideración.

Y entonces pensé en Stephen, en el secretismo con el que actuaba, en la insignia de peregrino en su capa, en el hecho de que no tuviera oficialmente el estatus de embajador del rey. Wolsey temía a Stephen. ¿Por qué, si estaba

trabajando por el divorcio exactamente igual que él?

Y entonces lo comprendí. Fue como una revelación. Vi ante mí las palabras de Bennet anunciándome el nombre que muy pronto toda Inglaterra conocería. Lady Ana Bolena, prima de Stephen. Stephen Cabe no era emisario de Wolsey sino de Ana y del rey. La presencia de Stephen en Roma era un signo de que el rey Enrique ya no confiaba en el cardenal Wolsey para llevar adelante su divorcio. ¿Por qué motivo? Pues porque cuando Enrique se viera libre de la reina Catalina no se pondría como objetivo tomar por esposa a la hermana del rey de Francia, sino a la mortal enemiga de Wolsey, a su verdadero amor: lady Ana.

Me estremecí. Aquello era verdaderamente, tal como Wolsey lo llamaba, un gran y secreto asunto. Y yo estaba en pleno meollo. Si no me equivocaba, entendía más de la cuestión que Wolsey o el propio Papa. Stephen Cage le habría hablado a Su Santidad de los poderes de los papas para conceder dispensas, de la separación entre la ley divina y la jurisdicción papal, la interpretación de las Escrituras. No le habría dicho que el rey Enrique estaba enamorado: enamorado de una mujer esbelta, de ojos negros, sagaz y ocurrente; una mujer que no era su esposa. No, en todos aquellos debates secretos, el nombre de lady Ana tenía que haber sido el secreto más bien guardado de todos. Así que Wolsey trabajaba a favor del divorcio, creyendo en el enlace francés, pero temeroso y prácticamente convencido de estar representando un simple papel en manos de su enemiga, de Ana. Mientras, el rey Enrique había revelado sus verdaderas intenciones a sólo los miembros más íntimos del clan de los Bolena. Noté que me acaloraba e hice un esfuerzo para evitar sonreír. Mis propias oportunidades se acrecentaban, sería más rico y más importante de lo que nunca había imaginado. No llevaba presentes de amor para una simple amante del rey sino para una mujer que se convertiría en reina. Miré al Santo Padre, que esperaba impávido mi respuesta.

—Comprendo a Su Santidad —dije—. Pero ¿y si Stephen Cage hubiese muerto? ¿A quién le transmito entonces el mensaje?

El Papa arqueó una ceja.

—Naturalmente, a vuestro rey.

Richard Dansey, emisario del rey Enrique. Aquello me complacía. Pero todo eso no era nada a menos que pudiera escapar del castillo. Clemente tomó una hoja grande de la mesa que tenía al lado.

—Éstos —dijo— son los términos de la rendición. Estoy obligado a pagar cuatrocientos mil ducados a los imperialistas. Hasta que podamos reunirlos, los rehenes permanecerán en el castillo bajo vigilancia. Pero la guarnición y la mayoría de los que se han refugiado aquí pueden marcharse libremente. — Me miró con una leve sonrisa—. Vos, Richard Dansey, estáis entre los que tienen permiso para irse.

Tuve que hacer un esfuerzo para preguntarle:

—¿Y la familia Cage?

—También, por supuesto. Pero la señora Cage... tristemente, sus capacidades... Ella no puede llevar un mensaje de esta naturaleza. Por eso me hacéis falta. ¿Tenéis algo de valor?

—Unos cuantos presentes que ofreceré a mi rey —dije.

Asintió con un gesto.

—Vuestros bienes serán respetados. Os iréis mañana. Y confío en que toméis el camino más rápido a Inglaterra.

Me arrodillé ante él.

—Santo Padre —le dije, sinceramente agradecido y aliviado—, os lo juro.

Hizo el signo de la cruz en el aire, sobre mi cabeza y murmuró una bendición. Le besé de nuevo los pies, me levanté y me retiré.

Salí a la plaza como en una nube. Corrí a la habitación de las Cage, muriéndome de ganas por contárselo. Imaginaba los ojos brillantes de Hannah vueltos hacia mí con gratitud mientras tenía en perspectiva los muchos días de viaje juntos; sí, y las muchas noches. Entré en tromba y allí, sentado en uno de los camastros, rodeado por las tres Cage, estaba John. Hannah se volvió con aquella mirada de animación de la que yo, por derecho, tendría que haber sido el único merecedor.

—¿No es una noticia maravillosa? —exclamó Hannah—. ¡Podemos irnos!

Miré a John y debió notármelo lo molesto que estaba de que me hubiera arrebatado mi triunfo. Hizo un gesto indolente con la mano, modesto, y dijo:

—¿Así que también os habéis enterado? Sí, lo vi todo cuando se acordaba. De hecho, es a mí a quien debéis agradecerse. Me enteré ayer de que un nuevo ejército imperial está de camino desde Nápoles y que si el Papa no firmaba enseguida la capitulación el castillo caería muy pronto. —Miró a las

mujeres que lo rodeaban—. Pero hoy eso ya no es ningún secreto. Todo el mundo lo sabe. Habrá tres grupos de imperialistas para escoltarnos más allá de las murallas y el príncipe de Orange estará presente para asegurarse de que no se comete ningún ultraje contra nosotros. Después, podremos irnos a donde nos plazca. Su Santidad entrega Ostia, Módena, Parma y Dios sabe qué más. Tiene que pagar centenares de miles en oro y debe levantar todas las excomuniones. Pero los imperialistas son unos pobres simples si esperan que Clemente mantenga sus promesas.

Cruzó los brazos y sonrió. Sentí una punzada de resentimiento: una estupidez, porque podía por fin estar seguro del amor de Hannah.

—¿También te vas? —le pregunté a John.

—Claro que sí. —Miró de soslayo a Grace—. Cuando has entrado estábamos hablando de las posibilidades de encontrar un barco en Ostia. Estamos decididos a intentarlo. ¿Vendrás con nosotros?

Hannah nos sonreía a John y a mí alternativamente. La expresión de mi viejo amigo era amable, honesta, abierta. Esperaba, con las cejas enarcadas, mi respuesta. Descarté mi enfado, me volví hacia Hannah y dije:

—Entonces nos iremos todos juntos mañana. Nos reuniremos en el patio por la mañana temprano. Junto a la armería.

Su sonrisa se iluminó y enseñó la dentadura, con los ojos relucientes por nuestra compartida perversión.

—Mañana. Junto a la armería —dijo.

Me di la vuelta. Estaba molesto, con John y conmigo mismo. Pero no tenía tiempo para permitírmelo. Antes del día siguiente, Benvenuto y yo teníamos que terminar un par de anillos. Cuando regresé al Ángel, Cellini ya estaba trabajando en la esmeralda. Había cortado la tabla y la sostenía sobre la pulidora para pulir los costados. También él se había enterado de las noticias.

—Mañana seguiremos nuestros respectivos caminos —me dijo—. Pero que nunca se diga que Benvenuto ha dejado un trabajo a medias.

Observé cómo la piedra revelaba gradualmente sus misterios y desplegaba, como se desenrosca una cochinilla, un brillante verde veraniego. Pero incluso tallada seguía conservando un corazón oscuro, un lugar desde el que los rayos de luz del bosque saltaban de pronto y luego retrocedían hacia las sombras. Avanzada la noche, Cellini dobló a su alrededor las pestañas que lo sujetaban firmemente al anillo. Me desperecé y acepté el vino que Martin me ofrecía.

Casi me hubiese gustado liberar a Cellini de terminar la última pieza, pero tenía los ojos llameantes y por nada se hubiera detenido. Cogió el rubí plano en bruto que le había comprado a Da Crema.

—Ahora, la pasión.

Martin, a mi lado, se inclinó hacia delante. Estaba tan ávido del esplendor de aquellas piedras como yo. Pensé en cuando llegamos a Venecia y en sus intentos por hacerme desistir y conseguir que volviera a casa con la Viuda. Su lealtad hacia ella se había moderado bastante desde entonces. Me imaginé mi regreso a Thames Street y la mirada de mi madre cuando expusiera ante ella mi tesoro. No podía esperar que estuviera satisfecha. No, ésa era una batalla que todavía tendría que librar. Y Thomas: decidí en aquel momento que lo obligaría a confiar en mí, y que lo convertiría en mi aliado.

Al otro lado de la angosta ventana, más allá de la terraza y su mudo cañón, aparecieron los primeros albores del amanecer. Ningún arma disparaba, y en Roma no tañía ninguna campana y apenas algún pájaro trinaba. En las prisiones, los nobles y las damas, los sacerdotes y los cardenales se revolvían en sus cadenas. Los soldados, a millares, esperaban el amanecer, expectantes. Al día siguiente toda Roma sería por fin suya. Cellini levantó el rubí.

—¿Qué me decís de esto?

Tenía vida. Lo miraras por donde lo mirases, resplandecía en él el fuego y derramaba ríos de sangre. Era una gema para una hechicera, para una seductora de reyes. Abracé a Cellini.

—Si al menos pudierais ir conmigo a Inglaterra y ver al rey Enrique... — Era cuanto podía decirle: necesitaba su maestría como orfebre, pero también estaba celoso de él, porque era un rival para mis piedras. Siempre había deseado obtener mi triunfo en solitario.

Cabeceó.

—No, tengo que ir a Florencia. Mi padre está allí. Debo ver cómo ha capeado la guerra. Tal vez después me vaya más lejos, donde sea que amen la belleza y el oro.

Volvió a sentarse en el banco de trabajo y se puso a engastar la piedra en el anillo. Saqué el cofrecito. No quedaba en él ni una sola piedra suelta. De entre los pliegues que guardaban las piezas —el barco, el jardín, la cruz y el corazón—, saqué mi rollo de letras de cambio. Le pagué setecientos ducados, un poco más de lo acordado, y me quedé con casi nada. Pero se lo había ganado.



Martin me dio un codazo. Se oía en los pisos bajos del castillo el murmullo de la gente congregándose. Había llegado el momento de que nos fuéramos. Los tres bajamos del Ángel por última vez.

El patio estaba abarrotado de gente. Los hombres de la guarnición estaban formando, con sus arcabuces y sus cuernos de pólvora y sus sacos de comida. Nobles, obispos, criados, mujeres y hombres pobres se abrían paso a empujones, mientras los oficiales papales gritaban órdenes que nadie oía. Crucé por entre el gentío hacia la puerta de la armería, donde Hannah y yo nos habíamos acostado entre los barriles de pólvora. No se la veía por ninguna parte, ni tampoco vi a Grace ni a Susan.

—¡Martin! —le ordené—. ¡Espérame aquí!

Iba hacia sus aposentos cuando reconocí la cabeza de John por encima de la multitud. Nos acercamos a empujones. Parecía disgustado.

—¿Y las Cage? —le pregunté.

—Ya han bajado. Van con Casale a la cabeza de la columna. Bueno, ya las alcanzaremos luego.

Lo miré de soslayo. La gente había empezado a moverse. De lejos nos llegaron el redoble de los tambores y el ruido metálico del rastrillo cuando lo levantaban. Era siete de junio: hacía un mes del inicio del saqueo y del sitio. Nos apresuramos por las escaleras y por la larga rampa curva, caminando por el corazón de aquella tumba antigua. Las antorchas ardían en la oscuridad, iluminando la bóveda del techo, arrancando destellos a las pecheras de los soldados y reflejos a sus caras lúgubres. Éramos un ejército en desbandada. Apenas trescientos hombres armados, pero diez veces la misma cantidad de sacerdotes, comerciantes y mujeres. Cruzamos la puerta y el puente por el que las Cage y yo habíamos pasado aquel amanecer neblinoso. La columna se prolongaba por delante de nosotros hasta perderse de vista. Cuando el último de los nuestros hubo salido, los imperialistas irrumpieron con gritos salvajes en el castillo. No iban a entrar en la torre de planta circular: allí el Sumo Pontífice y sus cardenales estaban a salvo a pesar de que eran prisioneros.

Al otro lado del puente nos adentramos entre las ruinas de Roma. Las casas estaban carbonizadas, sin ventanas. La muerte hedionda lo invadía todo. En las tres semanas que había pasado en el castillo, la ciudad había sido reducida a una abominación, a una salvajada. Los hombres se habían convertido en animales, una terrible señal del castigo de Dios a los hombres. Las piedras

quemaban y el hedor me dio náuseas. Casi todas las puertas ante las que pasábamos tenían la marca de la peste. Bandas de soldados harapientos nos vigilaban ávidamente desde las esquinas. En algún punto, más adelante, estaban las Cage; pero mis intentos de adelantarme a la columna fueron infructuosos. Los grupos de lansquenets cuya misión era vigilarnos mientras cruzábamos la ciudad nos encajonaban por ambos lados y, dadas las miradas asesinas de los soldados que había detrás de ellos, me alegré de que así fuera.

Al otro lado de la puerta de San Pablo, por la que había entrado la primera vez en Roma, cinco meses antes, la columna se dividió. Una parte se encaminó hacia el este y luego hacia el norte, por las colinas. Hacia allí se dirigía Cellini.

Nos estrechamos la mano por última vez.

—Salud al rey Enrique de mi parte —me dijo.

—Dad las gracias a vuestro padre por permitir que su hijo se convirtiera en joyero —le respondí yo, riendo.

También abrazó a Martin.

—Tenéis un buen sirviente —me dijo—. Pero ¡qué mal os aconseja! ¡Imaginad que nunca hubierais venido a Roma!

Esperé a que Benvenuto desapareciera entre la marea de cascos y sombreros empenachados de los soldados, camino del norte a través de Campania.

—¡Patrón! —Martin señalaba hacia nuestra columna, que se había puesto en movimiento. Nos apresuramos. Al cabo de unos minutos vimos a John.

—Todavía van mucho más adelantadas que nosotros. —Tenía cara de profunda preocupación.

—Sé perfectamente que quisieras que Hannah fuera para ti —refunfuñé.

—¡Mi querido Richard! Hannah es tuya. ¡Claro que es tuya! —Me guiñó un ojo—. Si puedes conservarla...

Intenté agarrarlo, pero se adelantó corriendo y me miró por encima del hombro, riendo.

—Vamos, Richard. Nunca podrás estar enfadado conmigo.

Le alcancé y proseguimos cogidos del brazo.

—No, porque tienes razón: Hannah es mía.

Frente a nosotros, más allá de las marismas, se alzaba el castillo de Ostia y, junto a él, el mástil del barco que nos llevaría a casa: a casa y a un triunfo más

glorioso de lo que había imaginado al salir del Broken Wharf hacía tantos meses; a casa, con el amor de Hannah y la victoria sobre mi madre; a casa, donde el rey Enrique esperaba ver su diamante.

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Nota histórica](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte: El topacio: la piedra solar perfecta](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Segunda parte: La esmeralda escita: la cortesana de las gemas](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

## Capítulo 8

Tercera parte: La crisoprasa: una linterna en la oscuridad

## Capítulo 9

## Capítulo 10

## Capítulo 11

## Capítulo 12

## Capítulo 13

## Capítulo 14

Cuarta parte: El diamante de Golconda: una espina en el corazón

## Capítulo 15

## Capítulo 16

## Capítulo 17

## Capítulo 18

Quinta parte: El rubí de Serendip: una piedra que enciende la sangre

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)